

C-4-280
567

Tesoro de Autores Ilustres.

EL

CASTELLANO,

Ó EL

PRINCIPE NEGRO EN ESPAÑA.

NOVELA HISTÓRICA ESPAÑOLA

POR D. TELESFORO DE TRUEBA Y COSIO.

TRADUCCION LIBRE

de D. J. S. S.

TOMO I.



BARCELONA.

LIBRERIA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

1845.

0 3348

n. Santander 1798

TESORO
DE
AUTORES ILUSTRES.

TOMO XLIII.

EL CASTELLANO.

L.



TESORO

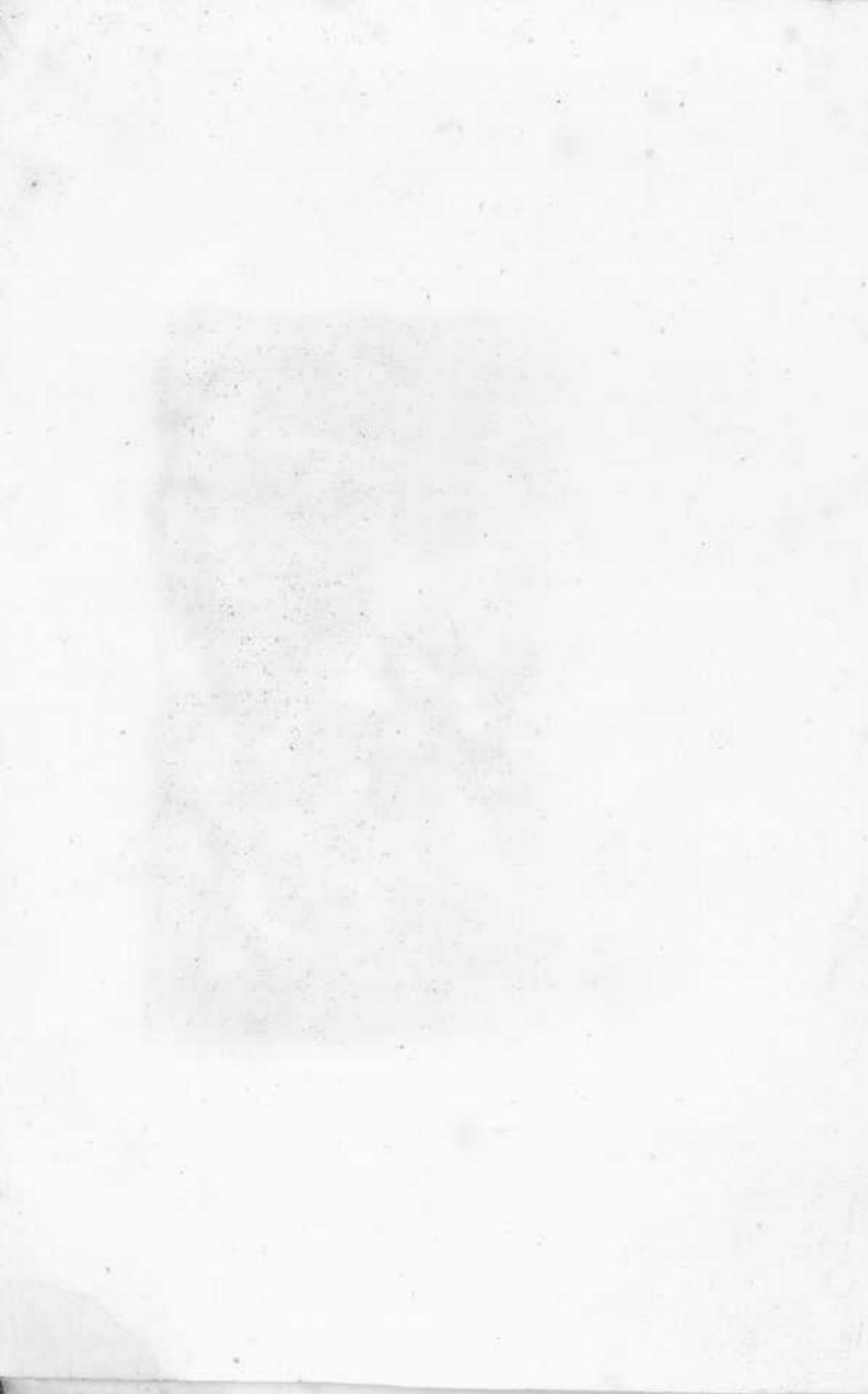
DE

AUTORES ILUSTRES.

TOMO XIII.

EL CASTELLANO.

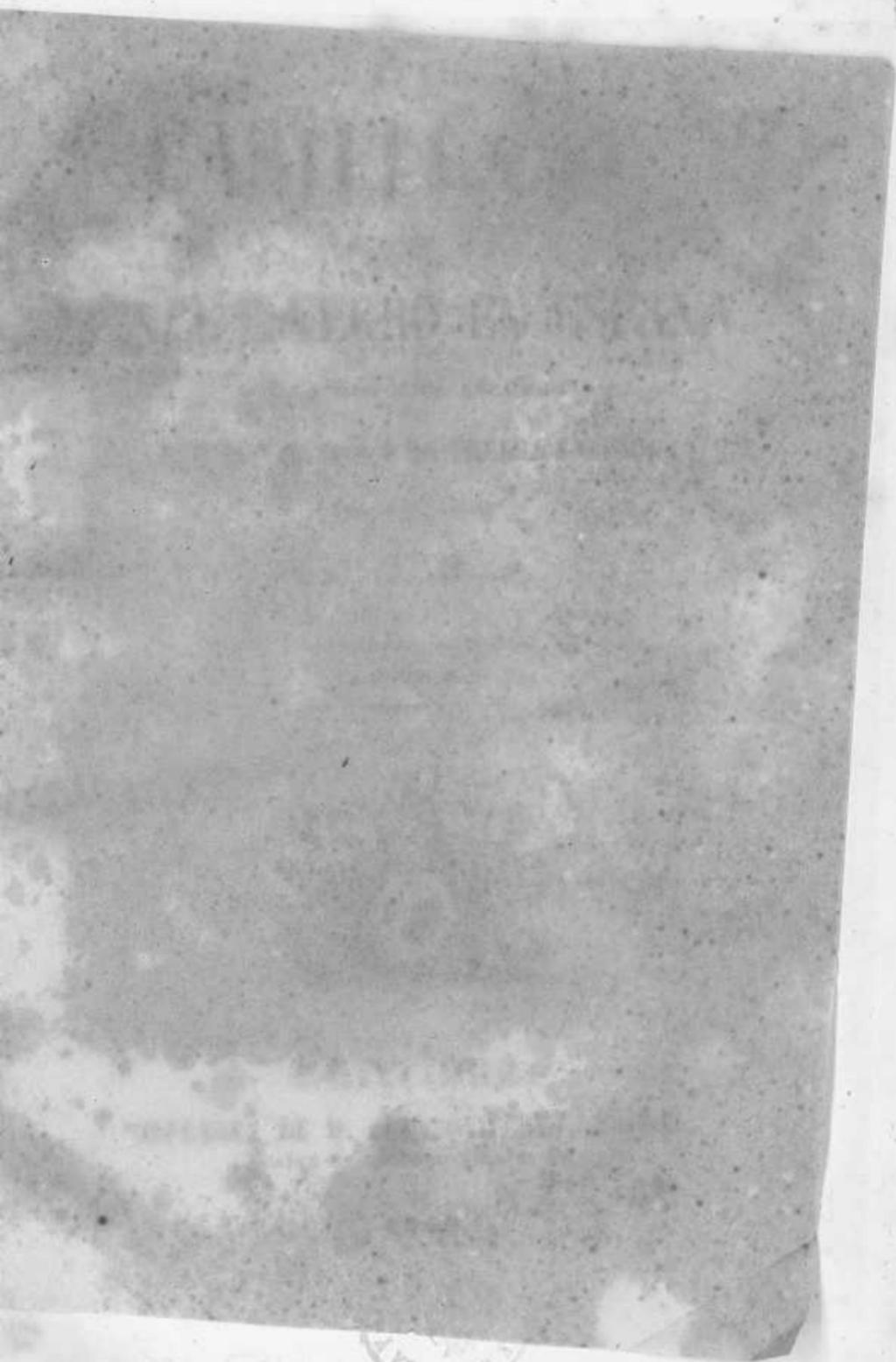






EL CASTELLANO.

Tom. I.



CASTLE



EL
CASTELLANO,
Ó EL
PRINCIPE NEGRO EN ESPAÑA.

NOVELA HISTÓRICA ESPAÑOLA

POR D. TELESFORO DE TRUEBA Y COSIO.

TRADUCCION LIBRE

de D. J. S. S.

—
TOMO I.
—



Barcelona.

IMPRENTA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,
CALE DE ESCUDELLERS, N. 53.

—
1845.



CASTELLANO

LA HISTORIA DEL REINO DE ESPAÑA

NOVELA HISTÓRICA

POR D. FRANCISCO DE TRUJANO Y GONZÁLEZ

IMPRESOR

DE LA

TOMO II



García

IMPRESA DE D. J. GARCÍA



R. 109174

Introduccion.

Don Pedro, llamado por algunos, el Cruel, y por otros el Justiciero, sucedió á su padre don Alfonso XI en el trono de Castilla en el año de 1350. Su reinado fue una serie no interrumpida de desórdenes y desgracias. Las traiciones, las muertes, los latrocinios, la guerra civil, todas las calamidades, en fin, que pueden desolar á un reino, se multiplicaron todo el tiempo que este monarca se halló en posesion de su corona.

Son varias las opiniones acerca de la verdadera causa de estas turbulencias. La mayor parte de los historiadores no dejan de acusar á don Pedro, á quien sus crímenes, verdaderos ó supuestos, hicieron dar el odioso epíteto de Cruel; sin embargo hay algunos, cuya autoridad es de gran peso, que atribuyen todos estos horrores á la licencia, la rapacidad, y al espíritu revoltoso de los grandes y del clero, que querian aumentar su poder á costa de las prerogativas reales, y de los derechos del pueblo. Acaso entrambas causas produjeron este efecto.

Don Pedro subió al trono á la edad de quince años. Su aspecto no daba idea de un carácter tiránico y sanguinario. La expresion de su fisonomía llamaba al contrario una ventajosa atencion, y su semblante, aunque algo pálido, era de una belleza poco comun. Sus facciones nobles y pronunciadas, sus largos y rubios cabellos, su talla graciosa y elegante, y un cierto aire de autoridad que se descubria en todos sus movimientos, marcaban en su persona un carácter imponente y majestuoso. Valiente en los combates, y rígido en el consejo, no se dejaba abatir por ninguna especie de fatiga. Su natural energia le sostenia en medio de duras,

pruebas y aventuras las mas peligrosas. Amaba apasionadamente todos los juegos y ejercicios que tienden á aumentar las fuerzas del cuerpo y del espíritu. Don Pedro unia no pocos vicios á estas buenas cualidades, pero los que mas particularmente se le atribuyen, son de tener un genio vengativo, un carácter sanguinario, y mucha inclinacion á una vida disipada. Si hemos de dar crédito á algunos historiadores, además de la ingratitude, estaba tambien dotado de todos los defectos que pueden degradar la naturaleza humana: en una palabra, le representan como un monstruo casi único en los anales de nuestra historia. Pero descripciones tan exageradas no necesitan refutacion, ni comentarios.

Don Pedro tenia muchos hermanos ilegítimos, frutos de los amores de Alfonso XI con una dama llamada doña Leonor de Guzman; pero el mas célebre era don Enrique, conde de Trastamara, que subió despues al trono de Castilla.

Apenas el jóven rey hubo sucedido á su padre, señaló su advenimiento al trono con un acto de crueldad, precursor de una serie de calamidades, destinadas á inundar á Castilla en un diluvio de sangre, sumergiéndola en todos los horrores de la guerra civil. La reina viuda, desatendida antes por su real esposo por consecuencia del amor que le inspiraba doña Leonor, alimentaba en secreto desde largo tiempo una insaciable sed de venganza, esperando tan solo la ocasion de satisfacerla. Esta ocasion se presentó bien pronto: el ascendiente que ejercia sobre su hijo, tan jóven aun, le permitió alcanzar en breve el objeto de sus culpables deseos. Doña Leonor fue encerrada en una prision de Sevilla, y trasladada despues á Talavera, donde fue muerta secretamente.

Su hijo don Enrique resolvió vengarse. Una conspiracion se urdió en breve, y aunque no tuvo éxito en sus principios, al fin produjo con el tiempo los mas serios resultados. Muchos grandes, zelosos de la influencia de Alburquerque, favorito y ayo del jóven rey, y un gran número de miembros del cléro, alarmados por el carácter desenfrenado de

don Pedro, se reunieron para derribarlo del trono de Castilla.

Esta traicion exasperó el carácter de don Pedro, que habia visto con desagrado el genio de rebelion que se apoderaba de los grandes y ricos hombres; y sin embargo añadia con su ominosa conducta nuevos pretextos á la barrera que se levantaba entre él y los señores de la corte.

El desgraciado enlace del rey con Blanca de Borbon, y su violenta pasion por doña Maria de Padilla, pusieron el sello á todas estas desgracias. Al tiempo de salir al encuentro á su futura esposa, fue sorprendido por la particular belleza y prendas sobresalientes de doña Maria. Esta mujer extraordinaria habia sido educada en un absoluto retiro por su pariente Alburquerque, y su talento y atractivos eran hasta entonces desconocidos en la corte de Castilla. El rey se sintió arrastrado hácia ella por un impulso irresistible, y concibió la mas violenta pasion por esta persona encantadora: pasion tan activa, que duró á la par de su vida, siendo el origen de incalculables desventuras (1). Doña Maria correspondió al amor de don Pedro con un afecto sincero, y este, verdaderamente fascinado por sus encantos, trató á la princesa de Francia con una manifiesta indiferencia. Sin embargo, sus bodas fueron celebradas con toda la pompa y esplendor que exigian las circunstancias. Don Pedro miró con frialdad la hermosura de la reina, y todos formaron tristes presagios sobre las consecuencias de este desvío, bien pronto realizados.

Apenas el rey se separó de la malograda Blanca, cuando se entregó sin límites á sus escandalosos amores. Los gran-

(1) La historia de doña Maria abre un vasto campo al escritor para el objeto de un drama ó una novela; y si me abstengo de hacer uso de él en la presente, privándome de los recursos que pudiera suministrarle, es para conservar la unidad del plan que he formado, tan necesaria en esta clase de obras. En los incidentes de la esposa de don Pedro hay el objeto de una sola novela, que acaso ensayaré con el tiempo.

des, turbulentos y ambiciosos, se aprovecharon del pretexto que les ofrecia el estado de abandono en que se encontraba la reina, y apoyándose en el nombre de Blanca, desplegaron abiertamente el estandarte de la rebelion. El rey se habia hecho culpable á sus ojos por la severidad de sus decretos. Don Alonso Alburquerque, y el mayor de los hermanos de don Pedro, se retiraron á Badajoz, ofreciendo la corona de Castilla al infante de Portugal. Pero esta traicion no produjo el efecto que sus autores esperaban, porque habiendo llegado al momento á ser descubierta por el rey, tomó desde luego las medidas mas eficaces para hacerla abortar. Despues de apoderarse de los castillos de Alburquerque y demás revoltosos, ordenó á don Juan de Hínestrosa que condujese á doña Blanca, pretexto ostensible de la sedicion, al alcázar de Toledo, y que alli la mantuviese presa. Los moradores de esta ciudad adoptaron con calor la causa de la reina, y este nuevo ejemplo de resistencia á su poder exasperó aun mas el carácter de don Pedro.

La insurreccion se propagaba con una rapidez prodigiosa, cuando los conspiradores recibieron un nuevo golpe con la repentina muerte de su caudillo Alburquerque, que se pretendió haber sido envenenado; pero no por esto se desanimaron. Cada dia, cada nueva circunstancia, probaba su inmenso poder, y los recursos que adquirian gradualmente. Don Pedro hallaba por todas partes resistencia á sus órdenes. Tan repetidos insultos lo condujeron hasta el furor, y las tristes consecuencias de su resentimiento, fueron una larga serie de suplicios, que aunque solo fuesen á su vista el resultado de la mas escrupulosa justicia, se consideraron por sus enemigos como crueles asesinatos. Acaso faltaba únicamente la forma de un proceso para que el observador imparcial contemplase justa la condena de una gran parte de los culpados; pero el rey se dispensaba frecuentemente de invocar el saludable, aunque lento, auxilio de las leyes.

En esta época fue cuando, sospechando de la fidelidad de

su hermano don Fadrique, gran Maestre de la Orden de Santiago, lo hizo matar cruelmente (1). Este crimen, el mas punible de todos los que cometió, fue el precursor de nuevos desastres: los facciosos veian acrecentarse diariamente su número y poder; los gritos de los descontentos contra doña María de Padilla se hicieron mas insolentes, y rompieron al fin todos los límites que los contenian; el rey por su parte desplegó todo su furor; la resistencia á sus órdenes no servia mas que de aumentar su deseo de venganza; las confiscaciones, las muertes secretas, las disensiones, y la efusion de sangre llenaron de luto toda la monarquía.

En este momento de crisis, la muerte de la reina Blanca vino á apresurar la explosion de la mina. Corrieron rumores de haber sido envenenada por orden de don Pedro, aunque fuesen varias las circunstancias de su muerte (2). De todos modos, este acontecimiento obró efectos favorables á la faccion: los ánimos se conmovieron de hor-

(1) Los detalles de esta muerte son verdaderamente horribles. Por orden del Rey dos ballesteros de maza se arrojaron sobre don Fadrique, y le hicieron pedazos la cabeza acabando con el, en el patio del mismo alcázar, debajo de las ventanas del aposento de doña María de Padilla, que presenció este asesinato. Nada puede justificar un acto tan bárbaro, aun cuando deba notarse que hacia tiempo que don Fadrique se habia hecho sospechoso al rey por haberse insurreccionado contra este, y sido uno de los que le habian prendido y retenido prisionero en Toro (Véase el Despensero mayor y Gutierrez de Guzman, pág. 514).

(2) Mariana dice que la reina Blanca fué envenenada por un médico de Medina-Sidonia, donde se hallaba presa. Las Crónicas de Ayala al contrario refieren que fue muerta por un macero llamado Juan Perez. El Despensero de la reina doña Isabel afirma que doña Blanca murió en Ureña de accidente natural, y el apologista de don Pedro dice otro tanto. Lo mas probable es que la Reina servia de pretexto á los rebeldes sediciosos para continuar sus maquinaciones. Estas tramas unidas al violento carácter de don Pedro, lo excitaron sin duda á ordenar esta muerte, con el fin de apaciguar los disturbios, haciendo desaparecer la causa de ellos, pero los acontecimientos demostraron cuan equivocado fué este concepto.

ror y lástima, y los rebeldes se aprovecharon de una disposicion tan favorable á sus proyectos.

Entonces fue cuando don Enrique de Trastamara, concibió el atrevido proyecto de apoderarse de la corona de Castilla: tenia grandes recursos para llevar á cabo esta arriesgada empresa, pues podia disponer del poderoso influjo de los grandes y clero descontentos, cuyo favor habia sabido ganarse, y que esperaban conseguir su fin con el auxilio de los trastornos que iban excitando. Quitada la máscara, que habian conservado hasta el momento de la crisis, dejaron el pretexto de vengar á la reina y arrancar al rey á la perniciosa influencia de malvados consejeros, anunciando abiertamente que querian arrojar á don Pedro del trono de Castilla.

Don Enrique se dirigió á Francia á fin de que aquella potencia le auxiliase á hacer valer sus derechos, y muchas razones militaban para empeñarla á favorecer sus pretensiones. Este país se hallaba entonces inundado de cuerpos numerosos de aventureros, escoria de la nacion, y se miró como un diestro golpe de política el desembarazarse de semejantes huéspedes, enviándolos á España. Fueron aumentados además con un considerable número de voluntarios que solo buscaban peligros y aventuras.

La España vió pues llegar hasta su seno un ejército imponente de soldados, cuya mayor parte no respiraba mas que el pillaje. Se hallaban sin embargo entre ellos muchos guerreros ilustres, y particularmente el famoso Beltran Duguesclin, bajo cuyas órdenes se habia puesto esta gran masa heterogénea.

Se esparció la voz de que Juan de Borbon, ardiendo en deseos de vengar la muerte de su hermana, mandaria el ejército en persona; pero esta idea quedó desmentida. Mientras tanto don Enrique fue coronado solemnemente en Calahorra como rey legítimo de Castilla, tomando por pretexto los repetidos crímenes de don Pedro, y la donacion que el santo padre Urbano V hizo á don Enrique de la corona.

Nuevos reclutas venian diariamente á colocarse bajo sus banderas, y así se vió en breve á la cabeza de un ejército numeroso. Resolvió entonces dirigirse á Burgos, donde se hallaba don Pedro con un séquito de poca entidad. Este se vió precisado á refugiarse á Sevilla, pues que el descontento general aumentaba de un modo alarmante. Don Enrique proseguía su triunfante marcha, y en breve no quedó á su hermano mas que la triste alternativa de abandonar su reino, ó caer en manos de un hermano que le aborrecia, y de sus implacables enemigos. En esta crisis importante es cuando principia nuestra narracion.

II.

La separacion.

En un delicioso jardin, á las orillas del Guadalquivir, se hallaban sentadas dos personas en el márgen de una fuente, y casi ocultas por el espeso follaje que las rodeaba. No parecian tener de humano mas que la forma, pues que no hablaban, ni se movian, estando de tal suerte absortas en sus pensamientos, que se diria participaban de la triste inmovilidad que reinaba al rededor de ellas, y á la dudosa luz que esparcia la luna, hubiera podido confundírselas con algunas de las bellas estatuas que adornaban aquel sitio.

La noche estaba adelantada, y su sosegada calma era tan solo turbada á cortos intervalos por el ruido sordo y monótono del remo que hendia las aguas del rio, ó por la ronca voz del pescador, que trataba de suavizar las pesadas horas de la noche cantando alguna historia maravillosa, ó algun romance de los de aquella época. La luna, cuyos rayos plateados se reflejaban en las sosegadas aguas, penetró en este momento por en medio de los arbustos que ador-

naban el jardín , é hizo patentes de un modo mas distinto los dos seres misteriosos que acababan de dejar el borde de la fuente , adelantándose con lentitud. Era una bella y jóven doncella , apoyada sobre el brazo de un mancebo airoso , cuyo porte noble y distinguido contrastaba de tal modo con la pobreza de sus vestidos , que daba indicios de servirle solo de disfraz , para mejor recatarse.

— Aquí es donde debemos separarnos , dijo el jóven á su hermosa compañera , cuyas facciones expresaban la mas viva emocion : adios , bella Constanza. ¿Á qué fin este amargo dolor ? Ya volverémos á vernos en época menos desgraciada.

Constanza le miró tristemente ; una ligera sonrisa se pintó en sus labios , mas le fue imposible articular una sola palabra , y una silenciosa lágrima fué la única respuesta que pudo dar á su amante.

— Enjuga tu llanto , Constanza mia , continuó el jóven con tierna reconvencion. La hija de don Egas no debe manifestar una debilidad tan indigna de ambos. Me acuerdo de haber oido ponderar tu presencia de espíritu.

— Entonces no amaba aun , respondió suspirando.

— Es bien cierto ; pero no es esta nuestra primera separacion.

— Tampoco son iguales las circunstancias , querido Hernando. ¡Oh ! no juzgues tan ligeramente de mi sufrimiento. No es solo el riesgo que te amenaza el que llena de ansiedad mi corazon. Cuando me dejaste por la vez primera , fue para dirigirte al campo de la gloria. Veia en tí á uno de los mas valerosos guerreros , dispuesto á combatir para sosegar la rebelion ; y hasta la imágen de la muerte me parecia menos espantosa considerada sobre el teatro de la guerra ; pero al presente...

— Al presente , ¿ estoy acaso privado de recibir el precio de la lealtad que nunca falta al infortunio ? dijo el Castellano con ardor ; ¿ y crees tú , Constanza mia , que mi muerte fuera menos gloriosa sobre un cadalso , que en el campo del

honor? No, no es el género de muerte el que puede deshonorarnos: es la causa que la produce, la que hace para siempre nuestro nombre ilustre ú odioso.

— ¡Ay de mí! ¡cuán sensible es vivir ahora para presenciar tantas vicisitudes, exclamó Constanza con el acento mas doloroso! ¡Quién hubiera creído que Hernando de Castro, uno de los mas poderosos señores de Castilla, se veria precisado á abandonar su patria como un desterrado, un fugitivo, y que su seguridad dependiese de la generosidad y proteccion de los extranjeros!

— No lamentes mi suerte, dijo Hernando, ni agotes conmigo toda tu compasion, pues que nuestro rey debe ser mi compañero de infortunio.

— Nada me digas del rey, prosiguió Constanza con amargura; ¿á qué causas puede atribuirse la desolacion del reino, si no es á los crímenes y crueldad de don Pedro?

— Detente, Constanza, dijo Castro en tono serio: un lenguaje tan duro no es el que mas te conviene. Sean cuales fueren las faltas de don Pedro, nunca podrán justificar las bajas conspiraciones y rebelion de su desnaturalizado hermano. Enrique de Trastamara es un pérfido usurpador, que no ha tenido á menos unirse con los enemigos de su país para favorecer sus criminales proyectos. Fomentando la revolucion entre los nobles descontentos y el clero sedicioso, ha sumergido á su patria, sin el menor remordimiento, en todos los horrores de la guerra civil, y va desquiciando por sí mismo el trono de su soberano.

Al pronunciar estas palabras, estrechó Castro con viveza la mano de Constanza; todo su cuerpo se estremecía de indignacion, y su emocion era tan fuerte, que le impidió proseguir por algun tiempo; pero al fin, logrando calmarse, continuó:

— Perdona mi acaloramiento, querida Constanza: me es imposible dominar mi indignacion cuando se trata de este traidor. Amo á mi rey por principios, al paso que lamento sus extravíos, y me persuado que ha sido excitado á come-

ter la mayor parte de las faltas que se le echan en cara, por tenebrosas maquinaciones tramadas contra el mismo á cada momento. Pero ya basta sobre este asunto: en breve tornaremos triunfantes para abatir el orgullo del usurpador, á despecho de los franceses sus aliados, y de los ambiciosos amigos que le rodean.

Constanza no respondió, pero movia la cabeza en ademán de duda.

— No añadas, querida mia, tristes presagios á la amargura de nuestra despedida, la dijo Hernando.

— ¡Ay de mí! respondió ella, ¿sobre qué apoyo fundas ahora tus esperanzas?

— Sobre la base mas sólida, dijo el Castellano: siguiendo el ejemplo de Trastamara, sobre los extranjeros. Seguros de la justicia de nuestra causa, nos dirigiremos al campo del primer Capitan de nuestro siglo, del mas valiente caballero de la cristiandad. No nos rehusará su asistencia, y con ella nuestro triunfo es constante, porque la victoria no ha abandonado jamás las banderas de Eduardo, el principe Negro, el héroe de Inglaterra.

Me cubriría de rubor si me abandonase á la desesperacion, aun cuando nuestras futuras esperanzas fuesen mas funestas; y seria un objeto de menosprecio para mí mismo, si mi destino obtenia sobre mi voluntad una expresion de temor ó de arrepentimiento. Sin embargo, mi corazon se parte al separarme de ti, puestas todas mis inquietudes no tienen mas objeto que por ti misma.

— ¡Por mí! repitió Constanza. Seguramente no tendrás tan mala opinion de Trastamara, para imaginar que quiera satisfacer su venganza sobre una mujer tan solo porque ama á su natural enemigo.

— No, respondió Castro: mis temores tienen otra causa. Por perverso que contemple á don Enrique, no lo creo capaz de una venganza tan baja; pero dime, ¿podré tener un instante de reposo, considerándote expuesta á las empresas de su confidente don Álvaro de Lara, mi declarado enemi-

go y rival? Mi inquietud no carece pues de fundamento, cuando reflexiono el poder de que goza; y por mas que deba confiar en tu amor, no podré quedar tranquilo. Don Alvaro debia ser tu esposo, y gozaba mi amistad antes que la diferencia de nuestras opiniones politicas nos separase para siempre; y el rencor que actualmente me profesa es harto fundado para no infundirme recelos.

— ¡ Oh Hernando! dijo Constanza con vehemencia, no aflijas mas mi corazon con tan crueles sospechas. Sea cual fuere el poder de don Alvaro, ¿ puedes dudar de mi constancia? Te he consagrado mi fe, y ningun sacrificio podrá impedir te sea consecuente. Podrá arrancarme don Alvaro la vida, pero no mi amor.

En este momento la conversacion fué interrumpida por una circunstancia inesperada. Observaron que un hombre se introducía lentamente y con precaucion en el jardín. Su aspecto era triste y alarmante, y sus intenciones por lo menos equívocas. El crimen solo podia haber conducido á aquel sitio á semejante hombre en hora tan desusada. Constanza, llena de terror, se acercó á su amante, y sus temores se hicieron mayores cuando el desconocido se adelantó hácia ellos con paso acelerado. El Castellano, que solo temia por Constanza, trataba de tranquilizarla fingiendo un sosiego que estaba muy distante de su corazon. Presumia que el hombre que se iba acercando era uno de tantos miserables esparcidos por distintos sitios para prenderlo, con el objeto de conciliarse el favor de don Enrique.

— ¡ Constanza! dijo Hernando, apretando contra su cuerpo el brazo de su amada compañera, no tiembles, pues que aquí me hallo.

— Esta es la causa de mi temor, respondió conmovida; ¡ oh amigo mio! trata de escaparte.... él se acerca.... puede que venga seguido de otros de tus contrarios.

— Que vengan pues, continuó Hernando con resolucion; ya no es tiempo de salvarnos, y mi deber es esperarme.

Tomando entonces una actitud intrépida, sacó su espa-

da , y esperó la llegada de su supuesto enemigo. Este se iba acercando sin inquietarse por el acero que brillaba en manos del Castellano ; mas cuando se halló inmediato á este :

— Detente , exclamó Hernando : ¿ quién eres ? explícate , ó por vida del rey , que te mato.

El desconocido se detuvo , sin manifestar temor alguno , contentándose con hacer señas á Castro para que envainase su espada.

— No , no , dijo el Castellano ; mi espada no volverá á la vaina hasta saber quien eres y el objeto que aquí te ha conducido.

— Soy un amigo , respondió el extranjero con semblante melancólico.

— ¿ Tu nombre ?

— Como el vuestro , es proscrito.

— Explícate : ningunas relaciones pueden unirte conmigo. Tu nombre , digo.

— Rufino , respondió este con voz baja , pero expresiva. Hernando se estremeció sorprendido.

— Sí , continuó aquel , yo soy aquel Rufino que os ha debido algunos favores. Hoy vengo á pagarlos y substraeros á los peligros que os amenazan. Mil asechanzas se despliegan en derredor vuestro.... però no es ahora tiempo de explicaciones , seguidme.

— No te seguiré hasta que me hayas explicado el misterio de tu conducta. ¡ Cómo ! ¿ tiembas ?

— No , no , dijo Rufino levantando la voz , vos me injuriais. Descansad en mí , aunque mi aspecto os parezca alarmante.

La agitacion de Rufino iba en aumento. Hernando lo observaba con atencion , al paso que redoblaba sus instancias. La luna , momentáneamente obscurecida por una ligera nùbe , se desprendió de los vapores que la rodeaban , y vino á alumbrar las tristes facciones de Rufino. Sus miradas expresaban una viva inquietud , y á pesar de todos sus esfuerzos no pudo manifestarse tranquilo. Un grito de horror

se escapó entonces á Constanza , que exclamó :

— ¡Gran Dios! ¡mira bien á este desgraciado!... ¡está cubierto de sangre!..

Rufino retrocedió alarmado. El Castellano le puso sobre el pecho la punta de la espada.

— Miserable ; dijo : tu agitacion y la sangre de que estás manchado te acusan sobradamente. Confiesa tu crimen , ó eres muerto.

— Mas pronto , ó mas tarde , esta será mi recompensa , dijo Rufino con amarga sonrisa ; pero no debo recibirla de la mano de don Hernando de Castro , y especialmente cuando me presento para librarle de un peligro. El tiempo vuela , y así os ruego encarecidamente me sigais , si haceis algun caso de la salvacion de....

— ¿De quién ? pregunta Castro con impaciencia.

— ¡Del rey !... ¡ Los satélites , los sabuesos sedientos de sangre que siguen á Trastamara , rodean á don Pedro por todas partes , ¡y aun dudais , don Hernando , permaneciendo sobre una mina pronta á reventar ! El castillo de don Egas es sospechoso : huíd de él al momento , y acordaos que la seguridad del rey depende de vuestra prudencia.

— Rufino , dijo Castro con viveza , retírate. Me lastiman tus infortunios , pero debo condenar tu venganza. No trates de engañarme , pues el crimen se halla impreso en todas tus facciones , y hasta en tus menores movimientos.

— ¡Yo engañaros ! repitió Rufino : no , don Hernando , no temais , vuestras sospechas son justas , yo soy....

Aquí se detuvo estremeciéndose , gruesas gotas de sudor corrian por su pálida frente , y pasó la mano sobre ella con un aspecto de desesperacion manifiesta.

— Yo soy.... repitió con una risa espantosa.

— ¿Quién ? exclamó Castro , habla.

— Al momento : respondió Rufino con tono triste y sosegado. Ya sabréis la causa horrible de mi turbacion , pero el tiempo huye , y os suplico de nuevo que aprovecheis la única ocasion que os queda : seguidme.



Pronunció estas palabras con una energía que demostraba la sinceridad de su deseo, y la inminencia del peligro.

— Adios, Constanza, dijo Hernando, estrechando entre sus brazos á su trémula compañera.

— ¡Pues qué! ¿vas á partir con ese infeliz? le preguntó alarmada.

— Nada temas: no puede dañarme, á pesar de su carácter obscuro y aspecto siniestro, es mas fanático que criminal.

Constanza suspiró, pero sin atreverse á estrechar á su amante á que se quedase. El Castellano se arrancó de sus brazos, se despidió de ella con brevedad, y siguió á Rufino que lo esperaba con impaciencia.

La triste jóven lo vió marchar con toda la ansiedad de un corazón apasionado y sensible. Inmóvil en el paraje en que habia recibido la última despedida de Hernando, parecia haber echado en él profundas raíces, y siguió con la vista sus pasos con la mayor inquietud. El cielo estaba nublado, pero la luna despedia suficiente luz para divisar las dos personas que salian del jardín con marcha precipitada. Poco á poco las sombras se hicieron mas oscuras, y al fin las perdió de vista. Mucho tiempo permaneció aun en el mismo sitio, sola y desconsolada. Delante de ella corrian las aguas del Guadalquivir, cubiertas de mil navecillas, que dispersas por sus corrientes se esparcian por su vasta superficie. Todo estaba sosegado en derredor suyo: la naturaleza parecia entregada á un profundo sueño, y no se advertia otro movimiento que el de la blanca vela de un esquife, que atravesaba el río para desempeñar alguna aventura secreta, ó el vuelo tardío de alguna ave nocturna que proseguia su solitario curso.

Constanza fijó sus hermosos ojos bañados en lágrimas sobre los objetos que la rodeaban: todo estaba tranquilo, pero el pacífico reposo de la naturaleza se representaba á su turbada imaginacion como la imágen de la muerte; y cuando un ligero ruido la arrancaba á sus tristes pensa-

mientos, se estremecía al verse sola y sin protección á semejante hora de la noche. Sin embargo, ¿qué podía temer, hallándose tan inmediata á la casa paterna? Sucumbia bajo el peso de penosos presentimientos, que no la sugerian mas que riesgos vagos é indefinidos, pero que absorbían de tal suerte todas sus facultades, que se habia quedado insensible á los objetos exteriores.

Al fin dejó el jardín Constanza, y entrando en su casa por una puerta secreta, fue á buscar sobre su lecho, antes sosegado, el reposo que huía de su corazón.

III.

Descripciones.

Don Hernando de Castro se hallaba dotado de un carácter decidido y de las pasiones mas vivas; ni el tiempo, ni las circunstancias pudieron borrar de su imaginación la mas ligera impresión recibida. En él la lealtad era un instinto, tanto como un principio: era una parte de su misma naturaleza, la esencia misma de su ser, y ningún obstáculo, ningún peligro, habria podido hacerle abandonar la senda que habia adoptado. Esta elevación de sentimientos se asemejaba á la de los antiguos romanos, aunque despojada de la ferocidad que manchaba á veces las acciones de los héroes de Roma. Firme en sus opiniones y designios, tenia sin embargo todas las nobles inclinaciones de los corazones generosos, sufriendo penosos combates en su interior, cuando los sentimientos de la naturaleza estaban en oposición con las severas leyes del deber.

Nada indicaba en el exterior del Castellano á primera vista los sentimientos que le animaban. Sin embargo, el observador atento hubiera podido adivinarlos al ver su elevada frente y miradas vivas y penetrantes. Su talla era

mediana, aunque delgada y esbelta: su cabeza era de una beldad clásica: sus facciones, si bien pálidas, estaban animadas con la mas viva expresion, pero con un ligero tinte de melancolía. La profusion de cabellos negros adornaba su frente, y sus ojos negros y vivos daban nuevos encantos á su fisonomía.

Tal era el hombre que habia sabido inspirar la pasion mas violenta á la bella Constanza de Vargas, pasion tanto mas arraigada en su corazon, cuanto se hallaba apoyada en la admiracion y aprecio, mas bien que producida por el sentimiento eléctrico que engendra al primer amor, que llamamos simpatía, y causa frecuentemente la infelicidad de los que ciegamente se entregan á sus pretendidas inspiraciones. Constanza no era amada con menos ternura y rendimiento: las cualidades además de su corazon y los encantos de su persona eran dignos de la eleccion de don Hernando. Un mismo genio parecia animarles, atrayendo uno hácia otro: la propia elevacion de sentimientos, la misma generosidad se hacia notable en ambos. Constanza estaba dotada de una gran firmeza de espíritu, y de un carácter muy decidido; sus bellas facciones eran el espejo de su alma, y el amor habia suavizado algun tanto su aspecto altanero. El amor de las armas habia herido sus oídos, y deplorando la serie continua de desgracias y crímenes que desolaban á su patria, se habia acostumbrado á mirar la muerte con rostro impávido. Pero desde que la felicidad de su vida dependia de la conservacion de una persona á quien su situacion y sentimientos ponian de manifiesto, exponiéndole á riesgos continuos, no podia dejar de temblar, sabiendo que su fidelidad al monarca decaido era un crimen á los ojos del triunfante partido de don Enrique.

Sus vehementes cuidados se justificaban frecuentemente por importunos recuerdos. No podia disimularse que la conducta que habia observado con su pariente don Álvaro de Lara no estaba exenta de reconvenciones. Desde sus

primeros años, un enlace se proyectó entre ambos por sus familias respectivas, y Constanza no tenia entonces razon alguna plausible para oponerse á los deseos de su padre. Si su corazón no tomó parte en esta propuesta union, el rango y brillantes cualidades de don Alvaro no lo hacian por esto menos digno de una mujer cuyos afectos no se habian desplegado aun; y así recibia sus obsequios, y apreciaba su mérito, sino con satisfaccion, al menos sin repugnancia.

Algunos meses se habian pasado, cuando don Hernando conoció á la jóven desposada. Á favor de las frecuentes entrevistas que supo multiplicar sin término, la admiracion y afecto mutuo que ambos experimentaban no tardaron en cambiarse en un sentimiento mas tierno. En esta época las opiniones politicas desunieron á los Castros y Laras: Don Alvaro se declaró abiertamente por don Enrique, indignado de las crueldades que se atribuian al rey. Hacia parte de la faccion compuesta de la nobleza y clero, que conspiraban para precipitar del trono á don Pedro, y colocar la corona en las sienes de su hermano ilegítimo.

Don Egas, padre de Constanza, hombre prudente y cortesano, y no menos astuto y sutil, permaneció en el partido del rey, y sus sentimientos por Castro le inclinaron á escuchar favorablementè los deseos del Castellano.

En breve llegó á olvidar del todo el sagrado empeño que tenia con don Alvaro, para mas favorecer las miras de don Hernando. Un dia en medio de un transporte de realismo, juró por el honor de sus armas, juramento religioso que don Egas jamás habia violado, que su hija no se casaria nunca con el enemigo de su rey. No es difícil figurarse como recibiria don Alvaro esta noticia: su amor por Constanza, haciéndole olvidar toda otra consideracion, le hizo formar la resolucion de exigir el cumplimiento de la promesa que se le habia hecho. Pero el orgullo volvió á recobrar su ascendiente, y creyó que estando Constanza har-to honrada con su eleccion, derogaria de su dignidad, si

daba el menor paso para una conciliacion. En su consecuencia escribió á don Egas para reconvenirle por su falta de palabra, jurando al mismo tiempo que no lo dejaria libre de su empeño, á menos que escogiese para reemplazarlo una persona mas digna que el favorito de un tirano. Esta carta llenó de confusion á don Egas, y durante algun tiempo trepidó acerca del partido que deberia tomar. El carácter de don Alvaro, y sus violentas amenazas reiteradas, inquietaban su prudencia; pero afortunadamente para Constanza y Castro, las dudas y temores de don Egas, estaban contrapesadas por el sesgo que tomaban entonces los negocios del partido de Trastamara.

Don Pedro acababa de descubrir una nueva conspiracion, y los culpados pagaron con sus cabezas. Este acontecimiento dió nuevo calor al realismo de don Egas, quien no se opuso mas á los deseos de don Hernando. Las amenazas de Lara fueron olvidadas, viendo el favor de que su rival gozaba con el rey; y con razones tan concluyentes, don Egas hubiera obrado contra su propia reflexion, si hubiese adoptado otro sistema de conducta. Así es que el desapego que existia entre las dos casas se cambió en un rencor irreconciliable. Don Alvaro ardia de furor é indignacion viéndose víctima de aquel á quien miraba como un perjuro. No podia soportar la idea de tener á don Hernando por rival, y aun menos la de sufrir que fuese el poseedor de la mano y corazon de Constanza.

Castro y Lara habian sido en su juventud amigos íntimos. La igualdad de su edad y clase y las brillantes cualidades que los distinguian les habian inspirado naturalmente un afecto y amistad mutuos, que las circunstancias cambiaron por desgracia en rivalidad y aversion. Deseaban ambos ardientemente adquirir gloria: los dos esperaban que su espada les aseguraria la mas alta nombradía, á costa de gloriosos hechos guerreros, y la naturaleza les habia dado el mismo grado de valor y resolucion.

Sin embargo de la perfecta similitud que parecia reinar

entre los caracteres de ambos jóvenes, una gran diferencia existía entre los motivos que les hacían obrar. Don Alvaro corría en pos de la gloria, y creía encontrarla en las aventuras peligrosas. Don Hernando la buscaba en sí mismo. Así don Alvaro se había unido al partido de Trastámara, con la esperanza de que favorecería sus miras ambiciosas ofreciéndole la ocasión de desplegar su ánimo y las apreciables cualidades de que eminentemente se hallaba dotado; y esta es la razón porque don Hernando permaneció fiel al rey.

En su generoso corazón, la gloria se identificaba con la lealtad, y miraba su sacrificio por una causa justa como mucho más honroso para él, que la nombradía que hubiera podido obtener tan fácilmente bajo otras banderas.

Hernando era independiente por gusto y por principios; y mientras que don Alvaro uniéndose á la fortuna de aquel á quien decoraba con el pomposo título de libertador de su patria, se lisonjeaba de participar de su gloria. Castro, seguro de la justicia de la causa que abrazaba, se decía á sí mismo con orgullo, que con más razón que Alvaro podía calificar de desinteresados á sus servicios.

Este no miraba las ventajas de que estaba dotado sino como medios para adquirir nombradía; al paso que el Castellano no estimaba los suyos, sino en cuanto le colocaban en disposición de obtener honrosos resultados. Ambos rivales tenían pasiones muy vivas, los dos eran susceptibles de abandonarse á los movimientos más impetuosos; pero en don Alvaro la explosión de la cólera se asemejaba á la erupción de un volcán que deja horribles vestigios en su carrera; mientras que don Hernando era como el resplandor súbito de los fuegos del norte, que brillan, desaparecen, y no dejan en pos de sí ningún signo de desolación.

Tales eran los dos ilustres caudillos, amigos en la adolescencia, pero enemigos en edad más avanzada, cuya animosidad se aumentó considerablemente por su funesta rivalidad. Constanza estaba harta enterada de estos porme-

nores, y reflexionaba amargamente sobre la incertidumbre de su situación. La fortuna había vuelto el poder á las manos del hombre á quien había ofendido; mientras que aquel á quien amaba estaba fugitivo, rodeado de peligros, y acaso ausente de ella para siempre.

Pero por funestas que fuesen estas reflexiones, lo eran aun mucho menos que los temores que brotaban de las mismas. No solamente tenía que llorar la ausencia de don Hernando, sino tambien nuevas importunidades de parte de su antiguo amante. Don Alvaro la había amado apasionadamente, y acaso en medio de la exaltación que la felicidad y buen éxito de los sucesos hacen nacer en un corazón joven y generoso, pudiera haber llegado á olvidar las quejas que tenía de ella, y solicitar de nuevo su mano. Dado este paso, era fácil inferir sus consecuencias; y con el conocimiento de la inestabilidad del corazón humano podía temerse que el ardor del realismo de don Egas se hubiese enfriado por efecto del cambio sobrevenido en la atmósfera política.

Sin embargo, don Egas era orgulloso, y debiera sonrojarse de seguir un impulso tan contrario á los sentimientos de que se había gloriado. Esta idea tranquilizaba en parte á Constanza; pero semejante consuelo era como el relámpago, que disipa por un momento la obscuridad que reina en derredor del descaminado viajero, para hacérsela aparecer despues mas profunda y tenebrosa. Vacilando entre el temor y la esperanza, la desgraciada Constanza no podía lograr el sueño, y acaso no lo deseaba, para evitar espantosas ilusiones, mucho mas penosas para su imaginación que los tristes pensamientos que la privaban del reposo. Así pues, esperaba con impaciencia la aurora del siguiente día, que debía traerla nuevos y siniestros anuncios.

IV.

Un rey fugitivo.

El Castellano y su lúgubre compañero continuaron su camino en medio de la obscuridad. No se oía el mas ligero rumor, y algunas personas, á quienes sorprendiera la noche en aquellas inmediaciones, causaron á ambos algunos momentos de alarma. Rufino se dirigió hácia un paraje solitario á la orilla del Guadalquivir, y parándose de repente se volvió hácia don Hernando.

— Es preciso separarnos, dijo en voz baja, seguid el curso del rio, y en breve os encontraréis en la humilde cabaña de un pescador, donde espera vuestra llegada el que poco ha era el dueño de Castilla, y al presente va fugitivo y errante. Vuestra prolongada ausencia ha obligado al rey á buscar un asilo mas sencillo y retirado. ¡ Adios, señor, pueda el cielo guiar vuestros pasos!

— Detente, Rufino, dijo Hernando, no puedo dejarte partir sin exigirte la explicacion de este misterio. ¿ Qué significa la expresion de horror que se halla impresa en tus facciones? ¿ De dónde proceden las manchas de sangre que se encuentran en tus manos y vestidos?

Rufino se estremeció, como si saliese de un espantoso sueño; una horrible sonrisa se asomó á sus labios; sus negros ojos brillaron con desusado fuego, y despues de unos cortos momentos de silencio dijo con tono bajo y solemne,

— ¡ Soy una homicida!!!

El Castellano retrocedió involuntariamente.

— Si, un homicida, continuó Rufino con emoción que iba en aumento. ¿ Porqué llamarán homicidio á lo que solo es un acto de justicia, severa, pero equitativa? Cuando las leyes no tienen bastante vigor para vengar á un hombre

ofendido; ¿no será excusable que tome justicia por su propia mano? Sin embargo, no sé porque, ¡pero yo tiemblo!... ¡No habia nacido para teñir mis manos en la sangre!... Soy un pobre artesano, pero no un bandido. Una escandalosa injusticia me ha excitado á este crimen, y sin embargo me siento agitado por un vago terror que no puedo describir.

Pronunció estas palabras con un acento el mas conmovido, pero volviendo en si de repente, dijo:— ¡Yo no he manifestado que fuese un homicida!... ¿Me ha escapado acaso esta palabra?... Vamos, no hay remedio, el tiempo escasea; acordaos que vuestro dueño os aguarda. Apresuraos, y que Santiago y la Virgen os conserven á ambos para mejores tiempos.

— Espera, Rufino, dijo Castro con viveza; acaso algun error causado por tu carácter entusiasta te ha conducido al crimen. No puedo encontrarte una excusa plausible, pero el arrepentimiento puede reparar tu falta. Tu corazón, lo sé muy bien, no es perverso, y es mas bien extraviado, que criminal. Sin embargo, tu vida corre un doble riesgo por esta circunstancia y por tu fidelidad, que me es bien conocida. Hace tiempo que admiro tu leal conducta, y el que posee esta virtud no puede ser indiferente á Hernando de Castro: ven conmigo y participa de mi suerte.

El artesano miró á Castro con sorpresa, y durante algun tiempo no pudo encontrar frases para expresar su emocion. Sus facciones, antes tristes, brillaron con un lustre extraordinario. Abundantes lágrimas vinieron á aliviar su corazón oprimido, y su callosa mano ofrecia un contraste entre las pruebas del crimen impresas en ella, y las lágrimas de reconocimiento que iba enjugando.

— No, no es posible, ¡oh el mas noble de los amos! yo os doy gracias de lo mas vivo de mi corazón, pero no puedo aceptar tantas bondades. Las leyes acaso pondrán bien pronto un término á mi deplorable existencia; pero hasta entonces, aunque solo sea considerado como un miserable asesino, no abandonaré por esto á los infelices que no tie-

nen mas apoyo que el mio sobre la tierra. Soy padre, añadió con voz trémula, que expresaba toda la energía de su desesperacion. Partid, señor, ya volverémos á vernos. Al acabar estas frases, se arrodilló, besó con ardor la mano de don Hernando, y levantándose de repente, desapareció en pocos instantes de la vista del sorprendido Castro.

El Castellano se dirigió entonces al paraje donde, segun las instrucciones de Rufino, debía encontrar al rey. En pocos minutos divisó la cabaña del pescador, y mientras se acercaba oyó un agudo silbido que le hizo estremecer. Se adelantó con precaucion, pero su inquietud se vió al momento disipada porque solo encontró amigos. Dos hombres estaban de centinela delante de la puerta de la humilde morada, donde permitieron entrar á Hernando luego que lo hubieron conocido, no quedando este poco admirado del espectáculo que se ofreció á su vista.

Don Pedro, sentado en un rústico banco, estaba comiendo con mucho sosiego unos pescados fritos que le iba preparando una robusta doncella. Ninguna expresion de abatimiento se pintaba en su rostro, y el conocimiento de su dignidad unido á su natural orgullo parecian sostener su ánimo en medio de la humilde situacion á que se miraba reducido. Sus bellas facciones se manifestaban tranquilas en medio de las turbulentas pasiones que le devoraban. Sin embargo no habia simulacion alguna en el apetito con que iba honrando la parca comida colocada delante de él. En el rincon mas apartado de la choza se encontraban el anciano pescador y sus hijos, observando el menor movimiento de su augusto amo. Todos estaban armados, así como el rey, quien tenia al lado la espada desnuda. Esta circunstancia, unida á los groseros vestidos que le cubrian, y á las armas que pendian de su cintura, daba la apariencia de un bandido de los montes al que pocos dias antes era el dueño absoluto de toda la Castilla.

Á la verdad el paraje en donde los caprichos de la fortuna y sus propios errores habian obligado á don Pedro á bus-

car asilo, estaba en perfecta armonía con su exterior actual. Era una misera choza, alumbrada por un mezquino candil, y casi inhabitable por las numerosas rendijas que por todas partes permitían la entrada al aire exterior. Todos sus muebles consistían en una pequeña mesa, cerca de la cual se hallaba el rey sentado en dos bancos carcomidos, uno de los cuales estaba colocado junto al fuego. Hasta la construcción particular de la chimenea proporcionaba la incomodidad de esparcir el humo por aquella triste mansión, que unido al del aceite que se evaporaba en la sartén de que hacía uso la hija del pescador, contribuía á aumentar la desagradable impresión que experimentó Hernando al hallar á su rey en aquella misera y oscura cabaña.

Á su llegada le miró don Pedro con ademán severo.

— Al fin te veo, dijo.... Creo que me has faltado á la palabra.

— Príncipe mio, respondió el Castellano con arrogancia, un pensamiento semejante que tanto ultraja mi experimentada fidelidad, no ha podido concebirse por V. A.

— Sin embargo, llegas una hora mas tarde de lo que habíamos convenido, y seguramente tal negligencia no es digna del caballero de la lealtad; pero quiero ahorrarte las excusas: te perdono por esta vez en consideración á la causa de tu demora. Tu estás enamorado, Castro, y la fama publica altamente los encantos de tu dama. No hablemos mas de tu falta, porque don Pedro en medio de todas las locuras y crímenes que se le atribuyen, no ha tenido jamás la debilidad de negar el crédito á un caballero, ni de faltar á la galantería con las damas. Mientras tanto, mi fiel amigo, ¿quieres participar de mi deliciosa cena? Toma, Hernando, este pescado es un bocado de rey, y estoy seguro que S. A. el señor de Trastámara le encontraria digno de su delicado y *Real* paladar, por *ilegitimo* que sea su gusto bajo otros conceptos.

Pronunció estas frases haciendo un penoso esfuerzo para parecer placentero; después fijando sus expresivas miradas

sobre el plato de barro que tenia á la vista, dijo con voz baja, pero enérgica. — ¡Infame bastardo! — Sus facciones se cubrieron de un velo sombrío. Pero levantando despues la cabeza y dando un fuerte golpe sobre la mesa, dijo con el entusiasmo que inspira un triunfo anticipado:

— ¡Dème el cielo vida, y mi turno llegará!

La moza que traia en aquel momento un nuevo plato de pescado, alarmada con la repentina exclamacion del rey, y la vehemencia de sus palabras, pareció llega de consternacion. Don Pedro, al ver su espanto, procuró tomar un ademán mas apacible. — Sí, repitió. llegará mi vez, pero entretanto comamos algunos pescados mas.

— Morena mia, añadió, tomando el plato y mirándola con semblante sosegado, tienes tal talento para freir pescado, que mereces sin duda un puesto en las cocinas del alcázar. Y tú, caballero de la lealtad, ¿no te sientes aun movido á vista de estos succulentos manjares?

— Os doy gracias, Señor, pero no puedo aceptar vuestro convite.

— ¡Cómo! ¿has perdido tambien el apetito, además de la querida? Á fe mia, que es una doble calamidad; pero aun cuando sea así, piensa un poco menos en ella, y un poco mas en tí; ten filosofía, y sigue mi ejemplo. Si comparamos nuestras pérdidas, la mia es ciertamente mas difícil de reparar. Suponiendo que realmente hayas perdido á tu querida, una dama bella y virtuosa no es difícil de encontrar; pero, añadió con energia, ¿dónde volveré á hallar un reino como el de Castilla?

— ¿Supongo, señor, que no lo considerais perdido?

— ¡Perdido! ¡no, por san Fernando! ¿Si yo pudiera creerlo, piensas que me sometiera cobardemente á huir delante del bárbaro usurpador? Es preciso que conserve mi vida para poder mas adelante gozar del triunfo que me espera. Si, continuó levantando la voz, Castilla volverá á verme, y entonces ¡ay de los rebeldes! Cruel me apellidan, y cruel me encontrarán!

Al pronunciar estas palabras, echó en derredor de sí miradas terribles y significativas. Parecia que anticipadamente gustaba ya el horrible placer de la venganza. Sus ojos despedían centellas, sus labios apretados, su risa sardónica y todas sus facciones, expresaban los negros sentimientos que agitaban su pecho.

Los espectadores de esta escena se hallaban petrificados, y Hernando de Castro sentía un amargo tormento. No pudo dejar de suspirar al ver esta nueva prueba del espíritu de venganza y ferocidad del rey, reflexionando que hasta las lecciones de la adversidad no producían efecto alguno en aquel corazón empedernido. El carácter de don Pedro estaba agriado, pero no vencido, por los infortunios de que su violencia era la causa principal. En lugar de aprovecharse de los consejos que la desgracia le suministraba para tomar la firme resolución de vencer su carácter y gobernar su reino con más moderación y prudencia, solo anhelaba el momento de entrar de nuevo en su antiguo poder para satisfacer las rencorosas pasiones que ocupaban su ánimo. Hernando amaba al rey á pesar de sus faltas, que le eran tan notorias, y que no podían dejar de conocer hasta sus más íntimos amigos; y se esforzaba en disipar la impresión poco ventajosa que necesariamente debían causar su imprudencia y accesos violentos. Muchas de las personas adictas á don Pedro, indignadas de su porte y desesperando de su enmienda, se habían ido alejando de él, quedándose muy pocos que, como el Castellano, fuesen tan esclavos de sus deberes y juramentos, que le permaneciesen fieles, á pesar de las continuas seducciones, capaces de tentar á un hombre menos leal hácia un rey que tan mal recompensaba los servicios de sus más decididos vasallos.

Trató, según costumbre, el Castellano de distraer al rey de los proyectos de venganza que le ocupaban. Tomó una de las copas de madera que se miraban sobre la mesa, y llenándola hasta los bordes de un vino ácido de poco cuerpo, la elevó, y dijo:

— Á la salud de nuestro legítimo soberano don Pedro, rey de Castilla. Proteja el cielo su causa, y nos ayude á reconquistar su trono y corona usurpados.

— ¡ Amen! respondió toda la familia del pescador unánimemente.

— Yo os doy gracias, mis buenos amigos, dijo el rey, arrancado por esta provechosa distraccion de sus tetricos pensamientos, y conmovido por el interés que le manifestaba su fiel caballero y pobres habitantes de la choza:

— ¡ Ah señor! dijo el anciano pescador con emocion; Jesucristo y Santiago no nos abandonarán. ¡ Ay de mí! mi tiempo pasó ya, pero cuando tomé las armas por don Alfonso vuestro generoso padre, y que nos batimos con los moros de Granada....

Uno de los asistentes empujó al anciano para impedir que continuase, temiendo que el rey se diese por ofendido de la libertad que se tomaba, y al mismo tiempo uno de los centinelas le avisó la llegada de la galera que se esperaba. Don Pedro se levantó entonces, y todos se prepararon para la partida.

— La noche está ya muy adelantada, ó mas bien, ya tenemos el crepúsculo del día, dijo el rey. Apresurémonos á partir, y ver sin nuestro primo de Portugal querrá dar asilo á un príncipe desterrado. Adios, mis buenos amigos, dijo dirigiéndose á la familia del pescador. Vivid seguros que jamás olvidaré mi última cena en España, ni á la morena que la preparó.

Al acabar estas palabras dió á la robusta beldad un golpecito sobre la mejilla, y salió de la choza, seguido de dos ó tres criados, los únicos que le habian permanecido fieles. Dejaron en la puerta al anciano pescador invocando todas las bendiciones del cielo en favor del rey fugitivo.

Avanzaron silenciosamente hácia las orillas del rio, donde el hijo del pescador y dos de sus compañeros preparaban el barco que debia conducir á don Pedro á la galera. Don Hernando saltó ligeramente en él y le tendió la ma-

no para ayudarle á embarcar ; mas su atencion se vió excitada por un grito agudo que vino á herir sus oidos. El rey se volvió hácia aquel lado y suspiró , diciendo :

— ¡ Es él ! es ese maldito platero , ese infiel judío que me persigue con sus maldiciones y funestos presagios !

Todos dirigieron la vista hácia el paraje de donde salió el grito , y á poco repararon á alguna distancia sobre un collado inmediato , una persona cuyas facciones no podian descubrirse manifiestamente por la escasa luz , pero que parecia ser un anciano. Sus blancos cabellos flotaban á merced del viento , y sus manos estaban extendidas como si quisiese prorumpir en alguna horrible imprecacion. Estaba cubierto de andrajos , y la singularidad de su traje , y los profundos gemidos que exhalaba , probaban que algun vivo sentimiento le habia privado del uso de la razon.

— ¡ Ay de tí , rey cruel ! exclamó , con una voz estrepitosa ; ¡ ay de tí ! ¡ Yo he venido para sembrar espinas en tu fuga ! ¡ Tú partes , pero te perseguirán las maldiciones de un padre que ya no tiene hijos ; ¡ ellas te acompañarán en todos tus pasos ! Tú me verás aun dos veces , cuando la medida de tus iniquidades se halle colmada , y tu carrera terrestre se halle próxima á su fin.

Todos los espectadores de esta escena parecian heridos del rayo ; y el jóven pescador , sacando un puñal de su cintura , queria reducir al silencio al profeta de la desgracia ; pero el rey se lo impidió , y le dijo con calma :

— Deja en paz á este miserable : este es el mejor medio para probarle el poco caso que hago de sus profecias : el viejo caduco puede continuar sus extravagancias tanto como querrá , pues que el águila nunca se arroja sobre un cadáver infecto. Partamos.

— Estas palabras te han escapado en una hora fatal , respondió el anciano. El vuelo de una águila cabalmente será el que cause tu caída ! ¡ Sí , el águila de Bretaña ! ¡ guárdate de ella , y de la torre de la Estrella !

— Yo te doy gracias , gran sabedor dijo , don Pedro con

tono burlesco, yo te agradezco tus saludables advertencias.

— Sí, sí; mófate y blasfema, ¡monarca orgulloso! Pero el día vendrá en que los hijos de Castilla se regocijarán con tu ruina! Recuerda bien que aun volveremos á vernos. Dijo, y desapareció al instante.

— ¡Pobre desdichado! dijo el rey: ha hecho bien en irse, porque ya principiaba á cansarme de sus bachillerías. Cualquier placer pierde sus encantos cuando se prolonga demasiado. Al presente, señores, debeis saber que este judío me habia regalado antes con sus truhanerías, queriéndome demostrar que está dotado de un espíritu profético. Quisiera saber á toda costa donde adquiere sus inspiraciones ese israelita: yo pensaba no volver á oír hablar mas de él.

— Este hombre es ciertamente el platero de Carmona, dijo el Castellano.

— Es el mismo, repuso el rey, es aquel avaro samaritano, que habia incurrido en la pena capital. Su hijo, jóven perillan, se ofreció á sufrir la sentencia señalada al padre; para que la justicia no experimentase mengua en sus derechos, y á fin de complacer al judío, di mi consentimiento para este cambio, y como ya lo sabeis, el hijo fue ahorcado. Desde entonces su padre se puso furioso, y dejando su primitivo oficio, ha principiado sus profecías. ¡Pero, por san Fernando! seria bien donoso que un rey se hallase expuesto á semejantes insultos, siempre que tratase de castigar á un vasallo rebelde y pertinaz!

— Es evidente que este hombre ha perdido el juicio, dijo uno de los presentes.

— No, no, respondió don Pedro; sus predicciones manifiestan mas doblez que demencia. Me está amenazando con el águila de Bretaña, y la torre de la Estrella: para esto ha necesitado mas bien memoria que don de profecía, porque segun la opinion de no sé que vieja sibila de antaño, existe una tradicion que anuncia la ruina de don Pedro.

llamado por atencion el Cruel, con los tres signos misteriosos del águila, la torre y una estrella.

Durante este coloquio habian llegado ya á la galera, donde se hallaban las dos hijas del rey, y tres ó cuatro de sus mas fieles allegados. Con esta mezquina comitiva partió el ex-soberano de Castilla, bogando silenciosamente y como á hurtadillas sobre el mas famoso rio de un reino que acababa de perder.

El dia iba despuntando y permitia distinguir los objetos inmediatos. Nada mas agradable que el espectáculo que presentan las márgenes del Guadalquivir poco antes de la salida del sol. Los montes lejanos, las aldeas, las elegantes villas y castillos flanqueados de torreones, se ofrecen rodeados de los vapores matutinos, asemejándose á creaciones fantásticas en medio de misteriosas sombras. Por grados se va disipando la niebla, cual si el astro del dia corriese un velo que interceptara sus propios resplandores; y en poco tiempo aquellos objetos que apenas se descubrian, vienen á encantar agradablemente con sus distintas formas y tintes ricos y variados. Los campos cubiertos de rocío centellean á los rayos del sol; los árboles y plantas ostentan sus flores y frondosidad, y los castillos y caseríos animan y varían aquel risueño paisaje.

Entretanto la galera se deslizaba ligeramente sobre las aguas cristalinas del Betis, al paso que los que iban en ella observaban melancólicamente y con amargos recuerdos los sitios bien conocidos que desaparecian á su vista. El silencio mas profundo reinaba á bordo del buque, pues todos los corazones estaban oprimidos al despedirse, acaso por largo tiempo, de estas magnificas escenas. Las risueñas aldeas que bordaban las márgenes del rio parecian huir, y apenas miradas habian ya desaparecido. De esta suerte pasaron tambien á la vista de don Pedro y de sus compañeros un considerable número de casas de recreo y soberbios castillos de los grandes y ricos hombres.

El rey con los brazos cruzados contemplaba este cuadro

móvil, cuando llamó especialmente su atencion el aspecto de una fortaleza que elevaba su imponente y majestuosa mole sobre un peñasco inmediato, y estaba guarnecida de torreones de diferentes formas, sobre los cuales ondeaban varias banderas, y entre ellas la de don Enrique.

— Observa, Hernando, dijo el rey con visible descontento: he aquí el soberbio castillo de don Pedro Lopez de Ayala, uno de los favoritos del usurpador. ¡Caiga, si, sobre mi la maldicion del cielo, si no mando arrasar esta fortaleza hasta sus cimientos! Este Ayala es uno de los mas sediciosos entre los rebeldes. ¡Por mi perdida corona! que no tengo enemigo mas acérrimo en toda Castilla, y sin embargo, es preciso confesar que es un valiente caballero.

— Y además un sabio, añadió Castro.

— ¡Oh! verdaderamente sabio, respondió el rey con tono de mofa. Me han dicho que está escribiendo la historia de nuestra época, y segun los sentimientos que le animan en orden á mi persona, es fácil adivinar en que términos transmitirá mi elogio á la posteridad.

— Príncipe mio, respondió Hernando, esta historia no verá acaso la luz del día, y entonces la posteridad no será engañada por la parcialidad del autor.

— Esto dependerá de las circunstancias, dijo don Pedro, esperemos el fin del drama, y el que sobreviva á la catástrofe podrá juzgar de ella. Si don Enrique tuviese la ventaja (no lo permita el cielo) se viera la caridad con que ajaria Ayala mi memoria, la imparcialidad con que describiera mis faltas, y el entusiasmo con que quedarían celebradas las virtudes de un vil usurpador, para edificacion de la posteridad. ¡Por San Fernando! que ninguna indulgencia tendría que esperar, porque no es muy ligero delito en un soberano el de atacar los abusos de los grandes, ni muy fácil contener en sus justos límites á los nobles ambiciosos, á los cortesanos corrompidos, ni á los clérigos insurgentes. Pero sean en mi ayuda el cielo y mi fiel espada, y no les irá muy bien con el justiciero; á lo menos el señor de Aya-

la hará bien en apresurarse á terminar su historia , pues pudiera acaso ver mas pronto el fin de su vida , que el de esta obra. Y entonces , añadió con amarga sonrisa : ¡Ojalá se hallase en mi poder , y le grabaría sus viñetas en la cabeza con un punzon de acero!

— El país circunvecino se mira tranquilo , dijo Hernando buscando apartar al rey de este penoso asunto.

— La hora de esta canalla no ha venido , respondió el rey , y seguramente me supone aun encerrado pacíficamente en mi alcázar.

Mientras tanto la galera proseguia rápidamente su curso , y nosotros la dejáremos continuar su viaje para volver al castillo de don Egas de Vargas , donde la triste Constanza lloraba la partida de su querido amante.

V.

Peligros y sorpresa.

Constanza se levantó llena de fatiga y agitacion , y al dejar su triste lecho hirió sus oídos un rumor confuso y discordante. Este provenia de una compañía de soldados que de Toledo pasaban á Sevilla , y que avanzaba hácia el castillo , llenando el aire de canciones obscenas al compás de estrepitosa algazara.

Hizo don Egas llamar á su hija , y esta , que bajó al momento , encontró al anciano en ademan consternado , midiendo la gran sala con precipitados pasos , de tal suerte embebido en sus reflexiones , que hasta despues de algun tiempo no reparó en su llegada.

— Buenos dias , padre mio , dijo al fin Constanza.

— ¡Ah! que Dios os bendiga , mi querida hija. Vamos probablemente á pasar un terrible dia ; ¿ oís estos gritos ? Son los de una tropa de bribones sin disciplina , mas acos-

tumbrados á tender lazos á los que se extravian de noche en las calles solitarias de Sevilla, que á combatir bien y lealmente en campaña. Sin embargo, no podemos negarles el título de soldados, pues al fin sirven al rey.

— ¡Al rey! exclamó Constanza, yo creía mas bien que pertenecen á don Enrique.

— Esto es cabalmente lo que queria decirte, hija mia. Trastamara es al presente nuestro rey; por cierto que ese atolondrado de don Hernando me ha hecho hacer un papel brillante.

— Vos me sorprendéis, padre mio, dijo Constanza; seguramente, vos no. . .

— ¡Cómo! dijo don Egas interrumpiéndola con impaciencia, ¿si pretenderéis acaso hacerme un sermón sobre mis opiniones? Yo siempre me pronuncio por la autoridad constituida: siempre por el rey reinante. Tengo mis predilecciones particulares; ¿pero qué quereis? es preciso hacerlas ceder á vista de la omnipotente necesidad, cuando se halla en oposicion con mis propios deseos.

Constanza no trató de replicar, porque sabia por experiencia que cuando su padre se hallaba en semejante disposicion mental, una sola palabra bastaba para éxaltarle mucho mas.

— ¿Qué suponen todas las virtudes humanas, si no las acompaña la prudencia? continuó don Egas. Si, la prudencia, y esta es precisamente la que no tenia el ex-rey de Castilla. Dios me es testigo que siempre me he declarado por la justicia; y muy justamente es que don Pedro ha perdido la corona en castigo de su mala conducta y de sus crímenes. Al presente me lisonjeo que don Enrique evitará cuidadosamente estrellarse en el escollo mismo en que ha naufragado su predecesor.

Nuevos clamores pusieron fin á este discurso edificante del flexible don Egas. Se puso muy inquieto y cuidadoso, porque á pesar de su prudencia tan ponderada, sabia muy bien que se habia hecho culpado á los ojos de Trastamara por su adhesion á don Pedro.

Además temia que la tropa de bandidos que se acercaba, no apreciase en el punto que deseaba su repentina conversion y tardío convencimiento de los vicios de don Pedro y de las virtudes de su rival. Este error de cálculo habia sido siempre fatal á aquellos sujetos dotados de opiniones tan cómodas como las de don Egas. Su inquietud se acrecentó aun con la aparicion súbita de un hombre alto y seco, de aspecto severo, que desempeñaba las triples funciones de mayordomo, alcaide del castillo, y consejero de su señor.

Este extraño personaje manifestaba tanta emociion como sabian expresar sus facciones duras é impasibles; porque de tiempo inmemorial los signos característicos de su fisonomía eran una indolente taciturnidad y una especie de murmullo mental.

— Y bien, Pimiento, dijo don Egas. ¿qué vienes á anunciarme? ¿qué significa tanta emociion?

— Señor don Egas, respondió Pimiento, ¿ intenta V. S. poner el castillo en estado de defensa? Si así fuese, por san Fernando, no hay que perder tiempo, porque el enemigo se adelanta.

— Pimiento, seguramente has perdido la cabeza, dijo don Egas. ¿Cómo puedes imaginar que tratemos de resistencia? Es demasiado tarde para ello, y el castillo está enteramente desprovisto de todo medio de defensa.

— No lo está, si Dios y el ejército celeste combaten por nosotros, repuso Pimiento; ciertamente estamos escasos de municiones, y la guarnicion es poco numerosa, mas sin embargo...

— ¡ La guarnicion! ¡ maldito Pimiento! tú deliras sin remedio: harto lo veo, tus visiones quiméricas sobre el valor y las hazañas caballerescas te han trastornado el juicio.

— ¡ Eterno Dios! exclamó Pimiento: cayó en decadencia el antiguo ardimiento de los Vargas. El intrépido don Vasco no hubiera recibido así mis consejos; el recuerdo del Cid....

— ¡ Aun mas dislates! dijo don Egas; ¿ y de qué auxilio

podría servirnos el Cid contra un destacamento de enemigos?... del partido victorioso, quise decir. ¿Con cuántos hombres cuento en estado de servicio? ¿Acaso ignoras que no hay en el castillo mas que diez habitantes, en cuyo número se incluyen una anciana sorda, un hortelano paralítico, un tonto, y el capellan? Anda pues, y en vez de pelear con esos caballeros, esfuérzate en granjearnos su favor antes que nos intimen la rendicion.

— ¡Estos caballeros!... ¡granjearnos su favor!... murmuró Pimiento, disponiéndose á partir, mientras que se lo impidió la llegada de otro de los sirvientes de don Egas.

— Ya estan aquí, dijo el recién llegado entre colérico y sobrecogido, y lo menos ascienden á cuarenta.

— ¡Dios nos defienda! dijo Pimiento; pero su piadosa invocacion fue interrumpida por las voces de la soldadesca desordenada, que visitaba la cocina y bodegas del castillo, antes de saludar al señor castellano.

— ¡Jesus, Maria! exclamó Pardillo, que era el que acababa de entrar, torciéndose las manos en ademan desesperado.

— Sal de aquí poltron, dijo el valiente Pimiento, echando sobre aquel una mirada de desprecio. Este cobarde se extremece como si todo estuviera perdido, y aun querrá esta gallina mojada echarla de hombre. ¡Oh vergüenza!

— Señor Pimiento, respondió Pardillo, todo esto está muy bueno, ¿pero les habeis visto las caras á estos hombres? Sobre ellas está impresa la muerte y el pillaje. ¡Jesus, Jesus, Belcebuth tiene su corte por aquí.

— ¿Mas de qué provienen todos estos clamores? preguntó don Egas.

— Yo no sé que quieren, señor. Estan preguntando donde os hallais para mataros; pero yo he discurrido un medio para sustraeros á sus horribles proyectos.

— Pardillo, no digas extravagancias; no pensarán en semejante crueldad.

— Perdone V. S.; mas sus malos designios se verán fruis-

trados por mi estratagema, porque he jurado.... en falso, es verdad, pero esto no puede ser pecado, porque de ello ha de resultar un bien tan grande....

— ¿Y qué has jurado?

— Que V. S. había muerto, y estaba enterrado en la bóveda de su familia: así pues, mientras os mantegais escondido, todo irá bien.

— ¡Jamás! ¡Yo consentir en ocultarme! ¡nunca! ¡nunca! exclamó don Egas con orgullo.

— ¡Jamás! repitió Pimiento con tono enfático.

— ¡El cielo me valga! dijo el trémulo Pardillo, mas considerado, señor, que me matarán, para castigarme de la inocente historia que les he forjado. ¡Oh! ¡señor, señor, vamos á ver cosas terribles! ¡Ya creo sentir en mi cuerpo las puntas de sus aceros!

Constanza formaba el debido concepto del peligro en que se hallaban. El castillo había sido abandonado por la mayor parte de sus habitantes al primer anuncio de la proximidad de don Enrique, y á pesar de esto no se había logrado persuadir á don Egas á que se retirase á Sevilla. El orgullo lo retenía en el castillo de sus ascendientes, y acaso contaba con su sutileza para ganarse la voluntad del partido contrario. Mientras tanto, el fuerte se hallaba á la merced de una soldadesca brutal y desenfrenada, mucho mas formidable por la insolencia del triunfo, y por la embriaguez á que se entregaba. En esta extremidad, creyó Constanza que sería peligroso el que su padre se diese á conocer. Pardillo buscaba medios para fugarse, y Pimiento con un aspecto grave y pasos mesurados, se adelantó á la facción indisciplinada, que hacia presa á todo lo que se hallaba á su alcance.

La ansiedad é incertidumbre de Constanza no fueron de larga duracion; un tumulto que siempre iba en aumento, anunció la proximidad de los revoltosos, y tres ó cuatro de esos miserables, en el último grado de su borrachera, se precipitaron en la gran sala, jurando y cantando en medio de frenéticos transportes.

— ¡Hola! por la gloria de don Enrique, dijo uno de los merodeadores, he aquí una bella chica, á fe mia. ¿y quién es ese viejo mentecato? ¡Hola! señor, es verdad que haya muerto el vil traidor don Egas?

— Don Egas no es un traidor, dijo este con firmeza, pues que su orgullo ofendido le hizo insensible al daño que le amenazaba.

— ¡Pecador! repuso el soldado, ¿pues cómo llamas tú al declarado amigo de don Pedro el Cruel y del señor don Hernando de Castro?

— Amigos míos, les dijo Constanza, yo os ruego que respeteis á este caballero: podeis disponer francamente de este castillo; pero esperamos al propio tiempo que no os separareis del orden de conducta que debe prometerse de tan honrada tropa.

— Así es el nombre que debe dársenos, pues que servimos al glorioso don Enrique. En cuanto á disponer del castillo, no quedaremos cortos, y en verdad que ya hemos hecho uso de la buena carne y excelente vino que hay en él; pero como hasta el presente lo mejor que hemos encontrado sois vos, es preciso que la impresion de esos tentadores labios me dé la justa bienvenida.

Al oír Constanza tales desatinos, se apartó atemorizada del insulto que la amenazaba, mas no pudo evitar con su prontitud que el atrevido dejase de estampar en su rostro sus asquerosos labios. A vista de esta afrenta, no pudo el anciano padre refrenar por mas tiempo su cólera, y sacando la espada se arrojó sobre el insolente.

— ¡Miserable! exclamó, aprende á respetar como se debe el honor nunca manchado de los Vargas, y acompañó estas palabras con dos estocadas que hicieron caer al soldado bañado en su sangre.

Enardecidos los compañeros de este por el deseo de la venganza, sacaron tambien sus espadas, y atacaron á un tiempo al valiente pero débil anciano. Este se apoyó contra una pared, é hizo cuanto supo para defenderse valero-

samente de sus tres adversarios, pero la empresa era superior á sus fuerzas.

Una lucha tan desigual no podia durar largo tiempo. Constanza vió con horror y desesperacion el peligro en que se hallaba su padre, y la fué imposible permanecer pacifica espectadora de esta espantosa escena. En el momento en que don Egas iba á sucumbir bajo los golpes de sus contrarios, se interpone entre los asesinos y su víctima, y recibe una herida que la arroja á sus pies. Los malvados, á pesar de su endurecimiento en el crimen, no pudieron dejar de estremecerse á vista de estos horrores, y retroceden inciertos de lo que deben hacer. En esta crisis, otros soldados, atraidos por el rumor de las armas, llegan al campo de batalla, y por otra parte acude tambien socorro á don Egas y á su heroica hija. Este era Pimiento, que blandia una larga y mohosa tizona, seguido de dos ó tres criados provistos con las armas que encontraron mas á mano. Pero sin embargo de su denuedo, y de los esfuerzos de don Egas se vieron obligados á ceder al mayor número de sus enemigos, que en breve los hubieron desarmado. Don Egas se hallaba exhausto de fatiga: su hija cubierta de sangre, yacia junto á él: el valiente Pimiento, que para sostener el ánimo de su pequeña tropa no habia cesado de invocar fervorosamente la proteccion del cielo, de Santiago y de todos los santos del paraiso, vió romperse su tizona en mil pedazos, y los restantes fueron agarrotados por los soldados; despues de lo cual, reflexionaron estos sobre el destino de sus prisioneros.

— Es preciso deshacernos de ellos, decia uno no haya compasion para este perro viejo. Seguramente este será el traidor don Egas, á quien se suponía muerto.

— La estacion es productiva, añadió otro, acaso habrá vuelto á brotar como una seta.

— Yo soy don Egas, dijo el anciano caballero con noble firmeza; la muerte hubiera sido un beneficio para mí, pues que me habria puesto á cubierto de tantos ultrajes;

pero dadme una espada, y aun me hallaréis dispuesto á hacerlos frente uno á uno.

— No se trata de esto, respondió el malvado, vais á morir ahora: sí, á morir de nuevo.

— ¡ Miserables! exclamó Pimiento, ¿ y os llamais soldados? ¿ Es este todo vuestro talento militar? ¿ No os avergonzais de luchar contra un débil anciano y su familia? ¡ Cobardes bribones! ¿ Dónde habeis aprendido la noble profesion de las armas? ¿ Era así como los valientes soldados del Cid se conducian despues de la victoria? ¿ Manchó jamás tan baja venganza á los guerreros que conquistaron á Sevilla á las órdenes de san Fernando, ó á los que pelearon en las famosas Navas de Tolosa, bajo el mando del caballeresco Alfonso VIII (4)?

— Calla, viejo caduco, dijo uno de los soldados. ¿ Qué tienen que ver san Fernando, el Cid, Alonso VIII, ó las Navas de Tolosa, con los viles enemigos de don Enrique?

— Me maravillo mucho, añadió el otro, que este vocinglero no haya estudiado para predicador. Al presente, camaradas, soy de parecer que enviemos estas buenas almas á hacer compañía al Cid y al rey Alfonso, tan pronto como sea posible.

Al decir estas palabras, él y sus compañeros se pusieron á amarrar á los demás presos, que miraban entonces su suerte como inevitable, y que sin embargo se preparaban á sufrirla con valor y dignidad. Algunos momentos se habian pasado en estos temibles preparativos, cuando Pardi-

(4) La batalla de las Navas, ó llanuras, de Tolosa, es uno de los hechos de armas mas célebres de los primitivos periodos de la historia de España. Los detalles de esta memorable accion parecen tan fabulosos, que algunos graves historiadores, han parecido dudar que tal batalla se haya dado en ningun tiempo. Sin embargo, esto seria un exceso de escepticismo, porque si puede ponerse en duda que periesen en ella cien mil moros, y solo veinte y cinco cristianos, parece á lo menos evidente que se ganó en aquel sitio una maravillosa victoria por don Alonso VIII, cuyo carácter fué el mas caballeresco de todos los reyes de España.

llo se precipita en la sala gritando con todas sus fuerzas:

— ¡Alabado sea Dios! Al fin he encontrado un libertador.

Apenas pronunciara estas frases, cuando un jóven cubierto de armadura completa entra en la habitacion.

— ¿Qué significa este desórden? dijo el desconocido al que mandaba la tropa.

— Nada, señor, mas que estos traidores han faltado al rey, haciendo resistencia á sus soldados; en vista de lo cual íbamos á tratarlos segun han merecido.

— ¡Miserables! dijo el jóven militar, ¿acaso se os ha hecho encargo semejante? Desatad las ligaduras de todos estos presos.

El soldado obedeció con gesto descontento.

— Señor don Egas, añadió el reciénvenido con ademán amistoso, no temais nada, nadie se atreverá ya á haceros el menor insulto, mientras que os halleis bajo mi proteccion.

— ¡Oh cielos! exclamó don Egas, ¿será posible? ¡don Alvaro de Lara!!!

— Sí, respondió este con gravedad, Alvaro, vuestro pariente, y antiguamente vuestro amigo, llega afortunadamente á tiempo de salvaros del deshonor y de la muerte. Pero, añadió con amarga sonrisa, nosotros debemos ser enemigos. ¡Ah señor don Egas! vuestra conducta ha sido bien cruel para mí; pero gracias al cielo he conseguido seros útil, aunque no conozcais los tormentos que me habeis hecho sufrir.

Don Egas no respondió palabra alguna; pero Constanza en medio de su desesperacion, fijando sus expresivas miradas en su jóven pariente, le dijo:

— ¡Ah, señor don Alvaro! no es ahora el momento de las reconvencciones. ¡Ay de mí! Ya veis el estado en que nos vemos reducidos. No es propio de un noble caballero recordar pasadas quejas, cuando la venganza está en sus manos.

— ¡La venganza! No, no, respondió Lara, no me haré

indigno de la estimacion con que en otro tiempo me favoreciais. Perdonadme, si he podido pronunciar alguna palabra que haya podido disgustaros, y mirad á don Alvaro como á amigo vuestro. No trataré de engañaros. La rabia, el orgullo y la venganza se han disputado mi corazon. He suspirado por el dia de la retribucion, y el cielo ha escuchado mi súplica. Llego, os veo en peligro.... dejadme gozar de la sola venganza de que es capaz mi alma.... llamadme vuestro amigo. Estais en el número de los proscritos; sin embargo, mis ruegos pueden mucho con don Enrique, y me lisonjeo que no permitirá que os sea hecho el menor daño, ni en vuestras personas, ni en vuestros bienes.

— ¡ El cielo me valga! exclamó el orgulloso Pimiento. ¿Qué crimen ha cometido mi noble amo para necesitar de semejante proteccion?

— Silencio, Pimiento, le dijo su amo: tú no sabes lo que pronuncias.

— Por la espada del Cid, y por el alma de todos los Apóstoles, muy bien sé lo que estoy diciendo. ¿Acaso es digno de enemigos generosos castigar á aquellos que solo les oponen una resistencia legitima para defender sus bienes y vidas? ¡ Ah, señores! acordaos de Bernardo del Carpio, y del noble Martin Pelaez, que jamás pensaron en castigar á sus enemigos por haber hecho su deber. Vuelvo á preguntar, ¿qué crimen ha cometido mi amo?

Don Álvaro no se sorprendió menos de este discurso, que del sujeto que se lo dirigia. Miró al ente macilento que tenia delante, y cuyas facciones pálidas y melancólicas y miradas sombrías hubieran demostrado al ser privado de razon, á no ser por la expresion severa y uniforme de su fisionomia.

— Amigo mio, le dice don Alvaro sonriéndose, no puedo dejar de alabar tu celo y energia. Cualquiera pensaria ver en ti á algun ilustre caballero con el disfraz de mayordomo. No rehusó sin embargo contestar á tus preguntas. Tu amo no ha cometido otro crimen que el de pertenecer al partido

humillado ; mas te aseguro que no es un daño muy ligero. Por lo demás, convengo en que me he excedido en usar de expresiones que han atraído este arrebató caballeresco. Permittedme, don Egas, que hable al rey de vuestro mérito, y con el tiempo me prometo que la experiencia os enseñará á servirle con tanta adhesion, como la que habeis manifestado por el que se ha hecho indigno del trono.

Se adelantó entonces hácia Constanza, y tomándola una mano, la dijo :

— Constanza, vos no podeis aborrecerme. La consideró con atencion fija, y el aspecto con que se ofreció á su vista hubiera bastado para encender la llama mas activa en el corazon de un hombre que no estuviese ya prevenido en favor suyo por los dulces recuerdos de una antigua pasion, que el tiempo no habia podido amortiguar. Don Alvaro sintió, pues, renacer todo su amor, y la última chispa de su resentimiento se consumió luego que hubo mirado á Constanza. No ostentaba entonces, como en otro tiempo, las escogidas galas, ni rodeada de la consideracion que proporcionan el poder y la fortuna, se presentara como el ídolo de una concurrencia numerosa, cuya atencion fijaba. Pálida y debilitada, arrancada apenas á los peligros mas espantosos, con los cabellos esparcidos, sus vestidos despedazados y manchados de sangre, se hallaba al contrario sin fuerzas, por efecto de la herida que habia recibido protegiendo á su padre de los furores de un asesino.

Don Álvaro se sintió vivamente conmovido : la dulce voz de la compasion despertó en su pecho su primitiva ternura, y se atrevió á imprimir un beso sobre la helada mano que estrechaba entre las suyas. Constanza no se dió por ofendida, pues la estaban ocupando mas serios pensamientos ; mas sin embargo, no dejó de preveer que esta señal de respeto y admiracion era la precursora de nuevos disgustos.

— Señor don Egas, le dijo don Alvaro, mi deber me precisa á dejaros mas pronto que quisiera. Es forzoso que

vaya á Sevilla á disponer la entrada triunfal de don Enrique, que muy en breve se espera en aquella ciudad. Pero antes de partir, permitidme que os suplique renoveis el pacto de nuestra antigua amistad; oiga yo de vuestros labios que no despreciais mis servicios.

— Señor don Alvaro de Lara, respondió el anciano, vos me honrais demasiado. Es con mucho gusto que me rindo á vuestros deseos; os debemos el honor y la vida, y será eterno nuestro reconocimiento.

Despues de haber dispuesto don Alvaro el castigo de los culpados en los excesos cometidos en el castillo, dejó en él un destacamento de su tropa para proteger á don Egas, y se despidió de él y de su amable hija.

El anciano caballero se alegró entonces del favorable giro que tomaban sus asuntos, y todos los habitantes del castillo le acompañaron en su satisfaccion, excepto el pesado Pimiento y la inconsolable Constanza.

No podia Pimiento conciliar la escena que acababa de presenciar, con los acontecimientos de que habia sido testigo en su mocedad, y las tradiciones de los tiempos heróicos del Cid, y del famoso Bernardo del Carpio; y Constanza tenia sobrados motivos de ansiedad y sentimiento. Se miraba ligada por los lazos de la gratitud al hombre á quien no hubiera querido ser deudora del menor favor. La habia salvado el honor y la vida, y podia exigir una recompensa que no estaba dispuesta á concederle. Sus juramentos eran pronunciados á la faz del cielo: su corazon estaba enagenado, y se hallaba firmemente resuelta á guardar la debida fe á don Hernando de Castro; sin embargo de la renovacion de su trato con don Alvaro, realizada mas pronto de lo que se temia; y así se veia asaltada de mil reflexiones á cual mas penosa. Preveia las duras pruebas á que presto tendria que sujetarse, mas no por esto se dejaba abatir su grande alma. El noble ardimiento que la hiciera despreciar el peligro de un acero desnudo y mirar la muerte con indiferencia no la abandonaba aun, y así reanimó toda su energia para luchar contra las dificultades que divisaba.

VI.

Tumulto popular.

La llegada de los correos de Toledo y la noticia de que don Enrique y Beltran Duguesclin se acercaban á Sevilla á la cabeza de un ejército victorioso , anunciaron al digno pueblo de esta antigua ciudad que el momento habia llegado de señalar su celo y valor. Hasta entonces sus habitantes, ó mas bien el populacho , siempre peligroso y difícil de contener cuando se halla en efervescencia , no se habian atrevido á dar públicamente explosion á su regocijo , por temor de don Pedro , á quien creian aun en el Alcázar , ó de la tropa de su partido ; pero la certeza de la salida del antiguo rey , y la proximidad del moderno , bastó para animar todas las pasiones tumultuosas de la muchedumbre.

Hacia algunos dias que reinaba en Sevilla una triste calma , precursora de la tempestad que se preparaba silenciosamente , y que estaba para desplomarse sobre la ciudad.

Un puñado de ébrios del barrio de Triana , que se habian preparado para una asonada con copiosas libaciones de mal vino y otros licores fuertes , se arrojaron desde el teatro de sus orgías gritando descaradamente : ; Viva don Enrique , y fuera don Pedro ! exclamaciones interpoladas de horribles blasfemias. En breve esta pandilla se fue aumentando de un modo extraordinario : en cada calle , en cada encrucijada que iba recorriendo , se unian á ella muchos decididos partidarios , y apenas habia pasado una hora , cuando se habia convertido en un ejército formidable.

Como todas las reuniones , ora se compongan de militares , ora de vecinos , ó bien de sediciosos , necesitan un caudillo que los guie y dirija , se hallaba al frente de este ejército improvisado un general digno de mandarlo. Era

un hombre robusto, de una talla atlética, que no tenía mas que un ojo, y cuyo aspecto era el mas feroz. Sus brazos desnudos y fornidos, y sus groseros y sucios vestidos, daban sangrientas muestras de su profesion. Iba blandiendo una terrible cuchilla, compañera inseparable de su oficio de carnicero; y este formidable personaje proferia las acusaciones mas horrorosas contra el rey caído, prodigando sendas bendiciones á don Enrique. Todos los que le rodeaban, le miraban con una especie de temor, que no trataban de disimular, y sin embargo le iban siguiendo con aquel instinto que obliga á la plebe á dejarse conducir ciegamente por los que la conducen al mal. Este campeón se habia distinguido ya en otras revueltas, cuya causa era diametralmente opuesta á la que los habia reunido en aquella ocasion; pero esta ligera inconsecuencia se obscurecia en consideracion á los vastos talentos del carnicero para conducir una empresa difícil.

El temible tropel iba siempre avanzando y esparciendo la consternacion entre los ciudadanos tímidos y pacíficos. Los mercaderes, y hasta los mas humildes artesanos, cerraban de prisa sus tiendas y talleres, temiendo que aquellas medidas de precaucion llegasen demasiado tarde. Las ancianas y reverendas dueñas salian correteando de la catedral, con sus enormes rosarios de cuentas gordas, llenas de fervor y de espanto; y alguna jóven beldad que con pie ligero dejara su reja para ir de incógnito en busca de alguna cita amorosa, se apresuraba á regresar á su casa, cuidadosamente rebozada con su largo manto, y con tanta premura, que su anciano escudero apenas podia seguirla. En una palabra, todos aquellos que tenían algo que perder, y nada que ganar, y especialmente los ciudadanos pacíficos, que no se regocijan en medio del desórden, la embriaguez y las escandalosas escenas de un tumulto, se apresuraban á volver á sus hogares, llenos de turbacion y espanto.

Asi pues, en corto tiempo la ciudad se vió barrida, y dueños los revoltosos del terreno, pudieron dar principio

libremente á sus operaciones. La confusion y gritería aumentaban á cada momento. La faccion del Tuerto se vió pronto aumentada con otras, esparciéndose por todos los barrios de la ciudad, como un torrente que sale de su natural cauce. En un instante hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, fueron empujados por la multitud revoltosa, que llenaba el aire de clamores y gritos desaforados. Las aclamaciones se mezclaron con los juramentos: las canciones obscenas, los silbidos, el ruido de los tambores, el flujo y reflujo de la muchedumbre que se atropellaba, todo daba á esta escena la apariencia de una legion de espíritus malignos, mas bien que de una reunion de seres organizados.

El Tuerto y sus mirmidones llegaron por fin á la Alameda, y allí celebraron consejo acerca del plan que deberian adoptar, conviniendo desde luego unánimemente en saquear las casas mas opulentas. La única dificultad que se presentaba era decidir por cual se habia de principiar. Mientras que solventaban este importante punto, otra tropa de malhechores conducida por un insolente vagamundo sin medias ni zapatos obstruia una calle inmediata á la Macarena (4). Parecian dirigidos á otro objeto diferente. pues sitiaron una infeliz casita medio arruinada, donde se veia una muestra de zapatero, pintada y colocada en una de las lumbreras que servian de ventanas.

— ¡Caiga el infame sacrilego y su casa! gritó uno de esta pandilla.

— ¡Por san Crispin! añadió otro, lo desollaremos vivo.

— ¡Quememos al judío! pues no es cristiano el que ha asesinado á un sacerdote. dijo una vieja Meguera.

— No, no quemarlo, es preciso que todos á un tiempo podamos herirle, dijo un hombre seco y descarnado. cuyo delantal de cuero anunciaba á un discípulo de san Crispin. Decid, vecinos, ¿ habeis visto jamás á un belitre mas orgu-

(4) Nombre de uno de los barrios antiguos de Sevilla, receptáculo de todos los bribones de la ciudad, y célebre en todas épocas por el carácter revoltoso de sus habitantes.

lloso que este asesino de Rufino? Siempre he dicho que no podía ser un hombre honrado. ¡El cielo me bendiga! Se daba un gran tono, no siendo mas que un zapatero como yo: ¡miserable! yo me tengo al menos por tan bueno como él, y sin embargo este bribon asesino me despreciaba, llamándome remendon. Caiga el traidor y su maldita barraca.

— Era un mal hombre el tal Rufino, añadió un vigoroso mendigo con una voz de estentor, un hombre que en todo se mezclaba. A él puedo agradecer estar tres meses preso, y ya veis el estado á que me veo reducido.

Pero en vano se esforzaba en excitar la compasion con su mezquino pelaje, pues se avenia muy mal con su corpulencia y rubicunda tez.

— ¡Ánimo! decia otro, que habia logrado hacer un agujero en la puerta.

— ¡Jesus, María! ¡asesinar á un sacerdote! á un hombre tan bueno, añadió la vieja hechicera: quemadlo vivo, os digo, yo detesto la crueldad.

— ¡Llamarme remendon! decia el zapatero. Derribemos la casa, y quememos lo que haya en la tienda.

La puerta cedió en breve á tantos y tan violentos ataques, y el tropel se precipitó en la casa, de la misma suerte que los sabuesos se arrojan sobre su presa; pero ya era tarde, el pájaro habia volado, y lo que es peor, nada habia dejado que valiese la pena de tomarlo.

Esta circunstancia aumentó necesariamente el furor de la canalla, que quiso al menos satisfacer su ira en los pocos y groseros muebles que habian quedado, rompiendo y destrozando todo lo que les vino á mano, á fin de apagar la sed de venganza que no podian satisfacer de otro modo. Mientras que esta miserable turba inutilizaba todo lo que halló en la casa del zapatero Rufino, otra reunion mas bien dirigida en sus movimientos, se ocupaba de un modo mas provechoso en saquear las opulentas casas de aquellos que se habian manifestado adictos al rey fugitivo. Este cuerpo era mas numeroso, porque además de los que buscaban pi-

llaje, que formaban la mayor parte, se habia aumentado con todos los genios turbulentos, que el gusto por el desórden arrastra en todas las revoluciones.

Por desgracia, esta cuadrilla de bribones, al llegar á la calle estrecha y tortuosa llamada Siete Revueltas encontró á otra ocupada de un modo no menos loable y patriótico. Los rodeos sinuosos de la calle dificultaban bastante los movimientos opuestos y progresivos de ambos cuerpos. Al principio los héroes que se encontraron obstruidos se limitaron á chocarrerías, que fueron aumentando poco á poco, y llegó á ser una batalla completa. Las injurias y golpes llovian por todas partes: hubo muchas cabezas rotas, y miembros mutilados: fue en fin una verdadera conmocion popular.

La confusion se hizo tan notable, que cada cual combatia por si mismo, sin averiguar si heria á un amigo ó á un adversario. En las primeras filas se daba á conocer un hombre corpulento, con enormes bigotes, nariz retorcida, una profunda cicatriz que le atravesaba la frente, y en fin, con todo el aspecto de un solemne bribon. Sus labios estaban fuertemente contraidos, y á ojos cerrados blandia con ambas manos un largo garrote, con el cual por medio de una actividad é imparcialidad las mas extraordinarias distribuia porrazos por todos lados, sin que ninguno cayese en vago.

En medio de aquel barullo, muchos combatientes vinieron al suelo, y fueron pisoteados por sus mismos partidarios, los que sin otro medio de defensa, mordian las piernas de sus antagonistas, que venian á caer sobre ellos mismos, aumentándose así mas y mas la confusion. El combate continuó largo tiempo del mismo modo, variando tan solo con los gritos mas espantosos, los gemidos y desmayos de las mujeres, y las maldiciones de los hombres heridos, mordidos ó moribundos.

Otro campeon se hacia notar por sus estrepitosos clamores. Apenas se movia, pero no cesaba de gritar: « Viva En-

rique y muera el Cruel. » Su enorme boca estaba guarnecida de largos dientes que salian fuera de ella como en las quijadas del marrajo. Por desgracia suya, mientras que vocingleaba con tanto celo en favor del rey Enrique, el atleta del garrote, que peleaba *in tenebris*, hizo volar su arma formidable con tan buen éxito, que vino á destrozar la cabeza del charlatan frenético, cuyos gritos de entusiasmo por el rey se cambiaron en gemidos lamentables por sí mismo.

La batalla continuó hasta que el furor de los combatientes se agotó con todas sus fuerzas. Dos ó tres de aquellos desgraciados quedaron sobre el campo de batalla, que se fue desocupando poco á poco, y resultó un considerable número de personas heridas mas ó menos gravemente. El lugar de la accion estaba cubierto de fragmentos de vestidos arrancados y ensangrentados, garros, cuchillos mohosos, zapatos viejos, sombreros, botellas rotas, y otros mil objetos cubiertos de sangre y polvo.

Durante este tiempo la division mejor organizada del Tuerto estaba reunida en la Alameda, y su caudillo, apoyado contra una de las columnas de Hercules, trataba de conciliar las diferentes opiniones de esta tropa tumultuosa, que no eran pocas. Algunos querian que se dirigiesen á las Atarazanas; que se apoderasen de paso de la Torre del Oro, y que se matase á su alcaide, como partidario de don Pedro. Esta proposicion estaba para admitirse, cuando se indicó la idea de pasar al Alcázar, que habia sido manchado con la presencia del tirano, y que se inutilizasen cuantos objetos pudieran recordar su memoria. Este pensamiento fue acogido con aplauso, y puesto desde luego en ejecucion. Marcharon hácia el Alcázar, y de paso, por via de entretenimiento, desbalijaron á los infelices mercaderes ambulantes, que no teniendo tienda, ni refugio, quedaron expuestos á las depredaciones de la canalla.

Llegaron al fin al palacio.

— ¡He aquí el templo de la iniquidad! exclamó uno de los primeros que lo divisaron.



— Animo, dijo otro, borremos hasta el menor vestigio que pueda recordar la existencia de la infame Maria de Padilla!

Forzaron la puerta llamada de la Montería: atravesaron el patio, y prodigaron invectivas á vista de las armas de Castilla, orladas con el nombre de don Pedro, que se apresuraron á borrar. El Alcázar habia sido abandonado por los criados del rey, y casi todas sus puertas estaban sólidamente apuntaladas; sin embargo, no presentaron mas que una resistencia muy débil al furor del populacho, que se repartió por todos lados de aquel suntuoso edificio. Los unos se dirigieron por la galería de las cien columnas de mármol al salon del Príncipe, donde desfogaron su ira en los magníficos arabescos que decoraban sus cornisas, esforzándose en mutilar las hermosas columnas de jaspe, que don Pedro habia hecho traer de Valencia despues de la victoria que consiguió sobre el rey de Aragon. Espantosos gritos se hacian oír en todas estas espléndidas habitaciones, á medida que la multitud furiosa se iba franqueando el paso en busca de los ricos tesoros que pretendian habia acumulado allí don Pedro. En cada nuevo registro, siempre frustrado, el mal éxito acrecentaba su rabia, y así fueron arrancando y haciendo mil pedazos todas las magnificas tapicerías que decoraban los salones, y las bellisimas pieles de leon y de tigre que un rey moro habia regalado á don Pedro. Otra division habia penetrado en el Alcázar por la puerta de las Banderas, cerca de la cual se encontraba una especie de trono colocado sobre un estrado de mármol, y coronado de un dosel sostenido por dos columnas; este era el sitio en que don Pedro daba audiencia. Á la vista de este tribunal, un grito de horror se levantó entre la muchedumbre.

— ¡Aquí está el sitio donde tantos inocentes fueron condenados! dijeron algunas voces, y en un momento, trono, estrado y columnas, todo fué derribado estrepitosamente.

Se dirigieron despues al jardin de las Damas; á cuyo ex-

tremo se encontraban los famosos baños de doña Maria de Padilla. Nada podia exceder á la hermosura y elegancia de este sitio de delicias. Las pilas eran de alabastro el mas puro, incrustado de ricos adornos. Una coleccion innumerable de plantas exóticas crecian al rededor, formando figuras de capricho, y embalsamando el ambiente con sus deliciosos perfumes; mientras que el espeso follaje de los naranjos y limoneros interceptaba los rayos del sol, y sembraba de flores las aguas frescas y cristalinas, en que se reflejaban todos estos objetos. Los surtidores de aguas, las estatuas de mármol y las frescas sombras que ofrecia el jardín, contribuian á hacer de este sitio un verdadero paraíso. En este retiro encantador era donde la hermosura querida de don Pedro gustaba de venir á buscar un refugio contra los ardores del ardiente sol de Andalucía, y por este motivo fué esta parte del palacio la mas maltratada. Los revoltosos que se introdujeron en este sitio, destrozaron las flores, las plantas, y arbustos preciosos, mutilaron las estatuas, rompieron las pilas, é hicieron, en fin, todo el daño que su barbarie les sugirió, para manifestar el horror de que se hallaban penetrados por una mujer, que afortunadamente se hallaba al abrigo de los alcances de su venganza y brutalidad, pues hacia tiempo que reposaba en el sepulcro.

Causaba lástima ver tan costosos adornos hollados y destruidos por estos miserables, de los que no habia uno solo que pudiese quejarse del rey con fundamento, pues no era contra la plebe que don Pedro ejerciera sus venganzas. Buscaron en vano el tesoro real, y despues de inútiles esfuerzos, la turba salió del Alcázar, llevando cada cual algun objeto de valor por parte de presa. En este momento repetidos clamores se hicieron oír, y el populacho se presentó conduciendo dos manequies, que representaban toscamente á don Pedro y doña Maria, los colocaron delante la catedral sobre un elevado cadalso; debajo de este amontonaron gran cantidad de madera seca, y otras materias combusti-

bles, y las pusieron fuego. Las llamas, excitadas por un viento impetuoso, se elevaron por todas partes, y envolvieron en breve ambas figuras, quedando de manifiesto al resplandor rojizo de la hoguera la feroz expresion de aquellos que la rodeaban, expresion siniestra, que demostraba rencor, venganza y degradacion.

Algunas furias, agitando sus largos brazos, parecian amenazar las insensibles efigies, vomitando mil execraciones, con tanta energia como si las víctimas que representaban hubiesen podido sufrir la expresion de su rencorosa ira.

Terminada esta ceremonia, dudó el Tuerto un momento si éntrraria en la catedral con su comitiva para dar gracias á Dios por las victorias de don Enrique; pero este acto de piedad se difirió hasta el dichoso término de sus trabajos.

Para llegar mas prontamente á este resultado, se decidió que era preciso acabar la visita de las casas de los partidarios del rey, y hacer nuevas pesquisas para encontrar el tesoro. El Tuerto dirigió una feroz mirada hácia el Alcázar, iluminado por el fuego de la tremenda hoguera, que aun duraba, y concibió el proyecto de que seria meritorio incendiar aquel templo de iniquidad. Esta resolucion fué aprobada unánimemente; y como la celeridad es el alma de todas las empresas, dos ó tres de los mas atrevidos arrancaron algunas teas de la hoguera fatal para ponerlo en ejecucion.

De esta suerte esta maravilla del arte, costoso resultado del talento de tantas personas, iba á ser destruido en pocos momentos por la sola instigacion de un hombre ebrio y despreciable; cuando afortunadamente uno de los actores de esta escena, menos bárbaro que los demás, exclamó de repente: — ¡Deteneos, amigos! si quemamos el Alcázar, ¿dónde alojarémos dignamente al glorioso don Enrique?

Esta reflexion produjo el efecto mas afortunado, y la plebe, siempre voluble y caprichosa, abandonó este proyecto con tanta facilidad como fuera concebido. Continuó su desordenada marcha en medio de los espantosos clamo-

res, y guiada siempre por el intrepido Tuerto, dirigiéndose á la Torre del Oro, donde se sospechaba podria estar oculto el tan buscado tesoro.

El alcaide de ella don Juan Gonzalez, recibió la órden de rendirse; pero solo respondió con el desprecio á la intimacion de los sitiadores, cuya furia se acrecentó con la resistencia. Despues de tres horas de un asedio desesperado, la Torre fué asaltada, y su alcaide precipitado desde su mayor altura, despues de haber opuesto hasta el último momento á estos bárbaros la resistencia mas animosa. El malogrado don Juan, cayó con un estruendo espantoso, y fué al momento despojado de sus vestidos, y su cuerpo sangriento y mutilado, ignominiosamente sumergido en las aguas del Guadalquivir. A pesar de este nuevo desastre, el tesoro no se encontró; al propio tiempo con gran disgusto del populacho, pareció á la orilla una galera, mandada por Micer Gil Bocanegra, conduciendo otra á remolque, que acababa de hacer prisionera, y ambas vinieron á fondear delante de la Torre del Oro. Se supo entonces que esta presa conducia el tesoro tan anhelado, que don Martin Yañez habia tentado de conducir á Portugal, y del cual se habia apoderado Bocanegra, gracias á la tardanza de aquel en su partida.

Á esta noticia los semblantes manifestaron su descontento, pero como no habia ya remedio, y el tiempo era precioso, el Tuerto y su bando devastador se precipitaron hácia la plaza de san Francisco, donde se entretuvieron en saquear las tiendas. Presentaba Sevilla el espectáculo mas horrible: las calles que no eran obstruidas por la canalla furiosa, estaban absolutamente desiertas; de tiempo en tiempo asomaba con precaucion alguna cabeza por una ventana, ó bien dos trémulos vecinos hacian un cambio de cortas frases desde el umbral de sus puertas, pero al mas ligero temor que pudiese anunciar la presencia del enemigo puertas y ventanas volvian á cerrarse atropelladamente. El dia se inclinaba á su término, pero los revoltosos, mal contentos de los trabajos de la jornada, parecian

dispuestos á continuar sus estragos protegidos por la obscuridad.

El desórden tomó un carácter mucho mas terrible. Las venganzas particulares quedaron satisfechas; y mas de un crimen se cometió despues de haber sido meditado largo tiempo, todo á favor de la noche, y de la conmocion popular. Se encendieron grandes hogueras en muchas plazas, al rededor de las cuales bailaban los atrevidos borrachos y las impúdicas meretrices, haciendo resonar en todo el contorno los acentos de una frenética é infernal algazara; y esta brutal combinacion de ecos espantosos alejó el sueño del lecho de los pacíficos habitantes, cuya inquietud y zozobra los tenian desvelados. Al llegar el Tuerto á la calle del Candilejo, donde se encontraba una estatua de don Pedro, la cubrió heroicamente de lodo é inmundicias, á pesar de haber sido colocada en memoria de un acto de justicia, que el rey habia ejecutado, quien la hizo poner allí á sus expensas (1).

Acababa de dar la media noche, y el alboroto continuaba aun, cuando afortunadamente entraron en la ciudad muchos destacamentos de la vanguardia de don Enrique, y rondaron las calles; pero ya habian tenido lugar muchos crímenes en el corto tiempo que medió desde la salida de un soberano á la entrada del otro. Algunos ciudadanos

(1) En una de las calles mas estrechas de Sevilla, llamada del Candilejo, se ve en un rincon una estatua de piedra. La opinion general asegura que representa el rey don Pedro, y he aqui la historia que refieren con esto motivo: Habiendo salido el rey de incógnito en una de sus excursiones nocturnas, mató un hombre en aquel sitio, ignorándose el motivo. Encontrado el cadáver á la mañana siguiente, se procedió á las pesquisas correspondientes, declarando una vieja que por haber oido rumor de espadas, se asomara á su ventana con un candilejo, conociendo ser el rey uno de los combatientes. Informado don Pedro de esta declaracion, hizo recompensar magníficamente á su acusadora por su valor y firmeza, y ordenó que su busto fuese colocado en el paraje mismo donde habia ejecutado la muerte. La calle lleva aun el título del Candilejo.

que habian aprovechado aquel tiempo, creyeron á la llegada de la tropa que no debian pasar mas adelante en sus excesos.

Bien pronto se fueron dispersando las reuniones, y el órden se restableció: cada cual de los amotinados se retiró á su casa, para felicitarse del botin que le habia caído, curar sus heridas, y acaso algunos para arrepentirse de haber tenido parte en tan odioso negocio. Así acabó el alboroto, y ya no se pensó mas que en hacer preparativos para la entrada triunfal de don Enrique.

Habiendo sufrido la ciudad por efecto de esta reaccion una purificacion politica, quedó dispuesta para recibir á los vencedores. Los habitantes se dispusieron pues á acogerlos con demostraciones de júbilo: tributo que la plebe se apresura siempre á prodigar, sin detenerse á discurrir si el mérito lo tiene grangeado.

VII.

Entrada triunfal.

— Poco á poco, Pimiento, tú te olvidas....

— ¡Qué me decís, señor don Egas! mas bien sois vos quien olvidais vuestras antiguas opiniones.

— No te toca dar avisos á tu amo acerca de la conducta que debe observar, cuando no te pide consejos.

— Puede ser, señor, dijo Pimiento con arrogancia, que no os hubiera pesado de tener á veces semejante consejero. Jamás vuestro magnífico padre don Vasco, ni vuestro ilustre tio don Suero, ni aun vuestro primo el canónigo Membrilla, ni alguno en fin de los nobles miembros de la casa de Vargas, habrian consentido en esta ocasion á venir á Sevilla para respirar una atmósfera infestada, y exponerse al contagio.

— ¡Al contagio! tú sueñas seguramente, pobre Pimiento: ¡Sevilla infestada! ¿y por quién?

— Por la presencia de un usurpador, respondió gravemente Pimiento.

— Basta, basta, dijo don Egas con seriedad: no es usurpador el que sube al trono con consentimiento del pueblo.

— ¡Del pueblo! ¡Dios nos proteja! repitió irónicamente Pimiento. ¿Y de qué suerte se ha obtenido este consentimiento, sino á viva fuerza? Bella anuencia por cierto, á fe mía. Atraer aventureros franceses para saquear su propio país, y dividir el botín con esos falsos y malditos castellanos para quienes el honor de su patria nada significa. ¡Ay señor! el antiguo espíritu de lealtad y de generosidad caballeresca se ha perdido! ¡perdido sin remedio! Nuestros nobles y ricos hombres no siguen ya las pisadas de sus ascendientes... ¿Qué se ha hecho el noble entusiasmo que animaba al Cid cuando conquistó á Valencia? ¿Quién imitaria al presente al famoso don Pelayo, ó los gloriosos hechos de armas de Bernardo del Carpio? No serán por cierto nuestros actuales caballeros, pues que solo buscan enriquecerse apoyando las miras del usurpador; y el pueblo, como vos le llamais, es el solo juguete, de que se burlan despues cuando ya no es necesario. Pero acordaos bien de lo que os digo, señor don Egas de Vargas, añadió enfáticamente, acordaos bien: no pasarán así los acontecimientos; estas semillas producirán mas adelante venenosas plantas, y ¡ay entonces de Castilla!

— ¡Por san Fernando! interrumpió don Egas con ironía, que he hecho un buen descubrimiento: ¡como pues! no solamente tengo á mi servicio á un caballero andante disfrazado, pero lo que aun es mas, un docto sabidor, un segundo Merlin.

— Ni sabidor, ni Merlin pero sí un honrado escudero, respondió Pimiento enderezándose, y elevando su estatura al menos de dos pulgadas: ¡un buen castellano! ¡y ojalá hubiese muchos como yo! pero la especie se va extin-

guiendo. Esta nobleza de modo de pensar no se encuentra ya sino es entre el pequeño número de caballeros que han seguido al rey en su desgracia. Hernando de Castro hubiera sido digno compañero de don Pelayo y de Bernardo del Carpio....

— Poco á poco, Pimiento, tú vas demasiado lejos, no pronuncies este nombre: la prudencia lo ordena: es un nombre proscrito.

— ¡Proscrito! ¿y qué le importa á Pimiento? Él cantará siempre las alabanzas de un leal y buen caballero.

— ¡Silencio! dijo don Egas.

— Don Vasco no me prohibiera tributar elogios á los que lo merecen, estoy bien seguro.

— Silencio, digo.

— Don Mendo, el anciano maestro de Santiago, no me trataría así; cuando despues de la batalla de Alcaudete....

— Cállate, criado rebelde.

— Cuando despues de aquella batalla le comuniqué libremente mis sentimientos, me dijo: Mi buen Pimiento....

— ¡Maldigate el cielo! exclamó don Egas con una voz de trueno; ¿no sabrás contener tu maldita lengua?

— No, no se enfureció por esto: Buen Pimiento, me dijo.... Pero ya he acabado, señor; veo que no gustais de oír el acento de la verdad, y así, ya he concluido.

Tal era el diálogo que se suscitó entre don Egas y el fiel Pimiento, mientras que se dirigian á Sevilla. Habian dejado el castillo en la misma mañana para presenciar la entrada de don Enrique en la capital de su nuevo reino.

Absorta Constanza en sus tristes pensamientos no habia tomado parte en la conversacion: habian viajado en profundo silencio, interrumpido solo por la discordia improvisada por las palabras de don Egas opuestas á las de su escudero; cuyo ardiente celo se esforzaba en vano á conciliar los sucesos presentes con sus propios principios. La conducta de su amo chocaba á sus ideas, y ponía en revolucion sus antiguas preocupaciones. Descubría Pimiento en

el advenimiento de don Enrique al trono de Castilla mil contradicciones que dejaban infringidas las leyes de la caballería; la rivalidad de los hermanos se había manifestado de un modo particular, de que no presentaban ejemplo los anales de los tiempos heróicos. Don Enrique no había retado á su hermano en un palenque, ni echado el guante en señal de desafío, siguiendo la antigua usanza. Lo había destronado valiéndose de la traicion y la perfidia, y el éxito feliz que consiguiera no justificaba una conducta indigna de un militar y de un caballero.

A pesar de las crueldades de don Pedro, Pimiento no consideraba en él mas que un príncipe fugitivo, á quien se había arrancado la corona, y que se veía obligado á mendigar auxilios en una tierra extraña. La situacion del rey era propia para excitar compasion en aquellos sujetos dotados de una imaginacion romántica. Añádase á esto que Pimiento poseia la memoria mas flexible del mundo, pues al paso que olvidaba los crímenes que se atribuian á don Pedro, recordaba perfectamente todas las cualidades que obraban en su favor.

Hasta las menores circunstancias de los actos de justicia de don Pedro le eran conocidos, y no menos los hechos guerreros que lo habían hecho célebre en el torneo. El espíritu caballeresco del desterrado rey es el que le inspiraba un interés tan vivo, y lamentaba amargamente la revolucion que tenia entonces lugar. El digno escudero, enteramente adicto á su amo, á cuya casa servian los Pimientos durante tres generaciones consecutivas, había heredado de ellos el afecto y lealtad que lo distinguian, y en vista de tales méritos, propios y de sus ascendientes, había adquirido, ó mas bien se había abrogado la facultad de hablar con entereza, y ejercer una especie de dominacion sobre los habitantes del castillo. Con loable celo, había emprendido el proyecto de inculcar sus propias ideas á los vasallos y sirvientes de don Egas, pero tenia la diaria mortificacion de ver despreciadas sus lecciones.

No manifestaban sus discípulos placer alguno con la narracion de acontecimientos los mas heróicos; y hasta escuchaban sin emocion los imponentes romances del Cid y Bernardo del Carpio. Así pasaba su vida ridiculizado y zaherido, pero temido y respetado al propio tiempo; porque era un modelo de probidad, y porque á pesar de su edad avanzada, su sagacidad y valor extraordinario le hacian un adversario respetable, á quien no podia provocarse impunemente. Condenaba pues Pimiento el cambio que se habia obrado en las ideas de don Egas, y al paso que su deber y respeto le precisaban á obedecer las órdenes absolutas de su amo, no podía dejar de manifestarle libremente su modo de pensar. Como en esta ocasion no consiguió hacer variar los sentimientos de este, resolvió consolarse cantando las hazañas de un héroe mas digno, y así se puso á entonar un antiguo romance con tono enfático, aunque lleno de monotonía.

— Lo oyes, Constanza, dijo el padre á su hija; este viejo caduco se hace ya insoportable, y seguramente tarde ó temprano nos causará algun disgusto.

— No temais, padre mio, este excelente hombre no puede ofender á nadie. Su honradez y la sinceridad de su corazon....

— Calla, hija mia; tú no conoces el mundo: esta honradez y sinceridad son las que mas ponen de manifesto sus extravagancias. Créeme, la verdad y la sencillez ofenden mas que el artificio, cuando tienen objeto determinado, y nos va á suceder alguna desgracia si este atolondrado, segun costumbre, va á sacar á plaza sus bellos sentimientos, precisamente cuando mas debe callar. Los vencedores no sufren que se les digan sus yerros.

— ¿Pero, padre mio, teneis realmente intencion de ser presentado al nuevo rey?

— ¿Y como pudiera evitarlo? este es un mal necesario.

— ¡Un mal necesario! exclamó Pimiento, me parece que jamás hay necesidad de hacer mal.

— Ocúpate en tu romance, y evita tus observaciones, le dijo su amo, demasiado las he aguantado; y dirigiéndose á su hija, prosiguió :

— Querida Constanza, ya ves que todo el reino se ha sometido, y que los grandes y ricos hombres se apresuran á prestar á don Enrique el tributo del homenaje.

— Sí, por cierto, dijo Pimiento, esto es para que él les pague á su vez las cuantiosas sumas con que han tranquilizado sus conciencias.

— Silencio, digo por la última vez, ó tambien te tocará el turno de pagar caro el momento en que te has atrevido á replicar á tu amo.

El tono imperioso con que fueron pronunciadas estas palabras produjo su deseado efecto. Por otra parte el respeto que el fiel Pimiento profesaba á don Egas no le habria permitido proseguir. Así pues, exhaló un suspiro sobre las opiniones de su amo, y guardó un profundo silencio.

— Querida Constanza, continuó el padre, el cielo me es testigo de que no conservo enemistad alguna por el rey ausente. Mas diré, si la eleccion fuese libre, la mia pronto estaria manifiesta; pero en el estado actual ¿qué puedo hacer? Cuando la tempestad se declara, lo mas prudente es buscar el mejor abrigo posible.

— ¡ Ah padre mio ! ¿ vos no creeréis seguramente que la causa de don Pedro esté perdida irrevocablemente ?

— Sí, hija mia, tal la considero, pues que hay hombres poderosos interesados en mantener el actual estado de cosas.

Un profundo suspiro, acompañado de una mirada dolorosa, fue la única respuesta que pudo dar Constanza.

— Pero, no te disgustes así, añadió don Egas : trata mas bien de habituarte á la mudanza de gobierno, y á no pensar mas en don Hernando de Castro, pues conozco bien que es él, y no el rey, quien te arranca estas muestras de afliccion.

— No señor, respondió Constanza con nobleza; la situacion del rey me inspira tambien el mas vivo interés; pero

aun cuando mis pensamientos se concentrasen en don Hernando, no pudierais reconvenir á vuestra hija por deplorar la pérdida probable de un jóven que por sus cualidades sobresalientes merecia y obtuvo hasta aqui el tributo de vuestra admiracion, asi como el concepto de valiente y leal caballero.

— ¡Valiente caballero! repitió Pimiento conmovido, si, valiente y bravo mas que todos; en él se encuentran verdaderamente el espíritu natural y virtudes de la caballería, y hubiera podido figurar entre los mas famosos paladines.

— No es mi intencion la de despreciar sus virtudes, repuso don Egas; don Hernando es ciertamente un buen caballero, y yo le aprecio como tal; pero no es el único á quien corresponda este título; ¿piensas acaso que no pueda encontrarse otro?...

— No, seguramente, exclamó Pimiento con energia, encargándose de responder por su jóven señorita.

— Pimiento, le dijo su amo, te ordeno nuevamente que calles. Entretanto, Constanza, ¿qué me dices de la noble conducta de don Alvaro de Lara? ¿No se ha mostrado bien generoso?

— ¡Generoso! no mucho, replicó al obstinado Pimiento. Ha hecho simplemente su deber como caballero. ¡Justo cielo! ¿Desde cuándo un caballero pretenderá que se le den gracias por haber cumplido con su deber? de los verdaderos caballeros hablo, porque....

— Ciertamente continuó don Egas sin darse por entendido, debemos confesar que tiene razones poderosas para quejarse de nosotros.

— ¡Ay, padre mio! ¿cuál puede ser vuestro designio al recordar un asunto tan desagradable? No me atrevo á sospecharlo, pero seguramente, sea cual fuere, no habeis elegido la mejor ocasion, á vista del estado en que se encuentra mi ánimo.

— Dios me preserve de aumentar tu afliccion, hija mia; solo queria prepararte....

— ¿Prepararme? ¿á qué?

— Prepararte.... repitió don Egas algo cortado, á recibirlo con atencion.... á darle una acogida honrosa y afable: he aquí todo.

— Señor, respondió Constanza con dignidad, vuestra hija no tiene necesidad de preparacion para conducirse segun las circunstancias.

No se atrevió don Egas á explicar sus ideas con mas claridad, y Constanza, que experimentaba la mas viva repugnancia á tratar de este asunto, se abstuvo de hacer nuevas observaciones. Caminaron en silencio hasta Sevilla, á donde llegaron á tiempo para presenciar la entrada triunfal de don Enrique.

Ofrecia Sevilla el aspecto mas animado. Un tropel inmenso corria apresurado de aquí para allí, á fin de encontrar un puesto conveniente para ver la comitiva que se acercaba. Las ventanas y balcones cedian materialmente al peso de las muchas personas que sostenian. No habia agujero ni lumbrera que no estuviese coronado de cabezas, y hasta los tejados y árboles se hallaban cubiertos de espectadores ansiosos. Las calles por donde debia pasar el acompañamiento estaban cubiertas de flores y yerbas odoríferas, y magníficos tapices adornaban las ventanas. Repetidas aclamaciones se hacian oír por todas partes; las campanas de la catedral, y demás iglesias, en continuo movimiento, cubrian con su alegre sonido el confuso murmullo de la muchedumbre.

El arzobispo, acompañado del dean y cabildo, tolos con sus trages de ceremonia, salieron de la catedral, precedidos de un gran número de músicos y coristas entonando himnos en accion de gracias. Por otra parte, salia al encuentro el primer asistente y los veinticuatro, con las demás autoridades civiles, vestidos de gala, y avanzando gravemente. Un heraldo, que precedia al asistente, llevaba las llaves de la ciudad en una bandeja de oro de un trabajo exquisito.

Don Enrique de Trastamara pareció al fin , seguido de un brillante acompañamiento , y un aplauso general se dejó oír en todas direcciones ; delante de él los reyes de armas , magníficamente aderezados , marchaban montados en caballos mas blancos que la nieve. Despues seguian destacamentos de caballería francesa y aragonesa , tremolando sus estandartes adornados con mirtos y laureles. Don Enrique estaba rodeado de un considerable número de amigos y aliados , y cubierto de una armadura completa , sobre la que llevaba un magnífico manto real.

Se hacia notable don Pedro Lope de Ayala , montado en un fogoso caballo , y llevando el pendon real de Castilla. Pero nada llamó tanto la atención del público , como cierto personaje extraordinario que marchaba á la derecha de don Enrique. Era un hombre de un aspecto desagradable , de corta talla , pero robusta y gruesa , cuyos brazos y piernas largas y sin gracia , no eran proporcionados al resto del cuerpo ; sus ojos saltones contribuian á dar á toda su figura un aspecto casi desagradable ; en una palabra , el conjunto de su persona era ordinario y vulgar. Sin embargo , don Enrique parecia tener con él particulares atenciones , porque debajo de aquel exterior grosero se ocultaba la alma sublime de uno de los mas valientes caballeros de aquella época. Era nada menos que el famoso Beltran Duguesclin , á quien Trastamara debia en gran parte su corona. A su intermediacion marchaban tambien don Tello , y don Sancho , hermanos del nuevo rey , el Tartamudo Villaines , y el mariscal de Andreghen , don Diego de Orozco , don Alvaro de Lara , y un gran número de grandes y ricos hombres cubiertos de armaduras resplandecientes y costosos trages , llevando en sus banderas las armas reunidas de Castilla y de Trastamara. En este momento el asistente de Sevilla se arrodilló delante del rey , y le presentó , segun costumbre , las llaves de la ciudad , que fueron aceptadas con gracia y cortesía ; despues de lo cual se dirigió la comitiva á la catedral , al son de repetidos vivas , del repique de campanas , y de la música militar.

La cabalgata llegó de esta suerte á la iglesia metropolitana, y todos se apearon delante de la puerta principal. Este magnífico edificio habia sido adornado con todo esmero para esta ocasion, y el cabildo se habia manifestado pródigo para demostrar su adhesion al nuevo rey. Millares de antorchas y lámparas odoríferas formaban como un cielo de fuego en lo mas elevado de estas naves gigantescas, que resonaban con la armonía de la música sagrada; y en medio de los estrepitosos cánticos fue introducido don Enrique en la iglesia por el arzobispo.

El Dean, que era la segunda dignidad, introdujo á Beltran Duguesclin, y todos los canónigos siguieron, conduciendo cada uno á los principales caballeros por órden de preferencia. La vasta catedral se vió en un momento llena de guerreros con cotas de malla, cuyos sobresalientes penachos y armaduras resonantes, contrastaban con el traje suntuoso aunque pacífico del prelado y su clero.

El rey y su comitiva, acompañados del arzobispo y Cabildo, se dirigieron á visitar las reliquias del ilustre monarca san Fernando, colocadas en la capilla de su nombre. La magnífica urna de cristal estaba abierta, y los restos reverenciados quedaron expuestos al público. Don Enrique se arrodilló, é hizo oracion algunos instantes cerca de la urna, despues de lo cual el canónigo magistral hizo un corto panegirico del Santo, en el que introdujo sutilmente un elogio del rey actual, extendiéndose en acciones de gracias por su advenimiento al trono, de cuyo acontecimiento sacó el mas favorable presagio. En seguida se celebró el oficio divino con mucha pompa, y despues de terminado, toda la comitiva se dirigió al Alcázar, donde se habian remediado del mejor modo posible los estragos causados por el ardiente celo del Tuerto y de sus compañeros.

El rey se retiró entonces con sus intimos consejeros para acordar una solemne deliberacion. Se decidió que don Enrique daria al siguiente dia audiencia pública, para escuchar las quejas de sus vasallos, reparar las injusticias, y

conceder recompensas á los que las hubiesen merecido. Esta audiencia se anunció por toda la ciudad, donde produjo el efecto deseado. Todos se demostraban encantados con el nuevo orden de cosas, porque la novedad tiene encantos tan irresistibles, que un cambio alegra siempre á la plebe, aun cuando sea contrario á la justicia y al bien público. Así fue como don Enrique tomó posesion de su capital, en virtud de cuyo acto y de la bendicion arzobispal, fue reconocido por soberano de los reinos de Castilla y Leon.

VIII.

El contraste.

Parecia ya que don Enrique se hallaba afirmado sobre el trono. Numerosas diputaciones llegaban diariamente de todos los puntos del reino para felicitarlo por su advenimiento á la corona de Castilla, y los grandes y ricos hombres no se manifestaban menos presurosos de rendir sus homenajes al usurpador.

Don Enrique recibia todas estas muestras de adhesion con mucha afabilidad; pero cuidaba de estar siempre acompañado de Beltran Duguesclin. Sin embargo, para no alarmar á sus vasallos con el aparato de un ejército extranjero, licenció la mayor parte de los aventureros que le habian seguido, despues de haberles recompensado con proporcion á los servicios que le habian prestado. Un cuerpo escogido de veteranos, á las órdenes de Duguesclin y del mariscal de Andreghen, fue designado para seguir al rey por todas partes, como medida de precaucion; pues no obstante el entusiasmo y protestaciones del pueblo para demostrar su adhesion, exigia la prudencia estar preparado contra la inestabilidad del espíritu humano, y especialmente atraerse el favor popular.

Tomada esta medida, se procedió á prodigar títulos y recompensas á los grandes y ricos hombres que mas habian contribuido á la elevacion de don Enrique. Las tierras y castillos mudaron de dueño: se señalaron pensiones á unos, títulos honrosos á otros, y magníficas promesas á todos. Se arregló todo con satisfaccion general, y aun los mas incrédulos creyeron que el conde estaba afirmado para siempre en el trono de Castilla. Esta persuasion atrajo á su partido aun á los mas pertinaces, y dió á su poder una suerte de estabilidad. Es casi inútil contar en el número de estos nuevos convertidos á don Egas de Vargas, á quien hemos visto tan preparado á cambiar de opinion, y así costó pocos esfuerzos hacer de él uno de los mas celosos prosélitos del nuevo gobierno.

Volvió este una mañana á su casa con un aspecto de buen humor que le era poco ordinario. Se desembarazó de su espada, la colocó junto á su sombrero, y atravesó los salones con toda la agitacion que producen las esperanzas nacientes. Constanza fue llamada á su presencia, y Pimiento, habituado á entrar libremente por todas partes donde se hallaba su amo, siguió á su jóven señora á la habitacion donde la esperaba su padre.

— Constanza, hija mia, la dijo don Egas, el rey acaba de darme audiencia, y debo confesar que sabe agasajar y ser afable con todos los que le rodean; verdaderamente no pensaba que fuese tan buen caballero.

— Señor, respondió Constanza, yo celebro que hayais formado un concepto tan favorable del nuevo rey. Acaso sea este un presagio feliz para la futura tranquilidad de Castilla.

Estas palabras fueron pronuciadas con una indiferencia que don Egas no esperaba, quien no vió sin cólera el siniestro gesto de Pimiento.

— Cuando llegué á la presencia del rey, continuó aquel, se hallaba rodeado de los principales señores y alto clero de su reino, y tenia á su lado al valeroso francés Beltran Duguesclin.

— ¡Cielo santo! exclamó Pimiento, incapaz de contenerse por mas tiempo: ¿es forzoso que haya vivido tanto tiempo, para oír á un Vargas elogiar á un enemigo de su patria?

— La justicia, dijo don Egas, exige que no se rehusen los elogios á los que se hacen dignos de ellos, y nadie negará que Duguesclin sea un valiente caballero.

— Presérveme Dios de disputar ya sobre ningun asunto, repuso Pimiento; aun añadiré, si este es vuestro gusto, que es un buen mozo.

— Esto nada significa, su alma está animada del mas noble ardimiento, y esta cualidad conviene mejor á un guerrero que las gracias del cuerpo. Además de esto, verdaderamente yo no lo encuentro tan feo como suponen. De todos modos, el rey me recibió con cortesía, me tomó la mano, y juró que los Vargas habian sido siempre una de las familias mas distinguidas del reino; y al tiempo de separarse, me manifestó su deseo de verme con frecuencia en su corte, lo mismo que á mi encantadora hija; tales son sus propias expresiones, pues parece que alguno le ha informado que mi Constanza es hechicera, añadió sonriéndose el anciano caballero.

— Pero, señor, dijo Constanza con emocion, ¿vos no querreis decir con esto que deba ser presentada á la corte?

— ¡Oh! no, no, ciertamente no, dijo Pimiento.

— Hija mia, repuso don Egas, ya conoces que es preciso que así sea: yo mismo pienso dedicarme á este servicio, y por consiguiente....

— ¡Oh! ¡vergüenza! ¡qué oigo! exclamó Pimiento fuera de sí; ¿y yo vivo? ¿ó me hallo acaso bajo la influencia de un engañoso sueño? No: ¡por todos los santos del paraíso! ¡por la espada del Cid! ¡y por la memoria de vuestro padre! no puedo ya callarme por mas tiempo. ¡Señor don Egas, es imposible que hayais concebido la idea de volver á la corte! Si así fuese, os abandonaba: sí, lo aseguro por mi honor, os dejaria; así pues, escoged, señor, entre Tastamara y Pimiento.

— ¡Protéjanos el cielo! dijo don Egas sorprendido; este pobre hombre está enteramente loco.

— ¡Loco! repitió Pimiento, ¡ojalá que lo fuese en efecto, y así no tendría que sufrir los tormentos que padezco! — Su fisonomía, regularmente fria é impassible, expresaba una especie de sensibilidad. — ¡Loco! repetía de nuevo, mejor sería serlo, que ver á un descendiente de los Vargas envilecerse hasta establecer relaciones con la ilegitimidad y la usurpacion, olvidando el antiguo honor de sus abuelos. ¡Ah señor! acordaos de uno de ellos apellidado Machuca, y de sus proezas en la conquista de Sevilla; pensad en Bernardo del Carpio, que jamás prodigó alabanzas á un francés, y combatió valientemente por la independenciam de su país. Recordad su comportamiento en Roncesvalles: su alma era la morada del valor, del heroismo, y del mas noble entusiasmo; ¡qué intrepidez al atacar á los enemigos! Era sin embargo un terrible ejército, que contaba entre sus filas á los doce pares de Francia, el famoso Rolando y demás paladines; mas todo el ardimiento de este se estrelló contra el valor de Bernardo sostenido por Santiago y todas las potestades celestes.

El antiguo ardor de Pimiento se habia despertado á este recuerdo, así se puso á declamar enfáticamente sus mas antiguos romances. Su amo que, temia irritarlo mas con la contradiccion, no se atrevía á decir una palabra, cuando afortunadamente salió este de su embarazo con la llegada de don Alvaro de Lara.

La fisonomía del jóven militar expresaba disgusto, y apenas habia entrado cuando exclamó:

— Tristes noticias, señor don Egas.

Este se sobresaltó, preguntando con inquietud:

— ¿No serán de la corte?

— ¡Oh, no seguramente! son mas lejanas. Ellas prueban nuevamente el espíritu de venganza y ferocidad del fugitivo. Yo espero que este último riesgo servirá para abrir los ojos de los mas incrédulos é infatuados de sus partidarios;

es bien penoso tener que relatar tales actos de barbarie.

— Vos excitais mi curiosidad : ¿ qué ha sucedido ?

— Un expreso acaba de llegar de Galicia , y por él se sabe la llegada de don Pedro á la Coruña y su conducta. Despedido políticamente de Portugal , ha ido el tirano á buscar asilo en aquella ciudad ; pero resuelto á señalar su viaje del modo mas sangriento , acaba de cometer el mas atroz de los asesinatos.

— ¿ Y quién ha sido la víctima ?

— El anciano y venerable arzobispo de Santiago. Guardó silencio don Egas. Constanza suspiraba , y Pimiento murmuró algunas palabras que nadie entendió.

— ¡ Es un homicidio abominable ! exclamó al fin don Egas , y el mayor de los delitos. Y bien ; dijo volviéndose á su escudero , ¿ considera el señor Pimiento que esta hazaña será digna de ser inscrita en los anales de la caballeria ? ¿ Encuentra en ella el espíritu del Cid ó el de Martín Pelaez ? ¿ ó bien ha hallado en el galimatías de los rancios romances atestados en su cabeza alguna accion heroica que pueda compararse con esta ?

— Señor don Egas de Vargas y Vasconcelos , respondió Pimiento con tono firme é indignado , V. S. se olvida de sus deberes mofándose de un honrado escudero. Jamás he sido el abogado de los crímenes de don Pedro : juzgo las opiniones , y no los hombres. Sin embargo , os diré que las faltas de una persona , no pueden servir de pretexto para las que otros cometen ; y al acabar estas palabras salió del salon con paso grave y majestuoso.

Sin reparar en la salidade Pimiento , continuó don Alvaro : — Se asegura que don Pedro se ha salvado en Francia con una comitiva bien mezquina ; apenas se encuentran en ellas dos ó tres hombres de importancia , entre cuyo número es escusado decir que se encuentra á don Hernando de Castro.

Mientras pronunciaba estas palabras , dirigió una mirada indagadora á Constanza , que conservó bastante imperio so-



bre sí para no dar muestras de la mas ligera emocion. La conversacion recayó entonces sobre objetos indiferentes, y don Egas aprovechó la primera ocasion de retirarse, dejando solo á don Alvaro con su hija.

Este lance imprevisto era muy penoso para Constanza, y don Alvaro no tenia la imaginacion bastante despejada para suavizar su situacion. Durante algun tiempo guardaron ambos silencio: uno y otra sospecharon los pensamientos que los ocupaban mutuamente, y esta idea añadía un nuevo embarazo á su estado. D. Alvaro dijo al fin:

— Estaba bien distante de creer que la fortuna me seria bastante favorable para presentarme esta ocasion, que tanto deseaba, de reconciliarme con vuestro padre. Permittedme que espere que el feliz cambio de sus sentimientos sea el precursor del que se obrará en mi favor en vuestro corazon.

— Señor, respondió Constanza con frialdad, no diviso el cambio que mis sentimientos puedan experimentar.

— No, Constanza, exclamó el desconcertado jóven; esta reserva y frialdad no deben existir entre nosotros: yo reclamo tanto los derechos de la sangre, como los de una antigua amistad. Y añadió entonces con acento mas grave y conmovido. — No podréis haber olvidado enteramente la intimidad que en otro tiempo existió entre nosotros; cuando me honrabais con vuestro afecto, cuando era el mas feliz de los hombres.

— Señor don Alvaro, respondió Constanza con orgullo, ¿porqué recordar lo pasado, cuando no pueden resultar mas que memorias poco gratas?

— Para vos.... ¡ Ah Constanza! no acabeis. Demasiado entiendo lo que quereis decir; sin embargo, por los mismos sentimientos que manifestais, no deis lugar á que tenga nuevos motivos de quejarme de vos.

— Basta, don Alvaro, no es propio de un galan caballero dirigir reconvenciones á una mujer sin defensa, especialmente cuando no está en su mano reparar sus yerros.

— ¡Como, Constanza! bajo el techo paterno no podeis consideraros sin apoyo, y además, bien sabeis que no os es necesario con respecto á un hombre para quien vuestros menores deseos son órdenes positivas.

— ¡Ay de mí! señor don Alvaro, y sin embargo vos sois á quien tengo mas razon de temer; vuestra conducta y lenguaje me instruyen demasiado de vuestros sentimientos. Es bastante sensible para mi padre permitir que renoveis un asunto tan penoso para mí, pues que conoce los disgustos que padezco.

— ¡Constanza! no me es posible disimular por mas tiempo: ya conoceréis mis sentimientos, y no os daréis por ofendida, porque traen su origen de un afecto sincero y constante. Yo os amo, si, os amo mucho mas que cuando me permitiais aspirar á la cumbre de la felicidad. La fortuna desgraciadamente me ha sido contraria, y un falso amigo me ha arrebatado mis mas preciosas esperanzas. No os afligiré recordando lo pasado: olvidaré mis quebrantos para no pensar mas que en la dicha que me promete lo venidero. La fortuna me sonríe al fin; el partido de mi rival se halla abatido, el mio triunfa, y no quiero aprovecharme de la victoria, sino es para hacer vuestra dicha y la de vuestra noble familia.

— Señor don Alvaro, dijo Constanza con tono melancólico, no ignorais los pesares que causais á aquella á quien quereis hacer feliz. Poned pues término á unas frases que hacen en mi corazon el efecto de un dardo emponzoñado.

¿Nada podrá pues debilitar la repugnancia que me manifestais? ¡Ah, Constanza! no os dejeis seducir por unas esperanzas tan engañosas. Hernando no volverá mas; ha huido de un país al que en vano trataba de oprimir.

— Deteneos, señor, este es un lenguaje que no puedo ni quiero oír: sea cual fuere la causa que ha abrazado don Hernando de Castro, su conducta es superior á todo elogio, y aunque se halle condenado á un destierro penoso, mi afecto y mi admiracion no le abandonarán jamás.

Al acabar estas palabras hizo Constanza un movimiento para retirarse.

— No, Constanza, exclamó don Álvaro impetuosamente, vos no saldréis de aquí sin oirme. En nombre del cielo, no me trateis así: vuestros desprecios pudieran llegar á agotar mi paciencia, y mis intenciones son aprobadas por vuestro padre. Quiero olvidar lo pasado: os lo repito, nada teneis que esperar de Castro: jamás volverá á su patria, su cabeza está proscrita, y se halla condenado á pasar lánguidamente el resto de sus dias en extranjero suelo. En semejantes circunstancias es cuando os renuevo mi súplica, no la desecheis.

— Señor don Álvaro, os habeis engañado acerca de mi carácter, si pensais que concederé á vuestra importunidad, lo que he rehusado á vuestros servicios. Escuchad mi resolución, que nada en el mundo podrá hacer cambiar jamás, pues voy á explicarme con entera franqueza. He entregado mi fe á Hernando de Castro: nunca se la retiraré, aun cuando todos los males que afligen á la humanidad debiesen ser la consecuencia de mi entereza. Despues de esta declaracion, cuento bastante con vuestra generosidad para creer que no seré mas importunada sobre un asunto que por precision debe afligirme.

Don Álvaro se mordió los labios, y durante algun tiempo fué tan viva su indignacion, que no pudo expresarla. Se paseaba aceleradamente por la habitacion con los brazos cruzados, entregado á la mayor agitacion.

— Por todo lo que hay de mas sagrado, dijo, juro que mis ofrecimientos no serán impunemente desechados con un desprecio á que no me contemplo acreedor!

— Constanza, añadió poco despues, con tono mas suave: reflexionadlo bien, y disimuladme un acaloramiento de que no he sido dueño, permitiéndome que os vea como pariente y amigo: acaso el tiempo cambiará vuestro corazon.

— ¡Jamás! respondió Constanza: mi corazon no sabe disimular, y no pudiera engañaros un solo instante. Ya ha-

beis oido mi profesion de fe : teneis derechos á mi estimacion y gratitud , y como amigo me será siempre grato volveros á ver ; pero no busqueis bajo el velo de la amistad alimentar otros sentimientos : cesad una persecucion infructuosa , á la que no sabria dar otro titulo , despues de la explicacion que acabo de haceros ; estad cierto , don Álvaro , que un enlace entre nosotros no nos haria mas dichosos , y aun cuando Hernando bajase al sepulcro , no seriais jamás el esposo de Constanza .

— ¡ Cielos ! ¿ qué oigo ? ¡ Es posible que un rencor tan implacable nos separe para siempre !

— ¡ Rencor ! nada de esto : yo no os aborrezco , señor don Álvaro , un sentimiento bien diferente es el que me anima ; y ¿ cómo pudiera aborrecer al amigo de mi familia ?

Don Álvaro nada respondió , viendo que seria locura querer persuadirla en aquella ocasion , y así se despidió de ella . Habia quedado sorprendido de la firmeza de Constanza ; sin embargo , así como la mayor parte de los hombres en quienes influyen pasiones violentas , se lisonjeaba á sí propio , cegándose sobre los obstáculos que se oponian á sus deseos , y no reconociendo mas que las circunstancias que se presentaban en favor suyo . Se persuadia que cuando las esperanzas de Hernando se habrian aniquilado , escucharía Constanza favorablemente á un hombre por quien profesaba estimacion y reconocimiento . Así pues , aun cuando no hubiesen por entonces tenido éxito sus instancias , no por esto perdió la esperanza , y así se quedó reflexionando el mejor medio de llevarla á cabo .

Constanza por su parte se hallaba libre de una pesada carga . Habia declarado francamente sus sentimientos , y de un modo , á su parecer , capaz de librarla de sucesivas importunidades . No habia dejado esperanza alguna á don Álvaro , y así se lisonjeaba de que renunciaria á sus inútiles persecuciones . Pero este cálculo se fundaba en sus propios sentimientos , y no en los de un amante apasionado , que nunca se desanima á pesar de los mayores obstáculos . Su

padre vino en breve á su encuentro ; pero el astuto anciano se guardó muy bien de hablar de don Álvaro. Conocia el carácter decidido de Constanza , y sabia muy bien que su corazón era una fortaleza , que jamás sería tomada por asalto , y acaso únicamente por medio de un largo sitio , en el que contaba con la constancia de don Alvaro , quien no sería el primero á abandonarlo.

IX.

El Príncipe Negro y sus caballeros.

El príncipe Negro , que tenia su corte en Burdeos , acababa de echar el último brindis al honor de Inglaterra , y se preparaba á dejar la mesa , cuando Sir Roberto Knolles le preguntó :— ¿ Cuánto tiempo nos dejará aun V. A. en esta larga ociosidad ? La falta de ejercicio puede enmohecer el valor del soldado , lo mismo que su espada.

— Un poco de paciencia , Sir Roberto , respondió el príncipe : no podemos anticipar el curso de los acontecimientos ; pero un caballero impaciente por dar pruebas de su valentía encontrará mil ocasiones de ejecutarlo en país extranjero.

— Es muy cierto , exclamó sir Roberto , y me arrepiento amargamente de no haber seguido el ejemplo de sir Hago Calverley , y de la compañía franca , que han hecho en España tan rico botín.

— ¡ Quita allá ! sir Roberto , dijo el noble sir John Chandos lleno de indignacion : ¿ desde cuándo un caballero inglés echa de menos un vil saqueo ? Me engaño mucho , ó la expedicion en Castilla de sir Hugo Calverley no será contada en el número de sus hazañas.

— Y sobre todo , repuso sir William Felton , cuando se reflexiona que ha tomado partido por un usurpador que quiere destronar á su rey legítimo.

— Teneis razon sir William, dijo el príncipe con una mirada de aprobacion ; además, ¿ no encontrais bien repugnante el convertirse en aliado de nuestros enemigos naturales ? Me sorprende mucho que Sir Hugo pueda ir acorde con Beltran Duguesclin. Sus compañeros francos, como á sí mismos se llaman, deberian en conciencia tomar otro título, y me parece que el de flibusteros, ó piratas, les vendria mejor.

— Gracias por el favor, dijo con irónica sonrisa Sir Roberto, si es á mí á quien este cumplimiento va dirigido.

— Señor caballero, respondió el príncipe, aunque sir Roberto pueda ofenderse de una observacion justa, jamás Eduardo de Gales se abstendrá de censurar lo que le parezca verdaderamente vituperable. ¡ Y qué ! ¿ no recibimos diarias quejas acerca de las depredaciones é injusticias de estos merodeadores ? ¡ Por san Jorge ! ¿ á quién está cometido el cuidado de hacer respetar el órden público ? ¿ Y deberémos cerrar vista y oidos para complacer á estos saqueadores ?

En este momento vinieron á anunciar que un español solicitaba ser introducido á la presencia del príncipe, para hablarle de un asunto interesante. Los caballeros ingleses se retiraron, y Eduardo mandó que se diera entrada al extranjero. Era un sujeto, cuyo porte lleno de gracia y dignidad desmentia los vulgares vestidos que lo cubrian. Se inclinó respetuosamente delante del príncipe, y le dijo al presentarle un pliego :

— Noble príncipe, soy enviado á V. A. de parte de mi amo y señor don Pedro, rey de Castilla, al presente errante y fugitivo lejos de sus estados, para solicitar en su favor la proteccion y asistencia de los valientes caballeros ingleses. Este pliego os instruirá mejor del objeto de mi embajada.

El príncipe recibió á Hernando de Castro (por que era este) del modo mas afable, y tomando el pliego que le presentaba, lo leyó con visible interés. Volviéndose despues hácia Castro, le dijo :— Sea bien venido cerca de nos el

enviado de nuestro primo de Castilla. Los tiempos son bien duros, señor caballero, por el contenido de este pliego veo el modo insultante con que se han portado con don Pedro. ¿Con qué socorros podrá contar?

— Con ninguno, dijo dolorosamente Hernando, si no es con la generosa asistencia de los verdaderos caballeros que abracen la causa de la lealtad y la justicia, contra la mas cobarde usurpacion. Un hermano desnaturalizado, unido á una faccion del clero y nobleza, y sostenido por aliados extranjeros ha precipitado del trono á su legitimo soberano. Don Pedro se ha visto obligado á huir de sus estados, abandonado de sus vasallos y de todos sus súbditos. Seis caballeros, en cuyo número me cuento, componen toda la comitiva de este desgraciado rey.

— Señor don Hernando, vuestra lealtad os hace honor, respondió el príncipe, y me es sensible que los castellanos hayan olvidado una virtud que les ha hecho tan nombrados. De todos modos, reflexionaremos sobre las injurias que ha sufrido nuestro primo, y buscaremos los medios de serle útil. Duguesclin es un adversario temible, y el poder de Trastamara ha sido reconocido en Castilla; pero con el auxilio de Dios y de mi buena espada, veremos en breve si los revolucionarios y la usurpacion triunfarán siempre en vuestra patria.

— ¡Noble príncipe! exclamó Hernando transportado de gozo, ¡pueda el cielo recompensar cumplidamente vuestras generosas intenciones!

— Señor Castellano, respondió Eduardo, proteger al oprimido y castigar al opresor es el deber de un buen caballero, como me glorio de serlo. Yo miro esta causa como sagrada, y así haré en favor de don Pedro todo lo que esté en mi mano. Sin embargo, es preciso que consulte antes á los lores de la corte de mi padre, pues sin su auxilio y aprobacion no puedo esperar un éxito favorable. Entretanto, admitid el hospedaje que os ofrezco, y en breve obtendréis una terminante respuesta.

Hernando se retiró, y el príncipe llamó á sir John Chandos, sir William Felton, y demás caballeros distinguidos que formaban su consejo. Á su llegada encontraron á Eduardo ocupado en volver á leer los papeles que les enseñó, diciendo:

— Grandes noticias de España, milores. El rey don Pedro, nuestro noble primo, se queja amargamente de don Enrique de Trastámara, su hermano natural, que se ha apoderado violentamente del trono de Castilla, y que, como lo sabeis, ha arrojado de sus estados al rey legítimo. El valiente Castellano que me ha pedido audiencia, está encargado de solicitar nuestro auxilio para reconquistar este reino, según os lo explicarán sus despachos.

Leyó entonces lentamente su contenido, y después continuó:

— Y bien, milores, ¿abandonaremos á un monarca en medio de su infortunio, ó le ayudaremos á sabir de nuevo á su trono? Espero vuestro parecer, hablad sin temor: vuestro príncipe aprecia como debe vuestro maduro discernimiento.

Viendo que guardaban aun silencio, añadió:

— Milores, no os ocultaré afectadamente mis propios deseos; la causa de que se trata es sagrada, y en semejante ocasión, el príncipe de Gales no dará un paso hácia atrás ni trepidará en tributar como debe un ejemplo de valor y generosidad. Don Pedro reclama nuestro apoyo como rey legítimo contra un vil usurpador. La justicia estará de nuestra parte, y si como aseguran, el carácter y las crueldades de don Pedro han sido las causas principales de su desgracia, volviéndole la corona podremos mejorar también la suerte de los Castellanos, suavizando el carácter de su rey, y haciéndolo digno de su amor. Si conseguimos nuestro intento, como todo nos lo hace esperar, el honor, único objeto de ambición en todo buen caballero, será nuestra segura recompensa.

— Príncipe mio, exclamó sir Chandos, en cualquiera par-

te en que Eduardo de Gales nos guie al combate, ó, lo que es igual, á la victoria, John Chandos le seguirá con placer. Disponed de mí, noble príncipe, y de todos los que me siguen.

— Á fe mia, dijo sir William Felton, entre nosotros no debe haber mas que una sola opinion. Así pues, antes de decidir cosa alguna, ¿no será prudente que pesemos las razones que existan en pro y en contra de este asunto? Por ejemplo, si don Pedro con su ordinaria pertinacia arrastrase nuestro honor sin mancha hácia una empresa temeraria, donde no deba recogerse para nuestras banderas mas que infamia y deshonor, ¿no nos arrepintiéramos de nuestra generosidad? Además, ¿habeis reflexionado bien que todo el peso de la guerra será nuestro, pues que la fortuna parece haber abandonado las armas de don Pedro.?

— Sir William, respondió el príncipe, confieso con sinceridad que vuestro dictámen es el mas prudente. Sin embargo, aunque conozca perfectamente la conducta de don Pedro, y las faltas que expia ahora con tanto rigor, no creo que sus yerros sean una razon suficiente para negarle los auxilios que pide. El honor y la humanidad hablan en favor suyo; y en tal estado, señores y milores, ¿quién de vosotros pudiera oir sin emocion el ruego de un rey suplicante, arrojado de su reino por un hermano desnaturalizado? Ninguno, estoy bien cierto de ello. Desterremos, pues, timidos escrúpulos, milores, y uníos á mí para restablecer en su trono al rey de Castilla.

Electrizados los caballeros ingleses por el ejemplo de su príncipe, accedieron á sus deseos. El mismo sir William Felton, impulsado como los demás, exclamó con entusiasmo:

— Por san Jorge y la Inglaterra, volverán nuestras banderas á cubrirse de nuevos laureles; la paz ha durado ya tan largo tiempo, que los antiguos principian ya á marchitarse. Socorramos al rey fugitivo, y empenémosle á venir aquí lo mas pronto posible. Así sabrémos con mas especificacion

las particularidades de esta resolución, y podremos tomar todas las medidas convenientes para que le sea vuelta su corona.

— Sir William, teneis razon, dijo Eduardo; sea el noble castellano Hernando de Castro el portador de nuestra invitacion á su amo. Nuestro buen almirante lord Tomás Felton, vuestro hermano, estará encargado de acompañar á don Pedro hasta nuestra provincia. Esten las galeras preparadas, y que todos se dispongan para la ejecucion de nuestros proyectos.

Despues de haber tomado el parecer de su consejo, envió el príncipe un expreso á las compañías francas, para avisarlas que se uniesen á sus banderas, para tomar parte en esta expedicion. Sir Hugo Calverley, sir Mathew Gournay, y demás caballeros que mandaban aquellos cuerpos, se presentaron desde luego; y tal era el respeto y veneracion que tenian por el solo nombre de Eduardo, que á su primer aviso dejaron todos el género de servicio á que estaban dedicados, el qué sino era honroso, al menos era muy lucrativo.

Al saber Trastamara los preparativos que se hacian contra él, no concibió por de pronto sino una ligera inquietud, contando con entera confianza con la fidelidad de sus nuevos vasallos y el valor de sus aliados. Pero Duguesclin le sacó bien pronto de esta seguridad peligrosa, porque conocia cuan formidables eran los enemigos que tendrian que combatir; campeones formados bajo las banderas de la victoria, y que tenian á su frente á Eduardo el príncipe Negro, el guerrero mas nombrado de su siglo. No perdió tiempo don Enrique en tomar todas las medidas capaces de alejar el riesgo que le amenazaba. Ordenó á sus tropas que se reuniesen, y estuviesen dispuestas á marchar al frente del enemigo, sin esperar que fuesen atacadas. Así las esperanzas de tranquilidad que habia concebido al subir al trono se vieron en breve desvanecidas, y principiaron preparativos guerreros en todos los extremos de Castilla.

Mientras tanto don Pedro habia llegado á Bayona con su corta comitiva, y el principe de Gales, deseando honrar á este monarca desgraciado, resolvió salirle al encuentro hasta el punto que mediaba entre aquella ciudad y la de Burdeos. En su vista el valiente principe y su brillante séquito salieron de esta, y avanzaron lentamente á encontrarse con el rey de Castilla. Formaba muy bello espectáculo aquella magnífica cabalgata que se desplegaba en la llanura, y eran dignos de admiracion algunos de los mas famosos caballeros de la cristiandad, sobre sus nobles corceles, cubiertos de ricas armaduras, y dispuestos á recibir en su territorio al principe desterrado.

El mas notable era su valiente caudillo, que se distinguia por su elevada talla y su armadura negra, que habia sido el terror de Crecy y de Poitiers. Cerca de él se encontraba el invencible sir John Chandos, que contaba pocos rivales en los anales de la caballería. Dotado de una extraordinaria fuerza física, y de aquella firme resolucion que solo proporciona el verdadero valor, unia á la franqueza y lealtad aquel carácter generoso y natural cortesía que deberian ser siempre inseparables de un caballero completo. No debemos pasar en silencio á sir William Felton, señalado guerrero, cuyo valor en los combates competia con su prudencia y la madurez de su juicio. Tambien se hacian notables sir Stephen Cosington, y sir Ricardo Dangle, mariscales de Aquitania; sir Roberto Knolles, el conde de Angut, y un gran número de valerosos caballeros que seria muy difuso nombrar, pero cuyos altos hechos eran el objeto de todas las conversaciones.

Esta ilustre comitiva se adelantaba alegremente al compás de la música militar. En breve se descubrió á don Pedro seguido de sus fieles castellanos, y en pocos momentos unos y otros se hallaron reunidos. El séquito del rey de Castilla era mas modesto: sus hijas, algunas damas de la corte y seis caballeros, formaban todo su acompañamiento.

Don Pedro se manifestaba desprendido de aquel genio or-

gulloso y vengativo que habia sido una de las principales causas de sus desgracias; y sin embargo, nada demostraba en su aspecto debilidad ni abatimiento. Sus bellas facciones expresaban fielmente sus sentimientos, y era fácil reconocer que su altanería se hallaba subyugada por la reflexión de que representaba el papel de suplicante. Saludó al príncipe con desembarazo, y este le correspondió con aquella cortesía y benevolencia que animaban siempre su corazón noble y generoso.

— ¡Gran príncipe! le dijo don Pedro con tono suavizado aunque firme, el rey de Castilla se presenta á vos como suplicante, abandonado de todos sus rebeldes vasallos, á excepcion de este corto número de fieles servidores (indicando á don Hernando de Castro, al maestro de Alcántara y demás que le acompañaban), viene á solicitar vuestro amparo en su desventura.

— Valiente primo de Castilla, respondió el príncipe, nos compadecemos de vuestros infortunios, y con el auxilio del cielo procederémos de modo que el remedio siga al daño muy de cerca. Observad, señor, estos caballeros y su aspecto os hará concebir las mas lisonjeras esperanzas.

— Sí, respondió don Pedro, con los ojos radiantes de alegría, mientras que echaba una ojeada al imponente séquito de Eduardo; seguramente con semejante apoyo no puedo dudar del éxito, y ya no puede causarme temor su alteza de Trastámara, ni su colega en maldades, el caballero mas infame y odioso que haya llevado jamás armas.

El príncipe y sus caballeros repetían mil conjeturas para adivinar la persona á quien se dirigían tales epítetos.

— ¿De quién quiere hablar nuestro primo? preguntó el príncipe.

— ¡Por Santiago! ¿no lo habeis adivinado? ¿De quién puedo hablar, sino de Beltrán Duguesclin.?

— A fe mía, señor, respondió Eduardo con un tono de reconvencción, este lenguaje es tan extraño como injusto, pues que se trata de un caballero que no tiene igual en Fran-

cia, y que aun en Inglaterra tiene pocos semejantes. Acaso no ha observado del todo bien las leyes de la caballería abrazando con tanto interés la causa de un usurpador, mas sin embargo su conducta, sea en paz ó en guerra, en batalla ó en torneo, ha sido siempre ejemplar, y ha merecido todo elogio.

— Yo os pido humildemente perdon, respondió don Pedro con amarga sonrisa, si me he adelantado con exceso. Ciertamente, el rey de Castilla no tiene razon alguna de quejarse del valiente Duguesclin, y si con la gracia de Dios, y el auxilio de V. A. consigo recobrar mi reino, no dudo se canten sus alabanzas hasta en mi propio palacio.

El príncipe se abstuvo de hacer observacion alguna, pues conoció claramente que don Pedro agriado por la desgracia, no se hallaba en disposicion de hacer justicia al mérito de sus enemigos, y aun menos de escuchar con serenidad su elogio.

Se dirigieron, pues, á Burdeos, y el príncipe se mantuvo siempre á la derēcha de don Pedro, manifestándole los mayores miramientos. El desgraciado monarca quedó prendado de los nobles modales del príncipe y de las atenciones respetuosas y delicadas que tenia con él. Es en la adversidad donde se conoce mejor la benevolencia de que somos objeto.

— Primo mio, dijo don Pedro, muchas veces he oido hablar de vos, y mi reino ha celebrado vuestras hazañas y acciones generosas; y veo ahora por la solicitud con que os interesais por mí que la nombradía no siempre se aparta de la verdad. En cambio, añadió con orgullosa sonrisa, como es mujer y caprichosa, se permite tambien extrañas libertades acerca de otros. Yo juraria que habeis oido contar de don Pedro procedimientos horribles, pues no es dudoso que se me imputan con sobrada liberalidad todas las tonterías que se han cometido en España.

— Mi querido primo, respondió Eduardo, la sinceridad es la base de mi carácter, y pues que deseais saber de que

suerte os ha tratado la nombradía, no os disgustará que os hable segun conviene á un caballero.

— Guárdeme el cielo de ofenderme de la verdad. Hablad, noble primo; la costumbre ha hecho nuestros oídos menos delicados. Nuestros leales vasallos no lo fueron mucho en escoger epítetos con que se han complacido en honrar á su amo.

— Me es bien penoso decir, repuso Eduardo, que os han sido diariamente achacados grandes crímenes y muchas imprudencias; pero siempre me he lisonjeado que la nombradía os calumniaba al asegurar que erais un tirano sediento de sangre, y abandonado á todos los caprichos de una cortesana, á la que sacrificabais indignamente vuestro reino.

— ¡ Maldición á los viles calumniadores! ¡ Una cortesana!... ¡ Doña María de Padilla, una cortesana!... No, príncipe, vuestra alma generosa no puede haber dado fe á una impostura tan baja. No era cortesana, no, continuó don Pedro con la mas viva emoción, sino la mas noble y mas bella persona de su sexo. ¡ Ay de mí! ¡ no existe ya, y la ira brutal de esos bárbaros aun no se ha apaciguado!....

Detúvose aquí sofocado por su exaltación: su frente estaba cubierta de un gesto sombrío, temblaban sus labios, y una lágrima fugitiva asomaba en sus brillantes ojos. Había tocado el príncipe un asunto que hacia vibrar todas las cuerdas del corazón de don Pedro. Este corazón, tan impasible en otros conceptos, había conservado toda su sensibilidad para el objeto de su primero y mas tierno amor, y desgraciadamente esta malograda pasión había sido la causa principal de sus infortunios.

— No hay duda, continuó don Pedro con tono de sarcasmo, era un gran delito, una ofensa imperdonable de parte de un rey atreverse á manifestarse amoroso. No puedo alabar bastante la delicadeza de mis virtuosísimos vasallos. Habrían querido que yo no tuviese pasión alguna, ni sentimientos propios de la naturaleza; y me admira

que no hayan efectuado esta reforma un poco mas pronto. Todos mis predecesores han tenido, no una, sino muchas queridas, sin que sus fieles vasallos se incomodasen por ello. No se quejaban de aquellos ancianos disipados que cubiertos de canas compraban á peso de oro las venales caricias de sus esclavas: no, estaba reservado á un jóven rey excitar la indignacion de su pueblo por haberse atrevido á amar. ¿Y quién es el apóstol que predica contra tan gran pecado? ¡Por Santiago! será algun bastardo, algun fruto del mismo crimen que pretende castigar. Ya veis, mi noble primo, con que sutileza los espíritus turbulentos y ambiciosos saben encontrar pretextos para encubrir sus proyectos.

— Sí, respondió el príncipe; bien sé que los mayores pecadores son á veces los primeros en predicar la reforma. ¿Pero cómo os justificaréis, señor, de haber sacrificado tantas vidas?

— ¡Tantas vidas, decid! exclamó don Pedro. ¡Cielo santo! demasiado las he ido economizando, puesto que quedan aun tantos traidores para alegrarse al ver á su rey fugitivo y suplicante. No, mi buen primo, no fui cruel por solo el placer de serlo, aunque, como lo deciais, tantas personas hayan perdido la vida; pero esto fué culpa suya: ellos quisieron ser rebeldes, y yo justo: la sangre corrió en Castilla, y aun debería correr mas para purificarla de la traicion que la infecta.

— Me lisonjeo, señor, que estos sentimientos vengativos no existen ya en vuestro corazón.

— Os hablaré con ingenuidad, estos sentimientos son precisamente los míos.

— Lo siento, repuso el príncipe, pues por mas batallas que os ganemos, no será por esto Castilla mas dichosa y tranquila hasta que consintais en gobernarla con mas suavidad.

En este tiempo llegaron á Burdeos, y se apearon á la puerta del monasterio de san Andrés, donde el príncipe

tenia su corte. Don Pedro y sus hijas se retiraron por corto tiempo para cambiar su traje por otro mas conforme á su elevada clase, y en seguida los presentó el principe á su noble esposa y damas de su palacio, como tambien á Hernando de Castro y al maestre de Alcántara.

Un banquete real habia sido preparado para los ilustres huéspedes que se esperaban; y los principales caballeros habian sido convidados. La grande copa que ostentaba el generoso vino iba circulando á la redonda: las hazañas mas admirables se iban contando: los cantos de los menestrales se hacian oir en el ámbito de la sala, y el banquete se prolongó hasta la mitad de la noche. Encantado don Pedro con la acogida que recibia, olvidó por un momento los amargos pensamientos que se traslucian en sus mas sencillas expresiones, y se retiró despues para tomar algun descanso, con el corazon lleno de las mas brillantes esperanzas.

X.

Invasion.

El principe de Gales dirigió entonces todos sus esfuerzos hácia el feliz éxito de la empresa en que se habia empeñado. Se hallaba en lo mejor de su vida, con una complexion naturalmente robusta y una salud á toda prueba. Su valor intrépido, que siempre le distinguiera en el campo de batalla, se habia templado y hecho mas formidable con las lecciones del tiempo y de la experiencia.

Reunidas las compañías francas en número de doce mil combatientes, y todos los lores y caballeros de su corte, estaban ocupados en reunir y organizar sus respectivas divisiones para la campaña que se iba á principiar. Estos preparativos costaban sumas enormes; y el principe juzgó

que era prudente asegurar la paga de su ejército antes de emprender cosa alguna.

Estaban ya dispuestos á entrar en un territorio extraño para pelear en favor de un príncipe que se habia hecho odioso á sus vasallos, cuya mayor parte tomaria las armas para oponerse á su restablecimiento sobre el trono. Además se hallaban los castellanos apoyados por un ejército francés mandado por el valiente Duguesclin.

Conocia Eduardo que tendria mil dificultades que vencer, y que sus operaciones se verian obstruidas frecuentemente por la falta de víveres y municiones en un país tan decididamente hostil. Era pues indispensable asegurarse fondos, y así convocó á su consejo para deliberar acerca de las medidas que deberian tomarse, y cuando le tuvo reunido, habló en estos términos:

— Milores: estamos inmediatos á emprender una guerra que debe lisoujear al noble ardor que siempre os ha distinguido. Aunque la conducta del rey nos haya sido presentada como reprehensible, y aun criminal, me hallo persuadido que se han exagerado sobradamente sus yerros, y que nuestros esfuerzos en su favor estan fundados sobre el honor y la justicia. Yo no dudo de la victoria, cuando me veo rodeado de tantos guerreros, general y justamente celebrados. En vista de mi calidad de príncipe soberano, he llamado las compañías francas que se hallan al servicio de don Enrique, pues ya que hemos abrazado la causa de su contrario, no habrian podido permanecer bajo sus banderas sin exponerse á pelear con sus propios compatriotas. No obligo sin embargo á nadie á seguir la fortuna de Eduardo, á menos que su corazon se sienta naturalmente impulsado á ello, ni exijo servicios de ninguno de vosotros para una empresa que acaso no convenga con su razon y conciencia. Hablad pues, y explicaos francamente.

— ¡Por san Jorge! mi valeroso y honrado príncipe, exclamó sir John Chandos, seguramente no habréis formado la intencion de afligir á vuestros fieles caballeros, mauri-

festando sospechas que tanto les agravian. ¡Cómo! ¿Pudiera acaso decirse que el valiente, el justamente celebrado príncipe de Gales, vencedor en Crecy y Poitiers, haya acometido una nueva empresa, sin que uno solo de sus caballeros haya rehusado tomar parte en sus peligros y su gloria? No, príncipe mio, jamás. Juntos vencimos en Francia, y juntos vencerémos en Castilla. No puede haber mas que una sola opinion sobre este asunto, y así haced mas justicia á los sentimientos que animan á vuestros amigos y súbditos.

Apenas acabó de hablar, cuando las vivas y numerosas aclamaciones atestiguaron que habia sido el verdadero intérprete de los sentimientos universales; y el príncipe, notablemente conmovido por esta prueba de su general consentimiento, concibió los mas felices presagios acerca del éxito de su empresa. Don Pedro y sus caballeros fueron entonces llamados al consejo, donde su presencia era indispensable. El rey de Castilla tomó asiento á la derecha del príncipe, y Hernando y sus compañeros ocuparon el que les fué señalado. Restablecido el silencio, se levantó Eduardo y dirigió la palabra á don Pedro.

— Señor, le dije, mis fieles caballeros han consentido de comun acuerdo en unirse conmigo para ayudaros á reconquistar vuestra herencia. Todos los preparativos serán hechos con la actividad propia de hombres que han consagrado sus vidas á la causa del honor. Sin embargo, mi deber para con mis vasallos y amigos me impone la ley de examinar cuidadosamente los medios de terminar felizmente esta empresa. Persuadido de cuan justa sea la causa que abrazamos, he obtenido por via de empréstito sumas considerables de parte de la Inglaterra, y la mayor parte de mi vajilla ha sido convertida en moneda acuñada para cubrir los gastos de esta expedicion. Á pesar de esto, semejantes auxilios no son suficientes para dar cabo á tan vasta empresa. Debemos entrar en España no solo provistos de ánimo y resolución, sino tambien de todo lo que forma el sostenimien-

to esencial de la guerra : de otra suerte mis valientes soldados se vieran expuestos á privaciones y necesidades en un país donde vamos á ser mirados como enemigos mortales.

Despues de un corto silencio , dijo sir John Chandos á su vez :

— Nuestro príncipe ha tenido siempre la bondad de proveer á las necesidades de sus súbditos. Mi tropa , aunque poco rica , podrá acaso dispensarse de recurrir á S. A. pero si mi humilde opinion puede ser de algun peso....

— Hablad , caballero , hablad , exclamaron á un tiempo todos los ingleses.

— Me parece pues justo , continuó sir John , que el rey de Castilla , en cuyo favor vamos á pelear , nos explique sus miras relativamente á la indemnizacion que podrá ofrecer á aquellos que van á verter su sangre por defender su causa.

— Nuestro hermano de armas , dijo sir William Felton ha expresado el voto general : nuestras tropas no son mercenarias ; pero deben estar provistas de todo lo necesario si pretendemos que cumplan con su deber en el campo de batalla. En cuanto á nosotros nada pedimos.

— Además , añadió sir Roberto Knolles , las compañías francas que han abandonado un servicio provechoso , deben recibir una paga equivalente á la que han perdido.

— Es así , dijo sir Hugo Calverley. Hemos dejado á Trastamara , y aunque la justicia no se halle de su parte , debo confesar que paga generosamente á los que le sirven.

El príncipe , dirigiéndose entonces á don Pedro , le dijo :

— Señor , ya habeis oido á mis consejeros manifestar francamente su opinion : esperamos de vos al presente del mismo modo una respuesta franca y sincera. Por lo que á mí toca , no tengo otras miras en esta expedicion que la gloria y el honor : pero es justo que no desatienda los intereses de mis soldados.

— Querido primo , respondió don Pedro : vuestra peticion está acorde con la mas estricta equidad , y nada en-

cierra que pueda sorprender al rey de Castilla, quien aunque despojado de su corona, no quisiera se le considerase como un mendigo que viene á solicitar la compasion de los extraños. No, de ningun modo: yo contestaré á vuestros caballeros con igual franqueza á la que han usado. No me ha sido dable salvar mi tesoro, que ha caido en manos de mis enemigos, gracias á la negligencia de Martin Yañez, de la que responderá en su tiempo y lugar; sin embargo, he traído conmigo cierto número de lingotes de oro y plata, y las joyas de mi corona que son de mucho valor, y todo os será entregado desde luego. No quiero disimular que esta no es una recompensa digna de los servicios que me ofreceis; pero juro sobre mi espada, y empeño mi real palabra, que luego que haya vuelto á subir al trono de que tan alevosamente he sido arrojado, reconoceré liberalmente los auxilios que mis valientes aliados me habrán prodigado; y entretanto las princesas doña Constanza y doña Isabel quedarán en rehenes hasta el cumplimiento de esta promesa.

— Señor, respondió el príncipe, quedamos satisfechos, y si la deuda se acreciese, yo salgo por vuestro fiador.

— Por vida mia, dijo el rey movido de su confianza, me dejais sorprendido al ver vuestra generosidad.

Estando ya todo dispuesto para la expedicion, salió el príncipe de Burdeos con la mayor parte de su valiente ejército, y se adelantó hácia la frontera. Cerca de Dax se reunió con su hermano el duque de Lancaster, que habia desembarcado con los refuerzos que conducia de Inglaterra.

Entraron despues en los peligrosos y escarpados desfiladeros de los Pirineos, donde el rigor del invierno se hacia sentir con toda su fuerza. ¡Qué nobles emociones latieron en el corazon de los españoles al pasar por Roncesvalles! Allí fue donde Bernardo del Carpio habia vencido á Carlomagno y á la flor de la caballería francesa, inmortalizando con esta gloriosa victoria su nombre y la valentia de sus compañeros. Enormes peñascos, barrancos estrechos y tor-

tuosos, hacian muy difícil el paso del ejército. Sin embargo, con una perseverancia intrépida, y una estoica paciencia todos continuaron su penosa marcha. Estas espantosas soledades parecian sumergidas en el silencio del sepulcro, á excepcion de algun lúgubre chillido, que anunciaba el despertar de la lechuza, interpolado con los aullidos del hambriento lobo, que repetian los ecos de los montes; mas entretanto el ejército, dividido en pelotones, avanzaba sosegadamente interrumpiendo la monotonía de aquellos sitios el relincho de los caballos y rumor de las armas.

Allí no se observaba signo alguno de vida: los rebaños que en el verano diversificaban aquel paisaje pintoresco y majestuoso, se habian retirado en busca de los pastos meridionales, para guarecerse de la inclemencia de la estación. De trecho en trecho se veia una miserable choza medio sumergida en la nieve, pero al llegar á ellas el soldado tenia el disgusto de hallarlas desiertas. Sin embargo, durante el dia los rayos del sol que reflejaban sobre las armaduras y brillantes cascos herloseaban aquellas tranquilas soledades. Mas cuando por la noche la luna esparcia su pálida luz sobre la inmensa extension de nieve que coronaba los montes, y que el frio se hacia massensible, encendian los soldados grandes hogueras para templar el rigor del aire glacial, y resguardarse al mismo tiempo de las fieras hambrientas, cuyos lamentables aullidos estremecian el corazon del soldado supersticioso.

Entonces se oia el grito monótono del ave de la noche, que se dejaba ver sobre algun risco distante, pero á la vista de los fuegos desaparecia cual un fantasma. La astuta zorra, al contrario, se acercaba con lentitud y precaucion, hácia el sitio donde el rumor de las voces le hacia esperar alguna presa, dejándose á veces sorprender por el diestro flechero, cuya certera mano derribaba yerto al imprudente merodeador.

Mientras tanto se fueron venciendo las dificultades, y el ejército se acercó rápidamente á Pamplona, ciudad de-

signada para punto de reunion. Allí se supo que el rey de Navarra con su natural inconsecuencia y mengua de su solemne palabra de franquear libre tránsito por sus estados á las tropas inglesas, acababa de celebrar un secreto tratado con don Enrique. Pero este obstáculo se removió en breve: Eduardo hizo adelantar á sir Hugo Calverley al frente de uno de sus cuerpos francos hácia la villa de Miranda, que tomó por asalto. Este castigo pronto y saludable obligó al rey de Navarra á enviar un grande de su corte á presentar sus políticas excusas al príncipe Eduardo, lo que cortó los efectos sucesivos de su resentimiento.

El ejército se dividió entonces en tres cuerpos: el primero mandado por el duque de Lancaster y sir John Chandos; el segundo por el príncipe Eduardo, y el tercero por don Pedro. Se formó además otro cuerpo de reserva á las órdenes de don Jaime, rey de Mallorca.

Las tropas de don Enrique, colocadas bajo su inmediato mando estaban acampadas cerca de Burgos, y presentaban el aspecto mas imponente. Se componian de tres mil ginetes montados en excelentes caballos árabes, y de veinte y siete mil infantes de línea de lo mejor de Castilla, Portugal, Galicia y dos Sicilias. Además de estas fuerzas tenia don Enrique diez mil ballesteros, y quince mil hombres de infantería ligera, todos bien provistos y disciplinados. En una palabra, Trastámara con estas y otras tropas podia desplegar una masa de cerca de cien mil hombres, cuyos gefes podian contarse entre los mas hábiles capitanes de aquella época.

Cuando don Enrique consideraba la fuerza de su ejército, y los socorros auxiliares que habia recibido de los castellanos, no dudaba un punto del buen éxito de su causa. Por lo mismo, no se alarmó con las relaciones que diariamente recibia acerca del aspecto marcial de los enemigos, por medio de los labradores fugitivos, porque sabia que su rival no contaba con la tercera parte de fuerzas de que él podia disponer. Estas noticias, unidas al valor intrépido de

que estaba dotado y al rencor que profesaba á su hermano, aumentaban su impaciencia por venir á las manos. Se paseaba pues acaloradamente en su palacio de Burgos, y dirigiéndose á su privado don Álvaro le decia :

— ¿Por cuánto tiempo sufrirémos aun la insolencia del déspota coronado? Esperarémos acaso, amigos míos, que se presente á las puertas de la ciudad? ¡Por Santiago! que ya no puedo contener mi impaciencia.

— Señor, respondió don Álvaro, mis pensamientos son iguales á los vuestros, y me parece que cada minuto que perdemos es fatal á vuestra causa; sin embargo, famosos capitanes y caballeros de un valor á toda prueba, y cuya experiencia exige miramientos particulares, son de dictámen contrario.

— ¡Perdónelos Dios! ¿pues qué tenemos que temer siendo tres contra uno, y por lo menos iguales en valentía y ardimiento? Si ellos tienen en sus filas animosos caballeros y soldados veteranos, también los tenemos. Si poseen al príncipe Negro, nosotros á Beltran Duguesclin, y á buen seguro que el valor de don Enrique no cede ventajas al tan celebrado de don Pedro. En cuanto á esos caballeros ingleses, verémos en breve si su mérito corresponde al que la fama les dispensa.

— ¡Á fe mía! no sé como explicar esta frialdad con que nuestros aliados los franceses retardan el combate; pero en vista de las órdenes de V. A. ha sido convocado un consejo, cuyos miembros se reunirán pronto para discutir sus respectivas opiniones.

En efecto, el gran salon gótico del alcázar de Burgos vió en breve reunidos una multitud de guerreros con penachos ondeantes, y prelados adornados con sus ropas talarres, que interesados todos en el buen éxito de la causa de don Enrique, se apresuraban á poner de manifiesto los medios de asegurarlo. Habiendo este tomado asiento, extendió en derredor suyo una ojeada arrogante y satisfecha, viéndose el gran número de grandes y potentados que habian

abrazado su partido. Allí se hacian notables el terrible Beltran Duguesclin, el famoso mariscal D'Andreghen, el Tartamudo de Villaines, el conde de Rochebreton y muchos otros ilustres extranjeros. Entre los castellanos que formaban un conjunto brillante y variado de uniformes y adornos de todas especies y colores, se distinguian los principes don Tello y don Sancho, hermanos de Trastamara, los maestros de Calatrava y Santiago, don Alvaro de Lara, y un considerable número de prelados, grandes y ricos homes.

— Mis fieles vasallos y aliados, dijo el rey, aquí os hallais reunidos para deliberar acerca de las medidas necesarias para dar principio á la campaña. Toda mi esperanza se apoya en vuestra lealtad y valor experimentado, y lleno de esta noble confianza, mi deseo el mas ardiente es el de marchar inmediatamente hácia el enemigo. Sin embargo, me hallo dispuesto á oír las objeciones que vuestra sabiduría y experiencia puedan sugeriros. ¿Estan ya, don Tello, preparadas vuestras tropas?

— Si, rey y hermano mio, y pocas compañías pueden alabarse de poseer semejantes soldados, todos vizcainos y catalanes determinados, y la mayor parte voluntarios de nuestros dominios.

— Siendo así, cuanto mas pronto principiemos á obrar será lo mas acertado. Ya conoceis, señores, la traicion de nuestro primo el rey de Navarra.

— ¡La traicion, príncipe, exclamó Duguesclin sorprendido!

— Traicion, sí señor, porque mintiendo la palabra que me diera, ha franqueado el paso de Roncesvalles al enemigo, y este proceder es bien desleal.

— Seamos justos, señor, respondió Duguesclin. Vuestro primo no ha acordado voluntariamente el paso al enemigo, sino que se ha visto obligado á ello por la toma de Miranda.

— Pues bien, no hablemos mas de ello, repuso Trastamara: ocupémonos mas bien de nuestra situacion actual. Hallándose ya el príncipe Negro en España, ¿quién puede

preveer los resultados de esta invasion, si no nos apresuramos á detener sus progresos desde el principio? Debemos considerar que las ciudades y pueblos cuya opinion es dudosa podrán acaso declararse en favor del tirano, si no les probamos desde luego nuestra superioridad. Cada momento de retardo puede ser funesto á nuestra causa. Al presente todas las ventajas estan de nuestra parte: apresurémonos pues á comenzar la campaña, y humillemos á nuestros enemigos antes que su partido se fortifique con la desercion de los descontentos que se hallan en el nuestro.

— ¡ La desercion! dijo Duguesclin con orgullo, yo respondo de mis franceses.

— Los castellanos no saben retroceder delante del peligro, exclamaron muchas voces con indignacion.

— Amigos míos, continuó el rey: no tengo dudas acerca de vuestra fidelidad, y me hallo convencido del noble ardimiento que os anima. No, no; mis temores solo se fijan sobre una parte del reino, sobre una porcion de ricos hombres y gente del campo que parece trepidan aun, sin saber el partido que deben abrazar. Sin embargo, poco podrán dañarnos: mañana, con la ayuda del cielo, marcharemos al encuentro del enemigo, y así sabrá don Pedro de que suerte se disponen á recibirle en un reino que, si Dios nos ayuda, no volverá á caer bajo su yugo.

— Señor, señor, exclamó con viveza el mariscal de Andreghen, escuchad la voz de un militar veterano, antes de tomar una resolucion definitiva, y persuadió de que se encuentra animado de las mas sanas intenciones. Debo ofreceros mi dictámen, aun cuando cause vuestro desagrado. Es preciso diferir aun la batalla: nuestras tropas son á la verdad numerosas y bien equipadas; sin embargo, seria mas prudente esperar el refuerzo que debe llegar de Valencia, que arriesgarlo todo en la primera batalla. Recordad, señor don Enrique, que nuestro principal adversario es Eduardo de Gales, el formidable príncipe Negro, acom-

pañado de sus mas valientes guerreros, la flor de la caballería, todos intrépidos combatientes, endurecidos con las fatigas de la guerra y acostumbrados á la victoria. Seguramente no sospecharéis que seamos capaces de temer al enemigo, aun cuando fuese mucho mas poderoso de lo que es; pero, supuesto que ninguna imperiosa necesidad nos obliga á precipitarnos, ¿porqué no nos aprovecharemos de nuestras ventajas? ¿No será por ventura mas conveniente debilitar al enemigo con diestras maniobras, que atacarlo cuando acaba de presentarse en el campo con tropas descansadas y llenas de ardimiento? Apoderémonos de todos los pasos y comunicaciones, interceptemos sus recursos, y el hambre y la miseria nos prestarán mejor auxilio que el de nuestras armas. Somos dueños del país, podemos conocer todos los movimientos del enemigo, y así no renunciemos á nuestras ventajas.

— Señor mariscal, respondió don Enrique, no podemos permanecer en esta vergonzosa inaccion; no me causa temor el ejército del príncipe Eduardo, por muy valiente que sea, y por mas nombradía que hayan adquirido sus caballeros; y con el auxilio de Dios y de Santiago, y el de vuestros valientes compañeros de armas, derrotaremos á los enemigos, trastornando las esperanzas del tirano. Así pues, nobles amigos, valor y confianza.

Habiendo ya declarado el rey su firme resolucion de marchar hácia el enemigo, nadie pensó en oponerse á sus designios, y el consejo se disolvió, quedando algunos descontentos; pero la mayor parte alborozados del resultado de la conferencia.

Todos aquellos nobles guerreros, educados bajo la influencia del espíritu marcial de aquella época, de aquella exaltacion caballeresca y ambicion de fama que era el carácter distintivo de ella, ardian en deseos de volar á la pelea. Por esto el consejo del mariscal halló muy poca aceptación. Presentaba Burgos el aspecto mas animado, y segun el entusiasmo de las tropas, y la adhesion que los habitan-

tes manifestaban por don Enrique, parecía evidente que la causa de don Pedro estaba perdida para siempre. No faltaron algunos orgullosos que pensaban que el famoso príncipe Negro no había venido á España sino para marchitar sus laureles, y perder el glorioso renombre que sus hazañas le habían grangeado.

Animados con este pensamiento los diferentes cuerpos, se dispusieron á salir de la ciudad conforme á las instrucciones que habían recibido. La vanguardia lo verificó al principio de la noche, en medio de las bendiciones del pueblo; pero el rey y el grueso del ejército difirieron su partida hasta la mañana siguiente.

XI.

La aventura.

Las sombras de la noche comenzaban á condensarse cuando el príncipe Negro entró en Salvatierra. El país circunvecino parecía perfectamente tranquilo, y la aproximación de don Pedro no había producido otro efecto que ahuyentar la mayor parte de los habitantes. Casi todos los labradores se ausentaban de los lugares por donde pasaba, para retirarse á los pueblos ocupados por las tropas de don Enrique, quedando en aquellos muy pocos habitantes para saludar con sus aclamaciones el regreso de su rey.

— Amado príncipe, dijo á este Eduardo, se acerca ya el momento en que vuestra suerte va á decidirse; pero entretanto, ¿qué deberémos presagiar de esta emigración general?

— Que estos malditos gansos indecisos no saben por quien declararse, respondió don Pedro. Antes de abrazar un partido quisieran adivinar de que lado se inclinará la victoria. Pero con la ayuda de Dios harémos cesar estos escrupulos, y les convencerémos de un modo que acaso no será absolutamente de su gusto.

Solo á costa de grandes dificultades se procuraba el ejército las provisiones necesarias, y noticias acerca de la situacion y número de sus contrarios, lo que frustraba los deseos del príncipe. Como no podia tomar ninguna medida decisiva, para obviar este inconveniente resolvió enviar un cuerpo escogido á hacer un reconocimiento, y darle cuenta de los movimientos del enemigo.

— Caballero, dijo á sir William Felton, que entonces llegaba, ya veis el estado de incertidumbre en que nos hallamos por falta de noticias positivas, y las privaciones que sufren nuestros soldados por la de alimentos sanos y abundantes.

— Precisamente, dijo sir William, venia á hablar á V. A. sobre esta materia. Algunas quejas principian á oirse entre las compañías francas, que reciben con desagrado sus cortas raciones. Se encuentran dispuestas á emprender todas las expediciones que solo exigen valor y atrevimiento; pero se obtendrá de ellas con dificultad que sigan lentamente la marcha del ejército, y mas con las privaciones que trae consigo una larga campaña.

— ¡ Por san Jorge! os aseguro, dijo el príncipe, que muy presto quedarán satisfechas. Cabalmente estaba meditando enviar un cuerpo de soldados aguerridos para reconocer el campo enemigo; y es bien cierto que conociendo el carácter emprendedor de las compañías francas, y su afecto á los golpes de mano, no pudiera escoger mejores tropas para este fin.

— Permitidme, príncipe, que solicite el honor de formar parte de esta expedicion.

— Caballero, entre todos los nobles y generosos guerreros que adornan mi corte seria difícil decidir cual es el mas valiente, pues que todos son igualmente animosos y abonados para conducir con acierto una empresa peligrosa. Sin embargo, si me viese obligado á hacer una eleccion, esta recaeria en favor vuestro, sir William. Vuestra prudencia y valor intrépido me dan una garantia segura, y

vos seréis quien corrais los riesgos y recojais el honor de esta expedicion.

— Yo pondré, príncipe, toda mi gloria en hacerme digno de vuestra confianza dijo Felton: voy á disponerlo todo para nuestra próxima partida.

— ¿Qué número de tropa comprendéis necesaria para esta empresa?

— V. A. lo decidirá, y á mí me quedará obedecer.

— Siendo así, respondió Eduardo, yo deseo que honreis con vuestra eleccion á las compañías francas, y agregaréis á ellas algunos soldados escogidos de los demás cuerpos para no excitar sus quejas. Tomaréis un destacamento de ciento cincuenta hombres de armas, y trescientos de mis buenos flecheros, y tened cuidado de que vayan bien equipados.

Decidido este punto, sir William se apresuró á comunicarlo á sus hermanos, á sir Roberto Knolles y demás caballeros que debian acompañarlo. Todo fue preparado al momento; y apenas los primeros crepúsculos del día se habian dejado ver en el horizonte, cuando la tropa alegre y decidida salió de la villa para ejecutar la mision que se la habia confiado. El día apareció al fin, y descubrió á los guerreros la escena que les rodeaba. Todo en las cercanías parecia sumergido en el silencio del sepulcro, y el país se hubiera creído despoblado. Tan solo se descubrian á largas distancias algunos ganados aislados, ó algun tímido labrador que se mostraba por un momento al través del ramaje, y al verlos echaba á correr con todas sus fuerzas como si temiera algun contagio.

Continuaron entretanto su marcha, hasta que se hallaron cerca de un cortijo solitario, donde pensaron en proveerse de víveres y de un guia, por gusto, ó por fuerza, ya fuese con la virtud del oro, ó el poder de las amenazas. Un sucio rapaz jugaba en el lodo por las intermediaciones, quien apenas reparó en los caballeros que se acercaban á la pacífica habitacion, se puso en fuga con toda diligencia para dar la alarma á sus habitantes. En breve corrieron estos á la puer-

ta: una sorpresa envuelta en temor se pintó sobre sus groseras fisonomías. Dos jóvenes labradores con la boca abierta miraban á los forasteros estúpidamente, mostrándose indecisos sobre escaparse ó esperar la llegada de aquellos temibles huéspedes.

En medio del grupo se distinguía una mujer trigüeña y de no mala cara, que hilaba con su rueca, rodeada de dos robustos muchachos, y un anciano en cuya fisonomía se pintaba la astucia, sin demostrar sorpresa ni asombro con la venida de los militares. Sir Roberto Knolles, que iba en la vanguardia, temiendo que los dos jóvenes se fugasen y alarmasen el contorno, hizo una seña á la tropa que en un instante rodeó el cortijo.

— Buena gente, dijo sir Roberto bajando de su caballo, no temais; no hemos venido para haceros daño; pero si hacéis el menor movimiento para escaparos ó hacernos traición os aseguro por san Jorge que os acordaréis de nosotros. Esta hacha de armas no es de las mas ligeras, y dirigida por mí, rara vez ha errado el golpe.

Aquí se detuvo, y en efecto habia dicho bastante para convencer á sus oyentes del poder de sus razones. Los payos estaban aterrados y no se atrevían á moverse, sin perder de vista la arma terrible que sir Roberto manejaba con tanto gusto y facilidad.

— Ahora se hace preciso, dijo el caballero, que os prepareis á responder sin rebozo á las preguntas que os haga; porque la mentira, amigos míos, es el mas bajo de todos los vicios, y me hallo dispuesto á castigar á los que la cometan. Vos, abuelo, pareéis ser cabeza de la familia, y así no puedo dirigirme mejor que á vos mismo para obtener los informes que necesito. ¿A quién pertenecen estas tierras?

— ¿A quién pertenecen? repitió el patán rascándose la cabeza y en ademan de tomar tiempo para preparar su respuesta. — ¡Cómo! señor caballero, ¿vos preguntais á quien pertenecen? Yo soy aquí el amo.

— Nada de subterfugios, continuó sir Roberto: os ad-

vierto que los detesto tanto como las mentiras. ¿Quién es vuestro señor? Responded desde luego; ó de lo contrario mi hacha se encargará de buscar la respuesta dentro de vuestro cráneo.

Echó el labrador una tímida ojeada á aquel instrumento. ¡Oh! Virgen Santa! ¿vos preguntais quien es mi señor? pues bien, sabed que antes era arrendador de don García Ornesa, pero ahora es muerto este buen señor. Era un excelente caballero, y pocos ricos-homes son tan buenos para sus vasallos como lo era don García.

— Calla charlatan, le dijo sir Roberto: he aquí un buen perillan que piensa fastidiarme con alguna letárgica historia de su amo. — Responded categóricamente: ¿de quién es este cortijo y sus dependencias?

En su acento varonil y actitud imponente encontró el payo pruebas nada equívocas del peligro que le amenazaba á no contestar sin mas retardo á su pregunta; y así dijo al fin de mala gana:

— Pertenecen á don Lope de Orozco.

— Muy bien, dijo sir Roberto dirigiéndose á sir William Felton, que acababa de llegar con el resto de la tropa: don Lopè de Orozco es uno de los mas zelosos partidarios de don Enrique: así pues, en conciencia, podemos valernos al presente de sus propiedades, y dejarle el cuidado de arreglar nuestras cuentas con sus vasallos. ¡Hola, camaradas! esta casa y abundantes pastos parece que prometen abastecernos de viveres copiosos; sin embargo, guardaré moderacion en mi pedido. Haced matar inmediatamente vacas, carneros y gallinas, cuantas sean menester para dejar satisfecho el buen apetito de esta tropa de cuatrocientos cincuenta hombres.

— ¡Válgame el Señor! exclamó el labrador atónito, ¡cuatrocientos cincuenta hombres!

— Nada mas, respondió sir Roberto, y si dudais de ello, yo os permito que los conteis, mientras que pongais despues toda diligencia en el avío. Pero no, deteneos, yo quie-

ro quitaros una parte del trabajo: algunos de mis flecheros se encargarán de esta tarea.

Este trabajo se conformaba demasiado con el gusto y costumbres de los soldados francos, para que fuese preciso repetirles la orden. En un instante el cortijo y sus dependencias ofrecieron una escena de confusion. Las vacas empezaron á berrear, las ovejas á esparcir balidos, los perros á ladrar, y á oirse en los corrales gritos lamentables; en una palabra, todos los pacíficos habitantes del cortijo, atemorizados con el aspecto de sus exterminadores, parecian protestar contra su barbarie, pero era en vano. A pesar de los clamores de las víctimas y el ademan desesperado de los habitantes del cortijo, los flecheros adelantaban su tarea, despachando sin misericordia á todo lo que caia bajo su poder. El labrador y su familia contemplaban tristemente este espectáculo desolador, sin permitirse otros signos de dolor que repetidas invocaciones á todos los santos del calendario.

Mientras tanto los soldados continuaban su destruccion, sin inquietarse por el alboroto que causaban. Encendieron grandes fuegos, lo que produjo nueva impresion en la fisonomía de los labradores, pues no se hizo mas gracia á la leña y paja que al ganado y volatería.

Por este medio una abundante, sino delicada, comida fue dispuesta repentinamente, y toda la tropa se puso desde luego á la mesa con una alegría poco comun, haciendo resonar sus chistes y carcajadas.

— Al presente, amigos míos, dijo sir Roberto á los labradores, no podemos hacer menos por vosotros que convidaros á tomar parte en nuestra comida; vamos pues á la mesa, y viva la alegría.

Esta invitacion no recibió otra respuesta que un profundo gemido de parte del labrador, y repetidos suspiros de sus hijos.

— No, no, sir Roberto, dijo sir William Felton, que tenia mas gravedad en su carácter y mas compasion en el cora-

zon que su compañero de armas; dejad en paz á estas pobres gentes: los alimentos que les ofreceis les harian daño, estoy bien cierto; porque por bueno que sea un banquete, cualquiera hombre debe perder el apetito cuando es invitado á él en semejantes circunstancias.

Mientras tanto se pusieron todos á trinchar las viandas, y los convidados sazaban cada bocado con un chiste, al que contestaban las maldiciones mentales de los forzosos espectadores de esta escena.

— Buenas gentes, dijo sir Roberto ¿ á qué partido pertenecéis? responded ingenuamente.

— ¡ Partido! repitió el arrendador, yo no comprendo á vuestra Señoría, nosotros ignoramos que cosa es partido.

— ¡ Verdaderamente! Á fe mia que sois un viejo taimado: ¿ á quién preferís, á don Pedro, ó á don Enrique? Yo espero que ahora me comprenderéis perfectamente.

Esta era una pregunta muy delicada, y á la que era peligroso responder; así es que los labradores se dieron una mútua mirada en que se pintaba su espanto.

— Responded con prontitud, dijo sir Roberto, ¿ á cuál de ambos partidos os habeis dedicado?

— A ninguno: respondieron tímidamente los jóvenes.

— ¡ A ninguno! ¡ Qué el cielo te confunda! ¿ piensas acaso burlarte de mí?

— ¡ Oh! no, no señor, dijo uno de ellos alarmado, Antonio es un inocente, no sabe lo que dice.

— Consiento en contentarme con esta excusa; pero vos que pareceis ser el espíritu fuerte de la familia, respondedme.

— De buena gana.

— ¿ A quién apreciáis mas, á don Pedro, ó á don Enrique?

— A ambos, dijo sin trepidar, y con el tono mas satisfecho.

— ¡ A ambos, eh! muy bien ¿ qué os parece sir William, de estos patanes?

— ¡ Válgame san Pedro! exclamó el padre: señor caba-

llero, no hagais reparo en las razones de muchachos. Saben ellos acaso que cosa es guerra, soldados, ni reyes? ¡Bendígalos el cielo! tan ignorantes son como los niños de pecho.

— Muy bien: ¿pues según esto, seréis vos el único que pueda darnos razón, ó al menos una respuesta satisfactoria? ¿Qué partido habeis abrazado?

— El vuestro.

— Miserable! no penseis engañarme.

— ¡Engañaros, no por san Juan! ¿Un pobre hombre como yo se atrevería acaso á ello? ¿yo pensaba que perteneciais á uno de los dos grandes partidos? mis buenos caballeros.

— Sin duda: pero yo quiero saber de tí á cual de los dos, pues dices que pertenecemos al mismo.

— ¡Protéjanos el cielo! ¿no conocéis vuestro partido? Seguramente pretendéis burlaros de un pobre hombre sin doblez.

— Es un sutil raposo, dijo sir William Felton, dejadlo quieto.

— Con mucho gusto, respondió sir Roberto; pero su volatería y ganado vacuno son demasiado buenos para escaparme con tanta facilidad, y así los honrarémos haciendo de ello una buena provision.

Con esta amenaza alarmante la fisonomía del patron expresó nueva inquietud, y habiéndolo observado el caballero exclamó:

— ¡Dios me perdone! ¿yo creo que este rústico hace gestos á tan cordial proposicion? ¿Qué significa esto, señor tonto? ¿Acaso no debeis quedar muy satisfecho de poder ser útil á vuestro partido?

— Lo estoy en efecto; pero considerad que mañana puedo esperar la llegada de una segunda tropa de este mismo partido, y si todos mis amigos se sirven de mí de la propia suerte, haría mejor en desertar desde luego de esta casa para no presenciar la muerte de todos mis rebaños.

— Un poco mas de filosofia , señor mio , replicó sir Roberto , y someteos buenamente á vuestra suerte ; pues antes de poco sabréis á costa vuestra que estos pequeños inconvenientes son inevitables , y que es preciso que los amigos se ayuden mutuamente.

Viendo al fin que estas nuevas advertencias eran tiempo perdido , los habitantes del cortijo se retiraron silenciosamente , contentándose con maldecir en su interior á unos huéspedes tan poco ceremoniosos , mientras que estos se ocupaban en escoger lo que les convenia llevar consigo. Estando ya todo dispuesto para la partida , las compañías francas abrieron la marcha aumentando su fuerza con los reclutas cuadrúpedos á quienes habian impuesto este servicio. La pequeña tropa continuó avanzando lentamente y en silencio , porque se les habia prevenido que desempeñasen su mision con todo el secreto posible. Con este objeto iban embargando todos los bagajes que encontraban en su camino ; pero á pesar de sus precauciones , no pudieron impedir que algun labrador se les escapase , bien por alguna estratagema ó por medio de la actividad , yendo á esparcir la alarma en los cortijos y pueblos inmediatos. Así es que sucedia frecuentemente hallar desiertas todas las casas , y oculto cuidadosamente cuanto pudiera serles útil.

— Durante este tiempo , don Enrique al frente de un numeroso ejército habia salido de Burgos , pasado el Ebro , y establecido su campo en la posicion mas ventajosa á poca distancia de la aldea de Navarrete. Allí , por consejo de Duguesclin y demás jefes del ejército , resolvió esperar al enemigo. Trastamara y sus aliados habian sido engañados en órden al número de sus adversarios en las relaciones de los espías y gente del campo , quienes con las mejores intenciones se ponian acordes para exagerar sus descripciones. Segun ellos , el cuerpo que mandaba sir William Felton era un ejército de cuarenta mil hombres , pues pasando de boca en boca , los cuatrocientos cincuenta soldados que realmente estaban á sus órdenes se multipli-

caban de un modo extraordinario. Cada persona que los habia visto añadia gratuitamente algunos miles de hombres al número anunciado. Así pues, estaba don Enrique persuadido de que don Pedro en persona, acompañado del príncipe Negro, avanzaba rápidamente para presentarle la batalla. Esta opinion equivocada fue causa de que se decidiese en el consejo no adelantar mas la marcha, y esperar al enemigo.

Entretanto las compañías francas, que ignoraban el importante papel que representaban, se veian en el estado mas lastimoso por falta de provisiones. Hacia dos dias que marchaban expuestas á todas las privaciones que les imponia el terror y la mala voluntad de los habitantes; y observando sir William el descontento que se manifestaba en algunos de sus soldados, creyó deber apaciguarlos haciendo brillar á su vista una perspectiva mas lisonjera.

— Valientes compañeros míos, dijo, ha venido el momento de dar un gran golpe. Me hallo persuadido que vuestros intrépidos corazones se alborozan con la sola idea de emprender una aventura peligrosa, y vuestro ánimo me asegura el resultado. Á no ser que nos hayan engañado, nos hallamos inmediatos al enemigo, quien, segun los informes recibidos, se encuentra acampado cerca de Navarrete. Como inmediato al campamento, este pueblo debe estar provisto copiosamente de repuestos de toda especie; es preciso apoderarnos de ellos, conducir por este medio la abundancia á nuestros compañeros de armas, y adquirir de los prisioneros que hagamos noticias de los recursos, situacion y fuerzas del enemigo.

Esta proposicion, que se avenia tanto con su valor intrépido y costumbres habituales, fue recibida con transporte por toda la tropa.

— Pero, añadió sir William, es preciso para asegurar el acierto, que esta expedicion sea conducida con mucha prudencia. Dividirémos nuestras fuerzas, para atacar al pueblo por diferentes puntos á un mismo tiempo. Mi hermano, lord

Tomás, con un cuerpo de reserva, se situará en la altura que domina á Navarrete; mientras que sir Roberto Knolles y yo conduciremos al ataque el resto de las tropas.

Continuaron pues su marcha alegremente, pero con lentitud, para evitar la fatiga de sus caballos, y con el objeto de no llegar á vista del enemigo hasta que hubiese obscurecido del todo. Á la caída de la tarde descubrieron á lo lejos la aldea de Navarrete. Todo estaba tranquilo en los alrededores, y solo se oía un rumor sordo muy lejano, al paso que una reunion de blancas tiendas se dibujaba en el horizonte: este era el campamento de don Enrique. Por la extensión que ocupaba graduó sir Villiam que las fuerzas del enemigo debian ser considerables: como quiera, esta vista, lejos de causar terror en los soldados, solo sirvió para inflamarlos mas de un nuevo ardor. Se detuvieron en un bosque inmediato, y acabaron allí sus preparativos, despues de lo cual avanzaron de nuevo en tres cuerpos separados. Lord Tomás pasó á ocupar el collado, mientras que su hermano y sir Roberto marchaban osadamente hácia la aldea.

La noche habia cerrado ya, y su obscuridad favorecia los proyectos de los aventureros, que llegaron á la entrada del pueblo sin que ningún centinela hubiese reparado en su llegada. El ejército acampado y los habitantes de Navarrete estaban tan distantes de esperar un ataque, que se hallaban entonces entregados á la alegría y los placeres. Sir William y sus intrépidas tropas, escucharon el sonido de los instrumentos, mezclado con repetidas carcajadas, mientras que iban haciéndose paso por entre los débiles parapetos y arrojando de ellos á los atemorizados centinelas. Repetidos gritos de alarma pasaron á turbar el baile y diversiones, pero la advertencia llegaba demasiado tarde: los soldados francos eran ya dueños del pueblo, y precipitándose como un torrente impetuoso por sus calles, atropellaban todo lo que se oponia á su marcha.

Entonces se hicieron oír las cajas y trompetas, llamando

por todas partes á las armas á los sorprendidos españoles. Don Tello, que mandaba la vanguardia, fue el primero que conservó bastante presencia de ánimo para oponer alguna resistencia á los ingleses, y á la cabeza de un cuerpo de caballería hizo una carga desesperada, consiguiendo detener por algun tiempo la impetuosidad de las compañías. Mas fue imposible ya desalojarlos del pueblo, pues combatían con una intrepidez irresistible, y á pesar de haber sido rechazados por dos veces, volvieron á atacar, y acabaron por hacerse dueños de Navarrete, obligando á las tropas de don Tello á replegarse al cuerpo principal del ejército. Los habitantes atemorizados, huyeron entonces en el mayor desorden, dejando todo lo que les pertenecía á la merced del vencedor.

Por efecto de este abandono, los caudales, armas de toda especie, y considerable número de prisioneros, vinieron al poder de sir William, quien desde luego lo envió todo con buena escolta á su hermano, que se mantenía en la colina con su cuerpo de reserva. Mientras que los aventureros se ocupaban en recoger el botín, los fugitivos llegaron al campamento, siendo portadores de un anuncio tan lamentable. Don Enrique en un acceso de furor juró que ningun inglés escaparía vivo, y desde luego partió Duguesclin con cuatro mil hombres, para desalojar al enemigo de su posición, mientras que otros cuerpos se preparaban para seguirlo, muy lejos de persuadirse que solo tendrían por contrarios á un puñado de enemigos.

La noche estaba muy adelantada, y la aurora comenzaba á aparecer, cuando reparó sir William en lo imprudente que sería permanecer por mas tiempo á la inmediación del campo enemigo.

— Valientes compañeros, les dijo, nuestra empresa queda desempeñada, y no podemos quedar mas aquí sin evidente daño. Tratemos pues, antes de ser obligados por la fuerza, de hacer una honrosa retirada.

Dejaron pues á Navarrete, cargados de botín, y princj

piaron su retirada en el mejor orden posible; pero muy en breve se cercioraron que eran perseguidos por un cuerpo numeroso.

— ¡ Por san Jorge! dijo sir Roberto, no es mala la tempestad que hemos levantado y amenaza nuestras cabezas! Yo creo verdaderamente que el señor de Trastamara nos hace el honor de atacarnos con todo su ejército.

— Mas si no me engaño, añadió sir William, los caballeros de la vanguardia llevan la bandera del señor Beltran Dugesclin. ¡ Á fe mia, que son franceses! y no se dirá que los caballeros y flecheros ingleses, han huido delante de aquellos que jamás les han vuelto las espaldas. No podemos evitar ya un encuentro, y así esperémosles á pie firme, y tratemos de contenerlos hasta que nuestro botin y prisioneros esten en lugar seguro.

— Decís bien, y aun soy de dictámen, que á fuer de cortes caballeros, hagamos alto para aborrarles una parte del camino.

Las compañías francas se detuvieron, y despues de haber enviado los prisioneros y botin á lord Tomás, ordenándole que desde luego se batiese en retirada, escogieron una posicion ventajosa, y esperaron al enemigo. Luego que se presentó, los flecheros ingleses hicieron caer una lluvia tal de flechas, que el desorden tuvo lugar desde luego en las filas de los españoles, y sir William Felton les dió en seguida una fuerte carga con una impetuosidad sin igual; y á pesar de todo su valor hubieran quedado envueltos, si don Álvaro de Lara no hubiese conducido nuevas tropas en su auxilio. Pero sir William y sus compañeros se mostraron dignos de su reputacion; aunque sus adversarios fuesen mas numerosos, y sostenidos por las continuas descargas de sus flecheros, atacaron de nuevo á los españoles con tanto acierto, que estos no sabian defenderse.

Dugesclin llegó entonces al frente de sus mejores tropas, y viendo el corto número de los contrarios, dispuso las suyas á efecto de envolverlos. Sir William con una rá-

pida ojeada conoció el peligro que le amenazaba, y volviéndose á sir Roberto :

— Caballero, le dijo, ya es del todo imposible pensar en retirada, y solo nos resta hacer ver á nuestros enemigos que sus contrarios son ingleses.

— Demasiado cierto es lo que decis, y me temo mucho que estamos asistiendo á nuestra última batalla. Al acabar estas frases, picó á su caballo, y al frente de su compañía se dejó caer sobre los enemigos. El sitio en que peleaban se iba estrechando á cada momento; un gran número de ingleses yacian sin vida, y todo anunciaba que esta desigual lucha seria bien pronto terminada. En esta extremidad, William echó una mirada hácia el camino que sir Tomás habia tomado, con la esperanza de verlo venir á su socorro. Pero Duguesclin habia cortado todas las comunicaciones, y este formidable adversario, viendo que los ingleses en el estado en que se hallaban sucumbirian en breve á los esfuerzos de los españoles, mucho mas numerosos, dejó á estos concluir la victoria, y solo se ocupó de evitar que un solo inglés se escapase.

Sin embargo de haberse extinguido toda esperanza de salvacion para sir William, y sus tan valientes como desgraciados soldados, continuaron haciendo prodigios de valor. Al fin don Tello, que mandaba las tropas españolas, viendo esta tenaz resistencia, gritó á don Alvaro:

— ¿Por cuánto tiempo nos dejarémos aun detener por un puñado de hombres? ¡Por Santiago! ¡harto tiempo hace que debiéramos haber aniquilado á estos bandidos! En nombre del rey marchemos.

Don Álvaro, que ardía en deseos de distinguirse con alguna hazaña, picó á su caballo, y seguido de sus mejores soldados, trató de abrirse paso por en medio de los cadáveres que cubrian la tierra. El número de los ingleses se hallaba reducido en extremo, y viendo don Álvaro que la bandera de sir William ondulaba aun orgullosamente, se arrojó con impetu hácia el caballero inglés, que exhausto

ya con fatiga tan repetida, no se hallaba ya en disposición de luchar con este nuevo adversario, quien dirigió á su noble enemigo un golpe de lanza tan fiero que le atravesó el broquel y la coraza. Sir William cayó juntamente con su caballo, y se vió al momento rodeado de enemigos. Don Alvaro pretendió en vano salvar la existencia de este valeroso guerrero, pues antes que consiguiese hacerse oír, el malogrado sir William, enredado en sus estribos, habia terminado su existencia á manos de un escudero castellano.

Luego que supo lord Tomás que los ingleses habian sido atacados por fuerzas tan superiores, se apresuró á volver sobre sus pasos con todas las fuerzas que pudo segregar de la escolta de los prisioneros, y fué testigo de la catástrofe sin poderla impedir. Al ver caer á su hermano, hizo un esfuerzo desesperado para llegar hasta él; pero rechazado vigorosamente por Duguesclin, se vió obligado á marchar de nuevo en retirada. Todos los caballeros que acompañaban á sir William murieron en la acción, salvándose tan solo sir Roberto Knolles, que viendo no quedaba ya recurso alguno, se arrojó impetuosamente sobre los enemigos que lo rodeaban, y gracias á la ligereza de su caballo, consiguió escaparse con algunos de sus compañeros, y reunirse con lord Tomás, quien con gran trabajo logró efectuar su retirada hasta Salvatierra, donde el príncipe Negro tenia su cuartel general, conservando sin embargo el botín y prisioneros hechos en Navarrete.

XII.

El anciano escudero.

El príncipe de Gales manifestó el mas vivo dolor al saber la muerte de sir William, y tuvo por muy costosa la adquisición de noticias, botín, y prisioneros, pues que habia

tenido efecto á costa de la pérdida de tan noble caballero , y de unos soldados tan valientes. De todos modos , quedó enterado de que la fuerza de los enemigos era mayor de lo que pensaba , y al siguiente dia fue informado de que habiéndose puesto en movimiento , avanzaban en busca suya ; volviéndose entonces á sus caballeros , les dijo :

— Á fe mia que este bastardo es un bravo caballero : su actividad en acercarse á nosotros es una buena prueba , y puesto que se halla tan bien dispuesto , le afirmo por san Jorge que no le harémos esperar.

— Querido primo , dijo don Pedro , cuanto mas pronto será mejor : pues sería sensible perder tiempo cuando de ambas partes hay tan buena disposicion para aprovecharlo.

— Sin embargo , repuso el príncipe , la cortesía exige que le escriba para hacerle ver la injusticia de su causa , é invitarlo á abandonar sus proyectos , sin correr la incertidumbre de una batalla.

— ¡ No , por Santiago ! exclamó don Pedro , me parece que no es ahora el tiempo de las negociaciones. ¡ Válgaos el cielo ! primo mio ; yo admiro vuestra cortesía ; ¿ pero suponeis vos que mi traidor hermano esté de humor de cederme á Castilla por pura política ?

— No lo espero , respondió el príncipe ; sin embargo , es conveniente que le envíe un parlamentario antes de comenzar las hostilidades. Hagamos uso de todos los medios , primero que se derrame la sangre de vuestros vasallos : acordaos que son castellanos.

— Solo me acuerdo de que son rebeldes , dijo con viveza don Pedro.

— Señor , respondió gravemente el príncipe , me aflige mucho ver la extension de vuestro resentimiento. Sin embargo , me excusaréis si en esta ocasion procedo segun mi modo de pensar. Acordaos de que el honor de mi nombre , sin mancha hasta el presente , se halla interesado en ello , y os aseguro que permaneceré fiel al noble espíritu de la caballería , á la que he dedicado mi brazo.

— Haced, primo mio, lo que bien os parezca: nada tengo que oponer á los deseos de tan buen pariente; pero, añadió con ironía, Dios os preserve de ser rey de vasallos tan turbulentos y rebeldes, pues el espíritu caballeresco de que V. A. se halla animado podría correr grandes peligros.

Se comunicaron entre tanto las órdenes correspondientes para que el ejército estuviese dispuesto á marchar al siguiente día para Victoria. Al separarse del príncipe se manifestó don Pedro penosamente conmovido, sin que su fiel Hernando pudiese concebir la causa de una agitación tan marcada, pues sus intereses parecían tomar un giro favorable, y la buena inteligencia y cordialidad reinaban entre ambos príncipes; y así solo pudo atribuirlo al sentimiento de temor de que el corazón humano no puede preservarse cuando se acerca algún grave acontecimiento de que dependen nuestros intereses mas íntimos.

— Señor, dijo Castro, perdonad el celo acaso indiscreto de un vasallo fiel; pero la agitación que demostrais parece dispuesta á alarmar á vuestros amigos.

— ¡ Mis amigos! repitió don Pedro con amargura, ¿ y dónde se hallan, Hernando?

— Señor, respondió este, haceis un agravio á vuestros súbditos. Poco numerosos son á la verdad, pero muy fieles; además, la noble conducta del príncipe Negro y sus caballeros debe convencerlos que no careceis de amigos.

— Deteneos, exclamó don Pedro volviéndose á Castro con impaciencia: ¿ qué tiene de comun la amistad con la cortesía de los príncipes? Me hallo inquieto....no lo niego....soy desgraciado, y me encuentro atormentado hasta el mas alto grado.

— ¿ Y porqué? señor.

— ¿ Y podeis preguntarlo á don Pedro de Castilla?

— Vuestras desgracias se aproximan á su fin: la hora del combate se acerca.

— Si, si, se acerca; gracias al cielo! exclamó el rey.

— El valor del príncipe y sus caballeros y la buena dis-

ciplina de las tropas presentan una garantía segura de buen éxito.

— No lo dudo.

— Y don Pedro, el legítimo soberano de Castilla, será de nuevo colocado en su trono, á pesar de los rebeldes.

— Esta esperanza es tambien la mia: el cielo permitirá acaso que se realice.

— ¿Entonces, señor, quién puede excitar tanta ansiedad?

— ¡ Ah, amigo mio! exclamó don Pedro con vehemencia: ¿ de qué me servirá vencer y recobrar la corona, si *él* se escapa de mis manos? No olvidéis que por donde va lleva consigo el gérmen de la revolucion, y esta sed desmedida de mando de que se halla doblemente devorado desde que ha podido satisfacerla. Pensad tambien que nunca faltarán traidores si encuentra ocasion de dirigir sus infernales baterias. Es bien seguro que mientras don Pedro y Trastamara conserven un soplo de vida, no podrán renunciar á la esperanza de librarse uno del otro. La falta de uno de nosotros puede tan solo asegurar la tranquilidad de su rival; no son estas aun todas mis angustias, pues por otra parte se presenta este odioso francés, ese maldito Beltran Duguesclin. ¿ Puedo yo esperar algun descanso mientras que exista? Ha hecho causa comun con mis vasallos rebeldes, y aun cuando llegase á faltar Trastamara, seria fácil hallar otro loco que sirviese de pretexto á nuevas traiciones, latrocinios y otros horrores.

— No puedo negar que los enemigos de V. M. sean numerosos é implacables, cuando observo al mismo rey de Francia tomar las armas contra vos.

— ¡ Ah! la Francia es harto feliz en enviar sus nombrados aventureros á engordar sobre mi territorio. Es un golpe maestro en política: se ha desembarazado de la escoria de la nacion, de una gavilla de malhechores, que por un milagro sorprendente, al pasar los Pirineos para servir la causa de la rebelion, se han convertido en guerreros y en héroes.... pero no hablemos mas de esto: el momento de obrar se acer-

ca. ¡Pueda mi brazo robustecido con el deseo de la venganza exasperada hasta el último grado á fuerza de injurias reiteradas y tanto tiempo reprimidas, alcanzar al autor de mis desgracias!...esta es la única gracia que imploro.

Aquí se detuvo, y cruzando los brazos, principió á pasearse con curso acelerado y una agitacion visible, y deteniéndose de repente, dijo á Hernando con tono apacible:

— Esperemos, Castro, que todo irá bien: yo recobraré mi corona, y vos abrazaréis de nuevo á vuestra amada Constantza. A propósito, debe ser la suya una hermosura maravillosa para haber logrado someter á un caballero tan grave y austero como Hernando de Castro. Es preciso hacer justicia á su raro mérito, y conducirla á la corte lo mas pronto posible.

— Señor, respondió Hernando, no dudo que su padre se apresure á cumplir los deseos de V. M.

— ¡Su padre! ¡ah!...sí...don Egas; no comprendo bien á este anciano caballero: no me parecia muy firme en materia de realismo, y no me causaria sorpresa que hubiese tenido por prudente prestar homenaje al señor Trastámara.

— Jamás, señor, jamás, dijo Castro indignado: don Egas no desmentirá nunca la noble sangre de que descende, y permanecerá siempre fiel á los principios que ha abrazado.

— Bien, bien, dijo el rey con tono indiferente: no es mi ánimo atacar su lealtad, pero he visto á tantos descendientes de ilustres familias cambiar de opinion todas las veces que encuentran en ello un interés, que no debeis sorprenderos de que me haya vuelto algo incrédulo acerca de este punto.

— Demasiado cierto es que V. M. tiene razones poderosas para desconfiar de los hombres, respondió Castro; pero en cuanto á don Egas de Vargas, responderia de su fidelidad á costa de mi vida.

— ¿De veras? dijo don Pedro sonriéndose; esto si que sería un acto de heroismo algo próximo á la locura. Creed-

me, Hernando, no respondais jamás con vuestra vida de la fidelidad de persona alguna. Pero.... ¡Dios me perdone! voy viendo que nuestra conversacion se ha hecho harto seria y grave. Para abreviar os deseo una buena noche, y pueda un sueño agradable transportaros al lado de vuestra Constanza.

— Yo os doy gracias, señor; puedan los vuestros ser tan lisonjeros como Hernando desea, y que mañana se vean realizados.

El rey estrechó la mano de su fiel caballero, y se retiró para tomar algun reposo. El castellano no se sentia dispuesto á dormir, y así quedó en la habitacion, entregado á todas las tristes reflexiones que su imaginacion le sugeria en vista de la antecedente conversacion.

Pensaba en aquella que tan distante se hallaba, y en las importunidades que acaso tendría que sufrir de parte de su rival. Se estremecia al reflexionar la peligrosa situacion en que acaso se encontraba la familia de Constanza, por haberse opuesto á la usurpacion de don Enrique; pues jamás le vino al pensamiento la idea de que fuese posible que don Egas se presentase en la corte del usurpador. Estas reflexiones alejaban el sueño de los ojos del castellano, y el agudo sonido de la campana que señaló la mitad de la noche, no pudo sacarlo de sus meditaciones. Las luces se habian ido apagando, y la única que ardia aun no servia sino para hacer mas visible el triste aposento en que se hallaba. Hernando se estremeció, pues creia haber escuchado algun ruido, pero podia provenir del puesto que ocupaban los centinelas, y así se fue sosegando. El rumor poco despues se hizo oir de nuevo algo mas cerca: Hernando alzó la vista, y con gran sorpresa reparó en un desconocido que ocupaba el umbral de la puerta. Era un hombre de gran estatura, armado completamente, y cuyo aire marcial anunciaba algo mas que un simple soldado. Fijando los ojos en el visitador nocturno, esperaba Castro que explicase el motivo de su venida; pero viendo que continuaba en su silencio, resolvió romperlo por su parte.

— ¡Extranjero! le dijo, me parece que has escogido una hora muy mala para una entrevista: ¿cuál es tu objeto? ¿quién eres?

— Un amigo, dijo el desconocido con tono solemne

— No te conozco: ¿qué quieres de mí?

— Hernando, os traigo noticias, y, siento decirlo, son harto tristes.

— Explicaos: este misterio me es sospechoso. ¿Cuál es el objeto de esta visita á semejante hora?

— Señor don Hernando de Castro, soy uno de los castellanos fieles, tan escasos en estos desgraciados tiempos, y como tal el caballero de la lealtad, el mas valiente de los caballeros, no debe sorprenderse de mi visita. Vengo de tierras lejanas, señor, para tomar parte en las gloriosas hazañas que van á realizarse. La fama publica el valor de los caballeros ingleses; ¡protéjalos el cielo, y aun podrémos ver producirse el tiempo del Cid Campeador.

El desconocido se adelantó hácia Castro: su visera estaba bajada, y la pálida y espirante luz permitia apenas distinguir las facciones severas de un hombre que evidentemente habia llegado al otoño de su vida; estas facciones parecian familiares á Hernando; y sin embargo se esforzaba en vano en recordar donde las habia visto.

— Señor don Hernando, ¿me habeis olvidado enteramente ya?

— ¡Que el cielo nos proteja! exclamó el Castellano sorprendido: ¡Pimiento!... ¿Es posible?... ¿tú por aquí?

— Sí, noble caballero, es Pimiento, y no os sorprenda mi resolucion, por mas extraña que os parezca. Mi nacimiento es humilde, pero mi corazon es fiel. Me ha sido imposible soportar por mas tiempo la vista de cuanto pasa en Sevilla, y no he podido resistir al deseo de reunirme con los valientes que van á arrancar á mi patria de manos del usurpador, é imitar las proezas que han inmortalizado á Bernardo del Carpio, Martin Pelaez, y demás buenos caballeros con que se honra España.

— Admiro tu valor, respondió Hernando; sin embargo no puedo, Pimiento, combinar esta resolución extraordinaria con tu prudencia y buen juicio. Perdona mi sinceridad, pero debes saber que tu clase te impide aspirar á los honores de la caballería; y por consiguiente, ¿qué interés puedes tener en los negocios políticos?

— ¿Qué interés?... ¿qué interés puedo tomar en los negocios de mi patria? El que debe tener todo español por obscura que sea su cuna. La casualidad que forma los reyes, los señores y caballeros, ha hecho de mí un simple vasallo: pero si me hallo privado de las ventajas exteriores de la caballería, no cambio mis sentimientos por los del caballero mas famoso de la cristiandad.

En el tono y modales de Pimiento se hallaba una noble franqueza, mezclada á la verdad con una especie de rudeza, que probaba que su elevado ánimo no se hallaba en armonía con su humilde nacimiento y dependencia. El Castellano le habia prodigado siempre una estimación particular, pero esta última prueba de celo y fidelidad le aseguró aun mas su amistad y admiración.

La llegada del ex-conserge causó tanto mas placer á don Hernando, cuanto esperaba por su medio adquirir noticias de lo que mas apreciaba en el mundo.

— Seas mil veces bien venido, Pimiento, entre los defensores de la buena causa, y háblame al fin de lo que tanto interesa á mi felicidad.

Á esta pregunta la fisonomía de aquel se obscureció aun, pero nada dijo.

— Instrúyeme, pues, de lo que ha sucedido á Constanza desde mi fatal partida.

— Funestas cosas han pasado: vos no hubierais creído posible tales abominaciones en la familia de Vargas.

— ¡Cómo pues! exclamó Hernando con emoción; habla Pimiento.... habla: mi Constanza....

— Se halla buena.

— ¿Me sería acaso infiel? dijo el caballero mas conmo-

vido, tu consternacion me hace temer funestas noticias.

— ¡ Infiel !... Constanza infiel ! exclamó Pimiento. Perdóneos el cielo tan indigna sospecha. No, no, la interesante jóven jamás será infiel : ella resistirá á la opresion, al infortunio y á la muerte misma ; la pura sangre de los Vargas corre por sus venas, y el noble aliento de sus mayores revive en ella y anima su corazon.

— Explicame pues este misterio. ¿ Qué catástrofe es la que me amenaza ?

— Á la verdad, señor, es bien sensible para mí ser el anuncio de semejantes nuevas ; sin embargo, nada os ocultaré, pues sin perjuicio del respeto que debo á mi señor natural, la justicia me es aun mas apreciable y sagrada. ¡ Don Egas de Vargas es traidor á su rey legitimo !

— ¡ Cielos ! ¿ qué dices, mi buen amigo ?

— Nada mas que esta triste verdad. ¡ Don Enrique cuenta entre sus partidarios á mi desgraciado amo. No me es fácil descubrir que especie de sortilegio ha producido este cambio, pero su noble discurso ha sido seguramente pervertido por alguna influencia sobrenatural. Jamás, señor, he sosegado desde el dia en que fué á Triana, y no pude menos de extremeceme al ver á Celestina en conversacion intima con don Egas.

— Quita allá, Pimiento, esta credulidad no es razonable.

— Señor, no soy mas que un pobre hombre sin malicia ; pero sin embargo, no juzgueis con tanta ligereza de mi credulidad ; tales cosas se han visto recordad el diabolico....

— Bien, bien, dijo el caballero interrumpiendo al anciano escudero á fin de que no soltase la rienda á su comun erudicion en esta materia ; ya comprendo tus sospechas, pero seguramente por lo que toca á don Egas....

— Se han empleado los medios mas impíos. Sin esto, ¿ cómo pudiera haberse obrado una mudanza tan repentina y extraordinaria ? todos los medios humanos no pudieran haberlo conseguido.

— Yo no trato de discutir este punto , pero te ruego me digas , ¿ de qué suerte ha podido Constanza soportar la falta de fidelidad de su padre ?

— ¡ Ah , señor ! ya podeis considerarlo , que terribles pruebas ha debido sostener ; las persecuciones de don Alvaro....

— ¡ Cómo ! ¿ acaso se ha atrevido á molestar de nuevo á Constanza ?

— Y con obstinacion , y aun añadiré con importunidad. Es cierto que don Egas no se mostraba contrario á los deseos de don Alvaro , y aun que afectase quedar neutral en este asunto , no he visto neutralidad mas parcial en mi vida.

— ¿ Y Constanza solo opondria su negativa á las demostraciones de don Alvaro ?

— Su conducta es digna de ella y de vos. Ninguna importunidad , ninguna amenaza ha hecho sobre ella la menor impresion. Pueda vuestro enlace ser pronto celebrado , para que consiga ver antes de mi muerte al mejor caballero de Castilla unido con la mas bella y virtuosa de las mujeres.

— No puedo acabar de persuadirme , Pimiento , de las noticias que me traes . ¡ Don Egas rendir homenaje al usurpador ! ; esto es monstruoso ! No hace mucho tiempo que respondia á don Pedro sobre mi vida de la fidelidad de don Egas. Pero dime , ¿ cómo has hecho para dejar su servicio ?

— Solo manifestar mi modo de pensar secamente , pues no estoy acostumbrado á los artificios y perjurios. Cada dia me presentaba nuevos motivos de indignacion ; y como mis advertencias eran despreciadas , no me quedó otro arbitrio que huir de un sitio en que mis principios eran atacados tan vivamente. Tomé , pues , mi resolucion , y mi amo no intentó detenerme cuando le hice saber el partido que habia tomado de dejar su compañía. El anciano caballero estaba tan cansado de oir mis justas quejas , como yo de ser testigo de su debilidad , y asi nos separamos pacífica-

mente, pues siempre he estimado á don Egas, y lo apreciaré mientras viva.

— ¿Y su hija no se opuso á tu partida?

— No, luego que supo mi invariable resolucion de reunirme con el rey fugitivo: á ella sola confié mi proyecto, y la soy deudor de los medios que me han servido para cumplirlo. Ella, señor, me ha encargado que os diga que su amor y sus fervientes ruegos van siempre en favor vuestro, y he aquí lo que os envia.

Mientras que hablaba, sacó Pimiento un pequeño paquete, y habiéndolo abierto, presentó al Castellano una preciosa banda escarlata, sobre la que se leía en letras de oro el mote fidelidad, y se veían los nombres de Constanza y Hernando entrelazados del modo mas ingenioso.

— La amable jóven, continuó Pimiento, ha bordado esta banda con sus delicadas manos, y esta ocupacion grata ha distraído sus tristes y penosos momentos.

Don Hernando se apoderó ansiosamente de aquella preciosa prenda de amor, y depositó en ella un ardiente ósculo.

— Esta querida banda, dijo, no me dejará nunca, ni en paz, ni en guerra, y en la hora del peligro esta prueba de afecto reanimará mi fuerza y espíritu abatidos.

— ¡Guárdeos el cielo! No hubiera el Cid recibido con mayor entusiasmo y gratitud los favores de Jimena.

El corazon del anciano escudero palpitaba de gozo al mirar al castellano. El modo con que habia recibido la memoria de Constanza recordaba á Pimiento las mas famosas tradiciones y romances de la caballeria, que tanto le complacian, contemplando con entusiasmo en el noble Hernando el medelo de un caballero perfecto, y le dijo con tono suplicante:

— Si concedierais un don á vuestro humilde servidor, el pobre Pimiento seria el mas dichoso del mundo.

— Habla, dijo Castro, ya te lo concedo.

— Supuesto el favor que me dispensais, permitidme que

sea vuestro escudero: mi edad no sea un obstáculo á mis deseos, porque en fuerza y actividad soy aun muy jóven; mi vida no se ha pasado en la disipacion y en los vicios que enervan el vigor. No señor, estos antiguos miembros estan aun derechos y firmes, y mi brazo no frustrará mis deseos en la hora del peligro. Podreis encontrar escuderos mas bellos y jóvenes; pero os fuera difícil hallar otro mas adicto y fiel que Pimiento.

— Me tendré por dichoso de tenerte á mi lado. No es un favor que te concedo, amigo mio, pues mereces muy bien los honores de la caballeria.

— ¡ Oh señor! todos mis deseos estan cumplidos con ser el escudero del mejor caballero de Castilla.

Despues de algun rato de conversacion, los castellanos se separaron, prendados mutuamente de un encuentro que habia proporcionado á Hernando tener noticias de Constantza, y una prueba de su firmeza, y que habia asegurado á Pimiento la ocasion de jugar un papel en las escenas que tanto se conformaban con su carácter é inclinaciones, pues se veria rodeado de la caballeria inglesa, y recreado con la narracion de las hazañas del príncipe Negro, que la fama esparcia.

Pimiento no cesaba de felicitarse de la resolucion que habia tomado; pues todo lo que veia y oia recordaba á su imaginacion los bellos tiempos de la caballeria.

Mientras tanto el ejército habia entrado en Victoria, y las autoridades civiles y los principales habitantes se apresuraban á rendir homenaje á don Pedro y á su ilustre aliado.

La causa del rey fugitivo principiaba á tomar un aspecto mas favorable. Sus filas se engrosaban diariamente con numerosos voluntarios, y mas de dos mil caballeros españoles, con otros tantos infantes que se habian colocado bajo las banderas de su legitimo rey. Sin embargo de estos refuerzos, el partido de don Pedro no llegaba al tercio del de don Enrique. El príncipe Negro apenas podia contener la

impetuosidad de sus tropas, y particularmente de sir Roberto Knolles, y de los compañeros francos que habian escapado con vida en la desgraciada expedicion que terminó con la muerte del malogrado sir William, y de tantos valientes soldados. No quiso, pues, tener mas tiempo en inaccion su ardor belicoso, y dió orden de no permanecer en Victoria mas que el tiempo necesario para disponerse á marchar hácia el enemigo. Esta noticia fue recibida con vivos transportes de alegría, y todos se prepararon para el combate, cual si fuese á un regocijo.

Para no dejar enfriar este ardiente entusiasmo, el príncipe resolvió conferir por sí mismo el orden de caballería á algunos de su séquito, y estando á la mesa con don Pedro, los lores y caballeros de su comitiva:

— Milores, dijo sonriéndose, tiempo hace que deseo dar una prueba de mi satisfaccion á algunos de nuestros escuderos, y seguramente la víspera de una batalla no es el momento conveniente para dilatar el pago de tales deudas, pues solo Dios sabe si estaria despues en mi arbitrio dejarlas cumplidamente satisfechas, y seria indigno de mi separarme del mundo dejando al mérito sin la debida recompensa.

Los caballeros admirados se miraban entre sí, pues ninguno habia traslucido la menor idea de la intencion del príncipe.

— Me figuro, señores, continuó Eduardo, que os hallais sorprendidos, y así voy á explicarme. Muchos valientes guerreros hay en nuestras filas que merecen los honores de la caballería, y estoy decidido á concederles esta recompensa. Muy bien dicho, señor, dijo sir John Chandos: esta idea me ha llamado la atencion, porque entre mis escuderos se encuentran muchos de noble origen, y cuyo valor desplegado en el campo de batalla no deshonoraria las espuelas de oro.

— Siendo así, señor caballero, me ayudaréis á cumplir mis buenas intenciones formando una lista de aquellos en

quienes una promoción sea tanto un acto de justicia como una recompensa; y haced que ejecuten esta noche la vela de las armas, á fin de que mañana puedan ir al combate con sus espuelas y espada de caballeros. ¿Qué pensais de esto, sir Roberto Knolles? ¿parece que guardais silencio?

— Príncipe mio, respondió este, lo que proponéis es muy justo, tanto mas que la caballería ha sufrido grandes pérdidas últimamente: la de sir William y de otros muchos valientes ha dejado sobradas vacantes que será difícil reemplazar.

— Verdad es, sir Roberto, repuso Eduardo: hay pocos hombres en la cristiandad comparables á sir William.

Á la mañana siguiente el ejército volvió á ponerse en marcha al son de los clarines. Hacia la tarde sir Roberto Knolles, que mandaba la vanguardia, descubrió las tropas enemigas acampadas en medio de los matorrales que rodean á Navarrete, y en el mismo sitio en que pocos dias antes se habia encontrado con el valiente sir William. El aspecto formidable que presentaba el campamento de los españoles no produjo otro efecto sobre sus adversarios que el de avivar la impaciencia que ya tenían de venir á las manos.

El príncipe Negro se detuvo un instante á la orilla de un bosque, para conferir el orden de la caballería á los diferentes postulantes. El primero á quien la dispensó fué á su escudero sir Harry Holland, á quien siguieron cincuenta escuderos nobles, que en breve se vieron iguales á los que les concedían esta merced. Este espectáculo imponente causó el mayor placer á todo el ejército, y es ocioso decir que Pimiento fue el que tomó mayor interés en una escena que tanto se avenía con sus inclinaciones: el buen anciano parecia haber perdido el uso de la palabra, tan extravagantes eran sus gestos y la expresión de su fisonomía. Contemplaba la ceremonia con una especie de respeto religioso, acompañando con servientes súplicas á los nuevos caballeros. La noche habia llegado, y queriendo el príncipe dar

la batalla á la mañana siguiente, desplegó la mayor actividad para distribuir las órdenes necesarias en todos los puntos.

— Milores, dijo á los oficiales superiores que lo rodeaban, disponed que el ejército esté preparado á la primera señal, y á seguir á la tercera llamada á la bandera de san Jorge.

Habiendo dado el príncipe las disposiciones necesarias para la seguridad del campo, mandó que las tropas tomasen el reposo necesario, á fin de soportar las fatigas del siguiente dia. Mientras tanto, con la actividad y vigilancia que caracterizan á un jefe prudente y á un valiente guerrero, inspeccionaba todas las divisiones del campamento, acompañado de don Pedro, que no se apartaba de su lado, de Hernando, de sir John Chandos, y de otros caballeros. Los soldados, caballos y armas se encontraron en el mejor estado: los centinelas velaban en sus puestos, y estando ya la noche muy adelantada se retiró el príncipe para tomar algunos momentos de reposo.

— Adios, señor, dijo á don Pedro, la crisis se acerca. Antes que la luna esparza de nuevo su luz sobre la tierra, la grande cuestion estará decidida, y yo podré daros el abrazo del soldado victorioso.

Miró don Pedro por un momento al cielo, que el príncipe le enseñaba, y exclamó despues con la sonrisa del triunfo:

— Sí, amado primo, cuando la luna se manifieste mañana, ya no me hallará como un fugitivo sin asilo, sino como el dueño de Castilla, si el cielo y Santiago protegen la justa causa. Adios, príncipe; adios, valientes caballeros.

Todos se retiraron á sus respectivas tiendas, menos para dormir que para entregarse á los grandiosos é importantes pensamientos que suelen agitar nuestro espíritu el dia que precede á un grande acontecimiento. Todos se hallaban conmovidos, pero por sentimientos diversos. Un entusiasmo caballeresco, santificado por la religion, llenaba el corazon del príncipe de Gales. La esperanza de ver á su amo colocado de nuevo sobre el trono brillaba en los ojos de Her-

nando; pero esta se entibiaba al pensar en las escenas de muerte y horror, á cuyo precio debía adquirirse un acontecimiento tan deseado. Sobre el rostro de don Pedro se hallaba esparcida una expresion severa y sombría: con los brazos cruzados y la vista fija en el campo enemigo, parecia estar balanceando toda la expectativa futura, y una espantosa sonrisa, ó el fruncimiento de cejas, indicaban alternativamente de que lado se inclinaba la balauza.

En breve todo quedó inmóvil y silencioso en el campamento. La luna proseguia con lentitud su acostumbrada carrera, y sus pálidos rayos se reflejaban sobre los terribles y mortíferos instrumentos agrupados en todo el contorno.

De otro modo se pasaba el tiempo en el campo de don Enrique, donde reinaban la alegría y los festines. Una doble racion habia sido distribuida entre los soldados: luminosas hogueras y alegres cantos servian de prólogo á la sangrienta tragedia que en breve debia tener principio. Nadie pensaba en dormir; mas poco despues de media noche, en virtud de las órdenes de Trastamara, sonaron los clarines y todo el ejército se puso en orden de batalla. El entusiasmo y el deseo de pelear ardian en todas las filas, y cuando don Enrique las pasó revista acompañado de sus hermanos, de Duguesclin y del mariscal de Andreghen, quedó encantado de las buenas disposiciones en que se hallaban sus tropas. Las diferentes divisiones recibieron las órdenes convenientes, y todos esperaban la señal convenida para marchar hácia el enemigo.

XIII.

Batalla de Najera.

El dia se presentó claro y sereno, y el sol, que debia ser testigo de tantos horrores, brilló con un resplandor poco

comun. La naturaleza se mostraba risueña y dichosa, y la suave voz de los menestrales aéreos turbaba tan solo la calma de su resurreccion. Montó el príncipe de Gales un soberbio corcel, y dió la señal de partir. Noble é imponente era el espectáculo que ofrecia la vista de los lucidos regimientos que avanzaban en órden de batalla, y el de los numerosos caballeros, cuyos magníficos trages y brillantes cascos y armaduras reflejaban con mil centellas los rayos del sol. El príncipe subia entretanto una pequeña colina, desde donde podia descubrir los movimientos del enemigo.

Habiase puesto don Enrique mas pronto en marcha que lo pensaron sus adversarios, y avanzaba osadamente á la cabeza de su ejército, que presentaba un frente dilatado y formidable. Se componia de tres cuerpos numerosos; el ala derecha era mandada por Duguesclin, seguido de sus caballeros franceses: la izquierda estaba á las órdenes de don Sancho y don Tello, hermanos del rey; y el mismo don Enrique se puso al frente del centro, que era el cuerpo mas imponente, y se hallaba protegido por una reserva numerosa.

— Á fe mía, dijo el príncipe, tendremos que pelear con adversarios muy valientes, pues quieren ahorrarnos la mitad del camino. Soy de dictámen, milores, que aprieten Vs. sus armaduras, teniéndose preparados para resistir el choque del enemigo, pues me imagino que no se hará esperar.

Sir John Chandos caracoleaba en las primeras filas, llevando una bandera desplegada, y haciendo un gracioso saludo al príncipe se la presentó.

— Señor, dijo, he aquí la bandera que siempre he tenido la honra de llevar á vuestro lado, ya en la guerra, ya en los torneos.

— Sir John, respondió el príncipe, siempre he hecho justicia completa á vuestro valor, y á la conocida adhesion que me habeis demostrado.

Al acabar estas frases se inclinó Eduardo hácia don Pedro que estaba inmediato, y apretándole la mano: — Señor, le dijo, esta jornada va á decidir de vuestra suerte. Animo

pues, y con el auxilio de Dios recobraréis vuestro reino.

Al paso que los ejércitos se acercaban rápidamente, el príncipe Negro con la visera levantada y las manos juntas, dirigió al cielo una corta pero fervorosa súplica para atraer sobre sus armas la bendición del Omnipotente. Después de concluida, levantando la diestra con energía, exclamó con voz serena y sonora:

— Avanzad en nombre de Dios y de san Jorge.

Esta orden fue repetida por todos los gefes de los cuerpos, y en el momento en que todas las divisiones se pusieron en movimiento, hicieron oír sus vivas aclamaciones, á las que el enemigo contestó con igual entusiasmo. El ala derecha de los castellanos mandada por Duguesclin, vió llegar á su encuentro un numeroso cuerpo de tropas inglesas, á cuyo frente se hallaban el duque de Lancaster y sir John Chandos, y por aquella parte se empeñó la acción. Luego que los franceses y castellanos se encontraron á tiro, los ingleses hicieron una mortífera descarga, cuyo efecto se hizo sentir en medio de las apretadas filas del enemigo.

Aprovechando entonces sir Chandos el momentáneo desorden en que lo veía, cargó vigorosamente al frente de una porción de valientes guerreros, y sir Hugo Calverley le siguió con sus compañías francas. Pero fueron detenidos por Duguesclin y sus caballeros, que sostuvieron el choque con vigor, y dieron tiempo á que se reuniese la infantería, que los ingleses habían desordenado. Entonces la batalla se hizo general, y la balanza de la fortuna se inclinaba alternativamente á una y otra parte, de suerte que ninguno de los partidos podía pretender ventaja alguna decidida. Los ingleses, aunque inferiores en número, sobrepujaban en valor y talentos militares á sus enemigos. El arrojo de sir Chandos parecía decidir por sí solo la cuestión en favor de don Pedro. Su estatura elevada, y mas que todo su fuerza prodigiosa, aumentada con el calor de la acción, le facilitaban las hazañas mas señaladas. Seguido de sus valientes soldados, se arrojaba al través de las filas enemigas blandiendo

su pesada hacha de armas, sembrando la muerte en derredor, y llenando de espanto todo cuanto le rodeaba. Cada caballero, poseido efectivamente de terror al ver tanta fuerza y destreza, evitaba con cuidado un adversario tan formidable.

Por su parte don Enrique, que habia reunido un cuerpo inmenso de los mas hábiles honderos, saludó á los ingleses con una nube de piedras, que obscurecieron la atmósfera, cayendo despues con espantoso estrago, y destrozando cascos y yelmos, dieron la muerte á hombres y á caballos. Se correspondió á esta descarga con otra no menos destructora, porque avanzando los famosos archeros ingleses, despidieron sus flechas con tanto vigor y exactitud, que no habia ninguna que no dejase de atravesar á un enemigo. Desde este momento los tiros no cesaron de cruzarse en todas direcciones y de llover sobre ambos ejércitos. Vivos clamores aumentaban la confusion, pues cada caballero tenia su grito particular de guerra para animar á su gente. ¡Castilla por don Enrique! gritaban por una parte. ¡San Jorge por la Guena! repetian por otro.

Observando el príncipe de Gales que el enemigo era mas débil por el flanco que mandaban los hermanos de don Enrique, dejó en el centro á don Pedro, y seguido de lo mas escogido de sus caballeros, se dejó caer con impetu sobre el ala izquierda del ejército español. No pudo don Tello resistir á tamaño choque, y principió á perder terreno. Cubierto el príncipe de Gales con su armadura negra, sembraba el terror en las filas enemigas: cada golpe de su temible espada era una señal de destruccion, y conducido con la celeridad del rayo por su excelente caballo árabe, marcaba por dó quiera la confusion y la derrota. Se dirigió hácia don Tello, quien herido de un terror pánico, arrimó las espuelas á su corcel, y huyó precipitadamente del campo de batalla, seguido de la mayor parte de sus caballeros. Hizo don Sancho los mayores esfuerzos para detener los victoriosos progresos del príncipe de Gales; pero todo fue sin

fruto : sus soldados , casi todos infantes , huyeron desordenadamente , dejando libre paso á los ingleses , que en breve se vieron en disposicion de atacar la retaguardia del cuerpo principal , que se componia de sesenta mil hombres , mandados por el mismo Trastamara.

La fuga de don Tello y la derrota de su division fueron tan rápidas , que la reserva que venia á auxiliarlo llegó harto tarde para impedir sus desagradables resultados. Con siguió sin embargo suspender por algun tiempo el torrente victorioso , é impedir que se precipitase de golpe sobre la retaguardia de don Enrique. En este momento tomó el combate un aspecto mas horroroso : eran las doce , y los destrozos llegaban á ser funestos : el campo de batalla se veia cubierto de muertos y heridos y de fragmentos de armaduras , que á cada paso detenian la marcha del soldado : la accion general se convirtió en combates particulares donde cuerpo á cuerpo se disputaba la victoria , y tal era el furor de los combatientes , que se hubiera creido que mas bien buscaban la venganza de injurias propias que el sosten de la causa de los principes rivales. Algunos caballeros desmontados se batian aun valerosamente con sus pequeñas espadas : otros se precipitaban sobre sus enemigos con una lanza en cada brazo , ó se servian de puñales , y aun de los trozos de armas que recogian en aquel lugar de desolacion.

Durante este tiempo , sir John Chandos habia puesto en completa derrota el ala derecha de los castellanos , y con una fuerza irresistible perseguia á los batallones enemigos hollando sus banderas. Don Martin Ferran , caballero español de grande nombradía y de un vigor extraordinario , no pudo ver sus hazañas sin el mayor pesar , y resolvió ponerlas un término ó perecer en la empresa. Se adelantó pues con extraordinaria ligereza , y arrojóse sobre sir John con tanta impetuosidad , que no esperando este un ataque tan violento no pudo impedir el ser derribado de su caballo. Saltando entonces don Martin del suyo ligeramente , se arrojó para acabar con su adversario , pero las fuerzas de sir

Chandos eran tales, que las suyas no bastaban para sujetarlo y sacar su espada. Trató pues de ahogarlo con sus colosales manos como medio mas eficaz, por hallarse el caballero caido como encerrado en su fuerte armadura de acero. En este cruel apuro se acordó sir John de una pequeña daga muy aguda que llevaba ceñida, y renovando todo su vigor hizo un esfuerzo desesperado, y logrando sacarla, hirió tres veces con ella á su contrario, quien aunque se levantó prontamente, titubeó, y volvió á caer al lado de sir John. Muchos caballeros castellanos acudieron al socorro de Ferran, pero el inglés habia conseguido incorporarse sobre una rodilla, y en esta postura pudo contener á sus enemigos hasta recibir el auxilio de sir Roberto Knolles y sir Calverley.

Siguió don Enrique peleando valerosamente, y Duguesclin hacia á su lado prodigios de bravura. Sin embargo de la fuga de don Tello, los franceses y aragoneses daban mucho que hacer á sus contrarios; pero al fin la fortuna del príncipe Negro recogió los laureles de la victoria. El centro del ejército español comenzaba á ceder, y don Enrique, que lo advirtió, consiguió reanimar sus tropas y conducir las de nuevo por tres veces á la carga. Se esforzaba en excitar su emulacion y alentar el valor de sus soldados con enérgicas exhortaciones: — Castellanos, decia, aquí teneis á vuestro rey, vosotros me habeis colocado sobre el trono, jurando morir antes que abandonarme: respetad, pues, vuestros juramentos, y no empañeis vuestra antigua gloria con una fuga ignominiosa. Marchemos españoles, es don Enrique quien os guia al combate.

Con tales palabras logró reanimar la perdida energia de sus tropas, que pelearon denodadamente, pereciendo muchos á su vista; pero todo fue en vano: la confusion y el terror se habian esparcido ya por todas las filas, la batalla era ya perdida. El príncipe Negro se condujo con aquella magnanimidad que lo habia distinguido en Crecy y Poitiers. Se le veia siempre en lo mas vivo de la pelea, donde su

vista penetrante le hacia ver el mayor riesgo, y su presencia era la señal de la victoria para los suyos. Los españoles comenzaron en breve á huir en todas direcciones, y la derrota se hizo completa.

Don Lope de Ayala, que llevaba el pendon, fue hecho prisionero, y el principe Negro creia terminada la accion, cuando observó que el duque de Lancaster era aun rechazado vigorosamente por Duguesclin y sus caballeros. Al momento corrió para darle auxilio, y encontró al paso á don Pedro, cuyos ojos brillaban de alegría, dando un evidente testimonio en todo su aspecto de no haber hecho el papel de simple espectador durante la accion, pues su armadura teñida de sangre veíase quebrantada por todas partes.

— ¡Por Santiago! mi buen primo, exclamó, parece que las cosas van tomando un giro favorable, y con algunos esfuerzos mas será mia Castilla.

— Señor, respondió Eduardo mirando la sangrienta armadura del rey, me parece que la teneis bien merecida.

— Sí, sí, os lo juro por mi cabeza: los traidores han sentido todo el peso del brazo de un rey ultrajado. Mas ¿dónde se hallan el bastardo y ese aborrecido francés? No he podido encontrarlos, y solo su sangre puede completar mi venganza: mi espada se ha cansado ya de castigar rebeldes subalternos.

— Don Enrique ha muerto, ó puéstose en fuga.

Llegaron en este momento al paraje donde el combate duraba aun con todo encarnizamiento. Sir John Chandos, al frente de sus compañías francas reunidas bajo la bandera de san Jorge, habiendo puesto en derrota el ala derecha de los españoles, acababa de acometer la retaguardia de Duguesclin, quien con el mariscal de Andregheu y otros peleaba á la cabeza de sus franceses y de un gran número de caballeros españoles, cuyas divisiones habian sido deshechas, y que no queriendo separarse del campo de batalla, se reunieron bajo el estandarte del valiente francés, y

hacían prodigios de valor para arrastrar á la fortuna en pos de sí.

Estrechado ya Duguesclin por el duque de Lancaster, vió con mucha consternacion el ataque de su retaguardia por las compañías francas. Resolvió al instante abrirse paso por en medio de ellas para efectuar su retirada, y á este fin dirigió sus fuerzas por aquel punto. Pero sir John, que no estaba en ánimo de dejarlo pasar, llamó en su auxilio á sir Knolles y sir Calverley, y opusieron una viva resistencia al ataque de los franceses. En medio de la pelea provocó sir John á Duguesclin á un combate singular.

— Aquí me teneis, dijo, impaciente de medir la espada con la del mejor caballero de Francia.

Se adelantó Duguesclin para corresponder á este reto, y principió entonces un furioso combate, que duró poco tiempo, pues se vieron separados en breve por el tropel de guerreros que concurrió, y la accion se hizo general. En este momento fué cuando llegó el príncipe Negro para decidir la victoria. Una voz alta y sonora llamó á Duguesclin, y don Pedro, abriéndose paso por en medio de los combatientes, se trasladó á lo mas vivo de la pelea.

— ¿Dónde se halla ese perro? exclamó, tenga yo el placer de hollar su orgullosa cimera, y de apagar mi sed con su sangre. Arrojóse furioso hácia Duguesclin, quien estrechado por todas partes, continuaba peleando sin desmayar, aunque desesperanzado de buen éxito. Al oír expresiones tan denigrativas, se precipitó lleno de cólera sobre don Pedro, y le descargó tan fuerte golpe en la cabeza, que el rey titubeó sobre la silla y su caballo se postró de rodillas. Un segundo golpe en tan crítico momento lo hubiera aniquilado, si don Hernando no lo hubiese protegido, recibéndolo en su escudo. Al propio tiempo un escudero inglés de sir Chandos se escurrió diestramente por entre los caballos, y arrojándose sobre el que montaba Duguesclin, se abrazó fuertemente con este impidiéndole una resistencia mas duradera. Sir John llegó en aquel instante, y se le rindieron

Duguesclin, el mariscal de Andreghen, Vilaines, y otros caballeros que hasta entonces habian seguido batiéndose. La victoria fue completa, pero costosa, pues quedaron en el campo de batalla un gran número de caballeros valientes y soldados aguerridos de ambos partidos.

El campo de batalla presentaba el aspecto mas terrible é imponente: los cadáveres y fragmentos de toda clase de armas lo cubrian enteramente. Las orillas del rio inmediato á Najera estaban teñidas de sangre, y muchos soldados, pensando escapar á los horrores de la batalla, hallaron su muerte en sus sangrientas aguas. Se practicó una exquisita pesquisa para encontrar el cuerpo de don Enrique, que se suponía haber caido durante la accion; pero aunque fuesen hallados los de sus mas fieles partidarios y de un gran número de grandes y ricos hombres, no pareció ningun indicio acerca de la suerte de Trastamara.

El ex rey de Castilla luego que hubo perdido la última esperanza, habia mandado á los que le rodeaban que se dispersasen, á fin de poder escapar mas fácilmente del campo de batalla. Ya habia conseguido por este medio alejarse; mas cuando se creia puesto en salvo, su caballo cayó rendido de fatiga. Por poco le fue fatal este accidente, pues en el propio instante fue asaltado por tres hombres que iban en busca de los fugitivos.

— Ríndete, caballero, ó pierdes la vida, gritóle uno de sus perseguidores, dirigiendo la punta de su espada al pecho de don Enrique.

Recobró este algun aliento al ver que eran españoles sus contrarios, pues temia sobre manera caer en manos de los ingleses.

— Mis buenos castellanos, les dijo, si vuestra intencion es de conducirme á don Pedro, ó á su aliado, dadme mas bien la muerte en este sitio.

— Preciso es que cumplamos con nuestro deber, respondió su interlocutor; ya conoceis las leyes de la caballeria y de la guerra, señor, y el propio Cid no consentiria

en obrar de otra suerte.

En esta extremidad tomó don Enrique una resolución arriesgada, y levantando la visera, le dijo con tono lúgubre y solemne:

— Pues bien, reconoced en vuestro prisionero al desgraciado rey de Castilla.

— ¡Cielos santos! exclamó Pimiento que mandaba aquel peloton, ¡verdaderamente es don Enrique de Trastamara!

— Así es, dijo tristemente don Enrique: yo soy el rey de Castilla, vencido y destronado.

— Deteneos, señor, repuso Pimiento con orgullo, solo don Pedro es el rey de Castilla. Él es generoso, y tendrá un placer en reconciliarse con su hermano, pues al fin lo sois á pesar de vuestra rebelion.

— ¡Salvadme! ¡libradme de don Pedro! exclamó don Enrique; en nombre del cielo quitadme la vida mas bien, pues ya no me queda mas que esperar la muerte, despues de esta cruel derrota; pero jamás seré testigo de su triunfo insultante, ni el objeto de su bárbara venganza. No., buen escudero, no esperéis entregarme vivo á vuestro amo.

El acento desesperado con que pronunció estas palabras, enterneció el corazon de Pimiento, quien sin embargo de su lealtad pordon Pedro, no podia dejar de contemplar con un respeto involuntario al príncipe que poco antes era el árbitro de la suerte de su patria. Aquel que hasta entonces habia dispensado honores y dignidades, dependia ahora de la compasion de un humilde escudero, y el que armara cien mil guerreros para defender su corona, se hallaba á la merced de tres hombres pobres y oscuros.

Conoció don Enrique la impresion que habia producido, y redobló sus esfuerzos para sacar partido de ella.

— Castellano, le dijo, con un acento conmovido, sea cual fuere vuestra opinion, mi muerte no puede excitar vuestro regocijo. Considerad la elevacion de que he caido, soy seguramente bastante desgraciado, y si he cometido algun yerro se encuentra harto expiado. Dejadme partir: iré á ocultar-

me en algun país lejano , y jamás volveréis acaso á oír hablar del desgraciado don Enrique. Tomad , repartíos esta corta recompensa , y dejadme marchar.

A estas palabras le ofreció un bolsillo bien lleno , que Pimiento arrojó desdeñosamente á sus ávidos compañeros.

— Señor don Enrique , le dijo con tono solemne : no podeis esperar llegar á corromper á Pimiento , quien aunque no pasa de un simple escudero , es un hombre de honor. No , no , todo el oro de Castilla seria insuficiente para conseguirlo ; mas un sentimiento noble puede inspirarme lo que el interés no ha logrado. Una vez que partís á remotas regiones , y para no volver mas á este suelo , marchad , y protéjaos el cielo.

— Generoso escudero , respondió don Enrique , me es sensible haberos ofendido ofreciéndoois oro , pero tomad esta corta prenda en memoria mia , y acaso pueda aprovecharos algun dia , pues os servirá de pasaporte entre mis amigos. Al decir estas palabras , sacó un brillante sello , y lo presentó á Pimiento , quien lo aceptó con respeto , despues de recordar en su memoria si con este acto causaba lesion á las antiguas usanzas de la caballería. Don Enrique en seguida se puso en fuga con todo el esfuerzo posible , y tuvo la felicidad de hallar á don Álvaro con otros caballeros que le proporcionaron corcel , y desviándose de los caminos públicos , se dirigieron todos hácia la frontera.

Pimiento , cuyos sentimientos caballerescos y su buen corazon no hubieran podido soportar la idea de sacrificar al desgraciado Trastamara á la venganza de su hermano , se encontraba suficientemente recompensado con la aprobacion de su conciencia. Ocultó cuidadosamente á sus compañeros la calidad de su prisionero , quienes encantados con el oro recibido , volvieron alegremente al campamento , donde todos reposaban de las fatigas de aquella jornada. El principe Negro , acompañado de sus principales guerreros , inspeccionaba el campo de batalla , y á pesar de la satisfaccion que experimentaba por haber ganado una victoria de

tanta monta, el noble corazón de Eduardo se hallaba conmovido de lástima, contemplando aquellos sitios que la aurora había visto tranquilos, y presentaban ahora un espectáculo de desolación, cubiertos de despojos de cascos, escudos, lanzas y espadas, algunas de las cuales se mantenían aun empuñadas por las heladas manos de aquellos á quienes no habían podido defender. Para contrastar aquellos horrores, los clarines y trompetas acompañaban con sonoros acentos el himno de la victoria, entonado por los vencedores ingleses. El día estaba adelantado, y así el príncipe ordenó que sus tropas se retirasen á Nájera, donde hallarían las abundantes provisiones que don Enrique había hecho prevenir para las suyas.

Antes dispuso que se colocase su estandarte en una altura vecina, á fin de que sirviese de punto de reunión á los soldados que se habían dispersado en persecución de los fugitivos. En breve se vieron regresar por todas partes caballeros y escuderos, y entre ellos á don Pedro acompañado de algunos de su comitiva. El rey de Castilla, tan luego como descubrió al príncipe Eduardo saltó ligeramente de su corcel, é iba á doblar una rodilla en muestra de su gratitud, pero reparando su intención se apresuró á detenerlo.

— Mi querido primo, le dijo el rey, no me impedireis que os rinda á vista de todos el homenaje de mi gratitud.

Tomóle Eduardo la mano, y con aquella sencillez que le era tan natural, y que convenia con su alma generosa:

— No os inclineis, señor, le dijo, delante de mí: dirigid mas bien á Dios vuestras acciones de gracias, pues á su auxilio, y no al mio, es á quien debéis el logro de esta victoria.

La mañana siguiente fué destinada á dar sepultura á los valientes que habían sucumbido en la batalla. El servicio divino se celebró en el mismo campo; y á presencia de los caballeros del ejército y sus escuderos se confiaron á la tierra los restos inanimados de sus compañeros. Entonces sonaron los clarines, y el príncipe Negro, seguido del du-

que de Lancaster, de sir John Chandos, del mariscal de Aquitania, y de don Jaime rey de Mallorca, se dirigió á pasar revista á los prisioneros de guerra; y don Pedro, que ignoraba su intento, siguió la misma direccion.

— Mi querido príncipe, dijo el rey, creo que ya es tiempo de pensar en los prisioneros.

— Precisamente, respondió Eduardo, me disponia ahora á verlos.

— A la verdad, repuso el rey, no podia llegar mas á tiempo para pedir os un favor.

— ¡Un favor, señor! respondió el príncipe, seguramente sois ahora el rey de Castilla, y es á vos á quien pertenece el concederlos. Sin embargo, hablad, señor, Eduardo de Gales no rehusará servir á su primo de Castilla.

— Pues bien, dijo el rey, os suplico, querido primo, en nombre de nuestra amistad, que me abandoneis la suerte de estos traidores castellanos, y mi reconocimiento será el mas vivo.

— La mayor parte de ellos, respondió el príncipe, son legítimos prisioneros de mis capitanes, que podrian reclamar al menos una parte de su rescate, perteneciéndome el resto á mí como á su señor; mas todo esto no servirá de obstáculo, y me hallo dispuesto á acceder á vuestro ruego, mientras que me hagais conocer vuestras intenciones acerca de dichos prisioneros.

— Pues estas se reducen á hacerles cortar la cabeza á todos antes de ponerse el sol, respondió don Pedro con ademán resuelto y con una calma maravillosa.

No quedó menos petrificado Eduardo de la súplica del rey, que del tono con que venia presentada, y así es que estuvo algun tiempo incapaz de responder.

— Señor, dijo al fin, yo no puedo negarme á vuestro ruego; pero tengo tambien una gracia que pedir os, y esta depende de vos: y así os suplico no me la rehuséis, en nombre de nuestras relaciones y alianza.

— Querido primo, exclamó don Pedro, muy gozoso,

prevenid mis mas intimos deseos, dándome ocasion de poder complaceros, pues será para mí un deber sagrado el de consultar vuestro gusto: explicaos pues, señor, todo cuanto poseo es vuestro.

— Yo os agradezco y estimo, señor, esta fineza: el favor que os he pedido es el perdon de todos vuestros vasallos rebeldes.

Dió don Pedro un paso hácia atrás, sorprendido y confuso, mientras que el príncipe continuó:

— Bastante sangre se ha derramado ya: mirad, señor, este campo de batalla teñido aun con la de vuestros vasallos, y el rey de Castilla no podrá formar el deseo de verla correr de nuevo. Además de esto, ¿seria conveniente y político que don Pedro manchase el primer dia de su restauracion con un acto de crueldad y de venganza? ¡No será, por san Jorge! no, no será dicho, señor, así: Eduardo de Gales publica desde ahora un perdon general.

— ¡Cómo! ¡un perdon general! repitió el rey sorprendido.

— Sí, señor; sin embargo, no quiero por esto impedirlos que hagais ejemplar en dos ó tres de los mas culpados, cuyas reiteradas traiciones les hayan hecho indignos del perdon.

Quedó don Pedro un momento en silencio, con la vista baja; mas al fin con tono risueño y calmado, añadió:

— Querido primo, me rindo á vuestros deseos, pues nada debo rehusaros.

De esta suerte fué como el magnífico, el generoso Eduardo, salvó la vida á un gran número de grandes y otros españoles de todas clases, á quienes el vengativo don Pedro hubiera hecho perecer sin compasion. Además de esto, aquel príncipe generoso, cediendo al impulso de su corazon, hizo cuanto pudo para suavizar el ánimo del rey é inclinarlo á que tratase con indulgencia á sus súbditos vencidos, acompañando estos ruegos amistosos con los consejos mas prudentes para asegurar la paz y tranquilidad de su trono.

Los prisioneros fueron conducidos en aquel momento. A su frente marchaba el jóven y animoso don Sancho, hermano natural del rey, quien habia peleado valerosamente, y cuyo esfuerzo y pocos años excitaban el interés general.

Se adelantó don Pedro hácia el príncipe Negro y su numerosa comitiva, y al son de trompetas publicó Eduardo la amnistía concedida por don Pedro á sus vasallos rebeldes, y anunció en su nombre un perdon que solo excluía á don Enrique.

— Señor, dijo el príncipe señalando á don Sancho: he aquí á vuestro hermano, y dirigiéndose á este, añadió: valiente español, no temais nada, el rey de Castilla olvida todo lo pasado, y se acuerda tan solamente de que sois su hermano.

Don Sancho, altamente conmovido, se arrojó los pies de su hermano que parecia entregado á la agitacion mas violenta: cediendo al fin al grito de la naturaleza, que en ciertas ocasiones hace enmudecer las pasiones mas vivas, tendió la mano á su hermano.

— ¡Sancho! ¡Sancho! dijo el rey, muy mal habeis obrado conmigo, pero todo está olvidado: venid á mis brazos. Los dos hermanos se abrazaron cordialmente, y poco despues don Sancho, los grandes, y demás ricos hombres renovaron su juramento de fidelidad al rey, y el generoso Eduardo vió con la mayor satisfaccion el feliz resultado de su benéfica mediacion.

Los males que las disensiones civiles habian causado en la hermosa Castilla parecian deber ser bien presto remediados por la mano de un rey instruido en la escuela del infortunio y de la experiencia.

Llegaban cada dia repetidos correos de todas las ciudades del reino para felicitar á don Pedro por su restauracion. El pais se miraba tranquilo, pues la derrota de don Enrique habia sido harto completa para permitir á sus partidarios nuevas tentativas en su favor. Los rebeldes habian además perdido toda esperanza al saber que Duguesclin y sus ca-

pitanes se hallaban prisioneros en poder del príncipe Negro, quien seguramente no los pondría en libertad sin una caucion segura.

La batalla de Nájera, para siempre memorable en la historia, volvió á don Pedro el cetro de Castilla, y este monarca, luego de terminada, se preparó para volver á Sevilla, que entonces era la capital del reino.

XIV.

La restauracion.

Habiendo don Pedro recobrado el trono de Castilla del modo que queda referido, se adelantó hácia Sevilla, mientras que su rival buscaba un asilo en Francia. Volvió el reino pacíficamente á la obediencia del rey, y todos los grandes se manifestaron gozosos del retorno de su soberano legítimo.

La entrada de don Pedro en Sevilla ofreció la repetición de iguales escenas á las que se vieran en el triunfo de su usurpador. El mismo concurso que figurará en aquellas, se apresuró á ver y felicitar al hombre á quien poco antes habia llenado de injurias; las autoridades locales manifestaron el propio apresuramiento en rendir sus homenajes, é iguales vivas á los que acogieron á don Enrique saludaron ahora la entrada de don Pedro.

Si la comitiva del usurpador recibiera nuevo lustre con la presencia de Beltran Duguesclin y de sus compañeros, la del príncipe Negro y sus adalides hizo aun mas brillante la entrada del legítimo rey. Los ilustres extranjeros eran considerados con respeto y admiracion, y las mas vivas demostraciones de regocijo se hacian oír al tiempo de su tránsito. El entusiasmo se llevaba mas adelante, pues no solo don Pedro, sino tambien las personas mas distinguidas

de su séquito, eran saludadas con estrepitosas aclamaciones; y el clero y los ricos-hombres se manifestaban los mas dispuestos á rendirles sus homenajes. Sin embargo, no nos empeñáremos en decidir hasta donde se extendia su sinceridad.

Recibia don Pedro todas estas demostraciones con un semblante frio y severo, y en algunas ocasiones una risa sardónica probaba el poco caso que hacia de estas equivocadas muestras de alegría y fidelidad. Era muy difícil de engañar, y su vista penetrante descubria en medio del disimulo que le rodeaba, que la necesidad, mas bien que el corazon, habia inspirado la aparente cordialidad del clero y de la nobleza. Despreciaba las aclamaciones del pueblo, porque sabia que aplaudiera con mucha premura el triunfo de su rebelde hermano, y que con igual presteza aclamaria al siguiente dia al primer traidor á quien favoreciese la fortuna.

Al volver al teatro de su antiguo poder y de sus recientes triunfos, ocupaban al rey ideas muy diferentes de las que debiera presentarle la victoria y el deseo de conciliar los ánimos. Consideraba los vivas que resonaban en los aires, no como la expresion de un gozo sincero, sino como una burla solemne, imaginada para fascinar su entendimiento y prevenir los efectos de su justa indignacion. A cada paso que daba su genio se agriaba mas, buscando un medio para satisfacer su venganza sin disgustar al ilustre aliado, que marchaba á su lado, y que la Providencia parecia haber colocado á su inmediacion para refrenar su genio vengativo.

Al siguiente dia de la llegada del rey á Sevilla tuvo en el alcázar un besamanos ó audiencia solemne. Allí concurrieron con afan todos los ricos y poderosos del reino, y no solo los amigos de don Pedro y aquellos que observaran una prudente neutralidad en el tiempo de las contestaciones entre ambos hermanos, si que tambien hasta los mismos partidarios de don Enrique se apresuraron en vista de la amnistia á rendir sus homenajes al rey. ¡Cuán diversos eran

los sentimientos opuestos de este tropel de cortesanos que corrian á inclinarse delante del astro del dia , como si todos perteneciesen á una misma opinion! Una expresion universal de regocijo y fidelidad se leia en todas las fisonomias, y sin embargo habia muy pocas que fuesen el fiel espejo de los sentimientos que el corazon abrigaba.

Lleno el gran salon de audiencia de un inmenso concurso presentaba un espectáculo magnifico y sorprendente. Don Pedro estaba sentado en su trono , y el noble Eduardo se hallaba colocado á su diestra en elevado puesto. Sir John Chandos, Hernando de Castro, y otros fieles partidarios aliados estaban cerca de ellos. Para dar nuevo lustre á la ceremonia , una guardia de honor compuesta de guerreros escogidos y de caballeros completamente armados, se colocó á ambos lados del trono , y las banderas reunidas de Castilla y Guiena flotaban sobre él en señal de amistad y alianza. El centro del salon se miraba ocupado por los cortesanos, cuyo número iba aumentando por momentos. Cada semblante expresaba la sonrisa, y las vistas dirigidas hácia el trono anhelaban con ansiedad una mirada del soberano, que poco antes era el objeto del rencor general, y que por un cambio milagroso se habia convertido en un ser sobrenatural, que inspiraba el respeto y la veneracion general. El alto clero, los grandes orgullosos y los ricos hombres llegaban unos en pos de otros, y arrodillándose delante del trono, besaban con fervor la mano del rey.

Durante el curso de esta ceremonia , tuvo don Pedro que hacerse violencia para acallar sus verdaderos sentimientos, pues á cada instante veia á sus mas implacables y declarados enemigos adelantarse con semblante de adhesion y de una afectada humildad , que conocia estaban muy lejos de su corazon , manifestando un respeto y adhesion que no podian experimentar. Necesitaba en efecto de toda su sangre fria para contener el impetu de su indignacion al escuchar las falsas y melifluas felicitaciones de los cortesanos, y si con sus miradas hubiese podido aniquilar á cada

sicofanta de los que se aproximaban con ademan risueño y pacato, este espectáculo imponente y magnífico se hubiera cambiado muy en breve en una escena de ruína y de desolacion.

Contemplaba el príncipe Negro este espectáculo con una satisfaccion manifiesta. Se maravillaba de las muestras de respeto y fidelidad que recibia el rey de parte de todos, y creyó que los descontentos y revoltosos, habiendo perdido toda esperanza de sostener á don Enrique, renunciaban sinceramente á sus proyectos, y entraban de nuevo en la carrera del deber. Eduardo los juzgaban segun los sentimientos de su generoso corazon: habia pasado su vida en medio de las lides, entre valientes caballeros y soldados leales, y conocia muy poco el arte de los cortesanos y los colores variados y engañosos de la hipocresía. Veia á todos los castellanos presentar indistintamente las pruebas menos equívocas de su satisfaccion, y á don Pedro corresponder á ellas con afabilidad, y sacaba la consecuencia de que largas series de sosiego y tranquilidad se preparaban para Castilla. Se dirigió pues al rey, y le felicitó con sonrisa por la buena acogida y agasajo que recibia.

— Señor, le dijo, me regocijo de ser testigo de una escena tan placentera. Vuestros vasallos se manifiestan todos animados de los propios sentimientos, y el clero, la nobleza y los ricos hombres, parecen ser dichosos con vuestra restauracion.

— Sí, noble príncipe, respondió don Pedro con sonrisa sardónica, las grandes mudanzas producen generalmente iguales efectos, y verdaderamente sorprende que un hombre á quien se prodigaba el título de tirano cuando era desgraciado, se convierta con tanta prontitud en un ser dotado de todas las perfecciones ahora que la fortuna y la victoria se colocan de nuevo bajo sus banderas.

— Sin embargo, todas estas demostraciones parece llevan el sello de la sinceridad.

— ¡ Oh ! no me cabe en ello la menor duda: son tan sin-

ceras, como todas las que dictan el temor y el interés personal. Observad, querido primo, esta multitud de viles aduladores, con sus falsas sonrisas y apacibles semblantes: pues no hay uno entre ellos que no se halle dispuesto á hundir su puñal en mi seno, si tuviese el ánimo suficiente. Mirad algo mas lejos á aquel magnífico señor, es el arzobispo de esta ciudad; puede que don Pedro de Castilla no tenga un enemigo mas implacable; sin embargo se presenta con una dulzura en su semblante y una apacibilidad en sus modales á rendir homenaje á su rey, al paso que está forjando en su imaginacion nuevas conspiraciones contra él.

El personaje de quien hablaba llegó en este momento al pie del trono: era un hombre de un aspecto imponente, sus cabellos habian encanecido con la edad, y todo anunciaba en él á un prelado, y al propio tiempo á una persona distinguida. Se acercó al rey con semblante humilde, aunque lleno de dignidad, y besó la real mano con dulce sonrisa.

— Señor, le dijo, permitid á un indigno ministro del Todo poderoso que os ofrezca las felicitaciones del clero de Sevilla con motivo del glorioso restablecimiento de V. M. en el trono de sus mayores. El cabildo de Sevilla celebra esta mudanza inesperada que la divina Providencia ha obrado con su alta bondad y sabiduría.

— Señor ilustrísimo, respondió don Pedro con igual grado de cortesía, conozco perfectamente los buenos sentimientos del digno cuerpo que representais, y mi reconocimiento es igual á su fidelidad. Podeis estar seguro que no olvidaré jamás las buenas intenciones que me manifiesta.

Se retiró el arzobispo, y no pudo el principe ocultar la sorpresa que le causaba un cambio de sentimientos á que no estaba acostumbrado el rey segun su anterior conducta.

— ¿Pareceis sorprendido, querido primo? dijo este sonriéndose.

— Os confieso, repuso Eduardo, que no esperaba lo que acabo de oir.

— Esto puede pareceros extraño, continuó el rey; y sin embargo, esta es la regla de conducta que me veo precisado á adoptar. Me encuentro rodeado de enemigos, y me es forzoso combatirlos con sus propias armas; quieren engañarme con sus sonrisas y frases delicadas, y con iguales medios pienso frustrar sus secretas tramas.

— Pero, señor, acaso los juzgais con sobrada severidad.

— ¡No, no, confúndalos el cielo! Estos miserables merecian perder la vida; por vuestra intercesion han sido indultados, pero acaso ellos mismos me proporcionarán la ocasion de vengarme de su iniquidad, y entonces, añadió con risa maligna, mi paciencia se habrá agotado, y la justicia reclamará lo que la pertenece. Si, os lo juro por todos los santos, á la primera recaida morirán inevitablemente.

— ¡Presérvelos el cielo! exclamó el principe reconociendo que volvía don Pedro á los tétricos pensamientos que le inspiraba el solo recuerdo de las injurias que no había vengado.

Esforzóse el rey en manifestarse tranquilo, porque huía de demostrar á su ilustre aliado una opinion poco favorable de sus sentimientos. Sin embargo, la llegada de don Martin Yañez, cuya negligencia, ó mas bien traicion, había causado la pérdida de su tesoro, por poco le hizo perder toda su sangre fria, se mordió los labios, é involuntariamente profirió una maldicion á vista del pérfido tesorero.

— Observad, dijo al principe, á ese traidor que se inclina hasta el suelo encaminándose á este sitio; ¡sea maldito ese vil hipócrita y su fingida humildad!

Don Martin entretanto consiguió acercarse hasta el trono, y prosternándose ante el rey:

— Señor, exclamó con acento meliflúo, ¡cuál debe ser el entusiasmo de que se halla poseido un fiel vasallo como yo á vista de vuestra augusta persona, restablecida de nuevo en el trono de Castilla!

— Guardeos Dios, don Martin: conserve el cielo vuestra preciosa vida, respondió don Pedro, haciendo un esfuerzo

visible para contener su resentimiento. Huélgome mucho de hallaros aquí, y verdaderamente buscaré en breve una ocasión de poderlo manifestar.

— V. M. me llena de favores, respondió el tesorero. ¡ Ah señor! la pérdida del tesoro no provino seguramente de...

— No provino de culpa vuestra, ¿ no es esto? dijo don Pedro sonriéndose, pues de lo contrario no hubierais sobrevivido. Pero no hablemos mas de esto, don Martin; yo trataré de obtener algun resarcimiento en su tiempo y lugar.

— Disponed, señor, de mí: mi vida entera os está siempre dedicada.

— Acepto el ofrecimiento que me haceis, dijo don Pedro: y añadió en tono mas bajo: Si, sí, la acepto, porque al menos tú morirás sin remedio.

Retiróse don Martin para dejar acceso á otros cortesanos; y luego que se hubo alejado, no pudo el rey reprimir por mas tiempo su indignacion.

— He aquí, dijo, el ladron mas diestro que se halla en mi reino, á pesar de los maravillosos talentos que han desplegado en este género muchos otros de mis vasallos.

— ¿ Y quién es ese condecorado militar, preguntó el príncipe Negro señalando á un anciano de buena presencia que se aproximaba.

— ¡ Dios le bendiga! respondió el rey irónicamente; es micer Gil Bocanegra, gran almirante de Castilla, que tambien se halla en mi lista negra.

— Creo que V. M. no pondrá en olvido que á petición mia se dignó romper esta lista.

— Es cierto: pero los nombres que contenia se hallan impresos en mi memoria, que es harto buena en tales materias.

— Señor, repuso el príncipe con tono severo, recordad vuestra promesa únicamente, pues que un rey solo debe olvidar las injurias.

— No, no olvidaré seguramente mi promesa, dijo el rey:

y añadió en tono mas bajo, ni tampoco mi venganza.

Irritábase don Pedro al ver la sujecion que forzosamente debia poner á sus sentimientos vengativos, y solo podia conseguirlo á costa de grandes esfuerzos. La gratitud y la justicia le impelian á satisfacer los deseos del que le habia vuelto la corona; pero con gran trabajo podia resistir á su cólera viendo á tantos traidores y rebeldes que se acercaban impunemente, contando con la proteccion de un príncipe magnánimo, incapaz de concebir su solapada doblez y pensamientos siniestros. Para desviarse de tan desagradables ideas, dirigióse á Hernando de Castro que estaba inmediato, y le dijo que se acercase. Obedeció el Castellano, y el rey le preguntó con tono de sorpresa y disgusto:

— Don Hernando: ¿cómo es que el noble don Egas se halla ausente de mi corte en ocasion tan solemne? Voy creyendo que el hombre de cuya fidelidad queriais responder con vuestra vida, no se manifiesta muy deseoso de darme muestras de su adhesion y respeto.

No encontró por de pronto el Castellano excusa alguna que fuera bien vista.

— Bien extraño es ¡por Santiago! continuó el rey, que mis amigos se hallen ausentes, cuando mis mas encarnizados enemigos se manifiestan tan apresurados en rendirme homenaje.

— No llegasteis, señor, hasta ayer, respondió Castro: se halla don Egas muy cargado de años, y acaso detenido en su castillo por algun quebranto de salud.

— Mucho sentiria, dijo el rey con tono burlon, que un vasallo tan leal se encuentre enfermo precisamente en el momento en que pudiera venir á reclamar el premio de su fidelidad; y además de esto, no me es fácil olvidar á su interesante hija, pues deseo tratar á la que es amada del mejor caballero de Castilla. Id á ver al padre y la hija, y conducidlos á la corte.

— Vuestras órdenes serán, señor, ejecutadas, respondió Castro.

Retiróse el rey poco despues , y los cortesanos se dispersaron. Vuelto cada cual á su casa , se puso á reflexionar sobre la escena que habia pasado , formando para en adelante los cálculos que ofrecia la actual conducta del rey. Mas sin embargo de la indulgencia que habia manifestado , no hubo un solo castellano cuyas prevenciones contra don Pedro quedasen del todo disipadas , y cediese su inclinacion sediciosa en vista del favorable cambio que parecia haberse obrado en su vengativo carácter , ó que hubiese abandonado totalmente la esperanza de encender de nuevo la revolucion , cuyas últimas centellas parecian haberse apagado del todo.

Pueden los acontecimientos inesperados cambiar y dar nuevo giro á los negocios del género humano , pero nada es capaz de destruir en el corazon del hombre el poderoso sentimiento de sus intereses personales , que le estimulan á buscar todos los medios de acierto , aunque sea á costa de sus semejantes.

Considerábase seguro don Hernando de Castro de que el rey no conservaba el menor resentimiento contra don Egas ; y el modo amistoso con que le habia encargado que le hiciese venir á la corte disipaba todas sus inquietudes acerca del mismo. Se hallaba sin embargo disgustado de la negligencia de su anciano amigo , y por lo mismo salió apresuradamente para desempeñar su encargo.

Iba acompañado de sir John Chandos , pues la nobleza y generosidad del carácter de ambos habia hecho nacer entre estos caballeros la mas sincera amistad. Durante este tiempo , don Egas , que no podia sospechar el objeto de la visita que iba á recibir , habia pasado en medio de la mayor turbacion y ansiedad todos los momentos que habian discurrido desde la victoria de don Pedro. Extremecíase con la sola idea de haber de presentarse á la vista del rey , á quien habia abandonado , y que por lo mismo debia considerar sumamente irritado por su desafeccion. Incapaz , sin embargo , de tomar partido alguno , pues los exce-

sos de su prudencia y sus sutilezas políticas lo habían extraviado, no sabía ya á que lado debería inclinarse. Otros cortesanos mucho mas culpados que él, y hasta los enemigos mas declarados é irreconciliables de don Pedro, habían tenido la osadía de presentarse en su corte, sin que el temor ó la vergüenza los contuviese, pero no había don Egas adquirido aun aquella seguridad consumada que poseen por esencia los cortesanos y conspiradores, y les enseña á deshechar toda delicadeza que pueda interponerse entre ellos y su fortuna.

Confuso é indeciso, prodigaba don Egas las mayores inyecciones contra los autores de la situacion embarazosa en que se hallaba. Maldecia los giros políticos que, segun su opinion, eran tan poco estables, que ofrecian á la persona mas prudente la inevitable seguridad de hallarse en el tiempo menos esperado en la posicion mas critica y dudosa.

— ¿Qué es lo que deberé hacer? dijo don Egas á Constanza, que siempre se hallaba junto á él. ¿Quién hubiera podido suponer que un rey fugitivo y aborrecido de sus vasallos, volveria victorioso para verse alabado y cortejado por los mismos que poco antes le hubieran enviado al otro mundo sin la menor ceremonia? La inestabilidad de las cosas humanas desafía á la prudencia mas consumada, y hace parecer loco al mas sabio. ¡Diabólicos artificios! ¿quién hubiera podido creer que los asuntos tomarian semejante giro?

Conmovida Constanza con la ansiedad de su padre, trató de darle todos los consuelos que estaban á su alcance, reanimando sus esperanzas y disipando sus temores.

— No os atormentéis así, padre mio, le dijo, y recordad que no habeis tomado parte activa en la revolucion.

— Ciertamente que no, respondió don Egas, siguiendo el aspecto con que su hija miraba este asunto: puedo decir con toda seguridad de conciencia que no he tomado parte alguna, únicamente me he sujetado á la autoridad estable-

cida, y es bien cierto que las santas Escrituras nos enseñan que estamos obligados á honrar el poder existente. No era de mi incumbencia examinar los títulos ó derechos de don Enrique á la corona: fuesen ó no justos, él era rey de hecho, y yo no he contribuido á colocarlo en el trono: allí le he encontrado, y cumpliendo mi deber he rendido homenaje, no á la persona, sino al puesto que ocupaba. Me temo, sin embargo, que don Pedro sea capaz de no admitir la fuerza y razon de estas distinciones, pues su lógica es de una especie que le es enteramente peculiar.

— Acaso juzgais al rey con demasiada severidad, dijo Constanza, ocultando con harto trabajo la sonrisa que excitaban en ella los sutiles argumentos de su padre.

— Será tal vez así como dices, aunque algunos le llaman el Justiciero; pero si observa tan exactamente la justicia como lo dice, tendrá miramientos por la difícil posición en que me he encontrado. No es este el único motivo de mi inquietud, hija mia, pues temo que este loco, este anciano charlatan de Pimiento, haya hablado algo mas de lo conveniente. ¿Quién podrá decir todo el mal que habrá causado con la indiscreta narracion de todo lo que pasó en Sevilla? Menos prudencia tiene que un niño, y aun aseguraría que no llega á la de este.

— No teneis motivos suficientes para sospechar de la integridad de este honrado súbdito, y lo considero incapaz de haberos dañado.

— ¡No permita Dios que suponga en él ideas criminales! pero no ignorais sus extravagantes charlatanerías, y por medio de su celo inconsiderado pudiera haber hecho concebir una opinion poco favorable de mi carácter.

— Pero vos no teneis que temer, pues no habeis cometido crimen alguno.

— Seguramente que no, pero acaso Pimiento puede haber atribuido á un sentimiento de amistad hácia don Enrique los procedimientos que la política y mis intereses me han indicado, y presentar como actos de adhesión lo que

únicamente ha sido de mi parte cumplir con las leyes de la necesidad; y lo peor de todo es, que temo nos veamos abandonados de nuestros amigos; y si mis recelos no fuesen fundados, Hernando de Castro se hallaria entre nosotros.

— ¡Ah! señor, poned siquiera á Castro al abrigo de vuestras injustas sospechas; su obligacion sin duda alguna le habrá detenido al lado del rey, impidiéndole venir á veros.

— ¡Es el mas noble de los caballeros! añadió don Egas.

Nada respondió Constanza: la agitaba un penoso recuerdo, pues poco tiempo discurriera desde que su padre quiso persuadirla á que arrojase de su corazon al mismo á quien acababa de honrar con aquella exclamacion. La inconsecuencia de su padre hacia avergonzar á Constanza; y como esta nada añadia por su parte, continuó don Egas:

— Extraño, querida hija, que os manifesteis pensativa cuando os debo contemplar llena de gozo, pues que don Hernando vuelve vencedor y no dejará de reclamar vuestra mano, sin olvidar los empeños que contrajera con nosotros. Es muy cierto que os incliné á escuchar favorablemente á don Álvaro, cuando pensaba que el partido realista habia perdido sus esperanzas; pero Dios sabe que solo era por vuestro bien. Seguramente me equivocaba; pero ya sabeis, Constanza, que cualquiera está expuesto á engañarse.

Esto es lo que por desgracia sucedia á don Egas con harta frecuencia. Alternativamente habia ido aconsejando á su hija que escuchase á ambos amantes; mas la naturaleza habia dotado á esta de la firmeza y constancia de carácter que fuera negada al padre. Conoció entonces don Egas cuan conveniente era que se promoviese la amistad de don Hernando, quien por su fidelidad y sufrimientos por la causa de su rey era considerado en aquel tiempo como la persona de mayor influencia en la corte; y en efecto era el único castellano honrado con el afecto y confianza ilimitada de su soberano.

Á mas de esto don Egas habia tenido siempre inclinacion por el partido de don Pedro, y en el fondo de su corazon amaba á Castro, á quien hubiera siempre entregado con gusto la mano de su hija, mirando solo á don Álvaro como un honroso recurso cuando sus esperanzas con Castro no pudiesen tener efecto. Así pues, á pesar de sus temores, concluia siempre el anciano caballero por lisonjearse de que sus malhadadas tergiversaciones no serian conocidas. El recuerdo sin embargo de Pimiento le inquietaba mucho, pues con razon sospechaba que el viejo escudero habia hecho narracion circunstanciada de sus procedimientos.

De esta suerte pasaba don Egas el tiempo entre el temor y la esperanza, decidido por momentos á ir en busca del rey, y pensando poco despues que seria mas prudente esperar en el castillo noticias de don Hernando. Sin embargo, como no lo veia llegar á pesar de la proximidad de la ciudad, se redoblaron sus inquietudes; pues decia acertadamente que el primer pensamiento de un amante victorioso debe ser el de venir á presentar sus laureles á los pies de su amada. Constanza al contrario era inaccesible á las dudas; convencida de la constancia de Hernando, rechazaba con indignacion toda idea injuriosa al noble carácter de su amante. En este estado de cosas el anciano caballero y su hija se vieron alarmados con la súbita aparicion de Pardillo que habia reemplazado á Pimiento, y cuyas funciones eran anunciar los huéspedes que llegaban al castillo.

— ¡Ah, señor don Egas! exclamó el conserge, apenas puedo creer á mis ojos.... he visto....

— ¿A quién? preguntó vivamente su amo.

— ¡A quién! ¡Dios nos bendiga! Al mismo Pimiento en persona: yo no puedo adivinar que es lo que busca este viejo por aquí.

— ¿Y ha venido solo? preguntó don Egas.

— No seguramente: le acompañan dos caballeros y una numerosa comitiva. ¿Pero qué motivo puede conducir á Pimiento al castillo?

— ¡Archi-loco! exclamó su amo, ¿cómo te atreves á hablarme de Pimiento cuando reclaman mi atencion personajes mas importantes? Apresúrate á introducir á los forasteros.

Retiróse Pardillo bastante descontento de su mensaje. Era Pimiento á sus ojos una persona de la mayor importancia, pues el anciano escudero podia reclamar su antiguo empleo en el castillo, y era de presumir que no le seria negado en consideracion á sus servicios y á pertenecer al partido victorioso, circunstancia que era la de mayor peso para don Egas, cuyo respeto y predileccion por el poder eran harto conocidos.

Estaba don Egas sin sosiego con la agitacion que le causaba la vuelta de sus esperanzas, y Constanza perdió tambien su serenidad con la idea de volver á ver á su amante. La demora no fue larga: en breve se vió Constanza estrechada en los brazos de Castro; mientras que su padre agotaba sus cumplimientos con el compañero de este. Despues de los primeros saludos el anciano se dirigió con firmeza á don Hernando para salir de una vez de la equívoca posicion en que se encontraba, siguiendo el ejemplo del enfermo que precisado á tomar una amarga bebida, prefiere tragarla de un sorbo, mas bien que prolongar la displicencia bebiéndola á traguitos.

— ¡Señor don Hernando! ¡mi querido amigo! exclamó con tanta cordialidad como pudo demostrar, estábamos temiendo que no nos hubieseis olvidado; y en verdad solo vuestros deberes cerca del rey pueden excusaros de vuestra negligencia hácia vuestros mejores amigos, que os desean sinceramente seais muy bien venido al castillo con tan valiente compañero.

— Teneis, señor, razon, respondió Hernando: mis deberes tan solamente son los que me han impedido trasladarme aquí luego de mi llegada. Permitidme entretanto que os presente á mi compañero y amigo sir John Chandos.

Sobresaltóse don Egas al oír un nombre que recordaba

tanta gloria y hazañas. Contempló por algunos momentos en silencio al valeroso inglés, y el placer de tener á tan ilustre huésped le volvió en breve su acostumbrada calma. Colmóle de atenciones, con tal profusion que llegó á cansarle con su fastidiosa cortesania, al paso que toda su atencion se concentrara en Constanza, cuya hermosura le habia sorprendido.

— Señor de Vargas, dijo el Castellano, no es el placer de veros el solo que me ha conducido á este castillo; habiéndome encargado por el rey....

A estas palabras se alteraron las facciones de don Egas, como si previese algun mensaje desagradable.

— Me ha encargado, pues, el rey que os invite á venir á la corte en compañía de Constanza, continuó Hernando, pues S. M. se sorprendió de no haberos visto concurrir á la audiencia solemne de besamanos.

— Mucho favor debo á la bondad del rey, respondió don Egas; pero hay circunstancias....

— No, no señor, dijo sir John interrumpiéndole, estas circunstancias no existen ya.

— Seguramente, añadió don Hernando, no podeis dudar de cuales sean las intenciones del rey; pues si mi cargo fuese desagradable, hubiese sido la última persona escogida para desempeñarle.

— A la verdad, señores, sin embargo de mi afecto á don Pedro, harto conocido, y del gozo que experimento por su feliz restauracion, temo que se le hayan inspirado algunas opiniones equivocadas acerca de mí, pues, añadió con alguna confusion, acontecen en la vida ciertas circunstancias inesperadas que envuelven á veces á un hombre honrado en un laberinto tal de dificultades, que no siempre consigue salir de ellas sin que las apariencias le sean contrarias.

— Es bien cierto, dijo sir John, y don Pedro, cuyo buen juicio y penetracion no pueden ponerse en duda, tendrá los debidos miramientos por la difícil posicion en que os habeis hallado.

En breve se cortó esta desagradable materia, y resucitando don Egas sus perdidas esperanzas, se entregó al placer que le inspiraba el feliz resultado de esta explicacion. La mesa hospitalaria hallóse abundantemente provista en honor de los ilustres huéspedes del castillo, y el día se pasó del modo mas agradable. En cuanto á Castro y Constanza, su gozo es mas fácil de concebirse que de describir. Al fin de la comida la satisfaccion de don Egas subió de punto, pues se hallaba fuera de sí. Envió á llamar á su antiguo amigo Pimiento, le apretó cordialmente la mano, y lo felicitó por el honroso puesto que desempeñaba. Al mismo tiempo habiendo recibido Pardillo la seguridad positiva de que el escudero no tenia intencion de asumir de nuevo su antiguo empleo de conserge, dejó de mirarlo como un rival, y escuchó con placer la narracion que Pimiento le hizo de las hazañas de don Hernando en la batalla de Nájera.

Habiendo sobrevenido la noche, cada cual se retiró para tomar algun reposo y prepararse para el viaje del siguiente día; pues estaba decidida ya la marcha para Sevilla en la madrugada inmediata.

XV.

Constanza en la corte.

A la llegada de don Egas y su hija á Sevilla, fue Constanza presentada al rey, y las inquietudes de su padre no tardaron en disiparse del todo. Sin embargo, durante los primeros dias, el anciano caballero vivió en una continua agitacion. Tantas atenciones usara con el anciano, don Pedro, tratándole con una bondad y miramientos tan extraordinarios, que el mismo don Egas, que conocia algun tanto la corte, llegó á temer que meditase el rey alguna terrible venganza. Pero sus sospechas se desvanecieron gra-

dualmente, y no solo quedó en breve tranquilo, sino tambien feliz, por el concepto que formó de que don Pedro, fuese por capricho ó por otro motivo, le habia cobrado afecto, y que por lo mismo podia esperar llegar á ser su favorito.

No hubiera podido acusarse á don Egas de locura por haber concebido semejante idea, pues contaba menos con su propio mérito, que con los caprichos del rey, que generalmente decidian de los favores que otorgaba. Pero en esta ocasion su discernimiento le engañaba, pues las señaladas distinciones de que era objeto, fueran producidas por la natural consecuencia de la admiracion que le habia causado la hermosura de su hija. En efecto, habia hecho Constantza una viva impresion en el rey: su belleza habia inflamado súbitamente el ardiente corazon de don Pedro, y al paso que diariamente la iba viendo y conociendo mas, se mudó la admiracion del rey en una pasion tanto mas terrible, quanto el que la experimentaba tenia un carácter tan violento como decidido. Ponia atencion don Egas en los cuidados que el Rey rendia á su hija, pero los consideraba causados por el espiritu de galantería que siempre habia distinguido á don Pedro, y si alguna vez creia observar en las atenciones del soberano algo mas que mera política, se alegraba mas bien de este incidente, de lo que temia sus probables resultados.

No veia el Castellano las cosas del propio modo. Un verdadero amante penetra mas en su exámen, y descubre fácilmente el amor que inspira el objeto amado, aun cuando esta pasion se cubra con el velo del aprecio y de la amistad. ¿Cómo hubiera pues podido engañarse Herinando acerca de la pasion de un rey que no trataba de ocultarla, acostumbrado á ver que se cedia siempre á sus menores deseos? Muy bien lo conoció; mas no por esto dió entrada á los zelos, pues su carácter franco y enemigo de sospechas rechazaba con indignacion todo pensamiento que injuriase á don Pedro; y no se hallaba en el caso de ofenderse de la con-

ducta de este hasta ver que las inspiraciones de un corazón naturalmente noble y elevado no bastaban á contenerlo en la senda del honor y del deber. Este momento no habia llegado aun, y Hernando se lisonjeaba de que nunca llegaria: estaba convencido de la generosidad del rey y confiado en su honor, pues no podia suponer que su señor y amigo quisiese pagar con tan negra ingratitud al hombre que habia sabido permanecer siempre fiel en la hora del infortunio. Para alejar, sin embargo, de su imaginacion hasta la menor apariencia de inquietud, resolvió pedir al rey el permiso de unirse á Constanza.

Como obtenia un libre acceso cerca de su persona, no le fué difícil lograr una audiencia. Se hallaba don Pedro en un retrete sumergido en meditaciones profundas; pero luego que Castro fué anunciado se levantó y dió algunos pasos hácia él con mas afecto que de costumbre.

— Bien venido seais, amigo mio, le dijo el rey, precisamente sois la única persona á quien deseaba ver en este momento.

— Siendo así, celebro mucho haber acertado en mi eleccion, pues me dirigia á V. M. para promover una solicitud.

— ¿Una solicitud vuestra? explicaos pronto, respondió el rey.

— Tengo una gracia que pediros.

— ¿Una gracia? ¡Por Santiago! preciso es que se haya obrado alguna revolucion extraordinaria en la imaginacion de Hernando de Castro, pues despues de habernos prestado tan señalados servicios no ha tenido aun bastante confianza para pedirnos lo que por tantos títulos le es debido. Reconocemos, Hernando, las grandes obligaciones que pesan sobre nos en favor vuestro, y no es el menor de vuestros derechos á nuestra gratitud el de haber adornado nuestra corte con la belleza de Constanza de Vargas.

— Señor, respondió Hernando con respeto, me doy el parabien de que haya sabido merecer Constanza vuestra, real aprobacion.

— ¡Es un ángel! exclamó el rey, y recuerda á mi memoria con la mayor viveza aquella que no olvidaré jamás, la encantadora doña María: es la misma maravillosa beldad, el mismo candor, la propia dulzura de carácter, las mismas brillantes cualidades y apreciables virtudes. Pero mi admiracion por Constanza, añadió, no me hace olvidar los derechos de su caballero. Cuando llegabais, Hernando, me ocupaba en buscar el medio de recompensar dignamente vuestros servicios. Quereis pedirme un favor; dejadme, pues, hacer os un ofrecimiento, para que no pueda acusárseme de que tardo demasiado en hacer justicia al mérito de mis amigos. Y enseñándole un rollo de papel, he aquí, le dijo, la lista de los ricos dominios y propiedades, cuya confiscacion he mirado como un acto de justicia. Reconocedla y escoged en ella todo lo que pueda conveniros.

Miró el castellano fijamente al rey, fluctuando entre el respeto que le debia y la indignacion que le causaba su proposicion; y despues de una corta pausa, le dijo:

— Señor, me hallo muy reconocido á vuestras reales intenciones; pero os suplico humildemente me permitais que rehuse vuestro ofrecimiento.

— ¿Y puedo saber porqué? preguntó el rey resentido de tales expresiones.

— Señor, respondió el caballero con dignidad, el deber y el honor me unen á vuestra real persona, y mis servicios son de aquellos que no pueden pagarse con las riquezas. Hernando de Castro no esperaba un salario de aquellos que se conceden á los traidores é intrigantes.

— Esto sí que es verdaderamente caballeresco, exclamó don Pedro con ironía. Yo os pido humildemente perdon, señor don Hernando; pero me permitiréis que os diga que los mas valientes caballeros no tienen escrúpulo en apropiarse lo que han adquirido por su valor y con el derecho de conquista.

— Pero no por confiscacion, añadió Castro. No será dicho que el afan de una recompensa me ha movido, cuando

solo he obedecido al impulso del honor y del deber.

— Esto está muy bien, dijo el rey, y yo admiró vuestra noble indignacion; pero ¿no tengo acaso motivo para quejarme de la suerte? no ha habido soberano peor correspondido. Tengo amigos dotados de un exceso superabundante de honor y delicadeza, y enemigos que no poseen la menor parte de estos dotes; é ignoro lo que he hacer para que mis acciones no sean malamente interpretadas; pues que mi justicia será siempre llamada crueldad, y mi reconocimiento deseo de corromper. Pues bien, sea enhorabuena; pero, añadió con mas severidad, ¿podré saber la naturaleza de vuestra súplica?

— Señor, exclamó Hernando con emocion, perdonadme si he podido ofenderos rehusando el provecho de vuestras bondades. No tengo bastante orgullo para suponer que mis humildes servicios no puedan ser recompensados por vos, y aun para creer que sea indigno de mí recibir un favor de mi soberano, pues que el beneficio que espero de vos es de mas alto precio que los brillantes ofrecimientos que os habeis dignado hacerme.

— Perfectamente, repuso el rey algo mas sereno: yo celebro que esté en mi poder recompensar á mis fieles amigos del modo que les sea mas agradable. Hablad: vuestra súplica os está ya anticipadamente concedida.

— Señor, respondió Hernando con firmeza, habeis tenido á bien manifestar la admiracion que os inspiraban las gracias y virtudes de Constanza de Vargas; vos conoceis mis sentimientos por ella, no espero mas para ser dichoso que vuestra real aprobacion y consentimiento, y esta es la gracia que Hernando de Castro implora de la generosidad de su rey.

Sin embargo de su profundo disimulo, no tuvo don Pedro bastante poder sobre sí mismo para ocultar el disgusto que le causó esta súplica; intentó sonreirse, pero con tan poca naturalidad, que su aspecto benévolo no pudo dejar de manifestar la violencia que se hacia. Guardó silencio por algun

tiempo , con la esperanza de que Hernando añadiría una frase que pudiese sacarlo del embarazo de su posicion ; mas como el jóven guerrero continuaba en su silencio , vióse obligado á responder.

— A la verdad , querido Hernando , vuestra súplica no contiene cosa alguna contraria á la justicia , y así ninguna objecion tengo que oponer ; os confesaré sin embargo que no esperaba semejante peticion.

— ¡ Como ! ¡ Señor ! dijo el caballero sorprendido : nuestra union hace mucho tiempo que se halla decidida , y solo se difiriera su celebracion porque mi deber me obligó á sacrificar mi felicidad al interés de vuestro servicio , y sino me engaño he tenido el honor de manifestar á V. M. repetidas veces....

— Es pues inútil que lo hagais de nuevo , interrumpió el rey con impaciencia.

— Muy grato me seria ver mi dicha asegurada en el momento en que vuestros fieles vasallos se regocijan por vuestro feliz retorno , por no haber ocasion mas favorable para la celebracion de un matrimonio.

El rey pensativo y agitado volvió á su silencio , y el castellano continuó :

— Aprovecharé , pues , con el mayor gozo las favorables disposiciones que V. M. ha tenido á bien manifestarme , dispensándome con anticipacion una súplica contra la que no podia sospechar la menor objecion.

— Don Hernando , dijo el rey con gravedad , no os apresureis á inferir consecuencias que por los menos son inciertas , y á creer que ningun obstáculo se opone á vuestros deseos , cuando razones muy poderosas me obligan en esta circunstancia á negaros el consentimiento que pedís.

— ¡ Gran Dios ! exclamó el caballero con emocion , ¿ qué deberé , pues , pensar ?

— No os alarmeis , Hernando , añadió el rey mas sosegado , no es mi intencion impedir vuestro enlace , pero deseo únicamente que se difiera por algun tiempo.

— Señor, dijo el caballero, cuya agitacion iba en aumento, ¿tendrá V. M. la bondad de manifestarme la causa que le obliga á retardar la dicha de uno de sus mas fieles vasallos?

— Seguramente, respondió don Pedro: ya conoceis los proyectos de union que he formado entre mi hija mayor, la princesa, y el duque de Lancaster. Este enlace será celebrado tan luego como se terminen los preparativos necesarios, y apenas pasarán dos meses, cuando se solemnizarán en nuestro reino las fiestas que marcarán tan fausto acontecimiento. Deseo, pues, que el vuestro se difiera hasta dicho término, en atencion á que la princesa, que ha cobrado un grande afecto á Constanza, tendrá la mayor complacencia en que así se verifique; y hecha esta explicacion, no dudo que Hernando de Castro consentirá sin repugnancia en esta corta dilacion, y mas sabiendo que este tenue sacrificio es ardentemente deseado por doña Beatriz y por mí mismo.

— Señor, dijo Hernando con gravedad; mi deber es obedeceros: sin embargo, no os ocultaré mis verdaderos sentimientos; y aunque penetrado de reconocimiento por el honor que vuestra noble hija hace á Constanza, os confesaré que no estaba preparado á una negativa, por mas honrosa que sea la causa que la produce.

— ¡Una negativa! exclamó don Pedro descontento: considero que pudierais elegir mejores frases cuando se trata de nuestros deseos. No deis, pues, una interpretacion tan violenta á nuestras palabras, porque el descontento de Hernando de Castro por semejante bagatela se aviene mal con su ordinario celo en complacernos.

— Señor, respondió Castro con dignidad, mi celo en serviros será siempre el mismo, y espero me disimularéis una expresion pronunciada en el primer momento de desagrado, concediéndome vuestro permiso para hacer conocer á don Egas y á su hija las intenciones de V. M.

— Está bien, amigo mio, dijo el rey con sonrisa; yo espero que no guardaréis resentimiento alguno, aunque os

parezca extraño que dilate concederos el primer favor que me pedís, solo temo que esto aumente vuestra repugnancia á pedirme gracias. Vaya, don Hernando, el tiempo pasa en breve, y no creo seais capaz de negaros á los deseos de mi hija.

Dichas estas palabras retiróse el rey, y sin embargo del tono familiar y amistoso que tomara al separarse de Castro, salió este del Alcázar lleno de la mayor agitación. No estaba dispuesto á la escena que acababa de tener lugar, quedando por lo mismo herido en lo mas vivo de su pasión, y así es que á pesar de su natural generosidad, no podia deshechar algunas sospechas que le causaba la negativa de don Pedro. El pretexto que tomara para retardar su enlace era tan frívolo, que no hubiera engañado á persona alguna, y la emocion que demostró al hablar de Constanza habia puesto de manifiesto su naciente pasión.

Era muy fácil descubrir al amante en medio de la dignidad imponente del soberano, y un temblor involuntario se apoderó de Hernando al pensar en los disgustos que le esperaban si sus tristes presentimientos eran fundados.

Agitado por sus tumultuosas pasiones, se apresuró á comunicar el resultado de su entrevista á don Egas y á Constanza; esta manifestó mas dolor que sorpresa escuchando á su amante; en cuanto á aquel, no comprendia la causa que conmovia tan vivamente á ambos, y por lo mismo dijo á don Hernando:

— Querido amigo, dos meses forman un plazo muy corto, cuando el estado se halla tranquilo sin que pueda temerse peligro alguno, y seguramente no pensais veros de nuevo obligado á una segunda separacion.

— No, Sr. D. Egas, respondió Castro; mis inquietudes no proceden de tan ligera causa. ¡Ay de mí! las brillantes cualidades de vuestra hija demasiado justifican la pasión del rey.

— No os comprendo, repuso don Egas.

— ¿Pues acaso no habeis visto los obsequios tributados por el rey á Constanza?

— Es bien cierto; ¿pero qué consecuencias inferis de ello?...

— Las mas naturales, porque se observa en sus atenciones algo mas que pura galanteria. Sí, señor, mis sospechas son harto bien fundadas: ¡don Pedro está prendado de Constanza!

— ¡Cómo! ¿qué decis? exclamó don Egas, agradablemente sorprendido, mas bien que alarmado: esto es imposible.

— ¡Ah, señor! Constanza puede servir de ornamento á un trono, y mis inquietudes no tienen límites.

No pudiera don Hernando escoger peor medio para interesar al viejo cortesano en su favor. Cuanto mas fundados parecian sus temores, tanto mas halagaban á don Egas, y al oirle afirmar que su hija era digna de una corona perdió la poca prudencia que le quedaba. La ambicion se apoderó de su ánimo, haciendo nacer en él mil pensamientos á cual mas gigantesco, que hasta entonces le fueran indiferentes. Consideraba ya á don Pedro como enteramente cautivado por los encantos de su hija, y á la verdad no fuera el primer rey que eligiera por esposa á la hija de un grande de su reino; y por lo mismo no veia impedimento en que Constanza subiese al trono de Castilla. Las visiones mas encantadoras se sucedian en la imaginacion del cortesano, y las muestras de satisfaccion que involuntariamente le escapaban sorprendian á Castro, lastimándolo en lo mas apreciable de sus afectos.

El amante inquieto no sabia como explicar una conducta tan extraña, pues estaba lejos de sospechar las ambiciosas miras de su anciano amigo. Mirábale con ademán pasmado, como si esperase la resolucion de este enigma; pero embaucado don Egas con vanas esperanzas, no deseaba confidente alguno por entonces, olvidando totalmente que Castro se hallaba en su presencia, pues todos sus pensamientos se habian dirigido hácia el trono, y los honores que le resultarian por tener la dicha de ser padre de la reina.

Miraba tambien Constanza con inquietud al cortesano, pues era manifiesto que le pasaba en su interior alguna cosa extraordinaria. Su sorpresa y la de su amante llegaron á ser muy vivas, cuando despues de larga consulta consigo mismo, se sourió don Egas con la mayor complacencia. Parecia haber olvidado totalmente que no se hallaba solo, y todas las circunstancias de la conversacion que habia tenido lugar, excepto aquella que tan vivamente habia excitado sus halagüeñas esperanzas, y al fin exclamó con acento triunfante:

— ¡Á la verdad, es bien singular! .. ¿Mas por qué razon no debiera suceder así?... ¡Gran Dios! ¡qué feliz acontecimiento!... ¿Dónde está mi hija?... ¡Constanza, hija mia!... ¡Constanza!

Á estas palabras precipitóse hácia la puerta en un acceso de delirio.

— ¡Cielos! exclamó Hernando, ¿habrá perdido don Egas el juicio? ¿Qué quiere decir esto, Constanza?

— Mucho temo que mi padre no haya adoptado alguna resolucion extraña, respondió Constanza, y voy á seguirle para obtener una explicacion acerca de la singular escena de que acabamos de ser testigos. Mas nada temais, querido Hernando, añadió con ternura, no os den inquietud alguna las importunidades del rey, pues por grande que sea su poder, no se extenderá jamás sobre el corazon de Constanza.

— Querida amiga, no tengo la desgracia de dudar de vuestro afecto: me afligen solamente las nuevas persecuciones que vais á sufrir.

— Tranquilizaos sobre este punto, dijo ella sonriéndose, y se fue á buscar á su padre, dejando á su amante entregado á inquietudes inexplicables.

Á pesar de la elevacion de su ánimo y de alguna severidad en su carácter, era el Castellano accesible á las dulces emociones de la naturaleza. Todas sus esperanzas de felicidad sobre la tierra se hallaban fijadas en Constanza: el corazon

de esta era su único tesoro, y el menor ataque dirigido á un objeto tan sensible bastaba para causar en su imaginacion las sensaciones mas penosas. Sin embargo, con la firmeza de carácter que le distinguia, acudió á todo su esfuerzo para sobrellevar las nuevas pruebas que le amenazaban. Su confianza en el amor de Constanza le ahorraba al menos el tormento de los zelos, y tan solo deseaba saber la nueva idea que se habia apoderado de don Egas, para poder trazar la conducta que seria preciso observarse.

Se apartaba pues de la morada de este absorto en sus meditaciones, cuando llegaron á sus oidos los lamentos de una mujer, siendo no poca su sorpresa, al oir su propio nombre muchas veces repetido en medio de los sollozos y acentos entrecortados por el dolor. Dirigió Hernando una mirada en torno suyo, y vió efectivamente á una mujer que se precipitaba á sus pies, y abrazaba sus rodillas con la energia de la desesperacion. El jóven caballero no podia salir de su sorpresa: el objeto que tenia á la vista era propio para excitar la compasion en una alma generosa. Era una mujer de mediana edad, cuyas facciones desfiguradas por el dolor conservaban aun algunos restos de hermosura. Sus modestos vestidos, los largos cabellos flotando desordenadamente sobre sus espaldas, sus miradas de terror y desconsuelo, todo expresaba en ella el extravío del sentimiento.

— ¡Oh! ¡salvadlo, salvadlo, señor! exclamaba con voz frenética: don Hernando, por Dios, proteged al desgraciado, vos que sois tan bueno y generoso!

— ¡Infeliz mujer! dijo Castro, calmaos y hacedme saber la causa de vuestros pesares: aun cuando no os conozca, jamás he rehusado á persona alguna los auxilios que estan en mi mano.

— Dios os lo premie, exclamó la desgraciada; estoy cierta que no lo abandonaréis en la hora del terror y de la muerte.

— ¿Mas quién es el que causa vuestro disgusto?

— ¡Ay Señor! ¡es mi esposo, mi pobre esposo! ¡el padre

de mis infelices hijos está en vísperas de ser ajusticiado: mañana me arreglaré sobre el suelo; y maldeciré la luz del día. Oiré á mis pobres huérfanos que me pedirán su padre, y sus lamentos redoblarán mi agonía y desesperacion. ¡Oh, Dios mio! he soportado sin quejarme la pobreza y el infortunio, mas no me hallaba preparada para este último golpe, y mis fuerzas no bastarán para resistirlo.

Al acabar estas frases miró al caballero con tono suplicante, y torciéndose las manos en medio de las convulsiones del dolor. El Castellano se hallaba vivamente conmovido, y sin embargo no se atrevia á dar esperanza alguna á la infeliz mujer. Conocia la severidad del rey en todo lo que concernia á la administracion de justicia, y sabia que las lágrimas y el desconsuelo de aquella desgraciada no serian bastantes á alterar sus decretos. Sin embargo, podia acaso el reo ser víctima del espíritu de partido, y en este caso su intercesion cerca de don Pedro podia serle útil.

— Por grande que sea, la dijo, mi deseo de complaceros, temo no poder salvar á vuestro esposo, si es reo de algun delito capital.

Extremeciósela la mujer extraordinariamente.

— ¡Oh Virgen santa! exclamó con acento frenético, tened piedad de nosotros. Mis temores son grandes, porque ha muerto á un semejante suyo.

— ¡Un homicida! exclamó don Hernando no queda esperanza alguna.

— ¡Oh! no, repuso ella con viveza; en nombre de la divina misericordia no digais esto. Vos podeis salvarlo: ha muerto á un hombre, pero no es un bandido, un homicida, no: salvadlo, salvad á mi pobre esposo.

— ¿Mas qué quereis que haga? dijo con tono afligido. Ya sabeis que el rey no privará á la justicia de sus derechos, aun quando se lo suplique un amigo.

— ¡El rey! ¡ah! nada sabe el rey de esto: ha sido engañado y mi pobre esposo morirá antes que pueda conocer la verdad.

— Pero, ha firmado ya don Pedro el decreto de su muerte?

— Sí, señor, respondió ella tristemente: lo ha firmado con otras muchas.

— Entonces, ¿qué esperanza os queda?

— El rey es justo. Hacedle conocer las particularidades de este desgraciado asunto. ¡Ah, señor don Hernando, por cuanto hay de mas sagrado no desecheis la súplica del infortunio! El rey da audiencia mañana; dignaos suplicarle que suspenda la ejecucion, hasta que haya podido carearse al preso con sus acusadores; una suspension es todo lo que pido. No os negueis á esta súplica, noble caballero, no cerreis el oido á los ruegos del desgraciado; así podais obtener de Dios y la Virgen toda clase de felicidades.

El Castellano estaba vivamente conmovido, y con mucho trabajo consiguió levantar á la mujer que de nuevo se habia arrojado á sus pies.

— Voy, la dijo, á presentar inmediatamente vuestra peticion al rey, y si hay algun medio de salvar á vuestro esposo sin infringir las leyes de la justicia....

— Solo una suspension es lo que ahora pido, interrumpió ella con viveza.

— Siendo así, seguidme. Voy á conducirlos delante del rey, y vos misma imploraréis su favor, imponiéndome por el camino del nombre de vuestro esposo y de las circunstancias que lo han colocado en una posicion tan peligrosa.

— Sí, señor don Hernando, pero no perdamos tiempo; ¡ah! disimulad la impaciencia é importunidad de una mujer desesperada. Vamos... el cielo os recompensará, y la bondad que me prodigais se halla ya inscrita en el libro de las misericordias.

Quiso Hernando secundar su justa impaciencia, y con el corazon penetrado de la emocion mas viva volvió á tomar con su compañera el camino del Alcázar.

XVI.

La sentencia.

Á la mañana siguiente se hallaba el rey sentado en su trono en la sala de audiencia. Estaba rodeado de grandes, magistrados y principales señores de su corte, y todas las avenidas exteriores del palacio se hallaban llenas de un inmenso concurso, impaciente por enterarse de algunos de aquellos célebres fallos que habian reportado al rey el renombre de Justiciero. La fisonomía de este era grave y mesurada, descubriendo algunos rasgos de severidad, que realizaban la expresion de dignidad y elevacion que le caracterizaba. Habia desterrado de sus facciones cierta sonrisa irónica que las animaba con frecuencia, y el ademán de sarcasmo con que acompañaba á veces su lenguaje enérgico y vivo. Un silencio solemne reinaba en el salon, interrumpido solamente á cortos intervalos por un ligero murmullo ó algunas frases pronunciadas en voz muy baja. Habia fulminado ya el rey algunos decretos importantes; don Hernando y algunos otros señores de la corte se mostraban descontentos, y la fisonomía de don Pedro continuaba siendo apacible y severa.

Açababa de decretar la muerte de don Martin Yañez, y de micer Gil Bocanegra, y todos los cortesanos se hallaban petrificados de terror, pues su conciencia les acusaba de iguales delitos, y temian que no fuese suficiente la presencia del príncipe Negro para oponer un freno á la vengativa pasion del rey.

Este silencio lúgubre fue interrumpido por los ruidosos clamores que se hicieron oír en el patio exterior; los ministros de justicia gritaban: ¡plaza! ¡plaza! y la muchedumbre abrió al fin paso á un criminal, que era conducido ante el rey.

— Ételo aquí, al fin, Hernando, dijo don Pedro: vamos á ver si puede alegar en su favor algunas circunstancias que disminuyan el delito de que se le acusa, sin lo cual correrán en vano las lágrimas de una futura viuda.

El preso cargado de cadenas fue conducido al tribunal. Su aspecto parecia haber excitado entre el pueblo un movimiento de horror, pues la multitud le prodigaba repetidas execraciones, y muy pocas voces de compasion se mezclaban entre las maldiciones lanzadas al criminal. Este infeliz sin embargo avanzaba con paso firme y seguro, pareciendo insensible á la impresion desventajosa que producía su presencia, y esperando su suerte con sosegada resolucion, como preparado á la crisis que lo aguardaba. Estaba excesivamente flaco, y todo atestiguaba en él los estragos de la miseria. Las dolencias habian obscurecido mas su color naturalmente moreno, y su vista inclinada y lívidos labios le daban una expresion de humildad y resignacion propias para excitar la compasion mas bien que el furor. Era el zapatero Rufino.

Un grupo de eclesiásticos de diferentes clases se acercó, mezclado con algunas gentes del pueblo; un murmullo confuso se hizo oír, siguiéndose á todo un imponente silencio. Parecia haberse apoderado de toda la asamblea un religioso terror, y muchos de los espectadores arrojaban repetidas miradas de indignacion al reo, que era el único de los presentes que se mostrase tranquilo.

— ¿Porqué ha sido condenado este hombre á la pena capital? preguntó el rey.

— Señor, contestó el canónigo Agraz, que aparecia como acusador, este reo debe sufrirla en virtud de sentencia pronunciada por el tribunal de Sevilla.

— He preguntado, dijo el rey con severidad, porque causa ha sido condenado este hombre á la pena capital.

— Por el crimen mas horroroso, señor; por un homicidio sacrilego.

Un murmullo de estremecimiento se hizo oír en todo el

concurso, y don Pedro dirigió sobre el acusado una terrible mirada.

— ¡Perdónelo Dios! continuó el canónigo; pero este miserable ha bañado sus manos en la sangre del ungido del Señor: ha asesinado cruelmente á un canónigo de nuestro cabildo de Sevilla.

— Este es un gran crimen, dijo el rey con gravedad. Y volviéndose hácia el preso añadió: ¿Negais este hecho?

— No señor: respondió con firmeza el zapatero.

— ¿Luego confesais que habeis sido el homicida?

— Yo he quitado la vida á ese sacerdote, es muy cierto, dijo Rufino.

Redoblaron los murmullos, y la indignacion principiaba á manifestarse de un modo el mas alarmante, cuando el rey se levantó, restableciendo el orden con voz terrible.

— ¿Quién sois? preguntó al acusado.

— Mi nombre es Rufino Diez, mi oficio zapatero.

— ¡Un sacerdote muerto por un zapatero! ¡qué horror! qué sacrilegio! exclamaron algunas veces.

— ¿Qué causa ha podido arrastraros á cometer semejante crimen?

— Si V. M. lo permite, dijo el canónigo, diré que es notorio que este miserable conservaba un rencor mortal á nuestro desgraciado compañero.

— Señor canónigo, dijo don Pedro con tono firme, os ruego que no respondais hasta que os pregunte. Y volviéndose á Rufino, añadió: — ¿Qué razones han podido empeñaros á cometer esta muerte?

Después de un momento de reflexion, contestó Rufino: — Soy, señor, un hombre bien desgraciado, pero no merezco los nombres de impío y hereje que se me prodigan. Es cierto que he quitado la vida á un sacerdote, mas no cometi este crimen por crueldad, ni por el deseo de apoderarme de lo que le pertenecia. Hasta el momento en que fui culpado, habia siempre sido un humilde, pero honrado artesano. El crimen que os llena de horror me ha sido enseña-

do por el sacerdote mismo cuya muerte he causado.

— ¿Qué quereis decir? preguntó don Pedro.

— ¡Miserable impio! exclamó uno de los testigos lleno de furor; sin duda está inspirado por el mismo Satanás para añadir la calumnia al sacrilego homicidio!

— ¿Qué significa esta falta de respeto? dijo el rey con indignacion. ¿Estais ya cansado de vivir? Repetid vuestra insolente interrupcion, y os hago encerrar en la cárcel pública. — Continudad, preso, vuestra narracion.

— Yo tenia, señor, un padre amado y respetado de todos los que le conocian; este anciano me era mas apreciable que la luz del dia: en una hora aciaga se atravesó el rencor del canónigo en cuestion, sin que haya podido instruirme del motivo que lo causó. Me desperté una noche con el rumor de lamentables gemidos: con el corazon palpitando de estremecimiento corrí al paraje de donde venian. ¡Gran Dios! ¡qué objeto se presentó á mi vista! Mi venerable padre se hallaba tendido en el suelo y bañado en su sangre. Estaba agonizando, pero el cielo le dió fuerza suficiente para pronunciar el nombre de su asesino. Volé en busca suya, y lo encontré aun ensangrentado y cubierto de las horribles pruebas de su delito. Los testigos unánimes se multiplicaron, y fue puesto en prision. Se instruyó la causa, y la muerte apareció probada; sin embargo, el asesino escapó al justo castigo debido á su crimen: vivió para insultar la memoria de un padre desgraciado, y el dolor de su afligido hijo.

— ¡Por Santiago! dijo el rey, si esta narracion es verdadera, será forzoso que este negocio se examine con cuidado. Al presente, atendedme bien, acusado: si vuestra declaracion es falsa, no os faltarán motivos para temblar. ¿Os manteneis asegurando cuanto acabais de pronunciar?

— Sí señor: me afirmo en ello, por cuanto hay de mas sagrado, y estoy pronto á sufrir los mas crueles tormentos si he pronunciado una sola palabra que no sea la pura verdad.

Entonces el arzobispo seguido del Dean y de todo el cabildo se adelantó hácia el trono.

— ¿ Por qué tribunal fue juzgado el canónigo de que se trata? preguntó don Pedro al acusador.

— Por el tribunal eclesiástico, fuéle respondido:

— ¡ Será posible! exclamó el rey encolerizado: quedó su crimen probado, y sin embargo se le substrajo al castigo que merecia. Verdaderamente me sorprende, señores eclesiásticos, que al paso que vosotros predicais la justicia, no la hayais empleado en vuestro tribunal. ¿ Qué causa ha podido influir para que este crimen haya quedado impune?

— ¡ Impune, señor! Este miserable engaña á V. M. En vez de dirigir sus pensamientos hácia la contricion y la tremenda eternidad que va á principiar para él, trata de manchar la memoria de su víctima para disminuir el horror de su crimen. Es cierto que nuestro hermano, demasiado frágil, fue acusado en un asunto tan desagradable.

— ¿ Qué asunto? preguntó don Pedro sorprendido.

— El de la muerte del padre del acusado.

— ¡ Válganos el cielo! señor Dean, exclamó don Pedro con irónica sonrisa. Voy viendo que sois bastante delicado en elegir vuestras expresiones: á la muerte de un inocente titulais de asunto desagradable? Pero continuad, acaso tendréis algo mejor que manifestar.

— En cuanto á la asercion del preso, repuso el Dean confundido, relativa á que el difunto canónigo quedase impune, es escandalosamente falsa: no hubiera infringido el tribunal hasta semejante punto las leyes de la justicia; el culpado fue tratado con un rigor extremo.

— Enhorabuena: siendo así, dijo el rey, el asunto ya es diferente; pero hacednos conocer que género de castigo se aplicó al canónigo.

— El mas sensible para un ministro del Señor, contestó el dean con ademan compungido: el infeliz fué suspendido del ejercicio de sus sagradas funciones, y aun se le prohibió celebrar la misa durante un año entero; y estaba

cumpliendo su sentencia, cuando fue inhumanamente asesinado por el zapatero.

— No puedo dejar de aplaudir la sabiduría del tribunal eclesiástico, dijo el rey, con tono sosegado é irónico. Ningun delito debe quedar impune en mi reinado. Zapatero ya habeis oido que el asesino de vuestro padre fue real y suficientemente castigado. Satisfecho pues sobre este punto, es justo que os sometais humildemente por vuestra parte á sufrir la sentencia que voy á pronunciar.

Toda la corte esperaba silenciosamente el éxito de este asunto, y el rey continuó:

— El zapatero Rutino Diez queda condenado á mantener cerrada su tienda y á no hacer zapatos por término de un año.

Varias señales de desaprobacion y sorpresa se manifestaron entonces entre los concurrentes. Algunos hubo que aplaudieron la imparcialidad del rey; pero la mayor parte, y especialmente el clero, se enojaron de lo que llamaban ligereza, y aun impiedad de aquella decision. El arzobispo se cubrió el rostro, el dean y el cabildo levantaron los ojos al cielo, y algunos de sus partidarios principiaron á murmurar.

Don Pedro se levantó de repente, y arrojando una mirada terrible sobre la concurrencia, exclamó con voz de trueno:

— ¿Quién es el que se atreve á murmurar contra los decretos de la justicia? Si alguno está descontento de la sentencia que he pronunciado, que se manifieste y explique sus razones, y yo contestaré.

Se restableció el silencio, pero nadie se movia.

— Rufino Diez, continuó el rey, estais libre; pero acordaos de observar exactamente la obligacion que os impone mi sentencia, pues vuestra vida me responderá de la menor infraccion. Guardias, quitad los hierros al preso, y dejadlo en libertad de retirarse en paz. La audiencia queda concluida, y vosotros, añadió dirigiéndose al concurso,

locos mal aconsejados , aprended á apreciar mejor el fallo de vuestro rey , que mira vuestros derechos á su imparcial justicia como iguales á los de los grandes y poderosos del reino.

La reunion se separó sorprendida de la sentencia extraordinaria pronunciada por el rey , y aunque muchas personas la aprobasen altamente , ¡ cosa extraña ! aquellos cuyos derechos eran mas apreciados en ella fueron los que se manifestaron mas descontentos. Miró la plebe con horror lo que consideraba como una impiedad manifiesta , y su celo erróneo , excitado por los mortificados canónigos , les persuadió mas que nunca que don Pedro era el mas detestable de los infieles , y el mas cruel de los tiranos.

Quedó pues , el populacho muy bien preparado y dispuesto á recibir las insinuaciones de los descontentos y conspiradores , cuando la ocasion se presentase favorable para nuevas tramas. Algunos de los señores mas ambiciosos , á pesar de ver su causa tan desesperada , abrazaban con pasion la menor sombra de esperanza , y así quedaron contentísimos de la conducta del rey , pues que sabian sacar provecho de este incidente , abusando de la ignorancia y credulidad del pueblo.

La aficion del rey á las medidas arbitrarias y tiránicas no contribuia poco á favorecer sus designios. La muerte del tesorero don Martin Yañez y la del almirante micer Gil Bozanegra eran miradas como pruebas innegables de que don Pedro nada habia perdido de su anterior crueldad ; y la confiscacion que habia hecho de los bienes de los principales rebeldes confirmaba la permanencia de su genio vengativo.

Además de esto , desde el principio de su infausto reinado , todos los obstáculos con que habia tenido que luchar , los errores é inconsecuencias de su juventud , fruto de las lecciones de Alburquerque , le eran imputados como otros tantos crímenes , y ayudaban á que los malcontentos atizasen el fuego de la discordia. Pensaron que el momento

era ya favorable para tentar de nuevo una revolucion, y sacaron ventaja de todas las medidas del rey, aun cuando sus yerros escusasen aquellas violencias, á fin de ejecutar sus proyectos ocultándolos bajo el velo del patriotismo.

Nos limitaremos á decir que la conversion de la mayor parte de los conspiradores no podia ser muy sincera. La victoria de don Pedro habia paralizado sus brazos, pero sin influir en su corazon. Las arraigadas preocupaciones, los sueños que forjara la ambicion, estaban reducidos al silencio, pero no destruidos. En los espíritus fuertes educados en la escuela de las sediciones, los obstáculos no sirven mas que de retardar la ejecucion de sus proyectos, sin aniquilarlos del todo: se les quita los medios de adelantarlos, pero no el deseo de dañar; el principio vital existe siempre, y no se apaga hasta la muerte. Así los castellanos ambiciosos y vencidos no buscaban sino propagar el descontento: diestros en el arte de conspirar, no oponian el menor obstáculo á los sanguinarios decretos del rey, que principiaban á multiplicarse. Sabian muy bien que la efusion de sangre excitaria al fin la indignacion del principe Negro, cuya presencia en España paralizaba los esfuerzos de los revolucionarios refrenando las violencias del rey y sembrando el terror entre los descontentos mas tímidos. La partida del principe era pues esperada entre ellos con impaciencia, y se esforzaban en acelerarla derramando en el ánimo de don Pedro las insinuaciones mas insidiosas. Por desgracia esto no era muy difícil, pues el carácter del rey secundaba sus culpados intentos. Cada dia que pasaba era el espectador de un nuevo acto de violencia, de algun decreto arbitrario: los revoltosos aprovechaban ávidamente el mas ligero incidente, lo comentaban y exageraban, transformándolo en un crimen imperdonable; y estos rumores populares no podian dejar de hacer una impresion indeleble en el ánimo del mismo cuya pérdida anhelaban.

Don Pedro conocia lo difícil de su posicion: leia en el corazon de sus enemigos sus pérfidos designios, y dispiertas

mas que nunca sus sospechas, se aumentaba la violencia de su carácter ardiente y colérico. Así en vez de conjurar la tempestad que le amenazaba adoptando medidas prudentes que le hubiesen asegurado un poderoso partido entre sus vasallos, y mantenido la amistad y auxilios de sus aliados, se abandonó á la impetuosidad de su carácter, proporcionando diariamente nuevos materiales para la construcción de un edificio que debía arrastrarle en su ruína. La muerte de doña Urraca de Osorio y la de don Pedro Ponce de León aumentaron en gran manera el peligro de su situación: la aparente crueldad de estas medidas alarmó á sus vasallos, la sospecha engendró el temor, y de este nació el deseo universal de asegurar la existencia á costa de cualquier medio. Las poderosas armas de la superstición y de la ignorancia estaban en manos de los sediciosos, que no dejaban escapar ocasion alguna de emplearlas.

Hasta entonces los planes de los conspiradores no se desarrollaban sino con lentitud: algunos de sus partidarios, los mas prudentes, ó los mas tímidos, no querian tomar parte en esta empresa, sino cuando les presentaria una probabilidad de buen éxito. Habian sabido que Trastamara se hallaba en Francia, y le consideraban como el gefe manifiesto de la conspiracion. Pero este se hallaba desprovisto de medios para reconquistar la corona de Castilla, habiendo sido hecho prisionero por los ingleses en la batalla de Nájera Duguesclin y sus mejores caballeros, y no pudiendo recobrar su libertad sin pagar su rescate. Era además probable que el principe Negro estipularia la condicion de que no pudiesen volver á tomar las armas en favor de don Enrique. Todos estos obstáculos se oponian abiertamente al éxito de la empresa de los conspiradores, que sin embargo no desesperaban de removerlos.

Mientras tanto se reunian en sociedades secretas para discutir sus opiniones y los medios de adelantar sus planes. Mantenian activas correspondencias con don Enrique, quien no perdía ocasion alguna de alimentar sus esperanzas, con

las promesas mas brillantes y la seguridad de un pronto socorro.

Al paso que estos pérfidos planes se tramaban en secreto, don Pedro se abandonaba á sus indomables pasiones. Enamorado ciegamente de los encantos de Constanza, parecia haber olvidado los importantes servicios del noble Hernando, cuyos generosos sentimientos quedaban lastimados con tan negra ingratitude. Las atenciones del rey se habian hecho tan marcadas y frecuentes, que su amor no podia ser ya un secreto para los iniciados en los misterios del Alcázar. Esto era un manantial de disgustos amargos para Castro y su ilustre amante, y su dolor se acrecentó aun mas con la certeza de que don Egas, lejos de oponer obstáculos á la passion que el rey habia concebido por su hija, se manifestaba al contrario dispuesto á fomentarla. Los sueños ambiciosos del viejo cortesano le hacian ver á Constanza sobre el trono; mas sin embargo no se atrevia aun á manifestar sus esperanzas, y continuaba tratando á Castro con las mismas apariencias de amistad, pues á pesar de su profundo disimulo, era fácil conocer que no queria desprenderse de un pretendiente, sin estar asegurado del otro; y semejantes cálculos eran mas criminales en un hombre que en medio de esta conducta tenia por otra parte algunas buenas cualidades, y esto le hacia mas circunspecto para mejor ocultar los dobleces de sus procedimientos.

Personas de un carácter mas firme que el de don Egas se habrian dejado fascinar con las repetidas pruebas de bondad que le prodigaba el rey. Casi no se separaba de la corte, y el enamorado don Pedro no dejaba escapar ocasion alguna de conservar adicto á su causa un auxiliar tan poderoso como el padre de su amada. La vanidad y ambicion del anciano se hallaban lisonjeadas á la vez, y la perspectiva de grandeza y poder que le presentaba su imaginacion le mecía en las ilusiones mas extravagantes. Aunque el rey no hubiese explicado con claridad la naturaleza de sus intentos, don Egas no tenia la menor duda en el objeto.

á que se conducian. El orgullo del viejo castellano le impedía dar entrada á la menor idea que pudiese atacar su honor, y creía firmemente que conduciendo este negocio con destreza, seria una corona la recompensa del mérito de su hija.

Penetrado de esta evidencia, se revistió don Egas de un porte mas orgulloso, llenándose de un gozo que nada podia turbar. El objeto á que ardientemente se dirigia era lisonjero, é interpretaba hasta el menor incidente de un modo favorable á sus deseos. Á la verdad era harto evidente que don Egas ganaba el favor del rey, al paso que don Hernando lo iba perdiendo. Don Pedro de dia en dia se hacia mas reservado con su antiguo valido y su mas fiel servidor: principiaba á mirarlo como un rival, y lo que es peor, como un rival favorecido, no considerándolo sino bajo el aspecto de un presuntuoso súbdito que osaba oponerse al gusto de su soberano.

El carácter y porte de Hernando contribuian bastante á aumentar esta inspiracion desventajosa. El noble castellano habia adoptado una conducta que debia desagradar sobremanera á un rey tan absoluto. Jamás habia salido de los limites del respeto, ni deseaba ocasion de manifestarle cuan resentido se hallaba su corazon. Las quejas que se permitia llevaran á la verdad el sello de aquella integridad y noble orgullo, tan naturales á su elevado ánimo, y expresaban abiertamente el dolor que le causaba la conducta poco generosa del rey. La veracidad de don Hernando era bien conocida, y al expresarse con tanta libertad no podia dejar de excitar el enojo y resentimiento de don Pedro. Son amargas para todos las verdades desagradables, pero mucho mas para los poderosos. Principió el rey á considerar que la presencia en la corte de un hombre semejante, á quien tan mal correspondia, era para él un importuno freno, y observaba con impaciencia las muestras de indignacion envueltas en dolor, que se leian en las facciones de su antiguo amigo. No era un secreto para Castro todo lo que pasaba

ba en el corazón de don Pedro, pero obrando con prudencia, permaneció firme en una conducta, que sin hacerle incurrir en debilidad, le ponía suficientemente al abrigo de las violencias y de una venganza declarada de parte del rey. Además de esto, se hallaba para espirar el plazo fijado por don Pedro para la celebracion del enlace de la princesa doña Beatriz con el duque de Lancaster; y esperaba Castro este momento para renovar su súplica, y entonces las negativas del rey perderian el apoyo de un doble sentido, en cuyo caso se veria precisado á proceder segun lo indicaria lo crítico de su posicion.

XVII.

La conspiracion:

Se hallaba Sevilla en un movimiento continuo con motivo de las fiestas que iban á celebrarse. En la Alameda y á lo largo de las márgenes del Guadalquivir, en el espacio de mas de una legua, se hacian inmensos preparativos para solemnizar el enlace de la princesa con la pompa y lujo correspondientes. Una semana entera debia dedicarse á una serie continuada de festejos públicos. Un torneo, y otros juegos caballerescos estaban anunciados, y un crecido número de tiendas de campaña y magnificos pabellones se habian preparado para recibir los numerosos huéspedes que debian presenciarlos.

Á vista de estos preparativos no podia don Egas disimular el gozo mal encubierto de que se hallaba penetrado; el genio de la ambicion no cesaba de presentar á su vista la mas brillante perspectiva. Acogia con calor todas las sugerencias que lisonjeaban su vanidad por ridiculas y extravagantes que fuesen, y principiaba á creer realmente que el esplendor y magnificencia que se desplegaba en los preparativos

de las bodas eran pruebas indudables de que el rey quería sorprender á sus vasallos presentándoles una reina, y que esta no sería otra que la feliz Constanza. Se hallaba aun el rey en la flor de su edad, pues que no habia cumplido treinta y cuatro años, y estaba prendado con exceso de la hermosura y atractivos de Constanza; y por lo mismo pensaba don Egas que podia parar en un casamiento. Sin embargo estas ideas agradables eran turbadas de vez en cuando con el recuerdo de Hernando de Castro, á quien no miraba sino como un obstáculo que se oponia á sus deseos.

Los jóvenes amantes estaban tan acordes, y formaban tantos proyectos para el venturoso tiempo en que se verian unidos, que don Egas, á pesar de la flexibilidad de su genio, no podia dejar de experimentar algun rubor, con la idea de oponerse á un enlace que él mismo habia preparado con tanto ardor. Su situacion era á la verdad embarazosa, y un resto de pudor luchaba, aunque débilmente, contra las poderosas seducciones de la ambicion. En esta extremidad, imaginó prudentemente para acallar su conciencia, que nada era mas acertado que observar una rigurosa neutralidad. Así pues, no encargó á su hija precisamente que diese oidos á las pretensiones del rey, pero tampoco alentó las de don Hernando. Ahora nos falta ver si permaneció fiel á esta resolucion.

Encaminóse don Egas á la habitacion de su hija con el pretexto de sondear sus verdaderos sentimientos, ó mas bien con el fin de molestarla sobre un objeto que sabia bien la era muy desagradable.

— Y bien, querida Constanza, la dijo con sorpresa, ¿qué pensais de estos magníficos preparativos? todo anuncia una fiesta verdaderamente extraordinaria.

— Seguramente, padre mio; el enlace de una princesa de la sangre real con el ilustre hermano de Eduardo de Gales, es á mi ver causa suficiente, aun cuando fuesen mas suntuosos y brillantes.

— Es verdad ; ¿ pero estais bien segura de que el mismo rey no haya formado la intencion de dar ejemplo por sí propio al duque de Lancaster ?

— Ignoro absolutamente los proyectos del rey , respondió Constanza con serenidad.

— ¡ Ah ! ¡ mi querida hija ! afectais ignorar lo que no es ya un secreto para ninguno de la corte , y esta ignorancia simulada es inescusable con vuestro buen padre. El rey os ama , Constanza , y ya conoceis hasta donde puede llegar su pasion.

— ¿ Será posible , querido padre , que intenteis afligirme de nuevo sobre un asunto que me es tan penoso ? Aun cuando don Pedro me profesase efectivamente el amor que le suponeis , acaso equivocadamente , ¿ qué consecuencia sacaríamos de ello ?

Hizo Constanza esta pregunta con un tono de dignidad tan imponente , que el anciano caballero se encontró algo confuso.

— Hija mia , la dijo , si consultais acerca de ello mi experiencia y práctica de mundo , os diré francamente lo que pienso. Debo inferir.... no , estoy perfectamente convencido de que la intencion del rey es de ofreceros su mano y su corona.

Una mirada en que se mezclaba el dolor con la indignacion mas viva , fué la única respuesta de Constanza ; al propio tiempo que don Egas , sin verla , ó mas bien afectando no haber observado la impresion que sus palabras habian producido , repuso con mas seguridad :

— Yo creo firmemente que semejante acontecimiento nada tendria de extraordinario , y aun confio que mis esperanzas lleguen á verse realizadas.

— ¡ Vuestras esperanzas ! ¡ gran Dios ! ¿ y será posible que hayais podido concebir semejantes pensamientos ?

— ¿ Y porqué no ? No puede caberos duda en el tierno afecto que os profeso ; y así no pudiera culpárseme , si mirando por vuestros intereses....

— Señor, señor.... interrumpió Constanza con ardor, aun cuando vuestras sospechas tuviesen fundamento, espero que no olvidareis la palabra dada á don Hernando....

— ¡Don Hernando! no, seguramente. Don Hernando es... un noble caballero.... mi amigo.... mi querido amigo; pero es harto generoso y razonable para oponerse á la voluntad de su rey. Además de esto, yo no pretendo poner en manera alguna el menor obstáculo á los deseos de Castro; no no, vos me comprendéis mal. Deseo tan solamente observar en esta materia la mas perfecta neutralidad; dejaré que las cosas sigan su curso; y así, querida Constanza, miradme siempre como el padre mas indulgente, y si alguna vez os aconsejo, no lo atribuyais sino al deseo que me anima por vuestra felicidad. Ya sabéis que hoy debemos cenar con el rey: recibidle con atencion, y no respondais á sus insinuaciones con tanta frialdad.

— Jamás he negado al rey lo que le es debido.

— Bien, bien; deseo que no olvideis nuestra posicion, reflexionando cuan ventajoso....

— Querido padre, interrumpió Constanza sonriéndose, cuidado con romper la neutralidad.

— No, no, vivid segura; quiero permanecer neutral, y que el rey y don Hernando se arreglen del modo que puedan y quieran. La delicadeza me prohíbe ejercer la menor influencia sobre vuestros sentimientos. Os prometo de nuevo observar la mas exacta neutralidad, y me aparto de vos porque me veo precisado á hacerlo, mas no olvideis cuanto os he dicho. Don Pedro, á pesar de todas las calumnias de que ha sido objeto, es á mi entender un caballero completo que merece ser tratado con la mayor consideracion. Por mi parte lo considero justo y generoso, dotado de talento, y valiente como el Cid, sin entrar en pormenores sobre sus prendas personales, pero quiero permanecer neutral, y así nada diré en su favor.

— ¿Sabéis acaso si don Hernando de Castro está convidado á la cena?

— Lo ignoro ; pero de todos modos la prudencia os traza la conducta que debeis seguir. Hernando es mi amigo , es muy cierto , pero no hemos de olvidar lo que debemos al rey ; de nuevo os recomiendo que os conduzcáis de manera que no quede lastimado el orgullo de don Pedro ; pensad que honor seria para nuestra familia , si. . . Pero no , quiero permanecer neutral.... Hasta la vista , querida hija , no olvideis mis instrucciones.

Por lo dicho es fácil inferir , que á pesar de la neutralidad que afectaba don Egas , no perdía la menor ocasion de persuadir á su hija que secundase sus ambiciosas esperanzas ; pero afortunadamente todas sus sutilezas eran infructuosas.

Durante este tiempo continuaba don Pedro en hacer la corte á Constanza , pues no podía darse otro título á sus obsequios. Porfiado por naturaleza y arrastrado por sus impetuosas pasiones , no reflexionaba que con semejante conducta podia excitar el justo resentimiento de su mas fiel vasallo , y convertirlo en enemigo el mas implacable , olvidando cuan corto era el número de sus amigos sinceros , para exponerse á perder uno tan útil á su causa ; y esto al propio tiempo en que , á pesar de las apariencias , conocia que la corona estaba mal segura sobre su cabeza , pues aunque Castilla se manifestaba sosegada , era mas bien por imposibilidad que por inclinacion. Los semblantes se manifestaban risueños , y cada cual parecia no respirar sino la satisfaccion y el placer : aspecto pérfido y engañoso como las flores que ocultan los bordes de un precipicio , en que el engañado viajero encuentra un fin funesto. Mientras que el rey pasaba el tiempo en formar nuevos planes para satisfacer su desordenado amor á los placeres y la venganza , sus secretos enemigos , contenidos pero no subyugados con la presencia del príncipe Negro , continuaban secretamente sus sordos manejos. La muerte de muchos grandes de la corte habia exasperado á la nobleza , y todo el clero estaba indignado por la sentencia del rey en la causa del zapatero.

Muchos de los mas poderosos de ambas clases se reunieron durante la noche para concertar sus planes. El conspirador mas activo é inteligente era el arcediano Ribera, en cuya casa tenian sus juntas los descontentos. Al propio tiempo que don Pedro se abandonaba á sus amorosos pensamientos, y don Egas á sus lisonjeras esperanzas, el arcediano y sus compañeros celebraban su cónclave. El sitio de la reunion era un aposento espacioso en un barrio solitario de la ciudad. Allí en el silencio de la noche, y á la luz de una opaca lámpara, estaban sentadas unas veinte personas, cuyos trajes y talante tenian mas bien el aspecto de una cuadrilla de bandidos indisciplinados, que de una reunion de personas decentes. Por precaucion habian adoptado para estos casos los disfraces mas ordinarios; y para mejor burlar la vigilancia de los partidarios del rey tenian especial cuidado de no reunirse sino en muy corto número, é ir á sus citas separadamente y por distintos caminos. Un profundo silencio reinaba en la asamblea nocturna: se esperaba con impaciencia la llegada de alguna persona: los conspiradores se miraban inquietos cada vez que el reloj daba la hora, y cada uno de ellos parecia sumido en una reflexion muy detenida. Un hombre de bastante mala catadura se introdujo al fin precipitadamente muy gozoso, para informar una importante noticia.

— Ya ha llegado.... sano y salvo, añadió en voz baja.

— ¡Bendito sea Dios! exclamó con fervor el arcediano.

— ¡Amen! repitió todo el auditorio.

— Hacedle entrar sin demora, dijo una persona de mal aspecto.

La que se esperaba por tanto tiempo fué introducida inmediatamente. Era un jóven de gallarda disposicion, envuelto en una ancha capa, de que se desembarazó para estrechar la mano de sus amigos.

— Seais bien venido á España, señor don Álvaro, repitieron muchas voces.

— Ya principiábamos á temer por vuestra seguridad, dijo uno de los circunstantes.

— Gracias al cielo, nada tenemos que temer al presente, añadió un tercer interlocutor, echando en torno suyo algunas miradas suspicaces.

— Ahora, señor don Álvaro, añadió el arcediano, participadnos las instrucciones que nos traeis de parte de nuestro buen rey don Enrique. ¿Cómo se encuentra?

— En perfecta salud y seguridad, respondió don Álvaro. Los franceses han abrazado su causa con mucho calor, aunque no puedan desde luego proporcionarle los auxilios que necesita. La permanencia en España de los caballeros ingleses es el obstáculo mas serio de nuestra empresa.

— Es muy cierto, dijo don Ramon Tellez, cuya desmesurada talla se hacia mas notable con su extraordinaria flaqueza; sin embargo no pueden ya permanecer por mucho tiempo en España, y trataremos de acelerar su partida. Además de esto, don Pedro por su odiosa conducta va ayudando á nuestras sutiles maniobras, haciendo todo lo posible para descontentar á sus aliados; y con el auxilio de Dios nos veremos en breve desembarazados de estos huéspedes incómodos.

— La suerte de Duguesclin y de sus caballeros, dijo otro conspirador, es otro tropiezo mas difícil de vencer ¿Ha encontrado don Enrique medios para corresponderse con él?

— Sí, respondió don Álvaro; aunque Duguesclin se halle muy guardado en Guiena, ha conseguido don Enrique oculto bajo el traje de peregrino tener una entrevista con él. Este valiente caballero se halla dispuesto á sostener nuestra causa tan luego como recobre su libertad. ¡Ánimo pues, nobles amigos míos! la ruina del tirano está resuelta, y nada podrá impedir la.

— El infortunio no ha podido cambiar su carácter, dijo don Juan de Silva, y la prosperidad no ha servido sino para aumentar su despotismo. ¿Es regular que hayais sabido sus recientes crueldades?

— ¡Ah! demasiado cierto es: harto me interesaba la suerte de muchas de sus víctimas; la de mi parienta doña Ur-

raca (1) no puede inspirar sino horror.

— Espantosa fue en verdad, dijo el canónigo Agraz: yo la administré los últimos consuelos de la religion antes de su salida para la Alameda, donde fue tan inhumanamente quemada.

— Si el cielo nos presta su auxilio, exclamó don Alvaro, recibirá el tirano la recompensa debida á sus crímenes. No sosegaré hasta que su ruina sea completa. Los señores del castillo de Peñafiel y otros estan en favor nuestro, y se hallan dispuestos á declararse contra don Pedro á la primera señal. Pero entre tanto, ¿en qué estado se halia el espíritu público? Sabemos que el tirano favorece cuanto puede al populacho para asegurarse partidarios en esta clase, á cuya política da el titulo de justicia imparcial.

— Con la que está violando directamente nuestros privilegios, añadió el arcediano. Una medida vigorosa fuera necesaria para sembrar el terror en la plebe, y nada seria mas conducente que apelar á los rayos de la iglesia. ¿Habéis estado en Aviñon, señor don Alvaro?

— Es muy cierto: y encargado de una mision importante.

— ¿Y cómo ha recibido vuestros lamentos su santidad Urbano V?

— Segun podíamos desear: el Pontífice se resiente, como es consiguiente de las injurias que el piadoso clero de Sevilla ha tenido que soportar, y ha juzgado que los enormes y multiplicados crímenes de don Pedro le hacian acreedor á un ejemplar castigo. En su vista ha fulminado contra él una bula de excomunion, relevando á los caste-

(1) Doña Urraca de Osorio, señora de la primera calidad, fué quemada en Sevilla. En la historia de aquella ciudad (lib. V cap. 44) hablando el autor de este acontecimiento, dice que una señora llamada Isabel Dávalos, que la servía, luego que la hoguera estuvo encendida se precipitó en ella, sosteniendo los vestidos de su ama para impedir que se viese lo que pudiera ofender al pudor, y así fué quemada con ella. Añade el historiador que esta escena aumentó mucho el rencor del pueblo contra don Pedro.

llanos de su juramento de obediencia y vasallaje. He aquí esta bula tan favorable á nuestros proyectos.

A estas palabras puso don Alvaro en manos de los canónigos un rollo de papel en que se veia el sello del pontífice; con cuya vista se elevaron repetidas aclamaciones de gozo entre los concurrentes y se felicitaban mutuamente los conjurados, cual si hubiesen ganado la mas brillante victoria.

— ¡Esto es lo que mas nos asegura la ruina de don Pedro! exclamó el arcediano elevando la bula; este papel es mas espantoso y terrible para él que las lanzas y espadas de sus mas poderosos enemigos. ¡Bendito sea Dios y la bienaventurada Virgen! aun cuando los partidarios de don Pedro fuesen mil veces mas intrépidos y numerosos, retrocederán horrorizados con esta formidable excomunion.

— Es en efecto una arma poderosa, dijo el hombre alto de aspecto siniestro, y así conviene que muy pronto hagámos uso de ella.

— No precipitémos los acontecimientos, repuso el arcediano; debemos esperar una ocasion favorable; por desgracia se halla enfermo el arzobispo, y es preciso que tengamos tiempo para instruirle y enviar mensajeros á nuestros amigos de Toledo, Valladolid y Calahorra; disparar con acierto es herir dos veces. Ninguna ocasion puede ser mas oportuna para nuestros planes que las fiestas que van á celebrarse con motivo del enlace de la princesa con el duque de Lancaster. Un inmenso concurso se reunirá en las márgenes del Guadalquivir, y entonces será cuando en medio de estas pompas y vanidades, un ministro del Señor, atemorizará á todos los ánimos, denunciando los crímenes del déspota y lanzando contra él los anatemas de la Iglesia.

— Muy bien pensado, dijo don Alvaro; y la dilacion no será muy larga, porque las bodas deben celebrarse dentro de pocos dias.

— Ciertamente, dijo el canónigo Agraz; mas yo creo que seria bueno dejar pasar algunos dias de regocijo, antes de

dar el golpe para dejar tiempo al tirano de cometer algun nuevo acto de violencia , lo que seguramente no dejará de hacer : de esta suerte la excomunion tendrá tanta mayor fuerza cuando vendrá mas á propósito.

— Debemos considerar además , dijo el dean , que el carácter violento de don Pedro acaso no respetará la voz de la Iglesia , pues frecuentemente ha despreciado nuestras amonestaciones. Así pues , yo creo que será conveniente tomar algunas medidas de prudencia para la seguridad del ministro encargado de esta importante mision.

Esta observacion alarmó bastante á la parte eclesiástica de la junta. Se miraron los canónigos con inquietud , demostrándose poco dispuestos á representar este papel , pues por muy celosos que pareciesen por el buen éxito de la causa que abrazarán , preferian ser comprendidos mas bien en la clase de los confesores , que en la de los mártires.

— El honor de ejercer esta sagrada funcion , dijo don Alvaro pertenece al arcediano don Veremundo Ribera.

El arcediano se estremeció , y de buena gana se hubiera dispensado de recibir esta honra. — Perdonad , dijo con humildad , esta comision , señor don Alvaro , pertenece á las primeras dignidades de la Iglesia. El arzobispo de Sevilla deberia ser el nuncio intérprete de la voluntad del Señor en esta ocasion ; pero puesto que por desgracia se halla enfermo , el dean de este cabildo debe ser escogido para reemplazarle con mejor derecho que el mio.

— ¡ Dios os tenga en su gracia ! dijo el dean con voz melíflua y débil. Sois demasiado bondadoso para pensar en una criatura tan miserable como yo , mas debemos desterrar toda etiqueta. El cielo me es testigo de que entre todos mis defectos no tengo la vanidad y orgullo de reclamar estas funciones sublimes , no , en manera alguna ; y aun cuando vuestro aprecio quisiera pasar por todo , debeis considerar que mi avanzada edad , mi acento y memoria debilitadas me impedirian desempeñarlas. Soy pues de parecer que esta honra se confiera á nuestro caro hermano el magistral,

cuya voz sonora y natural elocuencia le hacen digno de llevar la palabra en tan solemne ocasion.

— No, señor dean, respondió el canónigo magistral, inclinándose hasta el suelo, ensalzais demasiado mi corto talento, y no me es dado por ningun concepto aceptar un honor de que me considero totalmente indigno.

— Admiro, dijo don Alvaro, el espíritu de humildad que reina entre los ministros del Señor, y que parece animar á todos los miembros de esta reunion; á pesar de esto, no ignorais que es indispensable que la excomunion sea anunciada en toda forma.

— ¡Oh! es muy cierto exclamaron distintas voces.

— Sabeis, pues, cuan preciso es que alguno desempeñe esta mision por muy indigno que se considere de llevarla á cabo. Por otra parte, me hallo en disposicion de resolver esta dificultad, pues su Santidad ha escogido por sí mismo su delegado, y estos papeles lo comprueban. Todos los canónigos se miraron entonces temblando, y don Alvaro continuó:

— El arcediano es, á cuyo celo y piedad ha confiado el santo Padre la mision de excomulgar á don Pedro, rey de Castilla.

Parecia que un rayo hubiese herido al arcediano, y sus compañeros principiaron á respirar con mas libertad.

— Seguramente, repuso el dean, es el arcediano la persona mas conveniente para esta augusta funcion: su celo y su piedad son sobradamente conocidos....

— Su discrecion, su influencia.... añadió el magistral.

— ¡El arcediano! ¡el arcediano! exclamó el canónigo Agraz.

— ¡El arcediano, repitió gozoso cada cual de los demás circunstantes.

Este, á pesar del honor que recibia, no demostraba participar del entusiasmo que esta noticia infundia en sus compañeros, ni experimentar reconocimiento por tan brillantes elogios. No podia sin embargo desobedecer á su san-

tividad, y era preciso someterse. Solo se ocupaba en discurrir el medio mas propio para desempeñar su encargo con una completa seguridad para sí. El carácter violento de don Pedro podia dejar de respetar á un delegado de la Iglesia, y en este caso el ministro de la venganza del Señor, podia sufrir corporalmente la suerte que anunciaba al alma del monarca pecador.

— Al presente, continuó don Álvaro, deseo tener una noticia exacta de todos los grandes y ricos hombres dispuestos á sostener nuestra causa, pues debo llevarla desde luego á don Enrique.

— Su número se aumenta diariamente, dijo don Juan de Silva, pero si por alguna dichosa casualidad pudiésemos incluir en él á ese valiente don Hernando de Castro, seria una conquista de un precio inestimable, pues adorado del pueblo, tiene numerosos vasallos, y es en fin uno de los hombres de mayor influencia en Castilla.

— No, no, dijo don Alvaro, son demasiado arraigadas sus preocupaciones en favor del tirano, para que pueda esperarse su conversion, y aun seria peligroso intentarlo.

— No tanto como en otra época, repuso don Juan con un gesto significativo, la piedra mas dura consigue variar de forma, y el hierro cede al impulso del fuego: el hombre no es piedra ni acero, tiene siempre un lado débil, y el que resiste á la voz de la ambicion y del interés, puede ceder al deseo de la venganza.

— Ni aun este sentimiento es capaz de impulsar á Hernando, repuso don Álvaro; y aunque sea mi rival, y el mayor enemigo que tengo, debo hacerle esta justicia. Pero vos, señor, que parece hablais en el estilo parabólico, ¿qué quereis decir por el deseo de venganza respecto á Castro?

— ¡Pues qué! ¿ignorais acaso el amor de don Pedro á la bella Constanza? Esto no es ya un secreto en Sevilla, y mucho mas cuando se llega á decir que la hija del veleta don Egas podria muy bien llegar á tener parte en el trono de Castilla.

Quedó don Álvaro petrificado con esta noticia.

— ¿Será posible, exclamó, que el rey dirija sus obsequios á Constanza?

— Es la pura verdad; pero se asegura tambien, que la dama no le corresponde; sin embargo, como el rey tiene pasiones tan indomables, pudiera acaso cometer algun acto de violencia; y así ya veis que mi esperanza de poder ganar á don Hernando no carece de fundamento. Renovando las persuasiones y poniéndole de manifiesto sus sufrimientos no es imposible que llegase á unirse á nosotros contra el tirano, que tan mal recompensa sus servicios.

Guardó don Álvaro algunos momentos de silencio, lleno de la mayor turbacion. No estaba aun curado de su malograda pasion por Constanza, y aunque las conspiraciones é intrigas en que se hallaba envuelto hubiesen podido distraerlo, existia aun con todo su poder la pasion que habia concebido; y otros sentimientos contribuian á aumentar el rencor que don Alvaro profesaba al rey, y aun á Castro, á quien miraba como á un rival dichoso; pero se vió obligado á imponer silencio á sus particulares sentimientos para desempeñar la alta mision que Trastamara le habia confiado.

Hizo pues repetidos esfuerzos para calmarse, y principió á explicar los diferentes planes que debian adoptarse para el éxito de la empresa. Todos los conspiradores se manifestaban llenos del mayor celo, excepto el arcediano, que estaba sumergido en profundas meditaciones. En efecto, no le faltaba motivo para reflexionar, pues se miraba condenado á soportar la cólera y venganza del rey, y tenia tan mala opinion de sus sentimientos religiosos, que estaba persuadido de que en vez de recibir las censuras de la Iglesia con espíritu contrito, se pondria mas colérico que nunca. Las violencias á que pudiera entregarse serian sin duda favorables á la causa de don Enrique; pero no por esto era menos peligroso el papel del arcediano, destinado á recibir la primera explosion.

Los conjurados se retiraron en breve para ir á descansar,

y soñar nuevos planes para el éxito de su empresa; y el arcediano tan solamente para discurrir medios que le proporcionasen desempeñar su espinosa mision sin riesgo de su persona, que naturalmente le seria mas apreciable que los intereses de don Enrique.

XVIII.

Las fiestas.

El enlace del duque de Lancaster con la princesa doña Beatriz fue celebrado con mucha pompa y esplendor (4). Una serie no interrumpida de festejos públicos ocupó á los habitantes de Sevilla. Se cerraron todas las tiendas y talleres, y los artesanos ocupaban los bodegones y tabernas. El alegre sonido de los instrumentos se hacia oír en toda la ciudad, y el placer reinaba igualmente en la grandeza que en la plebe. Se elevaba en las márgenes del Guadalquivir una ciudad completa de magníficas tiendas de campaña, y pabellones de seda, adornados con varias divisas y emblemas, y coronados con los escudos de armas de sus dueños. En estos temporales albergues eran servidas á las numerosas personas que los visitaban ya deliciosas frutas, ya bebidas regaladas, por suntuosos y agraciados pages encargados de este servicio. En el centro de esta nueva poblacion se miraba una tienda majestuosa, en que el rey y su familia daban magníficas fiestas. Las armas de Castilla y el oriflama de Guiena flotaban unidos, atrayendo las miradas de los numerosos concurrentes. Los se-

(4) El duque de Lancaster se casó con la hija mayor del rey don Pedro, y despues del fallecimiento de este hizo valer sus derechos á la corona, pero infructuosamente. La tradicion ha hecho su nombre tan popular, que apenas hay labrador en Castilla la Vieja, á quien no sea conocido el nombre del duque de Alencastre.

cretos enemigos de don Pedro se sonreían, lisonjeándose de la corta duración que pronosticaban á una alianza al parecer tan firme. Además de los pabellones de la nobleza y gente acomodada, se encontraban muchas barracas abiertas, y costosamente adornadas, en que gratuitamente se distribuían licores y comestibles á costa de los pudientes del contorno.

Una lucida cabalgata de elegantes doncellas vestidas con primor según la moda de aquellos tiempos, y escoltadas por igual número de caballeros engalanados con brillantes armaduras, recorrió durante el primer día la ribera del río; mientras que el pueblo, animado por efecto de copiosas libaciones, animaba la escena con estrepitosa algazara. Los bufones de la corte, seguidos de todos los bailarines que pudieron reunirse, estaban encargados de divertir al público con sus gestos y ademanes. Se hacían más notables sus saltos y agudezas por los grotescos y extravagantes trajes que vestían, además de los saltimbanquis que ejecutaban toda clase de danzas nacionales. En esta curiosa comparsa se distinguían diablos, ángeles y dragones, y las chocarrerías de estos actores eran aplaudidas por el ignorante populacho.

Muchos de estos danzantes sabían imitar á los animales; así pues, se veían tigres, leones, osos, perros, y hasta jumentos, que tan presto se trataban amistosamente, como se daban estupendos golpes. Olvidando á veces su papel de cuadrúpedos, se servían de sus garras de un modo diferente al de sus hermanos del bosque, no siendo raras las pendencias que se suscitaban. Fácilmente se exaltaban los licores al cerebro del león; al paso que el jumento, olvidando su ordinaria humildad, se hacía también pendenciero, llamando al tigre á la pelea. La grande danza de los animales fue ejecutada muchas veces, y era muy curioso ver hacer sus evoluciones á tan extravagantes figuras. Era acompañada esta danza, de una música apropiada, que imitaba los gritos de estos animales; y tales chocarrerías divertían

no solo al pueblo, sino hasta á las gentes formales; porque el gusto no habia adquirido aun aquel grado de perfeccion y elegancia capaz de reprobar y tratar de pueriles á estos juegos, y así los pudientes y las personas distinguidas consentian en divertirse como los demás.

Se toleraban en estos juegos chanzas bastante desenvueltas, alusiones directas y sátiras mordaces, dirigidas á diferentes clases de la sociedad. Se veia en una parte á la justicia con una estrecha mordaza: en otra á la religion con dos aspectos diferentes, ya encubierta bajo un capucho negro, ya con ropaje blanco; mientras que la caridad, anciana decrepita, sorda y ciega, quedaba sola en un rincon, sin que nadie se ocupase en ella. Se oian entre los representantes singulares diálogos con gran satisfaccion de los espectadores; sin embargo, estas escenas llegaban á ser sangrientas; pero en aquellos tiempos no se alteraba una fiesta por mas que hubiese algunas heridas ó sucediese alguna muerte.

Acompañado don Pedro del príncipe Negro, y seguido de una lucida comitiva, recorria el teatro de estas diversiones, para animar con su presencia los festejos públicos. La casualidad hizo que pasase muy cerca de un orgulloso leon, que acababa de ser vencido por un jumento, quien no parecia dispuesto á tener con él muchos miramientos. Esta circunstancia llamó la atencion del rey, quien se aproximó á la fiera humillada.

— ¿Como así? ¡noble hermano de las selvas! dijo chistosamente, ¿de qué suerte habeis sido reducido á semejante grado de humillacion?

— ¡Ay de mí! lindo primo, respondió S. M. leona, no soy el primer soberano á quien sucede esta desgracia, y probablemente tampoco seré el último.

— Bien puede ser, repuso el rey algo resentido, mas me parece que pudierais haber escogido un antagonista mas digno.

— No os fieis, señor, en las apariencias, dijo á su vez el

asno: bajo esta humilde envoltura pueden hallarse mas valor y astucia del que suponeis.

— El pollino habla con juicio, dijo sonriéndose el príncipe de Gales, y merece ser nombrado consejero de estado.

— Gran príncipe, repuso el asno, sobrados hay ya en el mundo, y no quisiera sembrar nuevos gérmenes de discordia en un país que por desgracia es demasiado fértil en este género.

— ¡Protéjanos el cielo! exclamó don Pedro: este buen juicio es sabio, y tiene todo el ademán de un hombre de estado. Pues bien, señor asno, decidnos lo que sepais sobre el estado actual de Castilla, y las razones que tengais para creer que tenga tanta facilidad para hacer reproducir las semillas de la rebelion.

— ¡Oh señor! respondió el asno, no es prudente decir á su vecino todo lo que se sabe, y especialmente si el vecino es poderoso: mucho mas cuando solo Dios sabe de que suerte recibirá nuestros informes, y si se hallará dispuesto á aprovecharse de ellos.

— Pero ignorais, buena bestia, que una confidencia á medias es una cosa peligrosa, y que podríamos exigir la otra mitad.

— ¡Exigir! ¡Jesus María, protegédnos! exclamó el asno, ¿es este pues vuestro recurso? Volved el rostro, señor, y mirad ese cónclave de astutas zorras: seguid su ejemplo; no hacen uso del poder, y sin embargo quiera el cielo que sus proyectos se vean frustrados.

Se conmovió don Pedro con el tono con que fueron pronunciadas estas palabras, pues creyó divisar en lo que acababa de decirse algo mas que una simple chanza, y resolviendo penetrar aquel misterio, mandó al asno se dirigiese á la entrada de su tienda y esperase allí su vuelta. Continuó entretanto su paseo con aparente indiferencia; mas sin embargo, á pesar de la serenidad que aparentaba creyó observar el príncipe Eduardo que las palabras del bufon habian hecho en él una impresion muy viva.

— Señor, le dijo, creo que estais mas pensativo de lo que pide el caso.

— ¡Ah, mi buen primo! bastante motivo tengo de estarlo. Me hallo rodeado de conspiradores, y si no adopto algunas medidas enérgicas, tales como la de hacer caer prontamente unas cincuenta cabezas, no habrá un momento de reposo y Castilla se verá de nuevo entregada á las disensiones civiles.

— No apruebo, señor, el remedio que quereis emplear. Con infraccion de lo que habemos convenido habeis quitado ya la vida á muchos nobles señores. La muerte del maestro de san Bernardo ha excitado la indignacion general. Señor, si debo hablaros con sinceridad, me he empeñado como caballero y como cristiano á sostener vuestros derechos contra un usurpador; pero no serviré de instrumento á la venganza particular de ningun hombre, sea cual fuere su clase, y por muy justo que se contemple su resentimiento. Estad firmemente persuadido de que la marcha que seguís no es á propósito para conciliar el ánimo de vuestros vasallos. No os ofendais de estas reflexiones; el afecto que os profeso como pariente me las sugiere: mi deber como caballero me las ordena.

— Os doy gracias, mi querido primo, le dijo don Pedro con tono picado; segun me parece, quieren que el rey de Castilla se despoje de todos los derechos que sus mayores poseian de tiempo inmemorial.

— ¡Los derechos! ¡justo cielo! exclamó el príncipe; ¿con qué la facultad de satisfacer una cruel venganza sin obstáculo ni contradiccion es un derecho unido á la soberanía? ¡esta idea es monstruosa!

La discusion se iba acalorando, pero ambos parientes de comun acuerdo fingieron que se divertian con los chistes de algun nuevo bufon. Sin embargo, estaba muy distante don Pedro de avenirse á la opinion del príncipe; y este se hallaba por su parte bien decidido luego que se presentase una ocasion mas favorable á pedir explicaciones al rey

acerca de los juicios compendiosos que cada día ejecutaba, en menosprecio de sus promesas. Las murmuraciones del pueblo principiaban á hacerse oír por todas partes, y aunque se perdiesen por un momento entre el rumor de las fiestas nupciales, era probable que resonasen muy presto con nueva fuerza, pues que don Pedro parecia dispuesto á dar á sus vasallos nuevos motivos de queja. Sin faltar á su carácter, no podia el príncipe dar muestras de que autorizaba con su presencia semejante conducta; y por lo mismo estaba resuelto á ausentarse de España si continuaba el rey dando pruebas de su carácter vengativo y tiránico.

Volvió el rey á su tienda, donde en cumplimiento de sus órdenes, se hallaba el asno consejero esperando su llegada. Le ordenó don Pedro que se quitase su disfraz, y con gran sorpresa suya reconoció al zapatero Rufino, á quien salvara la vida.

— ¡Válgame el cielo! dijo el rey; ¡este es el zapatero, tan cierto como yo soy el soberano de Castilla! ¿Con qué, señor perillan, no pudiendo ya hacer mas zapatos, quieres transformarte en consejero privado del rey? A fé mia, ¡el cambio es bastante singular! Pero en fin, ¿qué tienes que comunicarme? que deseo me expliques el sentido misterioso de tus observaciones.

— Señor, respondió Rufino con firmeza, mi muerte está resuelta, y acaso todo vuestro poder no llegará á ser suficiente para sustraerme á la venganza de mis enemigos. Pero antes de sufrir mi suerte, habré revelado al menos todo cuanto sepa. Una tenebrosa trama se está urdiendo, y los conspiradores ponen en juego las armas mas poderosas. Don Alvaro ha llegado de Francia, y sin duda trae instrucciones de Trastámara, debiendo estallar muy en breve un gran golpe, mas no me ha sido posible averiguar en que día, ni en que sitio.

— ¡Vive Dios! exclamó don Pedro, esto merece mi atención. Yo quisiera, añadió sonriéndose, que estuviese ahora aquí mi primito de Inglaterra, para enterarse de la conduc-

ta edificante de mis vasallos: viéramos si abogaba aun tan eficazmente en favor de las medidas de suavidad. Mas, ¿de qué suerte has sabido esta nueva traicion?

— Por la mas extraordinaria y feliz casualidad. Uno de mis antiguos amigos está al servicio de otro de los conjurados, y posee su entera confianza. Ha sabido con horror que los canónigos han resuelto mi muerte, para saborearse con el placer de la venganza, de que les privara vuestra justa determinacion. Conmovido mi amigo de compasion, me ha hecho saber el peligro que corria, y la conspiracion en que se hallaba inculcado su amo, de cuyo servicio se ha separado en esta misma mañana. No ha podido darme ningun pormenor, porque ignoraba el número de los conspiradores y hasta sus proyectos. Pero de lo que estoy bien cierto es, que don Alvaro se halla aquí: yo mismo lo he visto en la noche anterior rondar por la ciudad envuelto en una gran capa.

— Bien, bien; ¿pero cuál es el nombre del amo de vuestro amigo? Por él será facil conocer en breve todo el asunto.

— Su nombre, respondió Rufino con firmeza, no saldrá jamás de mis labios.

— ¡Como! exclamó el rey sorprendido; dímelo desde luego ó prepárate á morir.

— Señor, no retrocederé delante de la muerte, si no puedo evitarla mas que con una infamia. He jurado no revelar jamás su nombre, y cumpliré mi palabra. Tomad de nuevo enhorabuena la vida que me salvarais, mas no esperéis que falte á mi promesa.

— ¡Rebelde extravagante! exclamó el rey enfurecido, ¿es esta la adhesion que te jactas de tener á tu amo? ¿Crees acaso que haya honradez en sustraer un traidor al castigo que merece? Semejante juramento no puede ligarte, y ¡vive Dios! que lo descubrirás.

— ¡Jamás! respondió friamente el zapatero.

El tono de serena dignidad con que fué pronunciada esta palabra desconcertó al rey. Reconoció que ni las prome-

sas, ni las amenazas, tendrían influencia sobre el humilde artesano que tenía delante. Mucho le incomodaba la firmeza de Rufino, pero no podía dejar de admirarla. Así, pues, se entregó á una profunda meditacion; podía, no hay duda, hacer recaer su venganza sobre el mísero zapatero; mas no se le ocultaba que tan solo conseguiría perder á uno de sus mas adictos partidarios, quien, aunque no fuera mas que por reconocimiento y por su propia seguridad, tenía interés verdadero en observar con vigilancia los movimientos de los conspiradores; consiguió pues dominar su cólera para conservar un aliado que podía ser tan útil á su causa.

— Rufino, le dijo con tono mas sereno, no os estrecharé mas: seguramente os habeis formado un falso punto de honor; pero yo respetaré vuestro yerro, en consideracion al sentimiento que lo produce; de todos modos reflexionad bien las desgracias que podeis atraer sobre el estado por este obstinado silencio, y por efecto de una falsa delicadeza.

— Señor, respondió el zapatero respetuosamente, tanto como V. M. aborrezco y desprecio á los traidores: estaré siempre vigilante, y si encuentro en algun renuncio al hombre que me veo precisado á no nombrar, clavaré sin el menor escrúpulo un puñal en su seno. Por de pronto nada sé de cierto, únicamente sus reuniones clandestinas, y seria recompensar muy mal el servicio que mi amigo me ha hecho el cometer una traicion con su amo, á quien tanto aprecia. Pero hágasé este amo reo de una positiva traicion y mi conciencia...

— ¿Y creéis vos, dijo don Pedro interrumpiéndole con ironía, que mereceréis entonces grandes elogios? ¿No debe por ventura todo vasallo fiel oponerse á los traidores? Al presente es cuando podeis servirme: ahora ó mas adelante, el rebelde será descubierto, pero en este momento un grande ejemplar será una saludable leccion para sus cómplices.

— Mi palabra está dada, respondió Rufino con calma, y no puedo faltar á ella.

— Como queráis, repuso el rey con disgusto señalado;

está dicho que todos aquellos que se llaman mis amigos, desde el mas elevado hasta el mas inferior; desde el ilustre príncipe de Inglaterra hasta un humilde zapatero, se han de oponer á mis deseos y á los saludables efectos de la justicia.

Habia quedado don Pedro muy conmovido con la noticia que Rufino acababa de darle. Sospechaba desde algun tiempo la existencia de una traicion, pero no hubiera creido que el complot se hallase tan adelantado que requiriese la presencia de don Alvaro, el favorito de Trastamara.

Despidió el rey á Rufino, despues de haberle dado sus instrucciones, ordenándole que si encontrase á don Alvaro no dejara de seguirle para saber donde se ocultaba. Al mismo tiempo dió secretas disposiciones para su arresto, y en cuanto al misterioso personaje que el zapatero no habia querido descubrirle, resolvió obrar con mucha circunspeccion para llegar á conocerlo.

En aquel momento un clamor confuso excitó la atencion de don Pedro. Salió precipitadamente de su tienda temeroso de alguna sublevacion; pero solo encontró á los gremios de artesanos, que llevando las insignias de su profesion, venian á tomar parte en la fiesta. Las aclamaciones redoblaron, y desde que el rey observó los grupos burlescos que se acercaban, estuvo casi dispuesto á olvidar el alarmante objeto de las revelaciones que Rufino acababa de hacerle. Pero muy en breve cayó de nuevo en una sombría meditacion, exclamando en medio de la amargura de su espíritu.

— ¡ Maldicion sobre todos ellos! ¿quién podrá asegurar que en esta pandilla de sicofantas, no se oculte alguno de mis mas encarnizados enemigos?

Uniéronsele en aquel instante, Castro, Vargas y la hija de este. La presencia de Constanza obró en el ánimo de don Pedro los propios efectos de un talisman: aquellos negros celajes que obscurecian sus facciones se disiparon gradualmente y el aspecto de severidad que se viera estampa-

do en ellas cedió su puesto á la mas dulce sonrisa. El dia pasó como los anteriores, en medio de la alegría y los festines; pero con especialidad á la llegada de la noche fue cuando el espectáculo que presentaban aquellos sitios se manifestó imponente y magnífico. Todos los pabellones iluminados, así como los árboles que los rodeaban, mientras que enormes antorchas alumbraban las orillas del Guadalquivir reflejándose en sus aguas. Mil barquichuelos elegantemente empavesados conducian sobre las aguas á diferentes grupos de músicos que proporcionaban una armonía maravillosa. No es dado expresar debidamente la idea y atractivos de esta escena encantadora. El aire muelle y embalsamado de la Andalucía, el perfume que esparcian las guirnaldas y floridas matas, y la suave fragancia de los bosquecillos de naranjos, todo concurría para preñar y aletargar los sentidos.

En la tienda real se dió un espléndido sarao, á que concurrieron todos los grandes y las mas bellas damas de Sevilla, adornadas con lo mejor de sus galas. Ejecutáronse varias danzas nacionales, y toda aquella noche fue consagrada al placer. El siguiente dia y los sucesivos, fueron dedicados á varias justas, y á un gran torneo, en que sir John Chandos brilló en medio de un crecido número de caballeros ingleses y castellanos. Hubo tambien una lucha de toros, en que se vieron extraordinarios rasgos de atrevimiento y astucia. En fin, nada se omitió de cuanto pudo variar y embellecer estas fiestas, que fueron las mas lucidas que se hubiesen dado en mucho tiempo.

Durante una de estas noches consagradas al placer, pasando sir John Chandos cerca de un bosquecillo situado á las inmediaciones de la tienda real, reparó con tanta sorpresa como indignacion á una jóven de extremada belleza que pálida y descompuesta hacia esfuerzos para desprenderse de los brazos de un hombre encubierto bajo un ropaje moruno. —Dejadme, señor, decia ella. Es imposible que vuestra intencion sea la de insultar á una mujer, débil vástago de la casa de los Vargas.

— Hermosa criatura, respondiéndola el moro, no os será fácil sostener por mas tiempo una frialdad tan irritante. ¿Será siempre en vano que abogará en favor mio el ardor de una pasion tan vehemente?

— ¡Ay señor! repuso ella, ¿será tambien posible que olvideis que cada frase que estais pronunciando es una injuria mortal para don Hernando de Castro, vuestro mas adicto y fiel partidario?

Este nombre atrajo la atencion de sir John, quien acercándose al bosquecillo reconoció en breve á la amable Constanza en la persona de la incógnita que intentaba substraerse á las importunidades del moro. Inflamóse de indignacion al ver insultado en la preciosa jóven un sexo á quien, como cumplido caballero, respetara casi al igual de la Divinidad. Apoderado el moro de una mano de Constanza, imprimia en ella mal de su grado mil y mil besos á cual mas ardoroso y frenético. Sir John se adelanta, y con el ademán mas imponente le ordena que suelte su presa; pero aquel enfurecido al verse contrariar en ocasion tan importuna, profirió terribles y repetidas imprecaciones, mandando imperiosamente al extranjero que se retirase.

— No, seguramente, ¡ por San Jorge! repuso el caballero inglés; no me apartaré de aquí sin que me acompañe esta dama á quien ultrajais tan cobardemente.

— Salid de aquí, ó temblad, exclamó el moro enardecido.

— ¡ Yo temblar! repitió el caballero en mas elevado acento. Me llamo sir John Chandos, á quien jamás hizo temblar amenaza alguna. A ti, moro soez, te toca huir, antes que me sea preciso emplear la fuerza para salvar á tu víctima.

— ¡ Por Santiago que esto es ya demasiado! ¿ Sabeis acaso, orgulloso caballero, que por mas poder que resida en sir John Chandos, hay otras personas cuyas órdenes son aun mas poderosas, á lo menos en este reino?— Alejaos pues sin demora.

— Ya os declararé mi resolucion, y me hallo dispuesto á seguirla y arrostrar sus consecuencias. Os manifesto que

no me apartaré de este sitio sino es en el único caso que esta dama lo exija así.

— Sal de aquí , digo , repuso el moro ya frénético , aléjate en este instante , y sepas que soy el rey don Pedro de Castilla.

— ¡ Tú el rey don Pedro ! repitió el caballero con ademán de desprecio . ¡ Por Dios , que mientes ! y no eres mas que un cobarde impostor ! Un noble rey de Castilla mira con horror la pérfida acción con que has querido mancharte , y el vil disfraz con que no te avergüenzas de cubrirte . No , no , don Pedro es incapaz de usar de violencias con una de las damas de su corte , y menos con la prometida esposa del mejor de los caballeros castellanos , del noble , del generoso don Hernando . No esperes engañarme : el rey no se humilla á tal vileza , y hubiera al menos tenido bastante orgullo y prevision para callar su nombre en el momento mismo en que llegara á deshonorarlo .

El rey (pues era efectivamente el mismo) conoció la justicia de esta reconvencion , y el sentimiento de su propia dignidad , unido á un noble orgullo , impuso desde luego silencio á su cólera y deseo de venganza . Se penetró de que la prudencia le ordenaba guardar rigorosamente su incognito , y estaba además bastante seguro de la generosidad de Constanza para temer que por su parte fuese revelado . La vergüenza y el disgusto de ver malogrado su proyecto penetraron á un tiempo su corazón ; pero la vista del valiente caballero le dió suficiente vigor para comprimir su furia .

Jamás conociera don Pedro el temor : era emprendedor y valiente : pero ser sorprendido por uno de sus ilustres aliados en el momento mismo de cometer una acción tan indigna era una humillación á la que no podía resolverse , y por esto tomó desde luego su partido .

— Tienes razón , añadió con triste ademán , el rey de Castilla no se hubiera conducido de un modo tan indigno de su carácter ; y así me retiro , no porque me intimiden

tus amenazas, sino porque reconozco cuan justas son tus reconvenciones. Señora, continuó con acento mas bajo, perdonad la falta de galantería de que me confieso culpable. Yo me fio en vuestra generosidad, guardad el secreto en favor del moro arrepentido. Y terminadas estas frases desapareció.

Sir John Chaudos escoltó entonces á la bella Constanza hasta el pabellon de su padre, del que se habia hecho salir bajo el pretexto de una órden de la princesa que la llamaba á la tienda real. Al llegar á la habitacion de don Egas no quedó sir John poco sorprendido al ver al rey que estaba hablando con el astuto cortesano, y que con el ademán mas afable salió al encuentro de Constanza. Con razon habia sospechado que el pretendido moro no era otro que don Pedro; mas al presente no podia explicar como se encontraba allí, porque á no tener la rapidez del rayo, le parecia imposible que hubiese podido desprenderse tan pronto de su disfraz. No ofrecia, además, su fisonomía el menor resto de agitacion; su ademán era noble y sosegado, y sus modales con sir John estaban llenos de dignidad.

— Señor don Egas, dijo sir John, vuelvo á vuestros cuidados paternales una señora que acabo de salvar del insulto....

— ¡Vive Dios! exclamó don Egas, ¿y quién se ha atrevido á insultar á mi hija?

— Por nuestra parte, señor caballero, interrumpió el rey, os quedamos muy obligados por este servicio; y podeis estar seguro que no se apartará de nuestra memoria.

— Ningun reconocimiento merece, señor, respondió sir John, pues solo he cumplido con mi obligacion; mas me sorprende que este moro soez se haya permitido semejante ultraje en medio de Sevilla y tan cerca de la real tienda; y así me parece que este negocio merece ser examinado de muy cerca.

— Y lo será, no lo dudeis, respondió don Pedro con la mas perfecta serenidad, pero es bien difícil impedir que se

cometan algunos desórdenes en una ocasion en que toda la ciudad nobles y plebeyos se entregan al placer con un ardor que nada sabe contener. Algun mezquino bufon se habrá permitido espantar con sus truhanerías á la bella Constantza; pero empeño mi real palabra de que no volverá á renovarse semejante ofensa.

Despues de este incidente, que sirve para caracterizar á don Pedro y á sir John, nada aconteció de notable durante las fiestas. Lor juegos, los placeres y regocijos se sucedieron sin interrupcion, de tal suerte que perdieron su efecto por su monotonía. Pero el último dia de las fiestas aconteció un incidente digno de particular mencion.

Seguido el rey de una brillante cabalgata, recorria segun costumbre, estas escenas de regocijo, cuando fue detenido en su marcha por un juglar, que suplicó con muchas instancias hablar con él.

Creyendo don Pedro buenamente que se trataba de alguna nueva bufonada, ordenó que se le dejase aproximar.

— Y bien, burlon, le dijo, ¿qué me quieres?

— Señor, guardeos el cielo, y la Virgen santa.

— Vamos pronto al caso.

— Si V. A. gusta de dirigirse hácia las orillas del rio, gozará de un espectáculo inesperado que no podrá dejar de sorprenderle mucho.

— ¿De qué se trata? dijo el rey.

— No puedo decirlo, porque el efecto de la sorpresa quedaria frustrado. Adelantaos, poderoso señor, y cuando llegueis á la orilla, atended á una galera primorosamente adornada: allí es donde debe tener lugar la fiesta.

Al decir estas palabras se inclinó el juglar profundamente, y volviéndose el rey á los de su comitiva les dijo sonriéndose:

— Señores, no hay que perder un instante para gozar de un espectáculo que tanto debe sorprendernos: partamos pues al momento.

Los caballeros se dirigieron con el rey hácia el paraje

señalado, y apenas hubieron llegado á él, cuando observaron efectivamente una elegante galera, que se adelantaba con ligereza por entre las cristalinas aguas, sobre las que se deslizaba.

Estaba adornada de innumerables banderillas, pero lo que mas atrajo la atencion del rey fue una bandera en que se veian las armas del papa. Se acercó el rey á la ribera para ver de mas cerca este fenómeno, y con gran sorpresa suya reconoció en la popa del ligero bajel á un preste adornado con sus vestiduras sacerdotales, y asistido de dos acólitos. No sabia don Pedro que juicio formar, pues si era efectivamente una bufonada, no debia ignorarse que no seria de su gusto, y así esperó con paciencia la solucion del enigma. La galera se hallaba entonces inmediata á la orilla: don Pedro y su comitiva parecian entregados á una total suspension, cuando el sacerdote se adelantó hácia él costado del buque con un libro abierto y un rollo de papel en la mano.

— ¡Protéjanos el cielo! exclamó don Hernando, este preste se parece en extremo á aquel arcediano, cuya presencia en Castilla ha causado ya tantos rumores sediciosos.

— Él mismo es, dijo el rey; pero veamos que intermedio ha inventado este santo hombre para nuestra diversion.

Apenas acabara de hablar don Pedro, cuando el arcediano se arrodilló, y despues de haber orado al parecer con fervor, se levantó, santiguóse, y dijo en alta y sonora voz:

— Rey de Castilla, y vosotros todos castellanos, escuchad con respeto el justo decreto de la Providencia. En nombre de Dios, y delegado por su santidad el papa Urbano V. excomulgo aquí á don Pedro de Castilla, hijo de don Alonso, en castigo de sus crímenes multiplicados contra Dios, y contra los hombres, y particularmente por el asesinato del maestro de san Bernardo, y de otros muchos dignos eclesiásticos. Releva su santidad á los vasallos de don Pedro del juramento de fidelidad, y confiere el reino que ha mancillado con su presencia á su bueno y virtuoso her-

mano don Enrique, comunmente llamado el conde de Trastamara, pero al presente y con todo derecho soberano legitimo de Castilla.

— Apenas acabara el arcediano su osado discurso, cuando don Pedro, ardiendo en ira, impelió su caballo hácia el rio, y descargó un furioso golpe que solo llegó á los bordes de la galera, y de consiguiente no pudo alcanzar al objeto de su furor. Este ataque fue tan repentino, que los marineros apenas tuvieron tiempo para empuñar los remos; pero al fin la galera se alejó, y se la vió huir con una rapidez extraordinaria. Era muy ligera, y desplegaron los marineros una agilidad prodigiosa.

El arcediano, sin embargo de que conocia el carácter del rey, estaba penetrado de un visible terror. Suplicaba á los marineros que redoblasen sus esfuerzos, y les prometia recompensar ampliamente su celo. Mientrastanto el caballo de don Pedro, estimulado por la espuela, trataba de alcanzar á la galera, exclamando el rey con una voz de trueno:

— ¡Maldito arcediano! ¿porqué huyes de esta suerte? ¿qué has hecho de tu celo y valor? detente, traidor, hipócrita, y atrévete á esperar á don Pedro armado con su espada, y tú con tu bula de excomunion!

No pudo don Pedro á pesar de sus esfuerzos alcanzar á la galera, y su furor se acrecentó hasta el mas alto grado cuando hubo perdido toda esperanza de descargar su rencor sobre el arcediano, que hallándose ya fuera del alcance del rey, le exasperaba mas con sus gestos insultantes.

Pero un nuevo motivo de inquietud vino á llamar la atencion del rey y de la mucha gente que cubria la ribera del rio. El caballo de don Pedro, exhausto de cansancio, perdió pie, y se fue alejando de la orilla. Alarmados Hernando, y algunos otros de su comitiva, del peligro inminente en que el rey se hallaba, se arrojaron en un esquife para ir en su auxilio, y consiguieron salvarlo á fuerza de diligencia, pero el caballo fue arrebatado por la corriente. No podia apartar el rey la encarnizada vista de la galera fugitiva, que ya no

se demostraba sino como un pequeño punto sobre la superficie del agua.

— ¡Miserable! exclamó en uno de sus transportes de furor, ¡no he visto atrevimiento igual! ¡Oh! si llegase á caer en mis manos! muy en breve lo enviaria á hacer compañía al maestro de san Bernardo, y en cuanto al papa, mejor hiciera en ocuparse en sus negocios, que en repartir reinos que no le pertenecen. Sí, sí, que venga Trastamara á reclamar mi corona, en vista de la donacion del papa, y yo le prometo un acogimiento brillante.

Este acontecimiento hizo nacer muchas dudas y sospechas entre la multitud de espectadores de esta escena extraordinaria. Los enemigos de don Pedro se felicitaban secretamente de un suceso que podia conducir á una revolucion favorable; mientras que los partidarios del mismo veian con sentimiento un incidente que manifestaba el secreto poder de los conspiradores. El dia se terminó con una silenciosa lentitud, y las fiestas se concluyeron así mismo de un modo tan lúgubre y monótono, como alegre y bullicioso habia sido su principio.

XIX.

La ingratitud.

Habiendo concluido los regocijos nupciales, se dirigió don Hernando al rey para reclamar el cumplimiento de su palabra. Recibióle don Pedro con un gesto embarazoso y frio, que parecia anunciar cuanto habia decaido el afecto que profesaba á su fiel y adicto vasallo. En efecto, la presencia de Castro era una reconvencion continua para el rey; le era imposible disimular por mas tiempo la mortificacion que por ello experimentaba, y este frio acogimiento nada anunciaba que fuese favorable al noble Castellano; pero asegu-

rado este de la justicia de sus derechos, no se dejó intimidar por esto, é introdujo la proposicion que formaba el objeto de su venida.

— Señor, le dijo, vengo á recibir de vuestras reales manos la recompensa que hace tanto tiempo estoy aguardando.

No le dió don Pedro el tiempo necesario para continuar: arrojó sobre él una impaciente mirada, y exclamó con tono áspero.

— ¡ Por vida del cielo ! ¡ con qué jamás he de tener un momento de reposo ! Al paso que me veo rodeado de conspiraciones y desafectos, y acaso próximo á ser obligado á tomar las armas de nuevo para la defensa de mis derechos, no tienen reparo mis vasallos en venirme á fastidiar con la relacion de sus amores.

— Señor, le respondió el Castellano con respeto, yo no veo que relacion pueda tener mi enlace con los negocios del reino. Aquí no se trata de una nueva súplica, sino tan solo pido el cumplimiento de vuestra real palabra.

— No se debe, don Hernando, juzgar la conducta de un soberano por las reglas ordinarias, pues á veces le obligan las circunstancias á variar de opinion.

— ¿ Qué debo pues inferir de tan extraña mudanza ? dijo don Hernando con visible agitacion.

— Esto no es difícil de adivinar, respondió don Pedro con frialdad.

— ¡ Cómo ! pues... ¿ os oponéis á mi súplica ?

— Es muy cierto, contestó el rey, abandonándose á la violencia de sus pasiones, y volviendo la espalda á Hernando.

El Castellano quedó por un momento herido del rayo: tenia los brazos cruzados, y sus ojos lanzaban chispas de furor y desprecio. Un violento combate se obraba en su interior; no pronunció una palabra, ni manifestó el menor gesto de indignacion por la ingratitud del rey, y volviéndose á este, se inclinó profundamente, y se retiró.

Esta firmeza de espíritu no dejó de inquietar á don Pe-

dro. Llegó á temer que se habia excedido con Castro, y que en medio de la amargura que sufría, no adoptase este alguna medida violenta para llegar á su objeto, y oponerse á los deseos del rey. Se hallaba este vivamente agitado: mil pasiones á cual mas violenta se movian en su seno; se puso lánguido y melancólico, y hasta sus mas fieles partidarios evitaban su encuentro. En esta situacion su carácter, naturalmente irascible, se hizo aun mas áspero, y el fuego que lo devoraba adquirió mayor incremento. Las prisiones y confiscaciones se renovaron entonces: la menor ofensa era castigada con el mayor rigor, y en todas las clases de la sociedad reinaba el descontento, y las quejas y murmuraciones se hacian oír por todas partes. Los conspiradores triunfaban, y los amigos del rey se estremecian al ver la tempestad que se formaba sobre su cabeza, y que no podia dejar de reventar con violencia en la primera ocasion que se presentase. Indignado el príncipe de Gales por las arbitrarias medidas del rey, y alarmado por las numerosas quejas que le llegaban diariamente, resolvió adoptar otros medios mas enérgicos que aquellos que empleara hasta entonces. Extremecióse con la sola idea de que podia ser acusado de complicidad con un tirano, pues que su nombre y el de sus caballeros se hacian oír tambien en medio de los siniestros rumores que el descontento hacia circular en Sevilla.

Otros muchos motivos de queja se presentaban además contra el rey y en favor del príncipe, porque no atendía don Pedro á sus reclamaciones dirigidas al cumplimiento del tratado que celebrara con él, y bajo cuya garantía habia conducido sus tropas á España. Las brillantes promesas que hiciera en tiempo de la adversidad habian sido olvidadas sobre el trono, y solo las contestaciones evasivas eran la única recompensa que los ingleses hubiesen recibido hasta entonces, hallando siempre don Pedro algun especioso pretexto para diferir el cumplimiento de su palabra.

Semejante conducta excitó la indignacion de los caballeros ingleses, y sus quejas y murmuraciones impelían á que

tomase Eduardo alguna medida vigorosa. Siendo su presencia en España tan indispensable, según el estado en que se hallaban los intereses del rey, se resolvió á amenazarle que desde luego se pondria en marcha si no se cumplia el tratado con toda exactitud. En su vista se dirigió al alcázar acompañado de sir John Chandos, de sir Roberto Knolles, y de otros caballeros los mas distinguidos.

— Señor, dijo al rey al llegar á su presencia, el príncipe de Gales y sus valientes compañeros no pueden permanecer por mas tiempo pacíficos espectadores de las violentas escenas que diariamente ocurren en Sevilla. Habeis faltado á las condiciones de nuestro tratado; la sangre ha inundado de nuevo á esta desgraciada ciudad: la muerte de don Martin Yañez, la del maestro de San Bernardo, y especialmente el cruel suplicio de doña Urraca, han penetrado de horror á todos los corazones nobles y generosos.

— Príncipe mio, interrumpió don Pedro con amargura; ¿venis acaso á predicar la penitencia al rey de Castilla? Dejad, por vida mia, este cuidado á los buenos canónigos, que han tomado tan á pechos la salvacion de mi alma, que me estan excomulgando piadosamente tan solo para bien mio.

— Señor, repuso Eduardo, no vengo á daros consejos, pues me imagino que en este momento serian mal recibidos, y si únicamente á recordaros el tratado que habeis infringido, y las promesas que habeis violado, todo en fuerza de las justas quejas de mis tropas.

— Continudad, querido primo, dijo el rey irónicamente, nadie os lo impide; sin embargo, si vuestro objeto es amenazarme, debo quitaros este trabajo, pues seria perder tiempo con don Pedro de Castilla.

— ¡Por san Jorge! exclamó sir Chandos, que el rey lo ha acertado; efectivamente, demasiado tiempo hemos perdido cerca de su persona, y ojalá que fuese esta nuestra única pérdida.

— Parece, señor de Chandos, dijo el rey, que os hallais esta mañana dispuesto á chancearos: tanto mejor, pues gus-

to de ver á mis amigos de buen humor.

— Se vale V. M. de medios bien singulares para conseguirlo, respondió sir John.

— Señor, repuso gravemente el príncipe Negro, yo os diré en pocas palabras el objeto de mi visita. No conteis mas con nuestra asistencia en España, pues estamos dispuestos á salir de ella tan luego como se hayan concluido los preparativos necesarios al efecto.

— Como gustéis, dijo don Pedro muy sereno: no haré el menor esfuerzo para oponerme á vuestros deseos. Podia, no hay duda esperar una declaracion mas amistosa de parte de un pariente en el momento en que la tranquilidad de mi reino se ve de nuevo amenazada, pero el papel de suplicante solo merece mi desprecio.

— No siempre ha sucedido así, añadió el príncipe irónicamente.

— Pero no me hallaba sobre el trono, repuso vivamente el rey; era entonces un miserable proscrito, y no el reconocido soberano de toda la Castilla, y ¡por Dios, y Santiago! es bien seguro que no envileceré la dignidad de mi corona con la menor señal de debilidad. ¡Justo cielo! ¿me verá acaso insultado hasta dentro de mi alcázar por aquellos que tan solo por haberme prestado algun servicio, se creen desobligados del respeto debido á un monarca dentro de su propia corte?

— Señor don Pedro, respondió el príncipe de Gales con mucho esfuerzo, no me hallaba preparado para oír una respuesta tan extraordinaria á las justas quejas de vuestros aliados. Es mas que extraño el que os considereis desprendido de las mas sagradas obligaciones, tan solo porque habeis vuelto á subir sobre el trono. Pero, ¡monarca ingrato! ¿quién os ha respuesto sobre ese trono? ¿No son acaso los mismos hombres á quienes os atreveis á ultrajar con un lenguaje tan injurioso? Compañeros míos, añadió dirigiéndose á su comitiva, no ofendamos por mas tiempo con nuestra presencia al glorioso rey de Castilla: partamos. Di-

jo, é inclinando friamente la cabeza se retiró.

Presenció don Pedro esta escena con mas satisfaccion que disgusto. Largo tiempo hacia que se hallaba cansado de las instancias que repitiera el generoso Eduardo á fin de que adoptase otra conducta, y obligándole su presencia á contenerse habia llegado á serle gravosa. Muy en breve se esparció la noticia de que el príncipe Negro iba á salir de España, y fué recibida con alegría por la mayor parte del pueblo: prueba manifiesta del rencor que generalmente profesaban al rey. Los grandes que le eran opuestos desplegaron un nuevo grado de insolencia, y las esperanzas de los partidarios de Trastamara se acrecentaron al mismo tiempo.

Mientras tanto don Hernando de Castro, cruelmente lastimado de la ingratitud del rey, habia ido á participar á Constanza el mal éxito de su negociacion, que escuchó sin manifestar sorpresa ni disgusto, tratando al contrario de disipar la pesadumbre de su amante con las expresiones mas afectuosas.

— ¡Oh Hernando! le dijo con ternura: no turbe vuestra tranquilidad la ingratitud de un rey tan malvado! He reflexionado acerca de los medios que debo emplear para substraerme en lo venidero á las odiosas persecuciones del rey; llegó ya el momento de ejecutar una resolucion meditada hace largo tiempo, y si la aprobais, no me detendré en practicar lo que me dictan mi corazon y discernimiento.

— Hablad pues, querida Constanza, en la agitacion en que fluctua mi espíritu, adoptaré gozoso el partido que me aconsejais.

— Mañana, continuó Constanza, marcharé para nuestra antigua morada de Valpardo. Es aquel un sitio enteramente aislado, y allí bajo la proteccion de mi tia, me encontraré al abrigo de las persecuciones. No instruiré á mi padre de esta resolucion, porque mientras subsistan sus ambiciosas esperanzas, tratará de frustrar mis proyectos. En las presentes circunstancias este es el único plan que

pueda ofrecernos alguna expectativa de escapar á las desgracias que nos amenazan y asegurar nuestra futura felicidad.

Brillaban de gozo los ojos del Castellano al escuchar estas palabras, y despues de haber estrechado á Constanza la di-
jo con ternura:

— ¡Querida mia! ¿qué frases podrán expresar debidamente el reconocimiento y amor de que me hallo penetrado? Mas temo que vuestro proyecto no sea tan fácil de ejecutar como pensais. Si por efecto de vuestra prudencia no instruí á vuestro padre de este plan, y si yo mismo debo permanecer en la corte, ¿quién os acompañará á vuestro retiro? ¿Dónde encontraré una escolta, á la que pueda confiar tan precioso depósito?

— Ya tengo conductor elegido, dijo Constanza sonriéndose: es de condicion humilde, mas tiene una integridad á toda prueba, y además os es enteramente adicto.

— Cómo se llama?

— Pimiento, vuestro honrado escudero. Conoce perfectamente todos los caminos y sendas mas disimuladas y seguras que conducen á Valpardo. Me ha servido de guia mas de una vez, y está tan orgulloso con la confianza que hago de él, como yo segura de su celo. Escoged tan solamente algunos hombres valientes que nos acompañen, y en pocos dias me hallaré en seguridad con el auxilio de Dios.

En medio de un transporte de gozo prometió Castro obedecer sus menores deseos, y fué decidido que para la noche siguiente quedarian hechos los preparativos necesarios, y que á deshora Hernando mismo conduciria á su amada Constanza á la puerta de Triana, donde le aguardaria la escolta.

Retiróse Constanza para preparar todo lo necesario para la marcha, y Hernando fué á dar á Pimiento las instrucciones convenientes. El anciano escudero no tardó en acudir al llamamiento de su amo, quien se atemorizó al observar la inquietud y el dolor que se miraban impresos sobre la

fisonomía de este valiente súbdito, que se paseaba aceleradamente por la habitacion con aspecto agitado, como hombre dispuesto á anunciar una mala noticia.

— ¿Qué significa, Pimiento, esta emocion? exclamó Hernando.

— ¡Válganos el cielo! señor, dijo el escudero, nos llamamos al borde de un espantoso precipicio: ¡qué desgracia!

— Explicaos, mi buen amigo, me haceis estremecer.

— El buen príncipe inglés se halla enfermo de gravedad, y se cree que le queda muy poco tiempo de vida.

— ¡Gran Dios! exclamó Hernando consternado; acaso te engañas, Pimiento: si esto fuese cierto, mi amigo sir John Chandos me hubiera instruido de ello.

— ¡Ah! señor, respondió tristemente el escudero, esta desgracia no es sino muy cierta; ¡ojalá que me engañase! pero me encuentro muy bien informado. El príncipe Negro está muy malo, y lo que es peor, sospecho, ó mas bien, sé positivamente que ha sido empleado algun medio diabólico para dar la muerte á este valiente caballero.

— ¿Qué quieres decir? exclamó Castro horrorizado.

— Señor don Hernando; contestó Pimiento con voz baja y dirigiendo sospechosas miradas, al paso que levantaba las manos hácia el cielo. — Mi querido amo, harto cierto es que algun maléfico encanto ha sido empleado con el príncipe!

— Callad, Pimiento: ¡qué locura! no debeis abandonaros á unas ideas tan supersticiosas.

— Señor, dijo el escudero moviendo la cabeza con aire afligido, ¿porqué os obstinais en dudar de ciertas cosas que han sido probadas de un modo incontestable? Recordad, señor, de que suerte fué hechizado el noble marqués de Mantua.

— Bien, bien, pero el tiempo de las brujas ya pasó, y gracias á Dios nos vemos ya libres de todos esos hechizos.

— ¡Jesus, María! exclamó Pimiento santiguándose, no

estamos aun completamente libres de estos espíritus malignos como lo imagináis; debéis saber tan bien como yo, que el barrio de Triana abunda aun de esta mala gente. No puedo transitar sin horror por ciertas calles apartadas, y cuando me veo obligado á pasar por ellas, tengo cuidado de recoger todos mis pensamientos, y hasta que salgo de tan funestos sitios mi espíritu está absorto y ocupado en súplicas fervientes y continuas.

— Semejante conducta merece mi aprobacion, respondió Hernando con gravedad, pues en todo acontecimiento la oracion es siempre buena y útil, aunque yo niegue su influencia sobre ciertos seres que no han existido, segun creo, sino en la exaltada imaginacion de las gentes crédulas.

— Perdóneos Dios, dijo el anciano con fervor. ¿Posible es que no queráis asentir á lo que han reconocido los mas sabios doctores? ¿Y habrán podido engañarse tantos sacerdotes y canónigos versados en la teología? ¡Ah señor! recordad tan solamente los muchos hombres y mujeres que en diversos tiempos y lugares han sido quemados por el crimen de brujería; este es un hecho que no admite réplica.

— No lo pongo en duda, dijo Hernando sonriéndose; pero esto sucedió por efecto de la ignorancia de sus jueces, y no en vista de los delitos que se les imputaban. Mas dejemos este punto, y decidme: ¿qué sabéis acerca de la enfermedad del príncipe Negro?

— La dolencia del príncipe, respondió Pimiento, es originada, segun la opinion general, por un filtro mágico que se le ha hecho tomar durante las últimas fiestas, bien sea incorporándolo en su bebida ó alimento, ó de otra suerte, lo que no me es conocido, pero de lo que estoy bien seguro, y lo juraria por cuanto hay de mas sagrado, es que he visto á esta poderosa y detestable hechicera de Celestina, encontrarse tres veces con el príncipe, y echar sobre él miradas siniestras y de mal agüero; sí, la he visto con sus luengos y descarnados brazos, y blancos cabellos esparcidos sin orden sobre sus espaldas, manifestar con horribles

gestos todo el maligno gozo del diablo que la posee. ¡Eterno Dios! solo este recuerdo me hace estremecer, y mis sueños me renuevan con frecuencia tan espantosa vision.

— Escucha, Pimiento, le dijo Hernando con sosiego, me resuelvo á creer que la indisposicion del príncipe no es peligrosa: vuestros temores y ridiculas ideas os han hecho exajerar el mal. Hace ya algun tiempo que su salud es bastante débil, lo que atribuye á la influencia de este clima ardiente, y no al mágico poder de la vieja Celestina y de sus compañeras de Triana. Sin embargo, voy al momento á presentarme al noble Eduardo para saber la verdadera causa de su dolencia; pero antes debo haceros conocer un proyecto encuya ejecucion necesitaré de vuestros servicios.

— Explicaos, señor don Hernando, contestó el escudero alborozado; pues ya sabeis que mi mayor placer es el de poder ser útil al mejor de los caballeros castellanos.

— Preciso es que antes te desprendas de tus ridiculos temores, repuso el castellano con afabilidad, pues debes encargarte de una mision que seria deseada por el mas valiente caballero.

Brillaron de gozo los ojos de Pimiento, quien levantó la cabeza con ademan de orgullo. La sola idea de desempeñar el papel de caballero, era para él la mayor felicidad; hubiera arrostrado la misma muerte para llenar un deber tan glorioso, y hasta se hubiera expuesto á los encantos de Celestina; pues que no ignoraba que los buenos caballeros, y los que aspiran á este titulo, no deben retroceder ante el poder sobrenatural de las brujas y encantadores.

— Voy á confiarte una dama, le dijo Castro, á fin de que la conduzcas á uno de sus castillos; á media noche debes estar dispuesto, en cuya hora saldrá contigo de Sevilla doña Constanza.

— Señor, ¡Jesus me valga! ¿qué es lo queis decir? ¿y el señor don Egas?

— Debe ignorar por algun tiempo este acontecimiento. Pero, Pimiento, ¿á qué viene este aspecto de suspension?

Crees tú que Hernando de Castro quiera emprender, cosa alguna que pueda perjudicar á su honor? ¡Quita allá! Deberías conocermelo mejor.

— Pero, señor, perdonad mis escrúpulos, sí...

— Acállalos por importunos. La seguridad, el honor de Constanza y el de tu amo, exigen que salga secretamente de estos sitios. La misma Constanza es quien desea esta prudente medida; así pues, ¡en nombre del cielo! prepárate para ejecutar las órdenes que te he dado, y puedes hacerlo sin daño de tu conciencia.

— Basta, señor; á vos os toca mandar, y á mí obedecer, y mi conciencia se halla ya tranquila. Si tal es el gusto de la señora doña Constanza, y si se trata de su honor y del vuestro, no hallaréis obstáculo alguno de parte de vuestro humilde y fiel servidor.

— Muy bien dicho, Pimiento, y tengo por ocioso decirte que este asunto exige el mayor secreto.

— Seré, señor, tan mudo como un sepulcro.

— En ti confío, amigo mio; y así voy sin más demora á ver al príncipe.

Dichas estas palabras, se dirigió Hernando hácia la morada del ilustre extranjero, dejando al escudero entregado á toda su alegría. Se hallaba Pimiento como elevado á su propia vista, por que la mision que se le encargaba, y de que dependia el honor y felicidad de su amo y de la encantadora Constanza, le parecia ser el non plus ultra de la confianza que un caballero podia manifestar á su escudero, y las últimas frases de su amo acabaron de desterrar de su ánimo la menor inquietud.

Introducido mientras tanto don Hernando en la habitacion del príncipe, lo halló tendido sobre su lecho, y rodeado de sus fieles amigos, cuyas fisonomías expresaban un dolor profundo. Se presentaba Eduardo extremadamente débil, y con un notable abatimiento esparcido en todas sus facciones. Era sin duda una escena imponente y terrible la que ofrecia este formidable guerrero, el mas firme apo-

yo de la caballeria, á quien su extraordinaria fuerza y valor parecian elevar sobre los azares de la fortuna, sujeto ahora á la comun ley de la mortalidad. Un profundo silencio reinaba en la habitacion, y Hernando se mantuvo á cierta distancia por algun tiempo, como si temiese turbar este solemne silencio; pero Eduardo lo conoció, y le hizo seña de que se acercase; el Castellano obedeció.

— Don Hernando, dijo con débil pero asegurada voz, ya veis á Eduardo de Gales en diferente posicion que en el campo de batalla de Nájera. ¡Cúmplase la voluntad del Todo poderoso! no me era dado gozar de la gloria y placeres del mundo sin conocer tambien sus amargas.

— Animo, querido príncipe, le dijo el Castellano, esta prueba pasará de la propia suerte que la obscuridad de una noche de verano roba por escasas horas el esplendor del sol. Pero, decidme, sir John, añadió, dirigiéndose á este, ¿á qué causa se atribuye la enfermedad del príncipe?

— Querido amigo, contestó este, cuando los médicos no estan acordes, ¿cómo pudieran los ignorantes caballeros dar su opinion sobre esta materia que les es enteramente desconocida? No sabemos conciliar los diferentes pareceres de los tres doctores que han visitado sucesivamente á nuestro noble príncipe. El médico inglés pretende que algun secreto enemigo le habrá hecho beber algun maléfico licor: el doctor castellano afirma que el mal del príncipe es obra de la magia; y solo ha pasado un instante desde que el médico hebreo aseguraba que nuestro buen amo se hallaba atacado de una fiebre producida por el calor del clima unido á alguna otra causa accidental.

— ¡Y, por san Jorge! dijo Eduardo, este es el mas cuerdo de los tres, y así pienso seguir sus órdenes.

— En cuanto á mí, repuso sir Roberto Knolles, con ademan desconfiado, no me hallo distante de seguir la opinion del doctor inglés. Acordaos, príncipe mio, que muchos cobardes han empleado frecuentemente el veneno contra enemigos que no pudieran atacar abiertamente sin peligro.

— Aprecio tu adhesion, respondió Eduardo; mas tus sospechas son tan mal fundadas como poco generosas: ¿quién pudiera quererme tan mal?

— ¿Quién? noble príncipe, exclamó sir Roberto, los partidarios de Trastamara, y aun los de don Pedro, aquellos para librarse de un obstáculo que se opone á sus proyectos de rebeldía, y estos por instigacion de su rey.

— Sir Roberto, interrumpió don Hernando con calor, me parece que olvidais la cortesía, que debe ser el patrimonio del verdadero hidalgo, cuando en presencia de un noble castellano os permitis acusaciones tan gratuitas como odiosas contra su rey y fieles partidarios; don Hernando de Castro se cuenta en este número, y por lo mismo debe manifestar su sorpresa y justa indignacion al oír tan baja calumnia de la boca de un aliado.

— Señor castellano, respondió sir Roberto, con elevado tono, ningun derecho reconozco en el rey de Castilla sobre mi persona, y á nadie consentiré el de oponerse á mis opiniones: así pues, si algun caballero pretende....

— ¿Qué vais á decir, sir Roberto? exclamó el príncipe viendo el giro demasiado serio que iba tomando este altercado. ¿Ningun miramiento quereis tener ya por amor á vuestro príncipe postrado en el lecho del dolor? Cese ya semejante disputa. Me hallo bien persuadido de que el hebreo tiene razon, si me niego á sospechar de aquellos que me rodean, bien sean enemigos ó aliados, creo debierais absteneros de expresar vuestra opinion en mi presencia. Además son vuestras palabras no solo impropias, sino escogidas al parecer expresamente para romper todos los vínculos de paz y amistad, cuando las proferis delante de un valiente caballero, tal como don Hernando de Castro, á quien honro como uno de los mas nobles y generosos guerreros de la cristiandad.

— La intervencion del príncipe puso felizmente un término á esta discusion desagradable. Los caballeros estrecharon sus manos; mas no pudo sir Roberto alejar de su ánimo las

sospechas que concibiera, y así, despues de la salida del Castellano, se aventuró á reproducir la materia, á pesar de la interposicion de su amo.

En efecto, los mas sigulares rumores circulaban en Sevilla acerca de la dolencia del príncipe inglés; pero eran demasiado extraños y contradictorios para que obtuviesen el menor crédito. Aseguraban algunos con mucha reserva que habia sido envenenado, pero que el veneno no tuvo bastante actividad para producir el efecto apetecido. Esta opinion era la de dos clases de personas bien distintas, pues mientras que unos atribuian este crimen á los partidarios de Trastamara, que querian á cualquier precio desembarazarse de un enemigo tan formidable; pretendian otros que solo el rey, cuyo carácter violento y provocativo era sobradamente conocido, podia haber cometido este delito para librarse á un mismo tiempo de un acreedor de tal peso, y de un incómodo censor, cuyas advertencias no podia ya sufrir.

Los partidarios de don Pedro y los de su hermano se acusaban pues mutuamente, mientras que una gran parte del pueblo seguia la opinion de Pimiento, persuadiéndose que la enfermedad del príncipe era debida al efecto de un encanto mágico; y solo los mas sensatos creian, lo propio que el mismo enfermo, que el clima era la única causa de su dolencia.

Regresó el castellano á su morada con un ánimo muy agitado. El arriesgado y temerario paso que iba á emprender en órden á Constanza, y que le expondría al resentimiento del rey, aumentando su natural irritabilidad; la próxima marcha de los aliados, y sus motivos de queja; todo se unia para alimentar en su espíritu las mas penetrantes ideas. Mas se esforzó en acallar sus temores y serenarse, porque era forzoso se dedicara á preparar todo lo necesario á fin de que se efectuase la fuga de su amada Constanza.

XX.

Las pruebas.

La noche se hallaba muy adelantada , y un silencio sepulcral reinaba en todas las calles de Sevilla , cuando Hernando de Castro condujo á su bella compañera á la puerta de Triana , donde Pimiento y su escolta los esperaban con impaciencia. Las facciones del Castellano llevaban impreso el sello de la tristeza , y pasaron despues á expresar el mas vivo dolor , cuando llegó el momento de su separacion. Constanza manifestaba al contrario una alegría que se presentaba poco conforme en semejante ocasion. La certeza sin embargo de escapar á las penosas importunidades del rey , y la agradable perspectiva de una próxima reunion con el objeto de su afecto , justificaban de alguna manera una disposicion de espíritu tan contraria á la de su amante. Es cierto que don Hernando se abstuviera de comunicarla sus propias reflexiones. Iba á quedarse en Sevilla para soportar todo el peso de la indignacion de don Pedro , y de las justas reconvenciones de su padre. Mucho repugnaba á su delicadeza verse obligado á usar de disimulo con don Egas. Habia adoptado con placer la proposicion de Constanza , como el único partido que pudiese sacarles de una situacion tan difícil ; mas cuando reflexionaba con madurez los inconvenientes que se presentaban , no era dueño de sosegar su espíritu.

Tal es la imaginacion del hombre ; ¡ mas cuán diferente es la de la mujer , y especialmente la de la que ama ! Reflexiona largo tiempo antes que su natural timidez la permita acoger una osada resolucion ; mas una vez decidida , prosigue ciegamente y sin temor la senda que se ha trazado , sin permitirse echar hácia atrás la menor mirada , ni

meditar las consecuencias de su procedimiento. En los casos mas apurados es cuando la mujer manifiesta mas energia y resolucion , que aquel que se cree superior á ella. Tales son las razones que pueden explicar las emociones diferentes que agitaban á Hernando y Constanza al tiempo de despedirse.

La pequeña escolta se hallaba dispuesta á marchar. Pimiento á corta distancia sostenia las riendas del palafren de su señora , mientras que Hernando la estrechaba en sus brazos , reiterando sus promesas de amor y fidelidad. Recomendó la mayor prudencia , tanto á Pimiento como á la anciana que iba á servir de dueña á su amada , y volvió á tomar tristemente el camino de Sevilla. Una invencible tristeza se habia apoderado de él : se estremecia involuntariamente , y un sudor frio mojaba su frente. ¿ Era acaso el presagio de alguna desgracia ? Jamás habia arrojado el peligro bajo sus formas mas espantosas : habia bebido la amarga copa del infortunio , y sido educado en la escuela de los sufrimientos y privaciones ; mas sin embargo , su alma fuerte é inexpugnable no se habia sentido jamás oprimida. Con frecuencia se habia separado de Constanza en las circunstancias mas dolorosas ; pero jamás habia experimentado tal dolor en su corazon , y los tristes presentimientos que le abatian. Se hallaba avergonzado de una debilidad tan poco conforme con su carácter , y sin embargo no podia señorear el desaliento que se habia apoderado de él. No era don Hernando superticioso , ni tampoco temia el poder de los encantadores y seres sobrenaturales , que tanta influencia ejercian entonces en España hasta en las clases mas ilustradas.

En esta disposicion se hallaba , cuando entró en Sevilla por una calle larga y estrecha , que tomó maquinalmente. La obscuridad era completa , y el profundo silencio que reinaba en derredor aumentaba mas sus ideas melancólicas. Una luz incierta se descubria únicamente al través de una ventana baja y enrejada ; pero Castro no habia reparado en

ella, y continuaba adelantándose en la calle que retumbaba bajo el peso de su caballo. La luz mudó de sitio, y la ventana se abrió gimiendo sobre sus mohosos goznes. Nuestro héroe dirigió la vista hácia aquel lado, y observó con un sentimiento de horror una figura capaz de imponer espanto en el hombre mas intrépido. Al través de las barras de la reja se avanzaba un largo brazo descarnado, sosteniendo una lámpara, cuyo resplandor sepulcral se reflejaba sobre las facciones de una especie de espectro, cuya vista era errante como en la mortal agonía. Sus lívidos labios, sus mejillas hundidas y disecadas se asemejaban á las de un esqueleto. Sus luengos y encanecidos cabellos pendían desordenados, y un harapo encarnado y sucio, le cubria parte de la cabeza. Era en fin un objeto propio para inspirar horror y disgusto.

Esta era la célebre hechicera Celestina, cuyas predicciones eran tan memorables, y que llegara á adquirir tal ascendiente sobre los crédulos habitantes de Sevilla, que los mismos magistrados temian entrometerse en asuntos en que se hallase interesada. En cualquier otro momento, y bajo la influencia de circunstancias diferentes, esta aparicion no hubiera excitado en la imaginacion de Hernando mas que una desdeñosa indignacion. Mas de una vez ridiculizara las pretendidas adivinaciones de la hechicera, ó vituperara la indulgencia de las autoridades civiles con respecto á ella; pero viéndola ahora de repente en la disposicion de ánimo en que se hallaba, el valeroso Castro quedó un momento inmóvil, como si estuviera bajo la influencia de algun encanto, escapándole una exclamacion involuntaria. Fijó de nuevo su vista en la ventana, y en ella permanecia la hechicera, con la vista vuelta hácia él haciendo un horrible gesto, que la falta de dentadura y sus disecadas facciones presentaban mas espantoso.

— Deteneos y escuchadme, señor don Hernando, le dijo Celestina: sed prudente y circunspecto, pues que aun teneis tiempo para ello; de lo contrario os lamentaréis

cuando vuestros males no tendrán remedio.

— ¡Retírate, abominable bruja! respondió con indignación el caballero, que había tenido tiempo de reponerse. Desprecio tus locos enigmas, y ojalá que tus crímenes é imposturas recibiesen su merecida recompensa.

Una risa espantosa respondió á los denuestos del castellano:

— ¡Loco, loco! exclamó Celestina con énfasis: ¡ay de tí! ¡partidario ciego y obstinado de un tirano! y pronunciando estas palabras se retiró.

— Á fé mia, dijo Hernando para sí, alejándose de aquel sitio, ninguna buena intencion puede haber conducido aquí á esta bruja y á semejante hora: puede acaso auxiliar los proyectos de algunos conspiradores tan eficazmente como cualquiera. ¿Quién sabe lo que se prepara?

Apenas había salido de aquella estrecha calle, cuando se oyó llamar por su nombre: detúvose y reparó en un hombre envuelto en una gran capa que se dirigia hácia él.

— ¿Qué quieres de mí á hora tan desusada? preguntó el castellano, poniéndose en posicion defensiva.

— Nada temais, respondió el desconocido: vengo á veros como amigo, y ojalá que tenga buen éxito mi comision.

— Caballero, respondió gravemente Hernando, cualquiera que sea la causa, no es este el sitio ni el momento á propósito para entrar en explicaciones, mi casa es harto conocida en Sevilla, y solo allí es donde escucho á los desconocidos.

— Aunque precisado á disfrazarme, respondió el misterioso incógnito, no soy desconocido á don Hernando de Castro. En los torneos y saraos nos hemos hallado juntos mas de una vez, y mi familia no es menos noble y poderosa que la vuestra.

— Señor mio, contestó nuestro héroe, vuestros títulos á mi consideracion podrán ser tales como lo decís; mas debeis escusarme si no los tengo en cuenta hasta que me los

hagais conocer; y por ahora id en paz, y dejadme proseguir mi camino.

— Deteneos, señor don Hernando, exclamó el incógnito muy agitado; debo al menos llenar mi encargo, puesto que no quereis escuchar los consejos que pensaba daros para vuestra futura seguridad; tomad esta carta, ella os explicará lo que tenia que deciros. Si os decidís á desempeñar el papel que conviene á todo castellano, volverémos á vernos; de lo contrario, adios, adios.

Al concluir estas palabras desapareció el incógnito, dejando una carta en manos de Castro, quien llegó á su casa sumamente agitado. Apresuróse á romper la neta de la carta, que se hallaba concebida en estos términos:

SR. D. HERNANDO:

« Salid del sueño letárgico en que yaceis: vuestro noble
 « carácter no es apropiado para sostener el poder de un
 « tirano, azote de Castilla, que paga vuestros servicios con
 « la mas baja ingratitud. Pensad en Constanza de Vargas:
 « el déspota os privará en breve de este tesoro, pues ha
 « llegado á aborreceros, y es fácil adivinar hasta donde le
 « conducirá su venganza. ¿Y será posible que el noble
 « Hernando de Castro se someta humildemente á tanta in-
 « dignidad, continuando adicto á un hombre que le des-
 « precia? No es creible: que se junte pues á sus antiguos
 « amigos, á los nobles decididos á defender contra la opre-
 « sion sus desconocidos derechos. Reflexionadlo bien, y
 « decidios: está resuelta la ruina del tirano; ¿porqué pues
 « acompañarle en su caída? Si os resolvéis á uniros á no-
 « sotros, hallaos á media noche solo en la misma calle, y
 « la recorreréis dos veces. No intentéis hacernos traicion,
 « pues estamos á cubierto de toda sorpresa. » — *Un noble
 castellano amigo vuestro.*

Quedó don Hernando tan sorprendido del contenido de esta carta, como del modo misterioso con que le habia sido entregada. Era evidente que Celestina estaba en acecho para verlo pasar. algun diabólico enredo se preparaba, y Castro se estremeció al pensar en el poder que los rebeldes parecian tener. Sus maquinaciones no eran un secreto: los castillos de Peñafiel y Alcázar de Segovia se habian declarado independientes, y las noticias de Francia eran cada dia mas alarmantes. La próxima partida del principe Negro y de sus valientes compañeros era tambien un presagio de desgracias, y el Castellano gemia al pensar que su patria iba á verse entregada á todos los horrores de una guerra desastrosa y sangrienta. Entregado á estos tristes pensamientos, se recogió para proporcionarse un descanso que estaba bien lejos de su corazon, y su sueño fue interrumpido por ilusiones penosas y aflictivas.

El siguiente dia trajo el dolor y la ansiedad á don Egas. Cuando llegó á saber la ausencia de su hija, no fué de pronto muy viva su inquietud, pues se imaginó que habria quedado en el Alcázar con la princesa, y se dirigió prontamente á aquel sitio. Fué introducido sin detencion, segun costumbre, en la habitacion del rey; y despues de los cumplidos regulares, le hizo conocer el motivo de una visita tan anticipada, tratando de disimular su inquietud.

— Señor, le dijo: temo haber sido sobradamente indiscreto introduciéndome tan temprano cerca de V. M.; pero espero obtener vuestra indulgencia en favor de la ansiedad de un padre.

— No podré concederos el perdon, amigo mio, le dijo don Pedro, si no me informais de que se trata. A fe mia os veo bien agitado, ¿os habria sucedido acaso alguna desgracia?

— ¡Una desgracia! ¡oh gran Dios! No me atrevo á preguntaros.... Mi imaginacion me presenta las mas atroces sospechas.

Miróle el rey sorprendido, sin saber que pensar de las palabras del viejo cortesano.

— Decidme, por Santiago, que significa esto : ¿habeis perdido el juicio, ó traéis humor de chancearos?

— ¡Chancearme! exclamó el desgraciado padre casi llorando, ¡oh! no señor, muy lejos de esto. ¡Bondad divina! yo concibo los mas tristes pensamientos, y debo esperar todo cuanto hay de mas infausto.

— Pero, mi buen amigo, continuó el rey con impaciencia, ¿me explicaréis al fin el motivo de vuestros cuidados? ¿cuál es el objeto de tan temprana visita?

— Perdonadme, señor : venia á buscar á mi hija.

— ¡Vuestra hija! repitió el rey sorprendido.

— ¡Pues qué! ¿no se halla en el Alcázar? preguntó con trémula voz el angustiado padre.

— No por cierto, contestó el rey agitado.

— ¡Eterno Dios! exclamó don Egas desesperado, ¿dónde pues se encontrará? Ha desaparecido de mi casa en esta misma noche.

— ¿Qué decís, señor don Egas?

— ¡Ay de mi! ¡la pura verdad! la anciana Petra ha desaparecido tambien, y no hay duda en que han salido juntas. ¿Pero porqué? solo el cielo lo sabe. Constanza ha sido siempre una buena hija, y no puedo concebir que haya querido causarme semejante inquietud.

— ¡Oh cielos! exclamó don Pedro despues de un momento de reflexion, fácil es adivinar el motivo de su fuga; pero, ¡ay del traidor, si mis sospechas se viesen realizadas! ¿Sabéis por ventura, señor don Egas, si se halla en Sevilla don Hernando?

— ¿Don Hernando? repitió el anciano, creyendo divisar un vislumbre de esperanza : acaso podrá explicarnos este extraño acontecimiento.

— Contestad á mi pregunta, dijo el rey impaciente : ¿sabéis si se encuentra al presente en Sevilla?

— Señor, así lo creo á no dudarlo. Me he presentado á la puerta de su morada cuando venia al Alcázar, y me han informado que habia dormido en ella, pero que acababa de

salir para mi casa; sin embargo no quise retroceder, con la impaciencia de llegar aquí, donde esperaba hallar á mi hija.

Quedó sorprendido don Pedro con esta noticia. ¡Constanza habia marchado, y don Hernando no era el compañero de su fuga! esto era imposible; pero no por esto era menos cierto, y por tanto se abandonó el rey á toda la violencia de su carácter.

— No puedo dudarle, exclamó con amargura, algun nuevo complot se oculta debajo de una empresa tan atrevida; pero, ¡ay de aquellos que la han concebido y ejecutado, pues sentirán todo el peso de mi cólera.

Viendo don Egas que su hija no se hallaba en el Alcázar, segun lo habia esperado, resolvió dirigirse en seguida á Castro, y á este fin apresuróse á despedirse del rey, quien solo y en medio de tan siniestros pensamientos, se abandonó por algun tiempo á los transportes de su furor. Se paseaba aceleradamente por su habitacion, impaciente por encontrar alguno sobre quien pudiese descargar el peso de su indignacion. El furor, los zelos y el mal éxito de sus ideas le agitaban á la vez, y juraba vengarse de don Hernando, á quien consideraba instruido de la fuga de Constanza, cuando súbitamente el mismo objeto de su resentimiento se presentó á su vista.

— Muy á tiempo llegais, Hernando, le dijo el rey tratando de disimular su ira, pues tengo una extraordinaria noticia que comunicaros, y al efecto os iba á mandar llamar.

Al propio tiempo lanzó don Pedro sobre el Castellano una de aquellas miradas indagadoras; al paso que este esperaba silenciosamente que continuase el rey, quien despues de algunos momentos de duda y lejos de serenarse á vista del sosiego de don Hernando, repuso:

— Ha tenido lugar el acontecimiento mas desagradable, y me sorprende mucho que no os halleis instruido de él, siendo una de las partes interesadas. Aquí se detuvo nuevamente, mas el castellano continuó guardando silencio. Don Pedro entonces, incapaz de señorear por mas tiempo su cólera, exclamó al fin:

— He aquí ; por Santiago ! un raro ejemplo de filosofía, ó acaso de hipocresía. ¿ Ignorais acaso que Constanza ha desaparecido ? pero ¡ cuán extravagante es deciros lo que sabeis mejor que nadie !

Volvió á pasearse de nuevo con pasos precipitados y los brazos cruzados , manifestando todas las señales de una violenta agitacion ; se detuvo al fin , y con un movimiento de impaciencia: — A fe mia , exclamó , este es un asunto que exige un exámen muy serio , pues que denota una oposicion atrevida y directa á nuestra voluntad. Jamás habria tomado Constanza de motu proprio una resolucion semejante. No, no, seguramente esta es obra de un cobarde traidor que la habrá mal aconsejado , y quisiera saber su nombre.

— Señor, contestó el Castellano, muy fácil es satisfaceros; pero antes debo haceros presente que el consejero de Constanza no es cobarde ni traidor , pues soy yo mismo.

— ¡ Como ! exclamó el rey centelleando de cólera , vos mismo sois el pérfido , ¿ y os atreveis á gloriaros de una accion tan negra ?

— ¡ De una accion tan negra !

— Sí , es una perfidia , una bajeza el sustraer una hija á la proteccion de su padre: y debo añadir , don Hernando , que habeis contado demasiado con la insensata adhesion que vuestro rey ha tenido siempre por vos : habeis exagerado la extension de vuestro crédito con él , para suponer que quedaria impune semejante crimen.

— ¡ Un crimen ! exclamó el castellano con ardor : mi conciencia no me acusa de haberlo cometido ; y la situacion en que me encuentro por lo tocante á Constanza justifica suficientemente la medida que nos ha sido forzoso y prudente adoptar.

— Os doy pues la enhorabuena , dijo el rey con amarga ironía ; pero me permitiréis que os diga , que las personas tan prudentes como vos estan expuestas á excederse del objeto que su excesiva solicitud se propone , y me sorprende sobre manera que esta misma prudencia , que tan bien os

sirve, no os haya enseñado á evitar el peligro de ofender á aquel que tiene el poder de imponer castigos, así como el de distribuir recompensas.

— Señor, repuso el Castellano, con todo el respeto que debo, diré á V. M. que no puedo dejar de sorprenderme de esta acusacion singular y no concibo como pueda ofenderse el rey de una medida que tan solo concierne á los intereses y felicidad de....

— Basta ya, dijo don Pedro con imperio: á harto larga prueba pusisteis nuestro sufrimiento: razones sobradas teníamos para oponernos á vuestro enlace, y tan solo para contrariar nuestras miras y oponeros á nuestra real voluntad, habeis meditado este acto de desobediencia; ¡mas no se cumplirá vuestro proyecto, no, vive el cielo! y os enseñaré á respetar mejor mis órdenes: entretanto hacednos conocer inmediatamente el sitio en que se halla Constanza.

Los sentimientos de don Hernando sufrieron una terrible revolucion mientras que escuchaba al rey: su acostumbrada serenidad le abandonó, y aquel su natural orgullo sintióse vivamente herido por las amargas reconvenciones de que se veia abrumado. Era bien critica su situacion: conocia toda la extension del peligro que le amenazaba, el instante temido habia llegado ya, y se hallaba resuelto á sostener su temible impetuosidad; llamó pues á sí toda su energia, preparándose á soportar las consecuencias de la azarosa resolucion que habia adoptado.

— Señor, pronunció con acento firme, no puedo acceder á los deseos de V. M. He dado mi palabra de no descubrir jamás el sitio á donde se ha dirigido doña Constanza, y es ella misma quien me la ha exigido.

— ¡Tan presuntuosa insolencia no tiene comparacion! ¿Te olvidas, hombre pérfido, de quién soy?

— Sois el rey de Castilla, respondió con noble orgullo, y yo don Hernando de Castro.

— Pues condúzcase Hernando de Castro con su rey cual conviene á un vasallo, ó por vida del cielo, sufrirá las consecuencias de su temeridad.

— No me acusa, señor, mi conciencia de agravio alguno hecho á mi rey.

— ¡Silencio rebelde! y marcha inmediatamente á ejecutar mis órdenes. Es forzoso que Constanza se halle en la corte antes de mañana.

— Si volviere señor, á la corte, será tan solo para recibir vuestra real palabra de que su union conmigo no sufrirá mas retardo.

— ¡Jamás! exclamó el rey.

— Siendo así, nunca Constanza volverá á la corte, respondió don Hernando con firmeza.

Oida esta contestacion se mostró el rey como herido por un rayo; mas en breve un nuevo acceso de furor irresistible se siguió á esta suspension. Lanzó á Castro una terrible mirada, y se arrojó sobre él, empuñando la espada.

Sin manifestar el Castellano la menor emocion, permaneció inmóvil en su sitio. Su aparente serenidad aumentó la irritacion del rey: lanzaban sus ojos ardientes chispas, su mano estaba trémula, y una penosa respiracion patetizaba la horrible agitacion de su espíritu. Levantó el brazo, é hizo seña á don Hernando de que se alejase: este se inclinó humildemente, y ya se preparaba á salir cuando don Pedro, asiéndole frenéticamente, le dijo:

— ¡Ya conoceis mis órdenes!

Respondió el Castellano con serena dignidad:

— He formado ya mi resolucion, ordenad lo que querais; y saludándole otra vez hizo un nuevo movimiento para retirarse. Incapaz de contenerse el rey por mas tiempo, se arrojó de nuevo sobre Castro con intencion de pegarle en el rostro, pero este evitó esta afrenta, y la mano de don Pedro tan solo alcanzó al sombrero de don Hernando, que fue rodando por el suelo. Este ultraje excitó hasta el mas alto grado la indignacion del noble Castellano. Olvidó entonces la distancia de su condicion á la del rey al observar la ignominia que iba á cubrirle: arrojaron sus ojos llamas de furor, cubrió su rostro una palidez mortal, y exclamó con

acento interrumpido por la cólera.

— ¡Acabad, tirano, vuestra obra! bien recompensado quedo de mi insensata fidelidad hácia un monstruo privado de toda virtud humana!

Al oír estas palabras se puso el rey casi frenético y en medio de un nuevo trasporte de furor desenvainó la espada; mas Hernando siempre intrépido le presentó el pecho.

— ¡Herid! exclamó, ¡heridme! pues despues del ignominioso insulto que habeis intentado, solo la muerte es lo que espero de vos. Herid, señor, consumad vuestra ingratitud, y enseñaréis por este medio á todos aquellos que se hallen dispuestos á derramar su sangre en defensa de vuestra corona, cual es la recompensa que deben esperar por tantos méritos y sacrificios.

La actitud de don Hernando y su enérgica exclamacion detuvieron el brazo del rey: no cambió sin embargo el Castellano de postura. Su cólera iba cediendo, mas su fisonomía expresaba cuan penoso era el peso que abrumaba su corazon, y una fugitiva y ardiente lágrima revelaba hasta que punto se reconocia lastimado.

— Recordaros, señor, repuso con acento triste y solemne, mi lealtad, y los padecimientos que he arrostrado por vuestra causa fuera una empresa inútil, indigna de mi carácter, é incapaz de conmover una alma egoista y empedernida; así pues, os lo repito, me hallo desarmado, heridme, y dad por este medio una leccion severa á aquellos que ciegamente se adhieren á sus reyes.

— No, no, respondió don Pedro con desprecio, no será mi brazo quien os dispense tanta honra. Preparaos á justificar vuestra rebelde insolencia, y si mereceis la muerte, estad seguro que será vuestro fin el de los traidores, y no el de un caballero castellano.

Á estas palabras no aguardó mas don Hernando: echó una mirada desdeñosa, y salió del aposento. Este postrero insulto tan poco provocado volvió al jóven caballero toda su indignacion: recogió su sombrero, se lo encasquetó con

orgullo, y se puso á andar aceleradamente formando en su imaginacion mil proyectos de venganza.

— Todo está concluido, dijo para sí amargamente: nada es capaz de conmover el corazon de este tirano. Detúvose un momento con la vista fija al suelo: el combate interior de sus pasiones era terrible, y luchaba con una poderosa tentacion. Preciso es que fuese bien cruel este momento de agonía para hacer olvidar á don Hernando su antigua y tan acreditada lealtad. Arrojó una espantosa mirada hácia el salon donde el rey se habia retirado, y exclamó al partir con desesperado acento. — ¡Adios, cruel tirano! ¡Trastamara, tuyo soy!

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

CAPITULO		Pág.
	I. Introduccion.	4
—	II. La separacion.	7
—	III. Descripciones.	45
—	IV. Un rey fugitivo.	21
—	V. Peligros y sorpresa.	32
—	VI. Tumulto popular.	44
—	VII. Entrada triunfal.	55
—	VIII. El contraste.	65
—	IX. El Príncipe Negro y sus caballeros.	74
—	X. Invasion.	85
—	XI. La aventura.	96
—	XII. El anciano escudero.	110
—	XIII. Batalla de Nájera.	125
—	XIV. La restauracion.	140
—	XV. Constanza en la corte.	155
—	XVI. La sentencia.	168
—	XVII. La conspiracion.	179
—	XVIII. Las fiestas.	192
—	XIX. La ingratitud.	208
—	XX. Las pruebas.	222

FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO

Capítulo		
I	Introducción	1
II	La revolución	15
III	Revoluciones	21
IV	La revolución	27
V	Revoluciones y revoluciones	33
VI	Revolución popular	39
VII	Revolución social	45
VIII	El comunismo	51
IX	El comunismo Negro y sus capitales	57
X	La revolución	63
XI	La revolución	69
XII	El comunismo	75
XIII	Revolución de la revolución	81
XIV	La revolución	87
XV	Revolución de la revolución	93
XVI	La revolución	99
XVII	La revolución	105
XVIII	La revolución	111
XIX	La revolución	117
XX	La revolución	123
XXI	La revolución	129
XXII	La revolución	135

INDICE DEL TOMO PRIMERO

A Pin

E 35-I-8

N.º 6613

12^{an}

Al anunciar el *Tesoro de Autores Ilustras*, el Editor ofreció que entrarían en esta *Coleccion* las obras mas aventajadas de Religión y de Moral; pero habiendo despues previsto que algunos de los suscriptores tal vez solo querrian serlo á las obras religiosas y morales, da á luz una coleccion completa de estas, dependiente del plan general del *Tesoro*, con el título de

BIBLIOTECA CATÓLICA.

COLECCION SELECTA Y ECONOMICA

DE LAS MEJORES OBRAS DE RELIGION Y DE MORAL.
ANTIGUAS Y MODERNAS, NACIONALES Y EXTRANJERAS,
ÚTIL Á TODA CLASE DE PERSONAS.

publicada bajo los auspicios del

EXCELENTISIMO É ILUSTRISIMO SEÑOR

DON PEDRO MARTINEZ DE SAN MARTIN,

Obispo de Barcelona.

RECOMENDADA POR EL EXCELENTISIMO É ILUSTRISIMO SEÑOR

DON JUAN JOSE BONEL Y ORBE,

Obispo de Córdoba, Patriarca de las Indias.

DEDICADA Á LA REINA DOÑA ISABEL II,

protegida por S. S. M. M.

y bajo la direccion de

D. J. Roca y Cornet y D. J. Rubió.

Salen en tomos de igual tamaño, igual papel é igual letra, que los del *Tesoro*, siendo las mismas las condiciones de la suscripción, que pueden verse en el prospecto y al final de cada obra.

Se suscribe en Barcelona en la libreria de su editor D. Juan Oliveres, calle de Escudellers, n. 55, y en las principales librerías del reino.

G 333448

ASTI

18